

Hilda Rojas Correa

*A la Sombra
de la
Engaño*



ROMANCE & LETRAS

Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Epílogo](#)

El verdadero modo de vengarse de un enemigo es no parecersele
Marco Aurelio

Prólogo

Santiago de Chile, 1 de septiembre de 1837.

La mirada de Catalina se perdió al leer las letras esculpidas en la ominosa lápida de mármol. No supo cuánto tiempo pasó, se quedó ahí hasta que su vista se nubló. Tibias lágrimas bañaron sus mejillas, su cuello, su alma.

Un suspiro, profundo y entrecortado, reverberó tenue en el lustroso mausoleo. La mujer admiró la última morada de los Riquelme, la única ofrenda que podía darle a los suyos. Antes de partir, quiso que todos tuvieran un lugar para que pudieran descansar juntos, pero no en paz. Esa paz se las daría ella cuando cumpliera con la voluntad de Fernando Riquelme, su abuelo materno, el último miembro que le quedaba de su familia y que acababa de abandonar este mundo.

Posó su mano sobre la lápida. Sus lágrimas cayeron al piso, pesadas y dolorosas. Pese a las pérdidas, jamás se había sentido tan huérfana como en ese momento.

Con su herencia erigió el luctuoso monumento en el joven Cementerio General, y vendió lo que le quedaba; una casa y media hectárea de tierra. Nada la ataba a ese país que llevaba casi dos décadas de independencia.

—Abuelo... Le prometo que algún día volveré con el honor de los Riquelme restaurado. Y usted no se avergonzará más de mí. No descansaré hasta que eso ocurra, aunque me tome toda la vida. —La luz del sol se coló por el vitral del Corazón de Jesús y tiñó las paredes de rojo. Catalina recordó la promesa pronunciada en el lecho de muerte de Fernando. Empuñó el anillo que pendía de su cadenilla de oro y dijo—: Ante Dios le prometo, que el hombre que me engendró pagará su afrenta con sangre.

Capítulo I

Londres, 2 de septiembre de 1844.

Alec Croft se sentó sobre la cama después de haber batallado media hora con su consciencia. Levantarse o no levantarse, he ahí el dilema.

Lo cierto era que, desde hacía algún tiempo, se sentía más cansado de lo normal. Su hermano mayor, Thomas, conde de Swindon, decidió tomar su escaño en el Parlamento, por lo que le cedió a él la administración total de sus empresas e inversiones, las cuales eran numerosas y demandaban todo su tiempo.

Los hermanos Croft siempre actuaron como equipo cuando se trataba del título. Durante casi tres décadas, Alec fue el repuesto del condado —término duro pero cierto— y aprendió todo lo necesario junto a Thomas, pues su «ilustre» progenitor solo les dejó deudas y ruina.

Cuando llegaron a la adultez, su hermano mayor tomó el camino de las inversiones, y él se hizo cargo de las tierras que habían saneado a lo largo de los años. Todo eso fue posible gracias a los cuidados, amor y protección de su padre adoptivo, Michael Martin, duque de Hastings.

Con el matrimonio de Thomas, la llegada de su heredero y los nuevos horizontes políticos, se invirtieron los papeles a la situación actual. Alec se convirtió en un hombre de negocios y su hermano se hizo cargo de las tierras.

Alec debía reconocer que le gustaba más su nueva ocupación. Ganaba más dinero de lo que podía gastar, adquiría todo tipo de conocimientos, viajaba por todo el país y eso le daba una sensación de ser libre...

Pero...

En toda historia siempre había un pero.

No sentía satisfacción. Nada de lo que tenía era enteramente suyo.

Y aquello lo llevó a la única conclusión lógica: era tiempo de formar su propia familia.

¿El problema?

El cansancio, los viajes, su carácter que tendía a no tolerar estupideces, su vivir errante. Todos esos elementos eran propicios para no conocer a ninguna señorita en particular. Ni en el sentido literal ni en el bíblico. A él no le importaba el orden de los factores, solo el producto.

Alec se restregó la cara, desordenando su densa barba oscura. Dios, extrañaba el sentido bíblico.

Sacudió ese lujurioso pensamiento y amonestó con la mirada esa erección matutina que se alzaba rebelde, ya había decidido guardarse hasta que llegara la mujer correcta. Nunca se sabía si alguna seductora viuda ya portaba una enfermedad venérea. Y él apreciaba mucho su salud y su vida.

—Necesito unas semanas libres. —Soltó el aire de sus pulmones—. Levántate, demonio. Tienes que trabajar.

Veinte minutos después ya se encontraba revisando la correspondencia. El remitente de la primera carta de la pila era lord Lauder. Alec arqueó sus cejas, no esperaba una respuesta de parte de él. Desde hacía un año, que se le veía al viejo conde interesado en invertir en la empresa de ferrocarriles que él estaba emprendiendo junto con su cuñada, Bernie. Sin embargo, debido al escándalo de lord Strout y lord Denman, que perdieron su fortuna —y sus vidas— en una

inversión de ese tipo, lord Lauder no se decidía.

Y tampoco ayudaba su apellido, pues lord Lauder fue engañado en una apuesta de cartas por el progenitor de Alec, incidente que ocurrió hacía más de veinticinco años. Cada vez que podía, el conde se lo restregaba en la cara a modo de burla, pero a él no le provocaba ni una pizca de gracia. Le daba la sensación de que el viejo no confiaba en él solo por la sangre que corría por sus venas.

No obstante, Alec esbozó una sonrisa. Tuvo un buen presentimiento, rasgó el sobre y desplegó la carta

Lauder, 23 de agosto de 1844.

Estimado señor Croft:

Espero que se encuentre de buena salud al momento de recibir esta misiva. Le cuento que hace dos días tengo en mis manos los documentos que usted tan amablemente me ha enviado, y los he estado estudiando a consciencia, empero todo suena como si me estuviera hablando en griego.

Alec se refregó la cara y soltó un resoplido.

—Pero si escribí el informe como para que lo entendiera un niño de tres años. ¿Por qué los viejos no se enteran de nada por todos los santos?

Se vio tentado de mandar a lord Lauder al demonio, pero mejor seguía leyendo.

Sin embargo, la suerte estuvo de su lado, mi estimado señor. Justo ese día vino a visitarme lord Bamburgh, quien es un poco más joven que yo y mucho más avezado en este tipo de cosas, los revisó y me dijo que, en apariencia, todo estaba en orden.

Y aquí viene lo bueno, quedó interesado en el negocio.

Si quiere ganar dos inversionistas, más vale que traiga su trasero a Bamburgh y nos termine de convencer.

Es más, lord Bamburgh le extiende la invitación a pasar las fiestas del fin del verano que organiza para el pueblo, son una serie de eventos de entretenimiento y que culminan el día 21 con un gran baile donde está invitada toda la comunidad. ¿Quién sabe si termina casado?, las muchachas de esta localidad son de buen ver.

La sonrisa lobuna de Alec se esparció en su cara. Ya los tenía.

Aparte de esta invitación, lord Bamburgh me encomendó la tarea de consultarle si en la Academia Hope tienen disponible a una institutriz. Se requiere que domine tanto temas académicos, como de etiqueta y buenas costumbres. Es para la hija de él, tiene catorce años, pero ya están pensando en prepararla para su presentación en sociedad, mas lady Bamburgh no tiene familiares que puedan realizar esa tarea tan crucial. Cuando Bamburgh me comentó su dilema, no dudé en recomendarle a alguna señorita que estudió en la Academia Hope, hasta estos lados llega la buena reputación de la institución que su tía y madre encabezan. Y, para ser más preciso, hasta aquí ha llegado también la reputación de una de sus exalumnas, la señorita Lavinia Expósito,

quien preparó a las hijas de lord Hawick con muy buenos resultados. Ahora la mayor es lady Langholm y la menor, lady Shap .

Lord Bamburgh ha tratado de contactar a la señorita Expósito, pero ha sido imposible, y como fue alumna de la Academia Hope, puede que ahí sepan más de ella, o quizás tengan una candidata que posea la misma reputación y capacidades que se esperan de una institutriz.

Bien, las fiestas del fin del verano comienzan en una semana, confío en que traiga a la señorita Expósito con usted o con una candidata apta para que mi amigo pueda entrevistarla. Lord Bamburgh lo estará esperando en Bamburgh Castle. Es imposible perderse. Cuando se esté acercando con el carruaje al pueblo, el castillo será lo primero que sus ojos verán.

Atentamente.

Lord Lauder

Alec tuvo la sensación de que no podía rehusar la invitación. Necesitaba inversionistas, y si llevaba a la persona adecuada, sumaría puntos a su favor.

Tenía una semana para encontrar a la famosa señorita Expósito, más le valía empezar en ese mismo momento.

Se levantó, tenía que ir a la Academia Hope.

Tres días después, Lavinia caminaba por Friar Street pretendiendo que sus nervios no la estaban destrozando. Un incipiente dolor en la mandíbula le recordaba que debía cambiar su expresión al llegar.

Esa mañana el sol brilló por su ausencia, se notaba que el verano se estaba alejando. Extrañaba el calor seco de su tierra. En Inglaterra siempre hacía frío, no se le podía llamar verano a esos meses donde solo había un poco más de sol, que apenas entibiaba el alma.

Cruzó Great Surrey Street y llegó a su destino. Miró de soslayo la placa de bronce que rezaba: «Academia Femenina Hope, fundada en 1819». Inspiró profundo, movió la cabeza para relajar su cuello y se secó el sudor de las manos.

Quiso encomendarse a Dios, mas reprimió el impulso. Hacía mucho tiempo que perdió su camino.

Tomó la aldaba y llamó a la puerta.

Soltó el aire por la boca.

Al escuchar que la puerta se abría, compuso una sonrisa amable. Se encontró con una cara conocida, se trataba de la gobernanta de la academia, la señora Waters, quien le sonreía de vuelta. La bienvenida al único lugar que podía considerar un hogar.

—Señorita Expósito, qué alegría verla.

—Lo mismo digo, señora Waters.

La sonrisa de la gobernanta se amplió. Se dieron un cálido y largo abrazo. Se distanciaron tan solo un poco y la señora Waters comentó:

—Su acento desapareció, parece tan inglesa como yo, querida.

Lavinia no reprimió el ademán de alzar su barbilla, orgullosa.

—Adaptarse era imperativo... y así evito que me miren extraño.

—Eso no cambia. —La señorita Expósito de por sí llamaba la atención cuando hablaba su idioma nativo, el español, y si a eso se le agregaban sus facciones indefinibles y su atuendo de un riguroso luto, ella se volvía inolvidable—. Perdone mis modales, pase, pase. La directora la espera...

Lavinia traspasó el umbral de la puerta. El aroma familiar de ese lugar la llenó de serenidad, la que necesitaba para dar un paso más.

Siguió a la señora Waters hasta llegar a la oficina de la directora de la academia. En pocos segundos, ya estaba estrechando la mano de la señora Laura Witney y se brindaban sendas sonrisas.

Lavinia inició la conversación y dijo:

—Felicidades por su matrimonio, señora Witney... Le deseo la mayor de las dichas.

—Muchas gracias, señorita Expósito. Siéntese, por favor. Estaba a punto de tomar té, ¿me acompaña?

—Me encantaría.

Laura no alcanzó a llamar a la señora Waters, la gobernanta justo golpeó la puerta y entró con una taza de té.

—Supuse que la señorita Expósito la acompañaría. Nunca rechaza un buen té. —Puso la taza sobre la mesa.

—Gracias, señora Waters —dijeron Laura y Lavinia al unísono. La gobernanta asintió y se retiró.

Cuando se encontraron a solas, Laura no evitó repetir el comentario de la señora Waters.

—Vaya, ahora que lo noto su acento desapareció. Nadie podría adivinar que no es inglesa.

Lavinia sonrió, que la señora Witney lo señalara era la mayor confirmación de su logro, el cual tenía un alto costo; poco a poco estaba olvidando su propio idioma y cómo sonaba su nombre.

Laura sirvió el té, tomó el lechero y Lavinia dijo:

—Sin leche, por favor.

—¿Sin leche? —La miró como si aquello fuera inverosímil, en Inglaterra el té se debía tomar con leche.

Lavinia repuso:

—Digamos que no soy tan inglesa como mi acento aparenta. Siempre he tomado el té sin leche. —Se encogió de hombros—. Pero no me molesta si le pone dos terrones de azúcar.

Laura hizo lo que Lavinia le pidió y le acercó la taza.

—Muchas gracias, señora Witney. —Revolvió el té con gráciles ademanes, moviendo la cuchara hacia adelante y atrás. Una, dos, tres veces y, sin hacer ruido, la dejó sobre el platillo. Bebió un sorbo y sonrió—. Delicioso.

Laura la observaba. Lavinia era toda una celebridad en la Academia Hope. Llegó a mediados de 1838 como una inmigrante que mendigaba en las calles y que apenas balbuceaba el inglés. Estuvo a punto de ir a la cárcel por casi matar a un sujeto que intentó violarla. El juez que la absolvió la llevó a la Academia Hope.

Ese juez era Frank Smith, marqués de Somerton, conocido en el medio judicial como Amudiel, un Heredero del Diablo. Primo de Laura.

En esa época, Laura ni siquiera era maestra de la academia, por lo que conoció la historia de Lavinia a través de los testimonios de Marian, su prima y quien la precedió como directora; Grace, una amiga y exmaestra de música y etiqueta; y la misma señora Waters.

Sin embargo, la leyenda de Lavinia dejó de serlo cuando la conoció. La mujer solía realizar visitas anuales a la academia para dar cuenta de sus avances, o por medio de sus cartas para informar que había un puesto de trabajo disponible para alguna de las alumnas de la institución. Era su forma de retribuir lo aprendido.

Y vaya que aprendió. Durante los dos años que duró su estadía en la Academia Hope, Lavinia se dedicó a perfeccionar el inglés, así como el francés e italiano. Estudió todas las materias que se impartían —sin importar si le iban a ser útiles o no—, y, en sus pocos ratos libres, adquiría otros conocimientos más mundanos como leer columnas de cotilleos. Su objetivo era poder desenvolverse en cualquier puesto de trabajo, desde sirvienta hasta dama de compañía.

Por ello, su carrera laboral partió por todo lo alto en la casa del conde de Hawick, y logró preparar a sus hijas para el mercado matrimonial con sumo éxito.

Laura bebió un sorbo de su té, y luego sonrió antes de decir:

—Usted es el vivo ejemplo de que la buena suerte no llega sola, se cultiva. Si no fuera porque nos mantiene al tanto de su paradero, no habríamos podido contactarla.

Parsimoniosa, Lavinia bebió más té. Se tomaba su tiempo, cada movimiento era premeditado. Solo así pudo mantenerse como institutriz de lord Hawick. Al principio dudaban de su capacidad por su origen desconocido, todos los días debía extinguir esas dudas.

—Puede que tenga razón. —«Una buena institutriz debe ser humilde y modesta», se repetía una y otra vez—. Volví a Londres porque mi trabajo terminó con lord Hawick. Mis alumnas ya son mujeres casadas. —«Una buena institutriz solo habla lo justo de sus amos»—. Pese a que tengo una excelente carta de recomendación, no me servía de mucho en el norte. La capital tiene mejores opciones laborales.

—Justamente por eso la hemos estado buscando. ¿Conoce a lord Lauder?

Lavinia asintió y respondió:

—El conde es amigo de lord Hawick, suele visitarlo en los veranos. —«Una buena institutriz no debe ser ni muy seria ni muy bromista»—. Es muy simpático tiene interesantes anécdotas, aunque no sé si sea cierto que combatió junto con el duque de Wellington.

Laura convino alzando una irónica ceja, y repuso:

—Al parecer, demasiada gente luchó al lado del duque. Solo mi tío Andrew admite que, pese a haber estado en Waterloo, nunca lo conoció en persona. —Bebió té... ¿Cómo era posible que Lavinia lo tomara sin leche?—. En fin, usted ha dejado una buena impresión en él y ha recomendado sus servicios a lord Bamburgh, quien desea entrevistarla para un puesto de trabajo.

Lavinia frunció el ceño, extrañada.

—¿Lord Bamburgh? No lo conozco.

—Es otro amigo de lord Lauder. Es un barón y vive en un pueblo del mismo nombre que su título. Que no la engañe el rango, esa baronía es una de las más antiguas de Inglaterra y, de hecho, su propiedad es un castillo que fue un importante fuerte normando. Lord Bamburgh tiene una hija de catorce años y quiere prepararla desde ya para su presentación en sociedad. Hasta el momento, la reputación del barón es impecable, de lo contrario, ni siquiera la habría llamado. Dígame, ¿le interesa ir a la entrevista?

La sonrisa de Lavinia fue elocuente. Y reafirmó su respuesta cuando dijo:

—Por supuesto... Vaya, pensé que tendría que esperar hasta la próxima temporada para encontrar alguna buena opción de trabajo.

—Excelente... —Bebió un sorbo de té, y luego agregó—: No obstante, le debo comentar que no viajará sola a Bamburgh.

A Lavinia no le gustó como sonaron esas palabras. «Una buena institutriz no demuestra emociones negativas». Inexpresiva, preguntó:

—¿Iré a la entrevista con otra candidata de la academia?

—No, usted es la única candidata. Mi hermano mayor, el señor Alec Croft, tiene negocios que atender con lord Bambergh, por lo que él la escoltará. —La expresión neutra de Lavinia se desdibujó. Laura lo notó y añadió—: ¿Conoce a mi hermano?

Lavinia maldijo para sus adentros. Titubeó. Por largos segundos se quedó en silencio, mas Laura no la presionó. A la postre repuso:

—La verdad es que lo he visto de lejos... Pero me bastó solo eso para sentir miedo.

Laura, preocupada por aquella declaración, preguntó con cautela:

—¿Mi hermano hizo algo que la incomodara?

Lavinia abrió los ojos, dándose cuenta de que su declaración podía ser malinterpretada y repuso:

—No, no, no, no es eso... El señor Croft tiene una apariencia muy severa... Y... Y su voz es como si estuviera enfadado todo el tiempo.

Laura soltó el aire de sus pulmones, aliviada, y explicó:

—Oh, era eso. Es solo la primera impresión que él da, señorita Expósito. En realidad, mi hermano es un hombre muy cortés y su carácter es más amable de lo que aparenta... Yo creo que por eso no se ha casado, su cara y tono de voz no colaboran, parece un oso hambriento. —Aquel comentario cambió la expresión de Lavinia. Sus labios luchaban por no soltar una carcajada. Laura lo notó y añadió—: Ríase con confianza de mi hermano. Se lo ha buscado.

La carcajada alegre y cristalina de Lavinia llenó la estancia. A Laura no le pareció vulgar, sino todo lo contrario, en esa voz había una viveza pura y, por qué no, cierta elegancia.

Ahora que lo pensaba mejor, el pasado de Lavinia era un misterio. Lo único que sabían era que no tenía familiares vivos, poseía estudios elementales como aritmética, leer y escribir —en español—, y que provenía de Chile. Un país situado en el extremo sur del continente americano, en el mismo fin del mundo.

Eso explicaba la apariencia de la mujer que parecía estar en el punto medio de todo; no era blanca, pero tampoco morena; su cabello negro era rizado, mas diferente al africano; sus ojos grandes, oscuros e insondables; la nariz recta, a punto de ser demasiado grande para su rostro; y labios gruesos que eran considerados poco atractivos.

Aquellas facciones eran el resultado de siglos de mestizaje entre españoles, indígenas y africanos. Lavinia estaba muy lejos de tener ese aspecto pálido, casi enfermizo que ansiaban alcanzar las inglesas. Una moda ridícula si le preguntaban a ella.

Laura volvió al momento y agregó:

—Deberán partir el viernes. El tren sale a las seis de la mañana desde la estación de Euston. Como queda bastante lejos, mi hermano vendrá a buscarla aquí, a las cinco de la mañana. Para su seguridad, le ofrezco la opción de pernoctar en la academia para que no esté transitando sola por Londres a esas horas. No se preocupe por los gastos de traslado, ya están cubiertos. ¿Tiene alguna duda?

—Ninguna, señora Witney. Solo espero que me vaya bien en la entrevista. Menos mal que tengo pocas pertenencias y puedo ir a cualquier parte sin mucha preparación. —«Mi vida entera cabe en un baúl», pensó con acritud.

—Perfecto. Entonces la esperamos el jueves, a la hora de la cena. La señora Waters la recibirá.

—Aquí estaré. —Inspiró profundo. Tras un breve silencio, dijo con un tono de nostalgia—: Ha cambiado mucho este lugar... ¿Cómo ha estado lord Somerton?

Laura sonrió y respondió:

—Felizmente casado, es el padre de cuatro hermosos hijos.

—Me alegra mucho por él. —Se levantó. Su taza quedó medio vacía. «Una buena institutriz no debe estar muy hambrienta ni muy satisfecha»—. Envíele mis saludos cuando le escriba.

—En su nombre lo haré .

Se estrecharon las manos con firmeza y se ofrecieron amables sonrisas de despedida.

Cuando Lavinia entró en la habitación que alquilaba en Fleet Street, soltó un resoplido y se apoyó en la puerta, cerrándola en el proceso. A lo largo de los últimos siete años, cada acción, cada palabra, cada conversación ridícula y banal la acercó a su objetivo.

Miró el baúl que estaba a los pies de su cama.

Se arrodilló ante él y lo abrió. Removió la poca ropa hasta llegar al fondo y sacó un dossier.

No fue una simple exageración que su vida cabía en ese baúl. De hecho, para ser más precisa, estaba toda en ese dossier que abría, ceremoniosa.

Unos viejos documentos doblados pero legibles y, sobre todo, legítimos. Tomó el más importante y lo leyó:

—Catalina del Carmen Adams Riquelme... —Tensó sus mandíbulas para no llorar, mas fue inútil, sus ojos se llenaron de lágrimas. Cada cierto tiempo leía su nombre en su certificado de nacimiento. No quería olvidar cómo sonaba en español. Miró al cielo. Se tocó el pecho. Bajo su ropa sintió la forma del anillo de su madre—. *Abuelo, tu Catralla va a lograrlo. Lo último que verá ese maldito antes de morir, será a una Riquelme.*

Capítulo II

En esa fría madrugada de viernes, Alec, ataviado con gabán, sombrero y bufanda, se situó frente a la puerta de la Academia Hope y llamó con la aldaba. Retrocedió un paso y esperó.

Y esperó...

Se abrió una mirilla por la puerta. Un par de ojos lo miraron de pies a cabeza, y preguntó con voz femenina y cortante:

—¿Qué busca?

—A la señorita Expósito. Soy el señor Alec Croft. —Y se bajó la bufanda para mostrar su rostro.

La mirilla se cerró de golpe y la puerta se abrió, revelando a la señora Waters que portaba una palmatoria e iba vestida con un abrigador albornoz.

—Buenos días, señor Croft. No lo reconocí.

—Difícil que pueda hacerlo, si solo se me ven los ojos. —Se subió la bufanda— ... Buenos días, señora Waters.

La gobernanta se abrazó y se frotó uno de los brazos...

—Se nota que el verano ya nos abandona. La madrugada está particularmente helada...

—Un escalofrío recorrió el cuerpo de la mujer y repuso—: La señorita Expósito ya viene. Mientras tanto, pueden cargar su baúl en el carruaje. Está aquí en el vestíbulo.

—Perfecto.

Alec se giró y le hizo un gesto al lacayo que acompañaba al cochero. El hombre se apeó y, en cuestión de segundos, ya se encontraba frente a él. Solo bastaron unas pocas instrucciones y ambos estaban cargando el baúl que, en realidad, era más liviano de lo que aparentaba.

Quizás la señorita Expósito era en extremo austera. ¿Cuántos vestidos tenía? ¿Dos?

Las voces de las mujeres despidiéndose llamaron la atención de Alec y dio media vuelta. No pudo ver mucho de la señorita Expósito. Al amparo de la oscuridad, una bufanda y una capa negra con capucha, cualquier forma o rasgo era velado.

Alec se aproximó a las mujeres que se separaban de un afectuoso abrazo. La señorita Expósito le daba la espalda. Justo en ese momento, él recordó las palabras de Laura: «No hables tan brusco, asustas a las personas cuando no te conocen».

«Laura es una exagerada», pensó, desdeñoso.

Carraspeó y dijo, según él, amable:

—Buenos días, señorita Expósito.

La voz de Alec llegó grave, dura y tensa a los oídos de Lavinia. Ella no comprendía por qué esa voz en particular le provocaba ese irracional temor. El señor Croft no sabía nada de ella, pero su tono daba a entender que él no toleraba fallas de ningún tipo.

«Una institutriz debe ser tan perfecta como si fuera una verdadera dama». Lavinia siempre se recordaba sus preceptos, tanto aprendidos como inventados. Le ayudaban a mantener su identidad a salvo, incluso de ella misma.

Inspiró profundo, apretó las manillas de su bolso negro que se ocultaba bajo la capa y se atrevió a dar media vuelta. Alzó su mirada...

Al igual que ella, él llevaba una bufanda que cubría su rostro. Solo pudo ver un par de ojos oscuros y sus cejas pobladas, casi juntas, de lo fruncido que estaba el ceño... Iba a ser un trayecto largo, era evidente que a él no le hacía gracia tener una compañera de viaje. Aquella certeza fue suficiente para espolear su espíritu por demostrar que no era un estorbo.

Enderezó su espalda. Con el mismo tono que usaba para impartir lecciones, saludó:

—Buenos días, señor Croft. —Le dio una última mirada a la señora Waters y suavizó su voz—. Adiós, le escribiré a la señora Witney en cuanto llegue.

—Buen viaje, querida.

Lavinia, a paso veloz y firme, se aproximó al carruaje. El lacayo le ofreció la mano para subir, y ella agradeció con un gesto amable. Se internó en la cabina y se sentó.

Alec se sintió estafado, si provocara tanto temor como aseguraba su hermana, entonces la señorita Expósito estaría temblando de miedo. Se despidió de la señora Waters tomando el ala de su sombrero y se dirigió al carruaje.

No necesitaba un lacayo para subir.

Se sentó frente a la institutriz que miraba hacia afuera por la ventanilla. Se encogió de hombros, debía ser una mujer vieja y amargada, y dio la orden de partir.

Alec anticipó que iba a ser un viaje largo y silencioso.

Debió comprar pasajes en tercera clase, así se habría entretenido con personas más alegres y pintorescas.

No dijeron ni una sola palabra en todo lo que duró el trayecto.

Cuando llegaron a la estación de trenes de Euston, la cual se ubicaba a las afueras del radio urbano de Londres, Lavinia se limitó a seguir a Alec donde fuera que él iba, y pronto ya estaba entrando en el compartimento de primera clase.

Al menos los asientos eran mullidos.

Alec entró tras ella. Hasta ese momento, apenas pudo vislumbrar cómo era la señorita Expósito. Asunto bastante complicado, pues desde su punto de vista, al ser más alto que ella, solo podía ver, de vez en cuando, la punta de su nariz.

Lavinia dejó su bolso en el suelo. No alcanzaba el compartimento superior para el equipaje. Se sentó y, con aristocrática propiedad, echó para atrás la capucha de su capa y bajó su bufanda.

Pocas veces Alec tuvo que comerse sus palabras —aunque estas nunca hubieran salido de su boca—. La señorita Lavinia Expósito no era vieja. De hecho, estaba muy lejos de serlo, pero tampoco era una jovencita.

Lo más notable era su cabello negro, cuyos rizos apenas se confinaban en ese peinado alto.

Alec no podía dejar de mirarla, no sabía si definirla como una mujer hermosa o no; común no era. Su estupefacción se la atribuyó al largo tiempo que llevaba sin compañía femenina.

Él portaba una maleta de cuero y la dejó en el compartimento superior. Miró el ajado bolso de cuero negro de la institutriz y preguntó:

—¿Subo su bolso?

Lavinia alternó, dubitativa, su mirada entre el señor Croft y el bolso. A la postre, decidió:

—Está bien así. Muchas gracias.

Alec se sentó frente a Lavinia, y ella le sostuvo la mirada.

Para sentirse más cómodo, él se quitó el sombrero, los guantes y la bufanda, dejándolos a un lado. Notó que la expresión de ella cambió levemente, como si lo estuviera viendo por primera vez. Lavinia parpadeó y comentó:

—Veo que ahora usa barba, señor Croft. —«Una institutriz enfrenta sus miedos», se dijo Lavinia. «Es un hombre, solo un hombre».

La curiosidad invadió a Alec y preguntó, suspicaz:

—¿Nos conocemos de otra parte?

Lavinia tragó saliva y, reuniendo todo su aplomo, respondió:

—Hace casi seis años usted visitó la academia. Lo vi de lejos.

—Ah. Entiendo.

Eso explicaba que ella lo recordara sin barba. Llevaba cuatro años sin afeitarse. Un recorte mensual y el aseo diario bastaba para que su aspecto bailara entre lo salvaje y lo civilizado.

No dijeron nada más.

El tren partió. El sonido de la maquinaria a vapor seguía atemorizando y asombrando a Lavinia. En su país de origen no existían esas moles de acero que viajaban tan rápido como mil corceles.

Conforme salían de la estación, ella miró a las personas que quedaban abajo del andén y se despedían de sus seres queridos con sonrisas y lágrimas en sus rostros. Añoró el dolor de su familia, rota pero presente. Su recuerdo era lo único que la mantenía en esa senda.

Los latidos de su corazón se aceleraron al igual que la velocidad del tren. Se estaba acercando a su objetivo que siempre le pareció inalcanzable. Imposible.

Si lo veía con perspectiva, fue fácil embarcarse en el puerto de Valparaíso y viajar por casi dos meses hasta llegar a Inglaterra... Tonta, impulsiva, llena de ira e ingenua...

En esos siete años parecía que había vivido más de dos vidas. La impulsividad se transformó en frialdad, la ingenuidad en cinismo y la ira... esa permanecía igual de viva pero templada.

En cuanto llegara a Bambergh debía planear cada uno de sus pasos. Solo tenía una oportunidad. No creía en la suerte y Dios no la ayudaría.

La luz del sol emergió en el paisaje con timidez. Lavinia agradeció sentir la tibieza en su cara.

Alec vio cómo ella rejuvenecía diez años con tan solo esbozar una sonrisa. Parecía brujería. Cambió de opinión; ese viaje iba a ser eterno si permanecía en silencio.

—¿De dónde proviene su apellido, señorita Expósito?

La sonrisa de Lavinia se desvaneció y lo miró. Repitió la misma historia de su origen que inventó para que nadie preguntara por familiares.

—En Chile, mi país de procedencia, a los bebés recién nacidos y abandonados los llaman expósitos. Las monjas de la Casa de Huérfanos solo nos daban un nombre. Cuando llegué a Inglaterra, adopté mi condición como apellido... Debía tener uno.

—¿Chile? ¿Dónde queda?

Esa era la segunda pregunta de rigor. Lavinia contestó, mecánica:

—En América del Sur. Es un país que se independizó hace poco de España.

—¿Y por qué vino a Inglaterra?

Esa era la tercera pregunta...

—No fue premeditado. Me metí a un barco para ver si todavía tenían comida en sus bodegas. Tuve suerte, comí hasta que me harté y me dormí. Fue muy tarde cuando me di cuenta de que el barco había partido. Viajé de polizón sin querer. —Una vil mentira. Pagó su pasaje como cualquier otra persona.

—¿La descubrieron?

Esa pregunta nunca se la habían hecho. Por lo general, no pasaban de la tercera. Solo respondió un escueto:

—No.

Alec entrecerró sus ojos, incrédulo, y cuestionó:

—¿Cómo es eso posible?

Lavinia tardó unos segundos en componer una historia convincente. El señor Croft parecía interesado, no se vislumbraba una actitud morbosa y cotilla.

—Bueno, no me descubrieron a tiempo como para lanzarme por la borda. Supongo que tuve suerte, ya estábamos cerca de Inglaterra cuando eso sucedió. Como puede apreciar, no soy una mujer muy grande. Era muy buena escondiéndome... Fue toda una sorpresa constatar que me encontraba en un país en el que no se hablaba español.

—Así que llegó sin dinero y sin hablar inglés.

—Exactamente. —Una verdad a medias.

—Impresionante... —Alec no se atrevió a indagar cómo llegó a la academia. La mayoría de las mujeres que se educaban en la institución ejerció la prostitución. Era una pregunta muy impertinente y la respuesta, dolorosa. En cambio, repuso—: Si no fuera por su apellido pasaría por inglesa. Su acento es impecable.

Lavinia sintió alivio. El interrogatorio del señor Croft se desvió por preguntas que podía responder con cierto grado de verdad. Detestaba mentir por deporte. Solo lo hacía por un bien superior. Sobrevivir. Cumplir su objetivo.

—Es la idea. Gracias a la Academia Hope y a su primo, lord Somerton, tuve una oportunidad. —Lavinia se dio cuenta en ese momento de que ya no sentía miedo. Tal vez se estaba acostumbrando al tono de voz del señor Croft. La expresión del caballero seguía siendo seria, pero había relajado su frente a medida que ella respondía sus preguntas. La luz del amanecer les confería a sus ojos castaños una pizca de calidez. Aquello le dio la valentía necesaria para indagar—: ¿Es verdad que los varones de su familia tienen apodos... demoniacos?

—Eso es cierto.

—¿Por qué? ¿No temen a la ira de Dios?

—No, Dios nos castigó lo suficiente antes de usar esos apodos cuando éramos niños.

Lavinia lo reprendió con la mirada. El señor Croft debía tener mucho dinero. Bastaba con ver su ropa a la medida y de buena calidad. ¿De qué modo pudo haberlo castigado Dios?

Lavinia no se dio cuenta de que hizo la pregunta en voz alta, y se horrorizó cuando Alec respondió:

—Dios me dio un progenitor ludópata, estafador, ladrón y golpeador, que terminó apostando a su esposa e hijos pequeños para pagar una deuda de juego. Fue toda una suerte que quien ganó la apuesta fuese un hombre honorable que nos protegió desde el primer día. Nos dio techo, comida, seguridad... y amor.

—Bendito sea... No considero que haya sido suerte, Dios les mandó ese buen hombre.

Alec coincidía; sin embargo, sintió el impulso de escandalizar a la señorita Expósito. Ella parecía ser una persona recta, conservadora, pero algo no lo convencía del todo, y repuso:

—¿Cambiaría su opinión si le digo que ese hombre se enamoró de mi madre, y le propuso convivir con él como si fueran marido y mujer aún estando vivo mi progenitor? —Lavinia lo miró con recelo—. Y ella aceptó porque también se enamoró.

Lavinia se quedó en silencio. Por un lado, la madre del señor Croft y el hombre que los protegió estaban pecando. Por otro, el esposo «oficial» era un desalmado que no merecía lealtad ni respeto. ¡Qué dilema! ¿Hasta dónde se podían aplicar las leyes de Dios sin causar innecesaria

aflicción? Si ella se ponía en su lugar, también transgrediría sus convicciones si tuviera que proteger a los suyos, cambiar golpes y una mala vida por amor... En cierto modo, ella también era una pecadora por un bien superior, por justicia.

La justicia que no les dio Dios.

Ella era la menos indicada para juzgar. En ese momento, se dio cuenta de que en Inglaterra se estaba convirtiendo en lo que más detestaba: una *pechoña*; una religiosa extremista, llena de falsa beatitud. Se convenció de que, si quería conservar su reputación de institutriz implacable, debía ser así.

Se reprendió por meterse demasiado en su papel.

El señor Croft la miraba alzando una ceja, desafiándola a juzgarlo. Bien, ella no era su institutriz. No tenía por qué ser tan santurrón.

—Mi opinión no cambia sobre el caballero y el actuar de su madre, hay ciertos matices que atenúan la falta.

—Exacto. Para su tranquilidad moral, esa situación solo se extendió por un par de meses. Mi progenitor falleció, liberando a mi madre en el proceso. Lo asesinó el padre de lord Somerton —agregó solo para escandalizar más a la señorita Expósito.

Y lo logró, ella entreabrió su boca y no pudo reprimir un jadeo.

—*Ave María Purísima...*

—¿Está hablando en español? —No entendió ni una sola palabra, pero la forma en que lo dijo le recordó a su cuñada, Bernie, que hablaba el idioma a la perfección. No obstante, en la señorita Expósito se escuchaba diferente.

Lavinia se tapó la boca como si hubiera cometido un crimen. El señor Croft la miraba... No podía definir su expresión. No sabía si se estaba ganando la aversión de su compañero de viaje, y si eso iba a incidir en su entrevista de trabajo.

Solo en ese instante se dio cuenta de que debía tener cuidado. No sabía hasta qué punto, el señor Croft podía influir en la decisión de lord Bambergh. Necesitaba tenerlo de aliado.

Entretanto, Alec se maldijo por su tono de voz, sabía que sonaba inquisidor. Antes no tenía ese problema con las personas, mas el volverse un hombre de negocios lo orilló a ser implacable... Le costaba encontrar un punto medio, y un indicativo de ello era el rostro horrorizado de la señorita Expósito, al escuchar una simple pregunta que él formuló por mera curiosidad.

La voz de Lavinia lo sacó de su autoflagelación interna cuando dijo:

—Perdón por hablar en español, fue de mala educación... Esa no era mi intención y...

Alec alzó su mano, interrumpiéndola.

—No, yo soy el que debe pedir perdón. Sé que mi voz y mi cara no son una invitación a la simpatía y la cordialidad, pero le juro que no quise ser impertinente con mi pregunta... Verá, su forma de hablar es diferente a la que le he escuchado a mi cuñada, ella lo aprendió de su nana, que es española...

Lavinia se llevó la mano al pecho, aliviada.

—Ah, era eso... La verdad es que a los ingleses no les gusta que se hable en frente de ellos en otros idiomas. Pensé que lo ofendí.

—Oh, no, por supuesto que no. Insisto, fue curiosidad.

—Es difícil notar sus intenciones. Concuerdo con su propia apreciación; su tono y expresión no ayudan. —Esbozó una sonrisa—. Me parece que la señora Witney tiene razón acerca de usted.

—¿Y qué dijo mi hermana sobre mí?

—Que es cortés y más amable de lo que aparenta.

Alec esbozó una sonrisa. Y a Lavinia le pareció que sí eran ciertas las palabras de Laura. Quizás las sonrisas las reservaba para los suyos y no para el resto del mundo.

Alec extendió su mano derecha y dijo:

—Creo que hemos empezado con el pie izquierdo. Hagamos un trato. —Lavinia no lo pensó dos veces y estrechó la mano de Alec con firmeza—. Ignore mi cara y mi voz. Se lo aseguro, usted se dará cuenta cuando esté enfadado de verdad. Tendrá que esforzarse mucho para lograrlo.

—Trato hecho. —Dio un leve apretón y soltó la gran mano masculina.

—Bien... Ahora, satisfaga mi curiosidad.

—Dígame.

—¿Puede decir algo en español? Quiero reconocer la diferencia con el acento que tiene mi cuñada.

—Oh... está bien... A ver... —Hizo memoria de un libro, uno de los pocos que conservó su familia después de la desgracia. Lo leyó tantas veces que aprendió muchos pasajes de memoria, pero había uno que la enorgullecía y recitó en español—: *Chile, fértil provincia y señalada en la región antártica famosa, de remotas naciones respetada por fuerte, principal y poderosa; la gente que produce es tan granada, tan soberbia, gallarda y belicosa, que no ha sido por rey jamás regida ni a extranjero dominio sometida.*

Alec observaba la boca de Lavinia, cómo fluían las palabras y su solemne entonación, parecía un poema... Algo en su voz decía que era importante. Cuando ella terminó, él parpadeó como si hubiera despertado de un sueño y señaló:

—Su español es diferente al que habla mi cuñada, la forma en que pronuncia algunos sonidos es más suave.

Lavinia asintió y respondió:

—Mi acento es el resultado de la mezcla entre los españoles y los pueblos que vivieron en mi tierra antes de la conquista. No marcamos las s ni las c como en España.

—Eso es... y también es otra entonación.

—Así es, pero al fin y al cabo es español.

—¿Y puede traducir lo que dijo?

Las palabras vinieron de inmediato a la mente de ella, así de arraigados tenía ambos idiomas. A medida que recitaba, las cejas de Alec se fueron arqueando con cierto asombro. Al terminar, Lavinia explicó:

—Lo escribió Alonso de Ercilla, se titula *La araucana*. Es parte de un poema épico, en el cual describe mi país y el pueblo que encontraron cuando llegaron los conquistadores; los araucanos.

—¿Y el autor era chileno?

—No, español. Él llegó a Chile en una de las empresas de conquista.

—Vaya, en esos versos parecía admirar a los... ¿Cómo dijo que se llamaban?

—Araucanos... o también les llaman mapuche. Y sí, había admiración. Los españoles jamás pudieron decir que lograron doblegarlos.

—Impresionante... —La miró por unos momentos y repuso—: Usted dijo que llevaban poco tiempo como país emancipado. —Lavinia asintió—. Eso quiere decir que nació en la época de las guerras de independencia.

Lavinia recordaba poco de ese tiempo, pero fue suficiente para sentir un nudo en la garganta. El señor Croft había escuchado de verdad sus respuestas. Las personas nunca volvían a indagar o conjeturar sobre ella o su pasado.

—En plena reconquista. Doy gracias a Dios por haber sido casi una bebé en esa época.

—¿Sería demasiada intromisión si le pregunto qué edad tiene?

—A mí no me ofenden mis años. En noviembre cumpliré treinta y uno.

—Ya era mayor cuando llegó a Inglaterra... ¿Por qué viste de luto? ¿Ha perdido a alguien querido recientemente?

Lavinia nunca se vio sometida a una conversación tan larga desde su llegada a Inglaterra. Siempre hablaba del presente, y pocas veces a la gente le interesaba su pasado. De tener uno del que pudiera hablar con libertad, podría decir que aún lloraba a los que habían partido.

Odiándose a sí misma por mentir una vez más, dijo:

—Los niños que llegamos a la Casa de Huérfanos en esos años éramos hijos de los que apoyaban a los patriotas, y que murieron por la causa. Las monjas tomaron la decisión de no ponernos nuestros apellidos de origen y fuimos expósitos para protegernos. La crueldad del contrataque español fue... brutal. —Parpadeó, era una mentira a medias su relato, pero la parte que era verdad relucía en las lágrimas que humedecían sus pestañas—. Por eso, cuando me pude comprar mi propia ropa, decidí que estaría de luto por ellos.

—Entiendo... —Alec bajó la mirada, avergonzado por hacer tantas preguntas—. Perdón por someterla a este interrogatorio, usted me produce mucha curiosidad.

—No entiendo por qué, soy una persona común y corriente.

—No sea tan modesta... De común y corriente no tiene nada.

Lavinia no sabía si sentirse orgullosa o darse golpes en la cabeza. Lo que más deseaba era no llamar demasiado la atención. Era momento de dar vuelta las tornas.

—Pamplinas, yo no soy la que ostenta un alias demoniaco... ¿cuál usa usted?

—¿No ofenderé su religiosa sensibilidad?

—Lo soportaré, no creo que me parta un rayo por escuchar su alias.

—Pongamos a prueba a Dios... Mi nombre es Badariel.

Lavinia lo miró, entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—No suena tan terrible.

—¿Cierto? Las personas son muy exageradas. En realidad, ese asunto de demonios, ángeles caídos y demás lo considero más mitología que algo verídico.

Las palabras de Alec tenían sentido para Lavinia, pero un lado de ella se negaba a reconocerlo. Era una mujer que intentaba mantener sus creencias y valores, pero su fe y consciencia, tambaleaban con sus actos y propósitos. A veces se resistía y otras, como en ese momento, caía.

—Y según esta... mitología, ¿quién es Badariel?

En esa pregunta, Alec notaba esa dicotomía que era Lavinia. Trataba de dar una imagen beata, pero era más liberal de lo que aparentaba. La miró a los ojos por largos segundos, esperando a que ella rompiera el contacto, mas lo sostuvo.

—Es un ángel caído. Aparece en el libro de Enoc.

—¿Y por qué decidieron usar esos nombres?

—Cuando entré a Eton junto con mi hermano y mis primos, nos tildaron como los Herederos del Diablo. Nuestros progenitores fueron de todo, menos buenos hombres. A la sociedad le encanta castigar a los hijos de los pecadores... Y los niños suelen ser muy crueles a

la hora de replicar lo que hacen y dicen los adultos. Nosotros éramos miembros indeseables, hijos de hombres viciosos que arruinaron a sus familias. Nuestras madres fueron consideradas adúlteras, por haber encontrado el amor cuando ya no tenían más esperanza, y se enlazaron a hombres que tampoco eran considerados ejemplares, por el hecho de amarlas y aceptarlas. —No dejaba de mirar a Lavinia, ansiaba ver cómo reaccionaba—. Ya sabe lo que sucede cuando una mujer cae en la desgracia. —La institutriz asintió. Sus compañeras en la Academia Hope tenían historias desgarradoras, la de ella parecía un día de campo si entraba en las comparaciones—. En fin... Tomamos como nuestra esa definición para defendernos de quienes nos acosaban. Éramos Herederos del Diablo, les dimos lo que pidieron.

—Se vengaron.

—Cada afrenta fue pagada. Si nos golpeaban, devolvíamos el golpe; si nos humillaban, nosotros destrozábamos su soberbia.

«Un ángel caído y vengativo», fue el pensamiento fugaz de Lavinia. Fue inevitable soltar la pregunta que rondaba su mente desde hacía una vida:

—¿Se siente bien... la venganza?

Alec se tomó su tiempo para contestar. En el ambiente solo se escuchaba el sonido mecánico del tren siguiendo la senda que marcaban los rieles. Lavinia se había inclinado hacia él, a la expectativa de sus palabras. Se acomodó y se mesó la barba, dubitativo. A la postre, dijo:

—Sí, siempre y cuando uno acepte que habrá consecuencias. Desde pequeños, sabíamos que íbamos a vivir al margen de la buena sociedad. A nuestras familias solo las aceptan por el poder que les otorga el dinero, y nosotros, sus descendientes, hemos sabido tener un lugar en muchos ámbitos que no todos los aristócratas pueden ostentar o no se atreven a introducirse.

—Siempre me ha llamado la atención eso. A los aristócratas les gusta el dinero y el poder, pero dicen que es de desagradable hablar de ello.

—Hipócritas... Hablar de dinero solo evidencia que el único tema que manejan es sobre la tierra. No tienen idea de cómo hacer dinero con empresas e inversiones, les avergüenza su propia ignorancia.

—Y lo encubren con altanería.

—Así es...

—Hábleme más de los Herederos del Diablo... Será un viaje largo.

—Y ni siquiera han pasado dos horas... Nos quedan veintidós para llegar a Newcastle. Si tenemos suerte, alquilaremos un carruaje que nos llevará a Bamburgh, tardaremos unas ocho horas.

—Estoy segura de que tendrá muchas historias que contar.

—Sí... ¿Qué le parece si empiezo por el principio?

—Así será más fácil.

—Bien, todo comenzó cuando mi tía, quien, en ese entonces, se llamaba lady Olivia Martin, se comprometió con el conde de Felton...

Capítulo III

—Y cuando mi hermana lanzó el ramo, al fin lo pude atrapar.

Lavinia rio ante el tono orgulloso y ladino de Alec, y repuso:

—¿La tercera fue la vencida?

—Sí, veamos si la tradición del ramo aplica a los varones.

—En su hermano resultó. —Suspiró y miró por la ventana. Todo era negrura, mas podía percibir que la velocidad del tren descendía poco a poco. Volvió su atención a Alec—. ¿Por qué se atrevió a evidenciar sus ganas de casarse de una forma tan exagerada?

—Diversión e, irónicamente, mi madre y las demás grandes damas dejaron de fastidiar con el asunto del matrimonio. Saben que, si no me he casado, es porque no he tenido la misma fortuna que mis hermanos.

—Muy astuto. —Envaró su postura y, como la institutriz estirada que era, dijo—: Le deseo suerte para encontrar a una dama que sepa ver más allá de su apariencia... y de su sobrenombre.

—No lo sé. La verdad es que la tarea de buscar una esposa requiere demasiado tiempo y esfuerzo. Mi trabajo absorbe todo mi tiempo y estoy demasiado cansado como para esforzarme...

—Lo describe como si fuera un trabajador de una mina de carbón.

—A veces me siento así... No me tome en serio, tiendo a exagerar.

—Así veo... Por lo que he deducido, lo común en su familia, al contrario de lo que dicta la sociedad, es casarse por amor. Supongo que, en cierto modo, es más difícil.

—Un enlace por conveniencia es fácil, pero me pongo en el lugar de la hipotética mujer que va a ser mi esposa y lo descarto por completo... No me mire así.

Lavinia fue consciente de que apretaba los labios para no reír. Fingió inocencia y repuso:

—¿Así cómo?

—Por dentro usted debe estar riéndose de mí.

Atrapada, pero tenía una explicación.

—No me río de usted, solo me pregunto, qué es lo que piensa cuando se pone en el lugar de su hipotética esposa por conveniencia.

—Creo que es muy íntimo para exteriorizarlo a una dama como usted.

—Oh, entiendo... —Lavinia conocía la connotación de la palabra «íntimo». Convenía que era un tema complicado, si ella fuera la muchacha inocente de hacía quince años; pero el mundo y la vida le arrebató ese tierno candor. Entendía los reparos del señor Croft; él respetaba a las mujeres, al punto de no querer poner en la ecuación: estabilidad económica a cambio de un cuerpo para engendrar. Como la adulta madura que era, repuso—: Usted es demasiado decente para una unión por conveniencia. Voy a tener que corregir mi deseo para usted; en estos tiempos que corren, creo que no es necesaria la suerte, sino un milagro.

Alec rio. A esas alturas del viaje, Lavinia se había acostumbrado a las estentóreas carcajadas del señor Croft. Esa mañana, la primera vez que las escuchó fue algo impresionante. Se reía con ganas, como si la adultez no le hubiera quitado esa capacidad que tienen los niños de expresar alegría, diversión.

Sintió envidia, ella podía reír, mas no lo hacía con el alma. No sabía lo que era reír de felicidad, o por el puro placer de expresar un disfrute efímero pero significativo.

Alec dejó de reír y de pronto quiso preguntarle a la señorita Expósito si alguna vez deseó casarse, o si hubo algún hombre que hubiera robado su corazón. Ella solo reveló pedazos

inconexos de su pasado, los que lo intrigaban.

No pudo formular su interrogante, el tren se detuvo en la estación. Miró la hora en su reloj de bolsillo, faltaban diez minutos para las once de la noche.

—Llegamos a Manchester.

El día pasó volando, relatándole a la señorita Expósito la vida y obra de sus familiares y amigos. En cada estación, ellos compraban algo para comer, iban al baño o estiraban las piernas.

Lavinia se levantó, se puso la capa, la bufanda y los guantes. Alec la secundó. Ambos tomaron sus equipajes de mano. A lo largo del viaje, se volvió una acción rutinaria.

Al bajar del tren, Lavinia frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué es ese olor?

—Esto es el aroma de «Algodonópolis», señorita Expósito; tierra húmeda, carbón y humo. Hay más fábricas de algodón que casas en esta ciudad. Le aconsejo que no tome agua si tiene sed. El sabor es raro.

—Lo tendré en consideración... —Abrió su bolso de mano y sacó un libro. Era el *Bradshaw's Companion Railway*. Hojeó el libro hasta la página veintiséis y soltó un resoplido; estaban a mitad de camino. Miró a su alrededor buscando un letrero que les indicara la salida del andén. La estación era inmensa, el alto techo de hierro los protegía de los elementos, y una hilera de farolas a gas proyectaban las sombras de los pocos pasajeros que, tal como ellos, estiraban las piernas.

La voz de Alec la sacó de sus pensamientos cuando dijo:

—Por aquí...

Alec la guio hacia una escalera que los llevaba a un puente que estaba por sobre el nivel de las líneas férreas.

La estación daba una sensación de estar inmersa en una novela gótica. Todo estaba envuelto en una ligera bruma, la cual se mezclaba con el vapor que escapaba de las locomotoras. A medida que avanzaban, se alzaba ante ellos el edificio de administración y servicios. Desde sus grandes ventanales, se notaba la actividad interior gracias a las luces titilantes provenientes de las lámparas a gas.

Caminaron hasta llegar al hall central. En el lugar se encontraba una cafetería y el baño. Las instalaciones eran nuevas y relucientes. Lavinia observaba todo con interés, ese viaje era una fuente de conocimiento.

Antes de comprar algo de comer en la cafetería, optaron por aliviar las necesidades primordiales más urgentes. No volverían a ver un baño hasta las dos de la madrugada.

Separaron sus caminos.

Tras breves minutos, Alec terminó primero. Lavinia tardaba... Demasiado.

Miró la hora en su reloj, llevaba diez minutos esperando. En cualquier momento partiría el tren. La inquietud le hizo mirar hacia el baño de damas.

Lavinia justo salía con sus ojos llorosos, despeinada y su ropa desarreglada.

Alec sintió que el alma se le caía a los pies. Mientras iba a su encuentro, miles de conjeturas cruzaron por su cabeza, cual más terrible y sórdida que la otra...

No pensó en lo inapropiado que era tomarla de los hombros y preguntar con demasiada dureza:

—¿Quién le ha hecho esto?

Lavinia abrió sus ojos, sorprendida, mas no atemorizada por el contacto y respondió:

—Na... nadie...

—¿Por qué está así?

Las lágrimas de Lavinia cayeron mientras se apresuraba a aclarar:

—Nadie me ha hecho nada... Es que he perdido algo muy importante... Un anillo de oro que colgaba de una cadenilla... Es, es mi tesoro... No puedo perderlo... ¡No puedo! —Se limpió las lágrimas con brusquedad—. Tengo que encontrarlo.

Esa respuesta no alivió a Alec. Comprendía que había objetos con gran valor sentimental, pero en personas como Lavinia, ese valor aumentaba al infinito.

—Volvamos sobre nuestros pasos. Supongo que lo buscó en el baño.

—Sí, busqué entre mis ropas, mi cabello, mis zapatos, en el suelo... No está... no está.

—Bien. Tal vez se cayó mientras íbamos al baño.

Buscaron a medida que volvían al tren. Por la hora no se encontraban muchas personas en la estación, pero si alguien lo encontraba antes que ellos, no había esperanza de que fuera devuelto.

El sonido del silbato del tren les anunció que el tiempo se les acababa. Lavinia vio la humeante locomotora y palideció.

—No puedo perder el tren... —Volvió su atención al suelo, desesperada.

—Vamos, señorita Expósito. Seguiremos buscando hasta que lleguemos al tren.

Aceleraron sus pasos, su búsqueda se tornó frenética.

Nada. Ni rastro del anillo o la cadenilla.

El silbato sonó por segunda vez, anunciando la partida. Alec y Lavinia emprendieron una carrera hacia los vagones. La búsqueda había terminado.

Lavinia miró hacia atrás, despidiéndose de su más valioso recuerdo, el último vestigio tangible de su pasado.

El tren inició su pesada marcha. Alec, desesperado, tomó de la mano a Lavinia que se quedaba atrás. Corrió, corrió, y no lograba alcanzarlo. Forzó sus piernas a ir más rápido. Se deshizo de su maleta lanzándola a ese pequeño rellano que había entre la entrada al vagón y las escaleras de acceso. Una vez libre, logró alcanzar el pasamanos y se aferró a él sin soltar a su compañera.

Se impulsó y subió al primer peldaño.

La velocidad aumentaba.

Lavinia sintió que las puntas de sus pies apenas tocaban el suelo, su bolso de mano era un verdadero lastre... ¡Iba a caer!

¡Perdería el tren!

Sintió que el señor Croft le daba un fuerte tirón que la alzó e impulsó hacia él... La sensación fue lo más cercano a volar.

—La tengo. —El pecho de Alec subía y bajaba, agitado—. La tengo, querida.

La última vez que Lavinia sintió el cuerpo de un hombre fue cuando intentaron violarla. Desde esa instancia, huyó de la cercanía con las personas, limitándose a lo esencial.

Siempre pensó que, si volvía a experimentar el contacto de un hombre, se sentiría asqueada.

Jamás imaginó que con el señor Croft, el hombre que le causaba tanto temor en el pasado, se sentiría segura, a salvo, protegida.

Pudo haberse separado en el acto, pero se quedó un ratito más, envuelta en el calor y recuperando el aliento. Quería tan solo un segundo de paz. Inspiró profundo, el aroma a ropa limpia y a algo indescriptible plagó sus sentidos. Soltó el aire de sus pulmones y volvió a

inspirar.

El fugaz sentimiento de querer quedarse ahí para siempre se desplomó con el recuerdo de los ojos de su abuelo, agonizando.

«*Promételo, Catralla... ¡Hazlo!*».

Por puro instinto quiso tocar el anillo que colgaba de su pecho.

Recordó que lo había extraviado.

Y lloró como una niña, sola y perdida.

El viento y el frío azotaban sus cuerpos. El tren ganaba una velocidad peligrosa para la posición y el lugar en el que se encontraban. Alec, pese a que no era el momento más oportuno, susurró:

—Vamos, señorita Expósito. No podemos seguir aquí.

Lavinia, sin ser capaz de levantar la mirada, solo asintió.

Alec la instó a entrar en el vagón mientras recogía su maleta. Estaban en la zona de segunda clase.

Llegar al vagón de primera clase fue una triste procesión. Alec sentía la desazón que le transmitía Lavinia que caminaba detrás de él. Sus pisadas se volvieron pesadas, y contrastaban con la mezcla de sonidos que llenaban el ambiente: el traqueteo de la locomotora, el murmullo de las conversaciones de los pasajeros que aún estaban despiertos, o el ronquido de uno que ya debía ir por el quinto sueño. Por más que él sabía que no transitaron por ahí al bajar del tren, seguía buscando el anillo de la institutriz en cada paso que daba.

Era absurdo, aún no perdía la fe.

Llegaron al vagón de primera clase, al final se encontraba el compartimiento que habían usado durante todo el viaje. Alec abrió la puerta con la esperanza de que no lo hubieran ocupado.

Una pequeña chispa de satisfacción se encendió al encontrarlo vacío. Un lugar familiar.

Sin palabras se apartó y conminó a Lavinia a entrar. Lo primero que ella hizo fue soltar su bolso y ponerse de rodillas para buscar el anillo.

Alec no intervino. Hacía años que no miraba al cielo y le pedía a eso que llamaban Dios que apareciera el anillo de la señorita Expósito. Solo por ella volvió a hacerlo.

No ocurrió ese absurdo milagro.

Tras varios minutos, Lavinia se levantó y se sentó. Apretó los labios y su mentón tembló. Sus ojos se fijaron en la ventana, aunque el exterior solo fuera su propio reflejo, oscuro y deslavado.

Alec se sentó frente a ella y miró el reflejo de Lavinia en el vidrio. Lloraba en un orgulloso y resignado silencio.

No dijo nada, solo le ofreció su pañuelo. Sabía que ella debía tener el propio, pero era inevitable para él entregar alguna clase de consuelo para quien lo necesitara.

Lavinia recibió el pañuelo y murmuró un sentido «Gracias».

Alec asintió. De pronto, una imagen de su pasado llegó a su mente. Estaban él y su hermano, Thomas, en la casa de Richmond. Habían peleado por un juguete, un soldadito de plomo. Su madre escribía una carta... Nunca olvidaría ese sermón que les dio sobre la familia, que ella moriría un día, y que solo se tenían ellos dos. En ese momento, aun siendo niños, se dieron cuenta de la situación; ya no había sirvientes, su madre se hizo cargo de todas las labores domésticas, siempre parecía a punto de llorar y la comida era cada vez más escasa.

Por querer consolarla, él le ofreció a su madre que prepararan el desayuno juntos. Dios, nunca olvidaría la sonrisa de ella, que vagaba entre la profunda tristeza y la alegría. Esa fue la

primera vez que se sintió útil.

Detestaba no poder dar soluciones, respuestas, o una reparación... En la situación que se encontraba en ese momento, solo tenía un inútil pañuelo, pero no había nada más que hacer.

En algún punto, la señorita Expósito se resignaría a la pérdida. Intuía que ella lo lograría, o al menos, alcanzaría algo parecido a eso.

Entre ellos no hubo más que silencio y el sonido mecánico y constante del tren.

Los minutos se transformaron en horas y, con ellas, llegó el sueño.

Lo último que vio Alec fue el ademán de Lavinia de llevarse la mano al pecho, y volver a llorar.

El amanecer golpeó a Alec con un dolor de cuello. Se sentía cansado; el sueño no fue reparador, y se vio pendiente de la señorita Expósito cada vez que él recobraba la consciencia.

Sus recuerdos eran fugaces pero vívidos. Varias veces abrió los ojos y se encontró con la triste escena de Lavinia y su mirada perdida en la ventana. Luego hubo un momento en que la vio durmiendo, sentada y arrebujada en su capa. Cerca del amanecer, Alec volvió a despertar, la señorita Expósito parecía tener un sueño intranquilo, murmuraba, una y otra vez, palabras en español que él no comprendía.

La luz pálida matutina entraba velada gracias a la humedad de los vidrios de la ventana. Alec pasó la mano y se encontró con la deforme inmensidad del paisaje que se veía más allá, y que parecía inamovible. Se podía vislumbrar el cielo cubierto por sombrías nubes que anunciaban la lluvia. La velocidad del tren solo era evidente por los árboles que bordeaban la línea férrea y pasaban como un suspiro.

Observó a la señorita Expósito. Dormía ovillada en el mullido asiento. Parecía una pequeña montaña de tela negra y opaca, apenas se veía su cara. Recordó todo el episodio de Manchester y se sintió inútil. No entendía por qué le afectaba tanto la pérdida de la institutriz.

Se preguntó dónde estaban. Miró la hora en su reloj de bolsillo. Eran las ocho y cuarto. Si no hubo retrasos mientras dormían, se suponía que se encontraban cerca de la estación de Newcastle; esa era su parada.

Suspiró, a pesar de que quería que Lavinia durmiera un poco más, prefirió despertarla.

Se acercó y la movió con gentileza.

Lavinia abrió los ojos y lo primero que vio fueron los de Alec. La voz grave de él hizo que su mirada se desviara a los labios masculinos que decían:

—Pronto llegaremos a Newcastle, señorita Expósito.

—Oh... Sí... —Se dio cuenta de que aún empuñaba el pañuelo de Alec. Se lo devolvería limpio y planchado en cuanto llegaran a Bamburgh—. Gracias, señor Croft.

Lavinia se tapó la boca y bostezó. Con movimientos pesados, ella se enderezó. Discreta, guardó el pañuelo en el bolsillo escondido en la falda. El señor Croft era un caballero, no se lo pediría de vuelta.

Se quedaron envueltos en un silencio denso. Alec no sabía cómo aligerar el ambiente. Por su parte, Lavinia no hallaba una forma de iniciar una conversación sin sentir que volvería a llorar.

Tal vez, con el paso de las horas, se conformaría con la pérdida material... Aún quedaban sus recuerdos.

El tren se detuvo en Newcastle. Alec y Lavinia se bajaron y fueron en busca de sus equipajes. Ambos llevaban baúles; él, con lo suficiente para dos semanas; ella, con la vida repartida en todas sus posesiones.

Alec consiguió un carrito para transportarlos dentro de la estación. Mientras caminaban hacia la salida, él propuso una idea que rondaba por su cabeza desde que la vio durmiendo ovillada:

—¿Qué le parece si descansamos hoy en una posada y partimos mañana más repuestos?
—Se masajé el cuello e hizo una mueca—. El dolor me está matando y no fue una buena noche para usted.

Por un instante, Lavinia pensó en negarse. Sin embargo, la idea del señor Croft era seductora. Le estaba ofreciendo un respiro, y debía admitir que lo ansiaba. Debía presentarse ante lord Bambergh como la institutriz que necesitaba.

—Sí, creo que será lo mejor. Necesito descansar.

—Fabuloso... y no se preocupe por el dinero, permítame invitarla. —Lavinia abrió la boca para rechazarlo, mas él puso su cara de hombre amargado y dijo—: Insisto, señorita Expósito. No aceptaré su negativa.

Un suspiro cansado fue toda admisión por parte de ella.

Llegaron a la posada The Grey's Lantern. Sus muros de piedra oscura, y el letrero de hierro forjado que pendía a la entrada le daban un encantador aspecto rústico. Según la recomendación del cochero del carruaje que alquilaron, era el mejor lugar para descansar. Se encontraba lejos del bullicio del centro, la comida era más que decente y cambiaban las sábanas todos los días.

Entraron a la posada y el ambiente fue un bálsamo para el alma. La chimenea estaba encendida y proporcionaba un delicioso calor. Estaban a tiempo de desayunar, en el ambiente todavía se podía percibir el olor a huevos revueltos, té, tostadas, gachas con miel, arenques y más.

Lavinia se quedó en un rincón custodiando los baúles mientras Alec se acercaba al posadero. Ella no podía adivinar lo que hablaban, pero de pronto ambos hombres la miraron de reojo y luego siguieron con su intercambio.

El posadero llamó a un jovencito, Scott era su nombre, y le ordenó que llevara los baúles a las «habitaciones de lujo».

A juzgar por la modestia del lugar, Lavinia esperaba que lujo fuera lo mismo que privado, limpio y cómodo.

Cuando Alec llegó a su lado la instó:

—Vamos...—Su tono de voz se volvió socarrón cuando añadió—: Sigamos a Scott a las «habitaciones de lujo». Más le vale al señor Grey que sea cierto.

—Ojalá.

Subieron las escaleras hasta llegar a la tercera planta. Scott se encontraba en el umbral de la puerta de una de las habitaciones. Se quitó la gorra y dijo:

—Esta es la habitación de la dama. —Lavinia notó que su baúl ya estaba en el interior. Scott señaló la estancia de enfrente, cuya puerta también estaba abierta y agregó—. Y esta es la del caballero. Que tengan una agradable estadía.

—Gracias, Scott. —Alec le dio unas monedas que le dibujaron una gran sonrisa al

muchacho, el que se retiró de inmediato. Cuando quedaron a solas, Alec le entregó unas llaves a Lavinia y repuso—: ¿Desayunamos?

—Sí, estoy famélica.

—En cinco minutos nos reuniremos en el comedor, ¿o necesita más tiempo para refrescarse?

—Con cinco minutos me bastarán. —Avanzó un paso hacia su habitación. Se detuvo, y por sobre su hombro dijo—: Muchas gracias por todo. Se ha tomado más molestias de lo necesario.

—No ha sido nada, señorita Expósito.

Ambos entraron y cerraron sus puertas. Ambos se apoyaron descansando su cabeza en ellas.

Alec soltó un resoplido. ¿Por qué demonios sentía la necesidad de consolar a la señorita Expósito? Era consciente de que esa era una inclinación natural en él, pero en otras situaciones, con otras personas podía establecer un límite. No era la primera vez que escoltaba a una alumna de la academia. Debía dilucidar el motivo cuanto antes.

Lavinia tuvo el impulso de tocar su anillo, que era más bien un talismán. Se maldijo, debió comprar una cadena más resistente hacía tiempo y no lo hizo. Su nueva y triste misión era empezar a controlar el reflejo de buscar consuelo en él, no iba a ser fácil borrar una costumbre de trece años.

Ambos le dieron una rápida ojeada a la habitación. Sí, de verdad eran de lujo.

Después del desayuno, Lavinia subió a su habitación y durmió. El agotamiento y la tristeza fueron mitigados con descanso, un ambiente cálido, un colchón blando, sábanas limpias y el estómago lleno.

Cuando despertó, no supo calcular qué hora era. El día nuboso no daba cuenta del transcurso del tiempo. Buscó en la mesita de noche su pequeño reloj de bolsillo; eran las cuatro y media, pronto el crepúsculo caería sobre la ciudad.

De súbito, notó que había un mensaje que alguien deslizó bajo su puerta. Lavinia se levantó y lo recogió.

Al desplegar el papel, leyó:

Señorita Expósito:

A las tres voy a salir a recorrer el centro de la ciudad, me contaron que hay un mercado muy bien abastecido. Si está despierta antes de esa hora, le extiendo la invitación.

Si al leer esta nota ya es tarde, siéntase con la libertad de comer algo y cargarlo a mi cuenta. Y si quiere salir, por favor dé aviso al posadero.

Que tenga un espléndido día.

Su servidor,

Alec Croft

—Ya es tarde, señor Croft. —Suspiró—. Qué lástima. Con lo que me encantan los mercados. Mejor lavaré el pañuelo que me prestó para devolvérselo.

Buscó el pañuelo entre sus ropas, también una pastilla de jabón y una pequeña plancha en su baúl. Vertió agua en la palangana y lo lavó.

La acción de restregar le hizo recordar a su madre. Ella lavaba ropa en una artesa de madera, con su pecho mojado estilando agua hasta formar una charca bajo sus pies... No recordaba haberla visto de otra forma.

—Antes no tenía que hacer eso, Catalina. Teníamos muchos sirvientes —contaba mientras restregaba la ropa—. Los realistas nos quitaron casi todo, con suerte me dejaron vivir en esta casa... No podíamos salir... —La miró, ternura y aflicción había en esos ojos marrones—. Pero el trabajo dignifica, nos da independencia. Algún día recuperaremos lo perdido. Cuando tu padre se dé cuenta de que ya no hay peligro, volverá. Ven, hijita, ayúdame a estrujar esto.

Lavinia se sorbió la nariz. Mariana, su madre, nunca perdió la esperanza, pero fue inútil inculcársela a su hija, quien, con el paso de los años y las humillaciones de sus vecinos, solo sintió resentimiento. Ese mismo resentimiento que alimentó su abuelo hasta el día de su muerte.

Sin embargo, a pesar de sus diferencias, ella adoraba a su madre y la admiraba. La crio, la educó y le enseñó a no rendirse.

Enjuagó el pañuelo blanco de algodón. En una de sus esquinas tenía un hermoso bordado con las iniciales de su dueño. Esbozó una sonrisa. Alec Croft era más que un sobrenombre y un ceño fruncido. A lo largo de sus años tratando con aristócratas, Lavinia podía decir que él era la gran excepción.

Estrujó el pañuelo y lo dejó colgado sobre una silla. Se vistió para pedirle al posadero un poco de carbón para su plancha.

A la hora de la cena, Alec golpeó la puerta de la habitación de Lavinia. Ella no tardó en abrir. Él le sonrió.

—Buenas noches, señorita Expósito. ¿Ha descansado?

—Sí, señor Croft. De verdad lo necesitaba. Muchas gracias.

—Me alegro. Tiene mejor semblante que en la mañana... Me preguntaba si usted me quiere acompañar a cenar. El desayuno fue bastante decente.

—Será un placer. Deme un momento. —Lavinia fue a buscar sus llaves y volvió en una exhalación—. Vamos, señor Croft.

Alec le hubiera ofrecido el brazo, pero la estrechez de la escalera no lo permitía.

El comedor estaba lleno, la luz de las lámparas de aceite bañaba de dorado la estancia. La gente que se reunía en el lugar conversaba, reía, y sus voces mezcladas con el sonido de platos y cubiertos eran una alegre cacofonía.

El estómago de Lavinia rugió.

Alec la guio hasta el pequeño comedor privado de la posada, y se sentaron uno frente al otro. De inmediato llegó la señora Grey, la esposa del posadero, a tomar su orden.

—Buenas noches, el menú de la cena es carne asada con verduras y papas al horno, pastel de pollo con champiñones y cordero asado con salsa de menta, nabos y papas. Para beber tenemos cerveza, sidra de manzana y oporto.

Alec, con un gesto instó a Lavinia a que pidiera primero. Ella esbozó una sonrisa y dijo:

—Comeré el pastel de pollo y sidra, por favor.

La señora Grey no anotó nada, solo se limitó a mirar a Alec, atenta a su orden.

—Yo comeré carne asada y cerveza, por favor. ¿Tienen postres?

—Sí, claro. Budín de ciruelas y tarta de manzana.

—Y me trae tarta de manzanas. —Miró a Lavinia—. ¿Postre?

—También tarta, por favor.

La señora Grey asintió y se retiró.

Lavinia quiso iniciar la conversación. Tarde se dio cuenta de que buscaba su anillo colgando de su pecho. Empuñó el vacío con su mano. A Alec no le pasó desapercibido el gesto.

Lavinia tensó una sonrisa y preguntó:

—¿Cómo le fue en el mercado, señor Croft? Era tarde cuando vi su mensaje. Me hubiera gustado ir con usted.

—Encontré un juego de ajedrez con piezas muy diferentes a las tradicionales. Era una verdadera ganga.

—¿Le gusta el ajedrez?

—Sí, pero soy pésimo jugando. Cuando mis sobrinos y los hijos de mis primos y amigos crezcan, seré el contrincante ideal; opondré resistencia, pero me ganarán de todas formas.

—Oh, no puede ser tan malo.

—Todo el talento para los juegos de ingenio o azar, lo heredaron mis hermanos.

—No lo hubiera podido imaginar con su rostro siempre serio, debería ser un buen oponente en el Vingt-Un.

—No crea. Una vez me ganaron las hijas menores de lord Corby y el duque de Ravensworth. Menos mal que no apostamos dinero de verdad.

Lavinia rio. Según lo que le había contado Alec, las damas en cuestión tenían entre quince y nueve años. La imagen de tremendo hombre jugando con ellas era hilarante.

Las bebidas llegaron primero y Lavinia probó un sorbo, la sidra sabía delicioso. No obstante, Alec bebió hasta vaciar su pinta.

—Aaaaaah, tenía sed. —Miró a Lavinia, ella se tocaba los labios y luego lo señalaba a él—. Oh, maldita sea... Perdón, señorita... —Se limpió la espuma de su bigote con una servilleta—. Disculpe, a veces tengo lenguaje de marinero.

—Ese lo entiendo bastante bien. No se preocupe, no soy tan sensible con las groserías... Aunque considero que en español tenemos mejores insultos. Suenan con más pasión.

Fue el turno de Alec para reír. Se imaginó a la estirada señorita Expósito soltando una ristra de insultos en español sin respirar.

La humeante comida llegó a su mesa y ambos dejaron la conversación de lado, salvo para pedir más cerveza y sidra. Debían admitir que la recomendación del cochero tenía sustento. Si el desayuno de la posada era delicioso, la cena era exquisita. Lavinia siempre consideró que la cocina inglesa no era sabrosa. Le faltaba sazón y sus mezclas no eran apetitosas, pero esa noche algo tenía de especial y disfrutó de la cena.

Cuando terminaron de comer la tarta de manzana, Lavinia soltó una exhalación colmada de satisfacción. Miró a Alec, él también tenía una expresión que reflejaba estar tranquilo y a gusto. Lavinia recordó el pañuelo.

—Ah, cierto... —Esculó el bolsillo de su falda y sacó el pañuelo de Alec limpio y planchado—. Muchas gracias por prestármelo...

Alec asintió con la cabeza, lo recibió y se lo guardó en un bolsillo. De ese mismo lugar sacó una bolsita de terciopelo y dijo:

—¿Se acuerda de la historia de mi primo Justin?

—¿El que perdió sus falanges?

—Él mismo... Bueno, resulta que Justin tenía la costumbre de chasquear sus dedos y, como comprenderá, después de perderlos, no podía. El asunto es que él seguía insistiendo hasta que lo logró con otro dedo, sustituyó su costumbre por una parecida. —Lavinia lo observaba, esperando a que él llegara al punto. Alec había ensayado su discurso, pero no se imaginó que se sentiría nervioso al decir—: Bueno, me he dado cuenta de que su anillo, aparte de tener un evidente valor sentimental, también era como un talismán. La he observado y siempre está tocando su pecho, en el lugar donde estaba... y... esteeee, tome... —Le acercó la bolsita de terciopelo y esperó a que ella la abriera. La institutriz sacó una cadena de plata, pendía un anillo del mismo metal precioso con un hermoso labrado de hojas y flores. Su mirada era una mezcla de sorpresa y conmoción. Alec aprovechó su silencio para añadir—: Sé que no es lo mismo que su anillo, ni tiene el mismo valor y significado, pero si lo usa, no encontrará el vacío que quedó al perderlo.

Los ojos de Lavinia se humedecieron y ella sonrió. No fue capaz siquiera de intentar rechazar ese obsequio.

—Gracias, señor Croft... —Sus dedos temblaron al tratar de abrir el broche de la cadenilla—. Ay, qué torpe.

—Permítame. —Alec tomó la cadena de las manos de Lavinia, rozando sus dedos en el proceso, y se la puso al cuello—. Listo.

—Será mi nuevo tesoro —declaró Lavinia con su voz estrangulada. Era la primera vez que tenía algo así que fuera nuevo, de ella—. Gracias, señor Croft. Es precioso... No debió tomarse esa molestia.

—Sé lo que se siente perder algo preciado. Considero que toda clase de consuelo, sea grande o pequeño, sirve.

—Creo que tiene razón. —Guardó la cadena dentro de su ropa y posó su mano en su pecho—. Ya no se siente el vacío.

Alec sonrió.

—Era la idea.

Y en ese momento Lavinia pensó que no importaba cómo terminarían sus días, o si nunca más volviera a tener la oportunidad de encontrarse con el señor Croft. Él ya ostentaba un lugar de honor en su memoria y en un rincón de su corazón.

Capítulo IV

A las nueve en punto del día siguiente ya estaban camino a Bamburg. El carruaje no era muy grande por lo que debían estar sentados uno al lado del otro.

Alec miró el cielo por la ventanilla. Si tenían suerte, podrían avanzar bastante antes de que la lluvia los sorprendiera.

Por su parte, Lavinia no se sentía tranquila, y no por la cercanía de Alec. Al final del día llegaría a Bamburg.

«Una institutriz debe planificar su lección antes de darla», se repitió. Sentía que no podría domar sus impulsos, temía arruinarlo todo al final del viaje. Alec la sacó de sus pensamientos cuando dijo:

—Ay, no... Dios no quiere que lleguemos temprano. —Señaló las gotas que se estrellaban contra el vidrio de la ventanilla—. Espero que las famosas fiestas del fin del verano no sean tan lluviosas, de lo contrario me sentiré estafado.

—¿De qué fiestas habla?

—Ahora me doy cuenta de que solo hemos conversado sobre mi familia, algunas cosas de usted, pero no le he contado por qué voy a ese pueblo costero perdido de la mano de Dios. —Rio. No obstante, las risas murieron ante el semblante serio de la institutriz—. Oh, no es tan terrible, señorita Expósito. Resulta que voy a convencer a lord Lauder y a lord Bamburg para que inviertan en mi empresa ferroviaria, y de paso, estaré dos semanas descansando en un castillo en un ambiente festivo. El fin de este viaje no será una despedida para nosotros, al menos por dos semanas.

«Un ambiente festivo es propicio para provocar un “accidente”», pensó Lavinia. «Pero no será tan satisfactorio si no le restriego en su cara por qué está pagando», zanjó. Su mente ya trabajaba en cómo poder llevar a cabo su objetivo. La presencia del señor Croft sería un incordio en esas dos semanas.

Se imaginó su cara de decepción si la llegaba a descubrir.

Se deshizo de esa violenta sensación de culpa y de aflicción. Eso no iba a suceder. Solo eran dos extraños que compartían un viaje. Se olvidaría de ella en cuanto abandonara Bamburg.

—Bueno, no sé si nos veremos durante su estadía. Recuerde que, si me quedo con el trabajo, seré una empleada. Estaré la mayor parte del tiempo con mi alumna.

—Algunos aristócratas permiten que sus institutrices o damas de compañía compartan en la mesa.

—Usted lo dijo, algunos. En mi último trabajo, la única distinción que gocé, respecto al resto de la servidumbre, fue una habitación más grande, y con grande me refiero a un espacio suficiente para tener una mesita de noche. Aunque reconozco que me pagaron muy bien.

—Ojalá lord Bamburg no sea del tipo clasista.

—Yo prefiero pensar lo peor... Así que va a Bamburg por negocios y placer.

—Intentaré descansar tratando de convencer a Bamburg y a Lauder.

—Ojalá tenga éxito en su empresa... Y ¿quién sabe?, puede que encuentre en ese pueblo perdido de la mano de Dios a su futura esposa.

Alec le propinó una mirada que decía «No se burle», y repuso:

—Veo que es muy bromista, señorita Expósito... ¿Quién sabe?, puede que usted encuentre un esposo.

Lavinia alzó su barbilla y replicó:

—El matrimonio no está dentro de mis planes.

Aquella pizca de información capturó toda la atención de Alec, no podía perder esa oportunidad. Ladeó su cabeza e indagó:

—¿Lo estuvo alguna vez?

Lavinia meditó si responder a esa pregunta o no, porque implicaba volver a inventar una historia. En ese punto de su vida, estaba cansada de mentir y más a ese hombre que sus actos revelaban una profunda y humana calidez.

Tal vez ese cansancio se debía al inusitado peso que sentía sobre sus hombros al acercarse a cumplir su promesa, o quizás los años pasaban factura. Lo cierto era que el señor Croft no se merecía que ella le mintiera. Se convenció de que podía decir la verdad, aunque fuera una vez.

—Cuando tenía diecisiete, el matrimonio estuvo en mis planes. Me enamoré... Él también me amó. Su familia no me quería, y nos comprometimos en secreto. —Una sonrisa amarga emergió en sus labios. Miró de soslayo a Alec, le iba a confirmar lo que de seguro él sospechaba. Luego vendría el silencio y dejaría de lado ese trato cordial. De todas formas, ella se lo merecía, era una buena forma de alejarlo, demostrando que estaba mancillada, que carecía de pureza y que estaba loca por confesar algo tan íntimo. Era una mala mujer—. Me entregué, le di lo más valioso que tiene una señorita, pensando que eso lo empujaría a decidirse a enfrentar a su padre. Qué tonta, ¿cierto? A las malas aprendí que el amor no lo puede todo, y que ningún hombre inteligente va a unir su vida a la de una *guacha*... y más aún si fue una fácil. —«La *guacha* del inglés», la llamaban. Lavinia apretó los labios. Dolía más la humillación que el desamor. La familia que la despreciaba no era superior a la de ella, al menos en origen.

—¿Qué significa *gua*... *guacha*?

Lavinia arqueó una ceja. ¿En serio solo eso le importaba al señor Croft? ¿Nada de «Usted se lo buscó», «Tan estirada y fue una casquivana», «Después de todo, sí es una hipócrita»? Ante esa especie de ceguera moral, ella contestó:

—En mi país, así les llaman a las bastardas o a las huérfanas.

—Parece que ese tipo de discriminación es una mala costumbre humana y no es exclusiva de los ingleses... —Y sintió la necesidad de saber más, aprovechando el derroche de sinceridad de Lavinia. Hizo una pausa para atreverse a preguntar—: ¿Su entrega no tuvo consecuencias?

—Gracias a Dios, solo un corazón roto y una reputación mancillada... —«La furia de mi abuelo, la congoja y decepción de mi madre. Años de encierro para lograr mi redención, que nunca llegó», pensó con dureza—. Y el firme propósito de no volver a creer en falsas promesas de amor... —Tensó una sonrisa. Se dio cuenta de que esa cicatriz aún dolía. Necesitaba alejarse del recuerdo y preguntó—: ¿Y usted todavía tiene el corazón intacto?

En honor a la sinceridad, él respondió:

—Es difícil tener el corazón intacto a los treinta y dos... Lo nuestro no estaba destinado a funcionar. Por eso a usted no la juzgo por dar más de lo que ese imbécil cobarde merecía. La juventud nos dota de una gran cuota de valentía, idealismo y estupidez, y creemos que todo es posible. Letty, así se llamaba, era una joven dama viuda y yo, un idiota de veintitrés. Quise casarme, darle el mundo, pero su difunto esposo la dejó con una pequeña fortuna, no necesitaba nada de mí. Ella amaba más su libertad y sus ganas de vivir sin rendir cuentas a nadie. —Se inclinó un poco hacia Lavinia y susurró—: Su matrimonio fue nefasto, la casaron con un viejo que le triplicaba la edad... —Rectificó su postura y añadió—: No la culpo por no amarme lo suficiente, no dimensioné la firmeza de su voluntad. No importaron mis promesas, mis ruegos, mi amor, mi compromiso... Lo único que ella me podía ofrecer era su amistad y encuentros

furtivos. No acepté, yo quería todo o nada. No volví a verla, ni a comprometer mi corazón con ninguna otra. Aprendí que solo podía tomar lo que me ofrecían sin pensar en compromisos, y que nadie cambia por amor. —Hizo una pausa en la que rememoró ese dolor. No sabía que fue peor, amar y recibir migajas, o decir adiós. Una triste mueca elevó la comisura de su boca—. Ella murió hace cuatro años, uno de sus amantes la contagió de una enfermedad venérea. Lamentablemente, la libertad también se debe ejercer con responsabilidad.

—¿Usted considera que Dios la castigó por su vida licenciosa?

—Dios no castiga, nos ignora. Ella corrió el riesgo de vivir sin restricciones y esas fueron las consecuencias de sus actos... La verdad, me hubiera gustado verla alcanzar sus años dorados como una viejecita alegre que goza de la vida. El rencor que sentí en primera instancia se desvaneció con los años. Sin embargo, como le dije, ese estilo de vida es riesgoso. Fue la última lección que aprendí de ella.

—Y aun así se quiere casar por amor...

Esa apreciación hizo reflexionar a Alec. Muchos podrían catalogarlo como un idiota, por darle una oportunidad a ese sentimiento que hace tomar malas decisiones. Sí, apostó a al amor y perdió, pero ¿acaso ese era el único motivo para renunciar a buscarlo? Tenía el privilegio de elegir, no solo con la cabeza, sino también con el corazón. Quería amar, ser amado, tan simple como eso. Vivir las vicisitudes de la vida con una compañera. Le sonrió a Lavinia y replicó en voz baja:

—Ya sabe mi secreto, soy un romántico. No se lo cuente a mis hermanas o me van a fastidiar toda la vida.

—Soy una tumba.

—¿Profanada?

La desatinada broma de doble sentido habría ofendido a cualquiera, mas no a Lavinia. Venía de una tierra en la que muchas veces, para evadir el dolor propio, se recurría a la burla. Se atrevió a reírse de sí misma y también probar la moral de Alec al replicar:

—Al menos los últimos catorce años, no he sido profanada. Y seguirá así.

—¿Perdió la esperanza en mi género?

Lavinia meditó el asunto. Tanto tiempo centrada en su sed de venganza que nunca se lo planteó.

—La verdad no he vuelto a pensar en ello desde hace años. —Suspiró—. Creo que ya es tarde para mí... Ya sabe mi secreto —parafraseó a Alec—, estoy vieja y arruinada. No se lo cuente a nadie o nunca conseguiré un trabajo decente.

—No le permito que diga que está vieja y arruinada. Cambiemos esos horribles términos. Digamos que es una mujer que sabe de la vida... Y por supuesto que guardaré su secreto.

Lavinia sonrió y miró por la ventanilla. No se había dado cuenta del verdadero aguacero que caía. En ese punto del trayecto solo se apreciaban hectáreas y hectáreas de sembradíos.

Buscó el anillo en su pecho. Era extraño. Sabía que no era el de su madre, pero le otorgaba la misma tranquilidad. Era un regalo precioso.

Miró de reojo a Alec, él también observaba el exterior. Quedaban sus buenas horas hasta llegar a la siguiente posada del camino.

—¿Tiene una baraja de cartas para jugar?

Alec la miró con una sonrisa lobuna.

—Seré el peor jugador del mundo, pero siempre quiero comprobar si hay alguien peor que yo.

Lavinia sabía que después de ese viaje extrañaría mucho bromear, y replicó:

—Nadie es peor que usted.

—¿Apostamos?

Una sonrisa ladina se asomó en los labios de Lavinia y repuso:

—No sería divertido si no apostamos. ¿Peniques, chelines?

—Oh, eso es de aficionados. Tiene que ser emocionante. ¿Qué tal confesar secretos o admitir algo incómodo? —Lavinia se tensó, mas no lo evidenció—. Pero tienen que ser de esos que den vergüenza, como admitir que se comía los mocos cuando tenía cinco años.

—¿Usted se comía los mocos?

—No, ¿cómo se le ocurre? —Lavinia notó que los pómulos de Alec enrojecieron—. Pero Thomas, sí.

—No sé por qué no le creo.

—Como sea, ¿apostamos?

Lavinia asintió. Tenía el firme presentimiento de que el señor Croft sería quien terminaría confesando vergonzosos secretos.

Alec demostró ser el peor jugador de la historia de los juegos. Lavinia se llevó muchos secretos infantiles y vergonzosos, como cuando el señor Croft descubrió que la pubertad le incluía fetidez en las axilas y, por lo mismo, tomó la costumbre de bañarse todos los días.

La lluvia amainaba y volvía a arreciar a medida que avanzaban a una velocidad inferior a la que esperaban. A lo largo del trayecto, se detenían en postas o posadas, y mientras cambiaban los caballos para reiniciar la marcha, aprovechaban de estirar las piernas, comer o usar el baño.

Así fue hasta que, en la última posta, la lluvia se convirtió en una furiosa tormenta eléctrica y era mejor aguardar a que bajara la intensidad.

Lo que no esperaban era encontrar un ambiente festivo en el interior de la posta. Un violinista y un gaitero animaban con sus tonadas, y los huéspedes cantaban, bebían cerveza y bailaban. El sonido de los truenos se perdía en medio de esa algarabía.

Lavinia recordó de inmediato las fiestas patrias de su país, con ramadas donde la música, el baile y el vino eran los protagonistas. Era el único instante en que no había ricos o pobres. Era la excusa perfecta para hermoear la casa, comprarse una cinta nueva para el cabello, bailar hasta el amanecer, cantar, jugar, beber un poco de vino a escondidas, reír y disfrutar.

Después de los diecisiete, cuando cometió su gran error, escuchaba el sonido ahogado de las festividades, encerrada en su habitación.

En Inglaterra también, porque era una empleada.

Alec y Lavinia observaban desde un rincón la fiesta. Prefirieron beber té en vez de cerveza, no querían tener un hálito alcohólico al llegar a Bamburgh. Si es que llegaban ese día, eran las seis de la tarde.

En circunstancias normales, estarían a una hora de su destino, pero, con tormenta y adentrándose en el camino costero, podían demorar dos o tres, por lo que no era recomendable correr el riesgo.

Alec coreaba las canciones y aplaudía. Los hombres no tardaron en animarlo a bailar con las mujeres y él no se negó. Tenía dos motivos para ello, le gustaban las fiestas y no quería provocar algún malentendido; el alcohol tendía a exacerbar las pasiones. Lavinia, por su parte,

parecía incómoda. Alec estaba convencido de que el negro de su atuendo persuadía a los demás de no invitarla a unirse, y eso era bueno para ella, quien solo se limitaba a sonreír y aplaudir con discreción para no arruinar el ambiente.

No obstante, su conclusión fue apresurada. Todo era un asunto de perspectiva.

Mientras estuvo sentado al lado de ella, notaba incomodidad y tensión, que se reflejaba en el movimiento incesante y nervioso de sus piernas. Cuando él se levantó y bailó con una señora, miraba de reojo a Lavinia, y descubrió que había interpretado mal sus señales.

Ella se reprimía; si combinaba esa sonrisa tensa con el brillo de sus ojos, cambiaba su expresión a disfrute; su envaramiento y movimientos inquietos era porque quería bailar, y no se atrevía. Era la contrariedad personificada.

Una tonada terminó, aplausos, risas y más cerveza. A Alec le ofrecieron una pinta y ya no pudo negarse. La bebió de un solo trago.

Una nueva tonada llegó a sus oídos, era un galop.

Miró a Lavinia... Se acercó a la mesa y le ofreció la mano.

—¿Me concede esta pieza, señorita Expósito?

Lavinia entreabrió la boca y sus ojos alternaban entre esa enorme mano extendida y él. Su voz titubeante respondió:

—No... no puedo. —Y bajó la mirada.

—¿Por qué?

—Porque... porque... —«Una institutriz debe ser la virtud y el decoro personificado», pensó. No podía arriesgarse por un baile, por muchas ganas que tuviera—. ¿Y si en Bamburgh se enteran de que estuve bailando aquí?

—¿Las institutrices tienen prohibido bailar?

—¡Tenemos prohibido vivir!... Si llega el rumor de que me vieron bailando, me podrían despedir. —«Y será volver a empezar».

—Eso se puede solucionar... —Lanzó un agudo silbido—. ¡¡Atención!! —Todos guardaron silencio—. Aquí, mi querida amiga, la señorita Expósito, va a ser la institutriz de la hija de lord Bamburgh. Si bailo con ella, ¿nos guardarían el secreto para que no la despidan?

La respuesta afirmativa fue ruidosa. Y la música se elevó hasta el cielo.

Alec volvió a ofrecerle la mano a Lavinia y dijo:

—¿Ve? Su reputación está a salvo con nosotros. Además, están tan borrachos que ninguno de ellos lo recordará mañana.

Lavinia miró esa mano enorme tendida frente a ella. Su corazón latía al ritmo de la galopante música. ¿Hacía cuánto que no bailaba? ¿Cuándo fue la última vez que se permitió un pequeño placer?

«Solo disfruta una vez, Catalina. No sabes si volverás a hacerlo», se justificó, acallando el otro lado de su mente, que la torturaba dando miles de motivos por los cuales no podía permitírselo.

Tomó la mano de Alec y la sonrisa de él se amplió. Se levantó con miedo y emoción. La estancia se llenó de vítores y palabras de apoyo para la institutriz.

Alec la llevó a la improvisada pista de baile. Lavinia no tenía mucha idea de cómo se bailaba, salvo lo que había visto en esa posada. Tenía que dejarse llevar por su compañero. Alec se encorvó para tomarla por la cintura, eso le permitió a ella alcanzarlo y posar la mano en su hombro. Sus manos libres se unieron. Alec susurró para marcarle el ritmo:

—Un, dos, tres y...

Los pies de Lavinia no olvidaban cómo moverse al vigoroso ritmo de la música. Su madre y su abuelo siempre decían que esa facilidad la tenía en la sangre.

Jamás había bailado tan cerca de un hombre. Los bailes de su tierra eran diferentes; se guardaba una coqueta distancia, apenas uno que otro roce de su falda con su compañero, pero siempre manteniendo el contacto visual. El galop, el vals y otros bailes no los conoció hasta llegar a Inglaterra.

Y, pese a equivocarse algunas veces, no se echó a morir. Alec la guiaba con maestría, reían ante el paso en falso y volvían a empezar.

Bailaban, giraban con vitalidad. Él no dejaba de mirarla, como si fuera la única mujer en la Tierra, como si ella estuviera libre de toda culpa, de todo pecado. Inmaculada.

Lavinia se sintió viva, digna de aprecio.

Y rio... feliz.

Escuchó carcajadas dichosas y desconocidas emergiendo de su propia garganta. No reconocía esa melodía, mas no le importaba.

Bailó y rio como si fuera el último día en la Tierra. ¿Por qué no? En unos minutos volvería a la realidad. Sería Lavinia, su venganza y un futuro que no se atrevía a conjeturar.

Alec pensó que Lavinia era la mujer más enigmática y contradictoria que había conocido en su vida. No quería que la música y ese baile terminaran, anhelaba seguir escuchando esa risa que transformaba a esa mujer. Descubrir qué otras cosas la hacían feliz.

Y sintió miedo. No la conocía lo suficiente, y ya se encontraba como un jovencito que descubría la existencia de las mujeres.

No podía volver a cometer los mismos errores del pasado. Debía actuar con cautela, ver qué había más allá de Lavinia Expósito. Porque de algo estaba seguro, esa mujer era un vasto océano de secretos.

Pero mientras tanto durara ese baile, sería un maldito jovencito frente a una mujer de verdad, aprovechando cada mínimo roce, inhalando el aroma a jabón de ese lustroso cabello azabache. Alec la atrajo un poco más a él y se sintió vivo.

Dieron un último giro.

La música cesó y los ensordeció el feliz sonido de aplausos enardecidos. Mirándose a los ojos dieron una reverencia final al compañero.

Y la realidad los golpeó cuando el posadero dijo:

—Miren, ya dejó de llover.

A través de la ventana que daba al exterior, notaron que la noche devoraba el cielo, y entre las nubes se asomaban, tímidas, las estrellas.

Alec y Lavinia se miraron. Él reprimió el íntimo impulso de arreglar el mechón rizado que se salía del peinado de la institutriz. Era una tarea inútil, pues esas hebras eran indomables. En vez de ello, se alejó un par de pasos y anunció:

—Iré a hablar con el cochero.

A las diez de la noche, Lavinia vio las luces que provenían de Bamburgh Castle, cuya silueta oscura se recortaba contra el horizonte y se alzaba como una mole negra e imponente, clavada en un risco.

Cuando el carruaje traqueteó sobre la grava del sendero que llevaba al castillo, Lavinia

tragó saliva y, de súbito, ya no pudo respirar.

Su corazón aporreaba las paredes de su pecho. Incluso las sienes le pulsaban. Sus manos sudaban y le hormigueaban.

La boca se le secó.

«Una institutriz no pierde el control... ¡No pierdas el control, Catalina! No ahora. No este día»; sin embargo, en lo profundo de su mente había una vocecilla cobarde que le susurraba: «Esto es más grande que tú y tu promesa. Si lo haces te condenarás».

Sintió el calor de la mano de Alec sobre la suya. Apenas escuchaba unas palabras sueltas con esa voz grave y rígida que lo caracterizaba.

—Señorita... Expósito... Lavinia...

Lavinia, sí. Se suponía que ese era su nombre... No podía fallar. No al final.

Lavinia... Faltaba poco para dejar de ser Lavinia y volver a ser Catalina.

Eso le dio el impulso de inspirar hondo y retener el aire. Pausado, repitió el vital movimiento una... dos... tres veces. Su mano se aferró al anillo, su nuevo talismán.

Su ancla.

Inspiró.

La voz de Alec llegó con más claridad:

—¿Se siente bien, señorita Expósito?

Lavinia soltó el aire de sus pulmones.

—Sí... No se preocupe, solo estoy muy nerviosa.

Alec no le creyó del todo. Ese episodio fue más que un ataque de nervios. Pensó que en cualquier momento a Lavinia le daría una apoplejía, y aquello reafirmó sus sospechas que ella escondía algo. Sin embargo, esa desconfianza no frenó sus ganas de estrecharla entre sus brazos para hacerla reaccionar, porque maldito fuera, ya quería volver a tener una excusa para sentir su calor.

A pesar de todo, repuso:

—¿Es muy importante para usted obtener este trabajo?

—Crucial.

Alec soltó la mano de Lavinia. Serio y solemne, declaró:

—Usted tiene un aliado en ese castillo. Si necesita algo de mí, yo se lo daré en la medida de mis posibilidades.

Lavinia cerró sus ojos. Si el señor Croft seguía comportándose así... Terminaría diciendo la verdad y arruinaría su venganza. Siete años tirados a la basura y su vida, perdida. No le quedó más que decir:

—Gracias, señor Croft.

—Y para que le quede más claro. Si no se siente cómoda en este lugar, no se presione. Usted manda, si quiere irse, yo mismo me la llevo a Londres y le busco un nuevo trabajo. Esta no es su única oportunidad.

Lavinia asintió, como si aquellas palabras solucionaran todo. Odiaba con su alma mentirle. En realidad, esa era su única y última oportunidad.

Capítulo V

Entrar al castillo fue toda una travesía preparada para demostrar la magnificencia del lugar. Un sendero de gravilla rodeaba la imponente construcción y se internaba, serpenteante, en la propiedad. En esa gélida noche, la luna menguante se asomaba entre las nubes, y su pálida luz revelaba las torres y almenas que en el pasado fueron los guardianes del castillo. Los muros de piedra, que permanecían incólumes al paso del tiempo y a los elementos, se alzaban ofreciendo protección.

Al internarse en el patio interior, el carruaje ralentizó su marcha hasta detenerse en la entrada. Unas cuantas antorchas que luchaban por mantener su fuego vivo iluminaban el castillo, otorgándole un aire fantasmagórico.

Alec y Lavinia bajaron del carruaje. El viento marino trajo consigo el aroma salino de las olas y los acantilados, y les golpeó en la cara como navajas afiladas, el frío inclemente calaba hasta la médula de los huesos. Cubrieron sus cabezas, protegieron sus rostros con bufandas y se arrebujaron en sus capas. Era mejor entrar lo antes posible. Alec se dirigió a la parte trasera del carruaje para bajar su equipaje y el de Lavinia.

En eso estaba cuando Lavinia notó que se acercaba a ellos un hombre de cabellos blancos, complexión oronda y una inamovible sonrisa.

Lord Lauder.

Con un atisbo de alivio, ella le brindó una respetuosa reverencia. El conde inclinó su cabeza y, de buen humor, dijo:

—Veo que el señor Croft pudo traer a la célebre señorita Expósito... —Le guiñó—. Tanto tiempo sin verla.

—El destino quiso que volviéramos a encontrarnos, milord.

El conde soltó una risotada y replicó:

—Yo diría que fueron mis recomendaciones las que la trajeron aquí. —Alec se acercó a él y se estrecharon las manos. El conde repuso—: Buen trabajo, señor Croft, ya sabía que usted estaba comprometido a no perder a un par de inversionistas.

—Sus condiciones fueron concretas, milord. Pero debo admitir que tuve suerte en encontrar a la señorita Expósito. —Y al terminar miró de reojo a Lavinia.

—Veamos si sigue con suerte... Bueno, bienvenidos a Bamburgh Castle. Entremos, entremos, el frío es horrible. —Alec hizo el ademán de ofrecerle el brazo a Lavinia, mas ella se negó en silencio y miró de soslayo a lord Lauder. Debían mantener la distancia, ella era una futura empleada, no una dama. Alec comprendió enseguida, pero lo detestaba. Los tres cruzaron el gran umbral de la puerta; Alec al lado del conde y Lavinia se mantuvo rezagada mirando todo a su alrededor. El vestíbulo era espartano, frío y de techos altos, incluso sus tenues pisadas resonaban. Mientras tanto, el conde añadía—: De hecho, cuando nos dimos cuenta de su llegada, lanzamos una moneda para saber quién salía a recibirlos y no morir de frío en el intento... Obviamente, yo perdí. —Rio.

—¿Y con este «excelente tiempo» se van a realizar las fiestas del fin del verano?

—Eso mismo le decía a Bamburgh. No sé cómo le va a hacer con las festividades, pero él está seguro de que, como todos los años, habrá buen tiempo.

—Ver para creer.

El vestíbulo se unió a una galería. Solo se notaba el cambio por el sonido de sus pisadas en el suelo de madera, que se quejaba en cada paso, y el aroma a barniz de las vigas decorativas del

techo. Lavinia estudiaba el lugar apenas iluminado por candelabros, los que impregnaban el ambiente con su singular fragancia y daban luz suficiente para apreciar las paredes, las que se encontraban plagadas de pinturas, armaduras, armas y grandes ventanales que daban al mar. A través de ellas, solo veía neblina, mas el sonido del oleaje embravecido llegaba prístino a sus oídos, pero no la distraía de su determinación de no perder el control. Que fuera a recibirlos el conde de Lauder fue un aliciente para ella, le dio tiempo para seguir reuniendo la serenidad que perdió minutos atrás.

«Catalina Adams, no has llegado hasta este punto por nada. No lo arruines», se dijo.

A medida que atravesaban la galería, el calor de la siguiente estancia les dio la bienvenida. No había puertas que separaran los ambientes, era más bien una extensión de la que dejaban atrás y que se abría ante ellos, la cual era inmensa como la chimenea que calentaba el lugar. Pese a ser un castillo, sus muebles eran modernos y elegantes. Del techo pendía una araña de cristal que debía ser usada en ocasiones especiales pues, tal como en la galería, la luz provenía de candelabros más pequeños.

Lord Lauder, solemne, se detuvo e hizo un ademán para que Alec y Lavinia entraran primero, y dijo:

—Este es el Salón del Rey... Un nombre bastante grandilocuente debo decir, ¿no, Bamburgh?

—No puedo hacer nada contra una tradición centenaria —replicó un hombre alto, aún atractivo en sus cincuentas. Se levantó para dar la bienvenida. También lo secundaron una mujer rubia, de ojos azules, relativamente joven, y una muchacha que parecía ser su hija, pues tenía las mismas características, complexión delgada y postura altiva. Lavinia, sin levantar la mirada, sintió que no podía moverse.

Alec se adelantó, dio una regia inclinación. Lavinia parpadeó, saliendo de su breve estupor y ejecutó una solemne y humilde reverencia.

Por un efímero instante, Lavinia tembló. El momento que tanto temía llegó. Rogó al cielo, pidiendo que sus averiguaciones hubieran sido erróneas y que, pese a sus propias pruebas, estuviera en el lugar incorrecto, ante la persona equivocada.

No obstante...

Alec se acercó al hombre. Lord Lauder hizo las presentaciones:

—Señor Croft, es un placer presentarle a John Adams, lord Bamburgh, a su esposa...

Lavinia no pudo escuchar nada más, ahí estaba el hombre que supuestamente le dio la vida y arruinó a su familia. Con disimulo, levantó la mirada para confirmar, podía ser un estúpido alcance de nombre y...

Su corazón se aceleró. Era él. Lo reconoció en el acto. Frente a ella tenía a una versión más madura del hombre del dibujo que su madre atesoró hasta sus últimos días.

«Y aquí estabas, maldito, haciendo tu vida, como si nosotros no existiéramos».

La ira borró la cobardía. La ira la llenó de determinación.

El momento había llegado. Quería mirarlo a los ojos mientras enterraba una daga en su pecho, quería...

La voz de Alec la trajo al presente. Su venganza llegaría en el momento apropiado, pero disfrutaría del camino.

—Gracias por recibirnos, lord Bamburgh. La joven que está a mi lado es la institutriz que lord Lauder le recomendó. Le presento a la señorita Lavinia Expósito.

La aludida avanzó solo un paso y echó para atrás la capucha de su capa y bajó su bufanda.

Lo miró a los ojos. Bamburgh los tenía castaños claros, como los de ella, los Riquelme los tenían oscuros.

—Es un placer conocerlo, milord.

Al escuchar esa voz, la sonrisa amable de lord Bamburgh desapareció y su semblante perdió todo rastro de sangre. Tardó unos segundos en hallar su voz para decir:

—Me... me han dado excelentes recomendaciones de su trabajo, y sus resultados son conocidos en la región... —La boca se le secó, sintió que un fantasma lo visitaba para torturarlo. Toda una vida pasó frente a sus ojos. No, no podía ser posible, era su imaginación. Intentó convencerse diciéndose que esa mujer era inglesa y mucho más joven que Mariana. Necesitaba con su vida saber si existía alguna clase de relación, o si se trataba de una cruel broma del destino, y dijo—: Señorita Expósito... dígame, ¿usted es inglesa?

Lavinia, impostó su voz al punto de parecer una aristócrata, y respondió con aplomo:

—No, milord. —La evidente turbación del barón le dio valentía. Se sentía tan bien verlo perder el temple, y añadió con leve altanería—: Provengo de Chile.

Chile. En la mente de John, esa palabra repicó como un vil campanario que anunciaba una catástrofe. Fue imperativo indagar más.

—Conozco ese país, lo visité hace toda una vida... ¿En qué ciudad nació?

Lavinia no quería que él atara cabos, no todavía. Sabía que no podía ocultar su parecido con su madre. Ella era la viva imagen de Mariana Riquelme y se regodeó con el lívido rostro del barón. Quería jugar con la mente y los recuerdos de ese hombre, pero no podía excederse.

—Nací en Valparaíso, milord.

—En el puerto. —No fue una pregunta. Y algo que no esperó ella, sucedió. El barón dijo en español—: *A juzgar por su apellido, usted es huérfana.*

«Y con ese horrible acento conquistaste a mi madre, pareces idiota», pensó ella con desdén. Lavinia, en un movimiento casi imperceptible, alzó su barbilla y respondió en el mismo idioma:

—*En efecto, milord. No sé quiénes fueron mis padres.*

Nadie imaginó que el barón hablaba español. La esposa y la hija del anfitrión alzaron sus cejas, extrañadas; parecían desorientadas al no conocer esa singular facultad de él. Lord Lauder solo hizo una mueca, divertido por la situación. No obstante, Alec entrecerró sus ojos. Y pese a que no entendía nada, puso toda su atención en el intercambio:

—*¿Cuántos años tiene?*

—*Según las monjas de la Casa de Huérfanos, tengo veintisiete, más o menos. No sabría decirlo con precisión, me abandonaron cuando era una bebé.* —No temió lanzar esa flagrante mentira, era poco probable que alguien más supiera español en esa estancia.

Para John fue suficiente y asintió con una sensación de alivio recorriéndole todo su cuerpo. Solo era un terrible parecido debido a su procedencia. Las personas de esa tierra, en su mayoría, compartían ciertos rasgos. Su mente lo engañó.

Sin embargo, no se sentía del todo cómodo. No sabía si se iba a acostumbrar a la apariencia de esa mujer. Cada vez que escuchaba su voz, era estar en presencia de Mariana, pero se convenció de que no tendría que relacionarse con ella, ese era el trabajo de su esposa. Además, no podía desestimar la recomendación de lord Lauder. La señorita Expósito logró domar a las malcriadas hijas de lord Hawick. Veinte institutrices no pudieron educarlas y enderezarlas, hasta que llegó la mujer que tenía frente a sus ojos. Los matrimonios que consiguieron no fueron gracias a la posición de sus padres, sino al cambio radical que sufrieron esas jóvenes. Y eso fue obra de esa institutriz.

Miró de soslayo a su hija, Georgiana. Si la señorita Expósito duraba al menos dos semanas, sería un milagro.

—Bien, señorita Expósito. Sea bienvenida a Bamburgh Castle. Le presento a mi esposa, lady Bamburgh y mi hija, la señorita Georgiana Adams.

Lavinia dio una reverencia. Era una lástima, esas mujeres sufrirían el daño colateral. Les iba a quitar lo que ella nunca tuvo... La vocecilla de la culpa reapareció, susurrando que ellas no tenían nada que ver con el asunto. Molesta consigo misma, acalló el zumbido del remordimiento y, sumisa, dijo:

—Es un placer conocerlas. Espero serles de utilidad.

Lady Bamburgh, como señora del castillo, intervino:

—Sean bienvenidos, señor Croft, señorita Expósito. ¿Ya han cenado?

Alec, quien solo se había limitado a observar, respondió por ambos:

—No hemos cenado, milady. Tuvimos un viaje bastante accidentado desde Newcastle.

—Pediré que le calienten la cena. No tardarán demasiado. Nosotros terminamos hace poco de comer. —Aquellas palabras hicieron que Alec recordara que Lavinia solo era una empleada. No les servirían en la misma mesa, no hasta que fuera contratada. La baronesa hizo sonar una campanilla. Pronto se presentó un mayordomo, y ella ordenó—: Stanley, que preparen la cena para el señor Croft. Señorita Expósito, siga a Stanley para que también cene algo caliente. Mañana lord Bamburgh conversará con usted acerca de su trabajo.

—Como ordene, milady. —Lavinia, antes de seguir al mayordomo, le dedicó una última mirada al barón. Y luego se encontró con los severos ojos de Alec.

«Él no es estúpido, ten cuidado, Catalina», y una sensación de pesar la invadió. Sintió que había perdido algo valioso, como su anillo.

Se llevó la mano al pecho aferrándose a su talismán, y siguió al mayordomo. La última parte de su misión empezaba en ese momento; tenía que ganarse pronto la confianza del servicio doméstico y escarbar en los secretos de lord Bamburgh y su familia. Todo servía para llevar a cabo su venganza.

Se suponía que debía sentir algo parecido a un enfermo entusiasmo por estar tan cerca de cumplir su promesa. Pero no podía dejar de preguntarse «Y después, ¿qué?».

La respuesta era un siempre evasivo «Ya veré». Sin embargo, esa postergación ya no servía, su mente se empecinaba a conjeturar qué sería de ella después de terminar con la vida del barón.

La fuga, en el mejor de los casos, e irse de Inglaterra. Matar a un aristócrata no era lo mismo que a un mendigo, a ella la buscarían por todos lados... Y si tenía mala suerte, si daba un paso en falso, se pudriría en la cárcel o, peor aún, la horca sería su destino final.

¿Estaba dispuesta a morir? Si le hubieran preguntado hacía siete años, habría dicho que sí. Lavinia no sabía por qué ahora tenía tanto miedo, pensaba en la soga apretando su cuello y le daban ganas de dejar todo y hacer su vida...

Su vida... ¿Acaso tenía eso?

Lavinia se sacudió esa avalancha de pensamientos que inundaban su mente. Estaba cansada, por eso pensaba tonterías, cuando llegara un nuevo día encontraría más claridad. Miró hacia atrás. Alec no le quitaba los ojos de encima.

Ella no pudo sostener el contacto.

Después de la tormenta llegaba la calma. A la mañana siguiente, las motas de polvo danzaban en los cálidos haces de luz que colmaban cada rincón del castillo. Lavinia desayunaba con el servicio doméstico de Bamburgh Castle. Entre sorbos de té y tostadas, el mayordomo y el ama de llaves hicieron las mismas preguntas de siempre sobre su pasado y procedencia. Y, como todos, no fueron tan curiosos como el señor Croft, se centraron en indagar sobre su trabajo con las hijas de lord Hawick.

La señora Stanley, el ama de llaves y esposa del mayordomo, parecía ser la más curiosa.

—Cuénteme, ¿a usted también las hijas de lord Hawick le hicieron la célebre bienvenida?

Lavinia tragó su bocado de pan y respondió:

—Si se refiere a ser empapada con miel y luego emplumada... —El ama de llaves asintió—. Debo decir que sí, esas muchachas fueron mi escuela.

—¡Qué tremendo! Yo no soportaría ese trato. —El ama de llaves negó con la cabeza—. Primero les doy una azotaina y luego renuncio.

El mayordomo aprovechó para intervenir:

—Pero ¿cómo lo resolvió?, ¿sus castigos eran ejemplares?

Lavinia negó con la cabeza y respondió:

—Después de un tiempo, me di cuenta de que los castigos, del tipo que sean, no son efectivos en jovencitas que ya están habituadas a ello... Se vuelven indolentes, no les afectan en nada.

—Qué situación más compleja. No puedo imaginar el motivo de su comportamiento. Ellas lo tienen todo, son unas consentidas...

—Cuando las necesidades básicas están cubiertas, surgen otras. Intenté llegar a ellas recordando cómo era ser una jovencita, aunque mi realidad fue muy distinta a la de ellas. Al principio, solo era sentarme frente a esas damitas indomables y esperar a que hablaran, podía estar horas enteras sin claudicar. Tardé una semana en que contestaran una simple pregunta: ¿cuál era el objetivo de tener un comportamiento tan rebelde?

El ama de llaves, con sus cejas arqueadas, preguntó:

—¿Y alguna vez contestaron?

—Por eso estoy aquí... No puedo contar lo que me dijeron porque juré que sería un secreto, pero una vez que cedieron, todo fue más fácil para nosotras.

Para la mayoría de las personas esa respuesta no tenía ninguna clase de sentido, y no era la excepción para el ama de llaves y el mayordomo. Sin embargo...

La voz de Alec aseveró:

—Se dieron cuenta de que usted estaba genuinamente interesada en ellas, ¿no?

Lavinia dio un respingo y se llevó la mano al pecho. Miró hacia el lugar de donde provenía esa voz dura a la que estaba acostumbrada. Alec se encontraba de brazos cruzados, apoyado en el quicio de la puerta.

El servicio doméstico se puso de pie en el acto. Ella se mantuvo impasible y le respondió:

—Ese fue el principio, pero estribaba en razones más profundas. —Y se levantó recordando que, en ese castillo, él pertenecía a otra clase. Ya no eran compañeros de viaje—. Buenos días, señor Croft.

El mayordomo, desconcertado por tener la visita de un huésped a una hora tan temprana, no tardó en preguntar:

—¿Necesita algo, señor Croft? Debió tirar de la campanilla para llamar al servicio. No era necesario que se levantara.

—Puedo valerme por mí mismo, y suelo madrugar, Stanley. En realidad, necesito a la señorita Expósito.

Fue inevitable que todos le propinaran una mirada especulativa a Lavinia.

Ella se aclaró la garganta y dijo:

—¿En qué puedo servirle, señor Croft?

—Quiero conversar un tema en privado con usted.

—Como ordene.

Lavinia pasó por el lado de Alec. Él inspiró para capturar el aroma de ella y la siguió.

La cocina se situaba al final del castillo y solo tenía un acceso; el pasillo que conducía al Salón del Rey. Dicho pasillo tenía puertas que daban paso a distintas estancias que Catalina no conocía, por lo que, si querían privacidad, esta la hallarían en una de ellas, pero pondría en entredicho su reputación. La otra alternativa era que atravesaran todo el castillo hasta la salida.

Lavinia optó por quedarse en el oscuro pasillo. Detuvo sus pasos y dio media vuelta. En voz baja preguntó:

—¿Qué necesita hablar en privado, señor Croft?

Alec la observó por largos segundos. Lavinia se vio tentada a bajar la vista. A la postre, él indagó:

—¿Descansó bien?

—Sí, señor... ¿Y usted?

—El colchón podría ser mejor, no es tan blando como la habitación de lujo de Newcastle.

Lavinia esbozó una sonrisa.

—Eso sí se lo puedo conceder, jamás he dormido tan cómoda en mi vida como en The Grey's Lantern... —Su expresión se tornó seria, no quería que el personal doméstico empezara a conjeturar cosas que no eran—. Supongo que no quiere hablar sobre cómo pasé mi noche. Vaya al punto.

—Anoche usted no parecía impresionada de que Bamburgh hablara español.

Aquel comentario le confirmó a Lavinia que Alec no era un idiota y que iba a ser un incordio. Ella se debatió en qué revelar y qué ocultar... Con él sentía el impulso de decir la verdad y liberarse de sus cargas, pero, a ojos de cualquier ser humano, lo que pretendía hacer era un crimen, y él no era la excepción.

No soportaba la idea de que Alec la despreciara y la juzgara. En ese punto de su vida, era la única persona con la que conversaba como si fuera un... ¿Amigo?

Qué extraña sonaba esa palabra en su mente.

Mentiras a medias, verdades a medias, eso era todo lo que podía dar para mantenerlo cerca y lejos. Procuraría evitar encontrarse con él en el futuro. Con esa resolución en mente, respondió:

—Sí, me sorprendió que me hablara en mi idioma, pero ya sabe que debo mantener la distancia con mi futuro amo, y no demostrar nada más que calma y decoro... Además, su acento era terrible, quizás solo quiso probar que aún lo recordaba... A veces yo misma olvido palabras en español.

Alec sopesó la respuesta. Coherente y probable, pero algo le molestaba.

—¿Qué conversaron?

—Lo mismo que me preguntan todos, mi origen y mi edad.

Alec asintió e insistió:

—Recuerde, usted tiene un aliado en mí. Puede contar conmigo si necesita ayuda...

Lavinia asintió. Era una bonita promesa, y estaba segura de que, quizás en otra vida, él

cumpliría su palabra. Pero la realidad era otra, sabía que el señor Croft jamás la secundaría en su objetivo. No obstante, pese a todo, agradeció el gesto.

—Estaré bien, señor Croft. Gracias por todo... Si me disculpa, tengo que volver a mi habitación en la Torre de Guardia. Mientras no me den instrucciones, debo esperar. Ojalá que lord Bamburgh o su esposa sean madrugadores como usted.

—Qué mala costumbre la mía de levantarme temprano. Debería estar descansando.

—Supongo que tardará en acostumbrarse al ocio.

—Supone bien. Creo que le preguntaré al mayordomo dónde está la biblioteca.

Lavinia asintió. Ambos tomaron rumbos opuestos.

Capítulo VI

Tres horas más tarde, Lavinia se encontraba frente a la puerta del antiguo arsenal de Bamburgh Castle, el cual se situaba a continuación del Salón del Rey, y cumplía la función de ser la sala privada del señor del castillo.

Inspiró profundo y sus dedos vacilantes se aferraron a su anillo. Todo su cuerpo temblaba y sudaba.

«Cuando lo veas sentirás la ira... eso matará tu cobardía», se convenció.

Exhaló largo y pausado para calmar la súbita opresión en su pecho. Inspiró...

Exhaló...

Inspiró...

Y repitió, y repitió, y repitió.

Inspiró una última vez y envaró su postura... Dio tres golpes.

—Adelante. —Escuchó la voz del barón del otro lado.

Giró el pomo de la puerta y entró.

Desde hacía cuatro años que Lavinia vivía de cerca lo que era el lujo de los aristócratas, y ese castillo parecía multiplicar esa opulencia por diez. Todo en aquel lugar era imponente y renovado para la comodidad de los que ahí vivían. El barón estaba sentado frente a un escritorio que se situaba en el extremo opuesto a la puerta. La luz que se colaban por las ventanas francesas entraba a raudales.

Cortinajes y alfombras suntuosas, anaqueles repletos de libros contables, la chimenea irradiaba un leve calor proveniente de los rescoldos de la noche anterior.

Lavinia recordó su casa en Santiago, de adobe, de un pasado esplendoroso y un presente ruinoso y oscuro. Vivir al borde de la miseria, provocado por ese hombre que apenas reparaba en su presencia.

Sí, la ira disipó su ansiedad. Ya llegaría el momento en que podría domar sus emociones ante él.

Miró a lord Bamburgh que escribía sin perder la concentración. Ella se aclaró la garganta y dijo:

—El señor Stanley me dijo que viniera ante usted.

John, sin levantar la mirada, entintó su pluma y respondió:

—Así es, tome asiento, señorita Expósito.

Lavinia se sentó frente a él y lo estudió. Pese al tiempo, sus facciones no se marchitaron al punto de dejarlo irreconocible. John Adams mantenía un cuerpo esbelto que varios de treinta o cuarenta podrían envidiar. Parecía que no era de esos que sucumbían a la gula o a otros pecados capitales. Su cabello castaño claro veteado de canas evidenciaba su edad.

Parecía un hombre lleno de vida, que se negaba a envejecer.

Su mirada se desvió a lo que había sobre el escritorio. Papeles, libros, tintero, plumas. Un abrecartas con la apariencia de una daga. Su empuñadura labrada con filigranas ostentaba cinco esmeraldas relucientes.

Sin filo, pero puntiagudo, lo suficiente como para...

«¿Y si solo lo hago ahora? Está distraído». Apretó los labios. «No, hay demasiada gente, estamos cerca de la cocina y el Salón del Rey. Tenemos que estar en un lugar donde no pueda pedir ayuda».

La voz del barón interrumpió el hilo de sus pensamientos. Sus miradas se encontraron. Lavinia secó la palma de sus manos con su falda y se excusó:

—Disculpe, me distraje viendo su abrecartas. Sin duda es una pieza exquisita. Nunca había visto algo igual, milord.

—Perteneció a mi padre, fue un regalo del rey George III en agradecimiento por su estadía en este castillo.

—Impresionante. ¿Me permite?

El barón la autorizó con un ademán. Lavinia la tomó. No era tan liviana como suponía. Las piedras preciosas molestaban al empuñar. No era un arma cómoda de blandir. Inútil, solo servía para romper el papel.

Mientras Lavinia estudiaba el abrecartas, John no resistió el impulso de contemplarla. El parecido era sorprendente, pero a la luz del día pudo notar las diferencias con Mariana; el color de los ojos era más claro, su delgadez marcaba más los contornos de su rostro de facciones maduras... Recordó la última vez que vio a su esposa, ella tenía veintidós años y se despedía de él con lágrimas en los ojos.

Tragó saliva para deshacer el súbito nudo que apretaba su garganta.

Lavinia dejó el abrecartas en el escritorio. El barón disimuló el suspiro forzando una sonrisa.

—Bien, señorita Expósito. Me recomendaron sus servicios debido a la reputación que se ganó educando a las hijas de lord Hawick, las que eran conocidas por ser indomables y sin futuro si seguían por esa senda. —Lavinia asintió. De su bolsillo sacó un sobre y se lo ofreció al barón.

—Esta es mi carta de recomendación.

John la recibió, la desplegó y leyó...

Wilton Dean, 2 de mayo de 1844

A quien corresponda:

Es un honor y placer para mí recomendar los servicios de la señorita Lavinia Expósito, quien ha educado a mis dos hijas en los ámbitos académico, artístico y social.

Tiene excelentes habilidades para enseñar a leer, escribir y saber expresarse con gracia y diplomacia. En aritmética maneja un nivel superior de conocimientos, y en arte es conocedora de lo suficiente para enseñar lo esencial. También es destacable su talento en el piano, que será determinante para las clases más avanzadas de sus alumnas con un maestro especializado.

Tema aparte es su manejo de idiomas. Si bien ella es extranjera y su lengua nativa es el español, su experiencia con el inglés es tal que pareciera que es nacida y criada en este país. Además, habla el francés con fluidez y también tiene conocimientos de italiano.

Sus maneras son amables y su temperamento firme, cualidades dignas de cualquier casa honorable, y que beneficiará a sus futuras alumnas para ser tomadas como ejemplo.

Si desea más antecedentes, no dude en escribirme y yo responderé con gusto a sus preguntas.

Atentamente,

John, conforme con las palabras de lord Hawick, plegó la carta y se la entregó junto con el sobre a Lavinia.

—Bien, le contaré mi situación. Mi hija tiene ciertos problemas. A decir verdad, siempre ha sido así, pero se han agudizado en los últimos años, y es necesario que sean solucionados antes de que se presente en sociedad.

—¿De qué se tratan esos problemas, milord?

—A sus catorce años aún no aprende a leer bien, la aritmética se limita a lo básico y su único interés es dibujar... Usted puede pensar que la señorita Adams es retrasada mental, pero no, sus dibujos son, de verdad, notables; si así fuera, sería el primero en decir que son basura.

—Si no es mucha la indiscreción, ¿cuánto tiempo duró la última institutriz?

—Dos semanas. Mi hija tiende a ser... agresiva cuando intentan desviarla de lo que está haciendo.

—Entiendo... ¿Ella es así con cualquier figura de autoridad?

—Es una buena niña, en general. Pero cuando se trata de estudiar o cualquier otra actividad académica, la situación se descontrola. Como usted comprenderá, si pretendo presentarla en sociedad, no puede ser una mujer ignorante y que no conozca las mínimas normas sociales. Su futuro depende de ello.

Lavinia sabía que el barón le ocultaba más antecedentes para que ella no huyera. ¿Qué tan grave era el asunto?

Se deshizo de esos pensamientos, daba lo mismo, no tenía por qué preocuparse de esa niña, no eran nada.

—Entiendo, milord. Dada la gravedad del asunto, no le garantizo que haya resultados en el corto plazo.

—Lo tengo claro, señorita Expósito... Asumo que está aceptando el trabajo.

—Así es.

—Bien, hablemos de los términos económicos y a quién rendirá cuentas. Se le pagarán doscientas libras anuales y, si tiene éxito con la educación de la señorita Adams, también recibirá durante veinte años una pensión de diez libras anuales desde el momento en que ella se case.

»Mientras esté educando a mi hija, se entenderá en primera instancia con lady Bamburg, y a ella informará de sus avances. Si hay algún problema más grave o si no llega a un acuerdo con mi esposa, yo decidiré. —Lavinia asintió—. Y, por último, usted, como institutriz de la señorita Adams, compartirá con nosotros en la mesa, en las fiestas y en las reuniones de la familia. Se sentará a su lado para que aproveche la oportunidad de poder educarla en modales, temas de conversación y buenas costumbres.

Ante esas palabras, Lavinia maldijo en su fuero interno. Tendría que soportar la presencia del barón incluso en lo más elemental que era comer en paz.

Mas no tenía alternativa. Era un aliciente pensar en que sería temporal.

John interrumpió las cavilaciones de Lavinia cuando dijo:

—Seguro que está al tanto de la celebración de las fiestas del fin del verano.

—Sí, milord. El señor Croft me comentó a grandes rasgos.

—Entonces le detallaré: durante dos semanas, diversas actividades se llevarán a cabo en el pueblo y en el castillo habrá bailes, competencias y también funcionará un mercado. Como familia organizadora, asistimos todos los días de celebración. Usted deberá acompañarnos, pero

no es necesario que participe si no le apetece... —Se inclinó levemente hacia ella e interrogó—: ¿Desde cuándo que está de luto?

Lavinia no pensó que el barón preguntaría de esa manera tan directa e inapropiada. Era diferente al interrogatorio de Alec, cuyo interés parecía ser más humano y por eso prefirió responder:

—Desde hace siete años... Es un tema demasiado doloroso para mí, y prefiero no hablar de ello.

—Comprendo, supongo que el luto le impide disfrutar de las fiestas, ¿o me equivoco?

En un principio Lavinia llevaba el negro por sus muertos. Lo dejó por el uniforme de la academia durante sus años de estudio. Y cuando obtuvo su trabajo con lord Hawick, volvió al luto como una coraza, una barrera para que nadie se acercara más de lo necesario.

A veces lo sentía como una jaula. Pero también había ocasiones en que, a pesar de percibir su corazón latiendo, se sentía como muerta en vida. Amaba el azul, el rojo, el blanco... cualquier color vivo y que veía en las sedas de los elegantes atuendos de las damas de alta sociedad. Se diferenciaba tanto de la ropa que usaba de muchacha, faldas marrones y simples, blusas que alguna vez fueron blancas, las que cubría con mantas o chales.

Su ropa negra era mejor que nada, se persuadió y replicó:

—Pese al luto, disfruto de las fiestas, milord, pero no me excedo.

En ese momento golpearon la puerta. John autorizó de inmediato. Lavinia no se volteó para mirar quién era. Su duda no duró demasiado. La voz femenina de la baronesa señaló:

—Stanley me ha dicho que quiere verme.

—En efecto. Querida, la señorita Expósito ha aceptado la oferta de trabajo. ¿Serías tan amable de presentarle a Georgiana y luego pedirle a la señora Stanley que le muestre el castillo, por favor?

—Por supuesto, ¿eso es todo? —El barón asintió—. Sígame, señorita Expósito.

Lavinia se levantó e hizo una ligera reverencia a su nuevo patrón. Dio media vuelta y se encontró con la baronesa. La mujer parecía ser unos años mayor que ella, y se dio cuenta de que estaba embarazada. Pese a la obiedad, no sabría predecir qué tan avanzado era su estado.

Típico de los aristócratas, siempre se encuentran buscando un heredero. A ellos no les importa poner en riesgo la salud de sus mujeres, aun cuando es evidente que concebir no es posible, si en catorce años solo hubo un embarazo exitoso.

Lavinia siguió a la baronesa, atravesaron el Salón del Rey, la galería, y cuando llegaron al final, antes de alcanzar el vestíbulo, se desviaron a una esquina, donde había una escalera de caracol, cuyos estrechos peldaños de piedra ascendían a la segunda planta. Pequeñas ventanas iluminaban para tener la suficiente visibilidad sin sacrificar la seguridad. Después de todo era una construcción hecha para la guerra.

Al llegar a la segunda planta, Lavinia se encontró con un corredor; a un lado se situaban las puertas de accesos a diversas estancias y, al otro, ventanas similares a las de la galería, que mostraban el mar que, majestuoso, bañaba la playa. El cielo libre de nubes era de un celeste intenso y puro. Deseó estar afuera, mojando sus pies en el mar... Desde que llegó a Inglaterra no lo veía.

Volvió al momento. Lavinia observó el otro lado del corredor, contó quince puertas.

La baronesa explicó mientras se adentraban:

—Aquí en la segunda planta están las alcobas, la biblioteca, mi sala personal y la sala de pintura. En la tercera planta hay habitaciones en desuso que usamos de almacén. —Se detuvo en

la quinta puerta. Golpeó y entró—. Esta es la sala de estudio.

Lavinia entró después de la baronesa. Georgiana dibujaba, abstraída de lo que ocurría a su alrededor. El carboncillo susurraba contra el papel, y se mezclaba con el sonido del mar sereno que traspasaba las murallas de la estancia, la cual no era más que unas estanterías con libros, un ábaco, papeles, tinta, plumas. En un rincón había una pizarra con las marcas de lecciones anteriores y, frente a ella, un pupitre y un escritorio. Ahí estaba Georgiana.

Lady Bamburgh, con un tono casi reverente llamó a su hija:

—Georgiana, querida... Es hora de presentarte formalmente a tu institutriz, la señorita Expósito... ¿Georgiana?... —Le sonrió a Lavinia, tensa, luego miró a su hija con severidad e insistió más firme—. ¡Georgiana Adams, te estoy hablando!

La muchacha dio un respingo, el carboncillo se quebró. La expresión de Georgiana cambió en tan solo un segundo transformándose en una máscara furiosa; cejo fruncido, mirada desafiante, respiración intensa.

La baronesa, lejos de verse intimidada por aquella actitud, repuso, autoritaria:

—Levántate y saluda. —La joven la ignoró. Lady Bamburgh la haló de la oreja, obligándola a obedecer—. ¡Saluda!

Georgiana, con sus ojos llorosos, miró con odio a Lavinia y bufó un:

—Buenos días...

La baronesa haló más fuerte, y zarandeó interpelando:

—Buenos días, ¿qué?

—Buenos días, señorita...

—Mejor. —Y la soltó. Dirigió su atención a Lavinia—. Aquí estudiarán. Todos los días me informará de sus lecciones y, si tiene algún problema, no dude en hacérmelo saber para tomar las medidas necesarias. Las dejaré para que se conozcan mejor.

La baronesa salió de la sala de estudio dejando a Lavinia y a Georgiana a solas.

El sonido del mar y de los alcatraces fue lo único que se escuchó por largo rato.

La joven apretó los labios para contener su llanto, prefería estar sola. Sin importar lo que hiciera, lograba desencadenar la furia en su madre, quien siempre la culpaba de perder a sus hijos por los malos ratos que le hacía pasar. Tampoco disfrutaba de la compañía de su padre, que parecía estar demasiado ocupado. Tal vez la odiaba por ser mujer y no un hombre...

Georgiana se limpió la nariz con la manga de su vestido, sin dejar de mirar a Lavinia, desafiándola a que la reprendiera.

La institutriz sacó de su bolsillo un pañuelo y se lo ofreció. Con un tono amable, pero no menos firme dijo:

—Si quiere llorar, llore...

La muchacha miró el pañuelo con recelo. Lavinia mantuvo su mano extendida durante largos segundos.

Georgiana lo tomó y sus lágrimas brotaron como dos riachuelos, pero se negó a sollozar. Se secaba las mejillas y se volvían a humedecer.

Lavinia no pudo evitar pensar que fue una bendición no tener a John como padre. Y contra su voluntad sintió compasión por Georgiana, su media herma... Se negó a completar el parentesco en su mente, no debía. No podía. Sin embargo, en cierto modo, la joven le recordó a ella misma cuando fue castigada por su abuelo, por haberse entregado y enlodar la decencia de los Riquelme.

Fernando la amó, pero nunca le perdonó ese error. A Lavinia aún le dolían las bofetadas y

los correazos de esa paliza cuando la evocaba.

Se sacudió el recuerdo, Lavinia tenía un trabajo.

—Señorita Adams... Tome asiento, por favor. ¿Podemos conversar? —La joven no respondió, mas su llanto ya remitía—. Bien, no quiere conversar. Yo me puedo quedar todo el día hasta que usted conteste mi primera pregunta. Créame, tengo más paciencia de la que puede imaginar.

Georgiana se sentó, tomó parte del carboncillo quebrado y siguió con su dibujo.

A Lavinia no le importó que la ignorara. Con movimientos comedidos, se sentó frente ella. La joven no era sorda, por lo que le preguntó:

—¿Usted sabe por qué estoy aquí?

Georgiana, sin dejar de dibujar, contestó:

—Padre desea que me case. Me quiere lejos del castillo.

—Pero eso no sucederá ahora. Faltan años.

—No me quiero casar. Nunca.

—¿Quiere ser una mujer soltera?

—Sí. No quiero tener hijos.

—Me parece bien. —Georgiana la miró con sus ojos desorbitados. Nadie, jamás, le había dicho eso—. Si pretende quedarse soltera y no quiere tener hijos, me parece bien. Pero ¿de verdad piensa que va a vivir indemne si usted es una mujer ignorante? Se arriesga a que venga cualquier idiota y la embauque con sus posesiones, su dinero o lo que vaya a obtener en el futuro, solo porque usted no conoce su lugar. Allá afuera, señorita Adams, el mundo no es amable con los ignorantes y los pobres, y peor si se es mujer. Sus padres la quieren preparar para el matrimonio, yo le ofrezco educarla para que pueda valerse por sí misma.

Georgiana volvió a dibujar y añadió:

—A mí no me gusta leer.

—¿Por qué?

—Porque duele cuando me equivoco.

—¿Qué le duele cuando se equivoca?

—Las manos.

Lavinia soltó un suspiro. Ella era una convencida de que la letra jamás entraba con sangre. Podía decir que tuvo suerte por dos motivos: uno, no le costaba aprender; y dos, su madre fue una mujer educada, que vivió el privilegio de gozar de los años de bonanza, y que en los años de pobreza le transmitió sus conocimientos con paciencia y cariño.

Su mente evocó el aroma de su madre, que, agachada, la abrazaba por la espalda, tendría quizás unos cinco años. Era verano, el calor seco era insoportable. A la sombra de un ciruelo cargado de frutos, Mariana dibujaba una letra con una varilla en la tierra suelta, era la P...

—Esta letra suena pppp... —Hizo el sonido y luego dibujó una A—. Esta la conoces.

—Es la A.

—Y ¿qué pasa si las juntamos con la p?

Catalina no tardó en asociar y dijo:

—Pppa.

Mariana le besó la sien.

—Así es, muy bien, hijita. —Borró la A y la reemplazó por una E—. ¿Y si la juntamos con la E?

—¡Pe! —exclamó, orgullosa de sí misma.

La voz de su abuelo las interrumpió. El hombre renqueaba hacia ellas y anunció con su voz de mando:

—Llegó un fardo de ropa para lavar... Ya recibí el pago.

—Está bien, padre... —Se levantó—. Iré ahora.

Catalina tiró de su falda y preguntó:

—¿Te ayudo, mamita?

Las sonrisas de Mariana siempre eran tristes y negó con su cabeza.

—Sigue practicando, Catralita... Junta la P con las otras vocales. Aprenderás rápido.

Lavinia volvió al momento, reprimió el impulso de tocar su anillo y preguntó a Georgiana:

—¿También le duelen las manos con aritmética?

Georgiana asintió y repuso:

—Odio multiplicar y dividir.

—Bien... Si le prometo que nunca más dolerá, en ninguna parte de su cuerpo, ¿podrá hacer el intento de leer frente a mí? Solo para probar cuánto sabe.

Georgiana volvió a centrar su atención en Lavinia. En los ojos azules de la joven, iguales a los de la baronesa, rezumaba la desconfianza.

Lavinia se levantó y tomó el primer libro que vio en el estante. *Leyendas y tradiciones de hadas del sur de Irlanda* de Thomas Crofton Crocker. Hojeó hasta llegar al primer texto, titulada *La leyenda de Knocksheogownae*. Se lo acercó a Georgiana, quien lo recibió.

El libro empezó a temblar en cuanto la jovencita leyó:

—En Ti... ppe... ra... ry se *necuen...tra*. —Miró de reojo a Lavinia—... una de las co... li... nas de... —Lavinia se rascó el mentón y la niña dio un respingo—... ¡For!... for... for... forma más sin... ggggu... lar del mundo.

Lavinia asintió con su cabeza, ignorando el nudo que se le formó en el estómago, y dijo:

—Suficiente, señorita Adams... Bien, todos los días leeremos un rato. Lo haremos juntas, yo leeré y usted me seguirá. Después lo hará sola. No tema a equivocarse, algún día olvidará el dolor de leer. Lo mismo sucederá con aritmética. ¿Hagamos una prueba? Algo simple, solo para medir qué se le hace difícil.

Georgiana asintió, aún sin confiar del todo. Las anteriores institutrices, sin excepción, empezaban con supuesta paciencia, pero la perdían al día siguiente. No obstante, debía admitir que la forma en que la miraba la señorita Expósito era diferente, y eso le daba una pequeña esperanza.

Tal vez no era tan tonta como decían.

Lavinia salió de la sala de la baronesa tras haber dado su primer informe. Se apoyó sobre la puerta y soltó un resoplido. Avanzó hacia la ventana que tenía frente a ella y admiró el mar. Su estómago rugía de hambre. Lady Bamburgh, conforme con su informe, le entregó una hoja con los horarios de Georgiana y que empezarían a regir a partir del día siguiente.

Eso significaba que el resto del día lo tenía libre. Era hora de planear su próxima jugada. Y nada mejor que hacerlo en la playa.

Veinte minutos después, sus zapatos y medias estaban en la arena, y ella caminaba descalza por la orilla apenas levantando su falda para solo mojarse los pies. El agua era fría, y le recordó

los días previos a su embarque en Valparaíso. En aquella ocasión, aprovechó contemplar el atardecer desde la costa del inmenso Océano Pacífico por primera y quizás última vez. La peculiaridad de Inglaterra era que el sol salía y se ocultaba en el mar, dependiendo de si era la costa este u oeste. En Chile era diferente, el sol salía por la Cordillera de los Andes y se ocultaba en el Pacífico.

Esa tarde, el tibio calor le obligó a soltar los primeros botones de su corpiño. El negro no era un color apto para la playa, parecía atraer los rayos del sol como polillas a la luz.

Sus dedos acariciaron el anillo que le regaló Alec. Todavía le dolía haber perdido el de su madre, pero tener ese reemplazo le daba consuelo.

Se detuvo, miró sus pies por largo rato y cómo las olas lamían su piel.

Dio un respingo cuando escuchó la voz grave de Alec detrás de ella diciendo:

—¿Cómo le ha ido?

Con un tono monocorde, ella respondió:

—Bien, no me quejo.

—Me alegro. —Alec también estaba descalzo y mojaba los pies. Se situó delante de ella y vio el anillo. Sonrió y agregó—: Según lord Bambergh, el fin del verano se caracteriza en esta zona por ser soleado y después, con suerte ven el sol el resto del año. Por eso realizan las festividades en estas fechas, para despedirse del calor.

—Ayer no parecía que fuera a despejar.

Ayer... a ambos les dio la impresión de que habían pasado meses. Qué extraña sensación.

—¿Quién lo diría? Mañana empezarán las fiestas, ¿va a asistir?

—Estaré todo el tiempo con mi alumna. Mi asistencia depende del humor de los barones.

—Entiendo... Si ocurre el milagro de que coincidamos, ¿me concedería un baile? A usted le encantan las fiestas, no se atreva a negarlo.

Lavinia alzó su barbilla con dignidad y repuso:

—No le daré el gusto de admitirlo.

—Su respuesta reafirma mis palabras.

—Piense lo que quiera, señor Croft.

Alec rio. A Lavinia le seguía pareciendo extraña esa dicotomía. La risa alegre y juvenil en comparación con esa voz tan dura y grave, como si él gruñera todo el tiempo.

—No se dará cuenta cuando esté otra vez entre mis brazos... y lo disfrutará.

Lavinia entrecerró sus ojos e interpeló:

—¿Está usted coqueteando?

Alec alzó sus manos y reconoció:

—*Mea culpa*, señorita Expósito. Y no suelo coquetear con cualquiera.

A Lavinia no le hizo gracia la sensación de ser halagada. En el fondo, debía reconocer que disfrutaba la atención del señor Croft... Era lo más parecido a sentirse querida.

Pero no estaba ahí para eso.

—No debería coquetear conmigo. Puedo perder mi trabajo si me ven confraternizando demasiado con usted, un huésped de mi patrón.

—Usted lo ha dicho. —Y enfatizó, guasón—: Si la ven... Y yo me encargaré de que eso no suceda.

—No se tome tantas molestias conmigo, señor Croft. Coquettee y baile con las mujeres del pueblo. No tiene oportunidad.

—¿Por qué no? —Le tomó la barbilla con gentileza, pidiéndole con el gesto a que lo mirara

directo a los ojos.

Lavinia no soportó el contacto, porque se dio cuenta de que lo anhelaba, y eso la debilitaba. Cerró sus ojos, disfrutó el suave toque de los dedos masculinos por un segundo, y desvió su mirada hacia el océano. Ninguna nube se veía en el vasto horizonte. En realidad, ella no tenía oportunidades, y aquello la acongojó.

¿Por qué tenía que vivir con el peso de esa promesa? ¿Sus muertos revivirían si la cumplía? ¿Sus almas descansarían?

Maldito fuera Alec Croft. Nunca cuestionó lo que implicaba su promesa. ¿Por qué lo hacía ahora, al final de su jornada? Necesitaba alejarse de él tal como lo resolvió esa mañana.

Y así lo hizo, avanzó hacia el mar, sin atreverse a dar media vuelta y mirarlo. Temió que Alec descubriera la verdad en sus ojos; lo que sentía por él y el verdadero motivo de su presencia en ese tiempo y lugar.

Debía rechazar sus avances, por mucho que lo deseara. Él despertaba en ella la estúpida fantasía de ser querida por un buen hombre... Quizás vivir el amor, hacer su vida, construir una familia...

No. Era imposible.

—Porque no soy buena para nadie. No me vuelva a hablar, señor Croft, se lo suplico. Imagine que soy una empleada más; sin nombre, rostro, ni pasado. Será lo mejor para ambos.

La voz de Alec llegó distante a sus oídos cuando dijo:

—Entiendo, disculpe mi atrevimiento.

No hubo más palabras. Solo se escuchaba el hermoso sonido de las olas rompiendo contra la costa.

Después de unos minutos que le parecieron una eternidad, Lavinia suspiró entrecortado. Miró hacia atrás y solo estaban las huellas de Alec sobre la arena mojada que se alejaban de ella. Quiso limpiar la humedad de su rostro, pero se dio cuenta de que Georgiana se quedó con su pañuelo.

Dejó fluir su llanto y que sus lágrimas se unieran con el mar.

Capítulo VII

En los siguientes diez días, Alec intentó cumplir lo que le pidió Lavinia. No la buscaba, no le hablaba, no la miraba. Y aquello resultó ser más difícil de lo que alguna vez imaginó, era un verdadero suplicio. Compartía la mesa con ella y ponía atención cuando, en su papel de institutriz, daba amables indicaciones a Georgiana. Caminaba a su lado, inhalando su aroma, cuando visitaban los puestos del mercado junto a los barones. Escuchaba, fascinado, la música que cantaba y que tocaba en el pianoforte para entretener a los invitados del castillo.

¿Cómo diablos pretendía Lavinia que la ignorara? ¿Cómo podía controlar los latidos de su corazón cuando sus miradas fugaces se cruzaban?

A veces, ni siquiera se daba cuenta de que la seguía, o que ansiaba tentar a la casualidad para encontrarse con ella cuando iba a la playa, y se decepcionaba al hallarla vacía, tan vacía como esa sensación que se instalaba en su pecho.

Su experiencia lo reprendía e insistía que era absurdo todo lo que sentía, y se lo atribuía a su autoimpuesto celibato. No la conocía, y ella se negaba a que ello ocurriera, pero él ansiaba saber más. Su instinto lo conminaba a estrechar ese débil vínculo que se desarrolló durante su largo viaje, a encontrar la respuesta que se ocultaba en ese comportamiento que ella aparentaba; el de una solterona amargada que se alejaba ante el peligro de comprometer su corazón.

Alec presentía que había algo profundo y poderoso. Tenía la certeza de no estar malinterpretando esa mutua atracción, la percibía en el aire cada vez que estaban cerca.

O tal vez, se lo estaba imaginando debido al rechazo. A la tentación de desobedecer una orden explícita.

Era un imbécil. Estaba en ese lugar para cerrar un negocio, no para andar pendiente de una mujer que no quería nada con él.

Un no era un no. No un tal vez, no un sí disfrazado, ni una estrategia femenina para sembrar la duda y mantenerlo cerca.

Lavinia era como ese castillo anclado a la orilla del mar, inexpugnable.

Esa noche, cuando terminaban de cenar, los comensales rememoraban la competencia de tiro al blanco que hubo en el pueblo.

Lord Lauder, tras beber un sorbo de vino, miró a Alec entrecerrando sus ojos, le apuntó con el dedo y acusó:

—Señor Croft, se lo tenía bien guardado, ¿eh? Debí apostar por usted en vez de Bamburgh. Hubiera ganado cinco libras.

Alec solo se encogió de hombros y replicó:

—Todos tenemos habilidades ocultas, milord. —Miró de soslayo a Lavinia—. Lord Bamburgh fue un gran rival. Le gané por poco.

Lord Lauder soltó una risotada.

—No sea modesto, no puede llamarle ganar por poco a doblar su puntaje. —Desvió su mirada hacia Lavinia. Era imposible refrenar el impulso, ella se sentaba casi frente a él—. Y hablando de habilidades ocultas, señorita Expósito, ¿cómo logró que la cocinera la dejara invadir su territorio?

Lavinia con un tono decoroso solo respondió:

—La señora Meyer es muy amable.

—Já, muy bromista. No se guarde el secreto, tenía a toda la servidumbre pendiente de lo que usted preparaba. Y a mí se me hacía agua la boca. Ese aroma tan dulce y delicioso no lo había sentido antes...

Lavinia detestaba tener la atención de la gente sobre ella. ¿Cómo iba a imaginar que lord Lauder llegaría más temprano a husmear? Esa tarde le permitieron quedarse en el castillo. Su aspecto ojeroso no era el mejor.

Pero lo peor de todo era tener la atención del señor Croft, quien no se abstuvo de preguntar:

—¿Y qué hacía en la cocina?

En su fuero interno Lavinia quería desaparecer. No obstante, su expresión fue sosa, sumisa y casi tímida cuando contestó:

—Estaba preparando *manjar*.

Lógicamente, a nadie le bastó con esa respuesta. *Manjar* era una palabra en español extraña para ellos, menos para lord Bambergh, quien entreabrió la boca y, sin saber si componer una sonrisa o no, interpelló:

—¿Todavía le queda? Desde mi regreso a Inglaterra no he vuelto a probarlo.

Todos miraron al barón con las cejas arqueadas. Lady Bambergh, con una expresión de incómoda curiosidad, alternaba su atención entre su esposo y la institutriz.

Lavinia se aclaró la garganta y respondió:

—Todavía queda. Preparé lo suficiente para que todos pudieran probar. Pensé que había olvidado cómo hacerlo, pero hay cosas que quedan grabadas en la memoria... La señora Meyer estuvo conmigo durante todo el proceso, y creo que ya sabe cómo replicarlo. Por eso me dejó usar la cocina, estábamos hablando de repostería, le comenté sobre el *manjar* y una cosa llevó a la otra.

John asintió. Miró al mayordomo y ordenó:

—Dígale a la señora Meyer que deseo adelantar el postre y que sea *manjar*.

—Como ordene, milord.

Solo hubo un segundo de silencio que se sintió como una década. Georgiana, curiosa, se atrevió a preguntar:

—Padre, ¿puede contarnos algo de su visita a...? —Miró a Lavinia—. ¿Cómo se llama su país?

—Chile, señorita Adams.

—Eso. —Centró su atención hacia el barón y agregó casi balbuceando—: Si es que no es demasiado pedir.

John intentó componer una sonrisa amable y, presionado por toda la atención que estaba recibiendo, relató:

—Cuando era muy joven, estudiaba en Richmond. Ahí conocí a un hombre llamado Mauricio Riquelme, era chileno y su padre lo había enviado a completar sus estudios en esa parroquia. Teníamos el mismo tutor y nos hicimos muy buenos amigos. Debido a la complicada situación por las guerras napoleónicas, no pude hacer mi *tour* en Europa y Mauricio me invitó a pasar una temporada en Chile. Ahí conocí... el *manjar*.

Lady Bambergh ladeó su cabeza, interesada por aquella pizca de información del pasado de su esposo. Ávida por aprovechar ese derroche de información, interrogó:

—¿Y cuánto tiempo estuvo en ese país, esposo?

—Cuatro años. Quizás un poco más.

—Con razón aprendió tan bien el idioma.

Lord Lauder rio y sentenció:

—Bamburgh, ¿quién hubiera imaginado que usted fue todo un aventurero? Mire qué valiente fue ir a meterse a un país que nadie conoce y que, seguro, la mayoría de sus habitantes deben ser unos salvajes en taparrabos.

John tensó una sonrisa y bebió un sorbo de vino.

Por el rabillo del ojo, Alec notó que Lavinia se aferraba a su anillo. Se atrevió a mirarla de frente. Los labios carnosos eran una línea tensa y la piel de su rostro tomó un ligero color carmín.

Por un segundo pensó que ella iba a contestar ese desagradable comentario de lord Lauder, pero todo fue interrumpido por la servidumbre que traía el postre.

Retiraron los platos de la cena y sirvieron, a cada uno de los comensales, unos pequeños pocillos con una pasta marrón con un tenue aroma a caramelo.

Casi al mismo tiempo, todos probaron.

El dulzor lácteo estalló en sus bocas y se deshacía en sus lenguas a medida que saboreaban. No podían hacer nada más que alargar ese placer probando de a poco y disfrutar como se merecía esa verdadera ambrosía.

Alec, discreto, observaba a Lavinia. Su forma de comer el manjar era lenta, disfrutaba todo lo que podía. Su nariz enrojeció y, por momentos, no fue capaz de seguir. Luego desvió la mirada hacia el barón. Entre cada bocado daba profundas aspiraciones, como si le faltara el aire y su mandíbula se marcaba de lo tensa que estaba. No sabía si el *manjar* era una tortura o si era demasiado delicioso.

Lady Bamburgh interrumpió la silenciosa atmósfera diciendo:

—Jamás he probado algo así, señorita Expósito. ¿Qué es?

Lavinia se limpió la boca con la servilleta antes de responder:

—En términos simples, es leche caramelizada. En mi país se usa para preparar postres o para rellenar y cubrir pasteles.

—La señora Meyer va a tener que hacer una buena cantidad, me ha encantado... ¿Cuánto dura antes de que se eche a perder?

—Si está en un frasco de vidrio y bien tapado, puede durar hasta un mes.

—Perfecto.

Y nadie más habló hasta que los pocillos se vaciaron.

De súbito, John se levantó de la mesa. Carraspeó antes de sentenciar:

—Sabe tal como lo recordaba, señorita Expósito. Muchas gracias por brindarnos un regalo tan sabroso de su tierra.

Lavinia no levantó su mirada y dijo:

—No fue nada, milord.

John asintió. Miró a todos en general y anunció:

—Si me disculpan, debo atender un asunto importante que olvidé, y no puedo postergar.

Alec no le quitó la mirada de encima a lord Bamburgh. Se veía descompuesto.

Si él podía decir algo sobre sí mismo, era que su intuición era buena cuando se trataba de asuntos complicados. Desde que llegó a ese castillo no se sentía del todo cómodo, y tal parecía que el barón y Lavinia ocultaban algo.

Miró a la señorita Expósito. Ella luchaba por no perder la compostura, un ligero brillo en sus ojos delató que estaba a punto de llorar.

¿Qué diablos estaba sucediendo en ese castillo?

Rato después, todos acordaron que lo mejor por esa noche sería descansar temprano. Se había programado una excursión a los acantilados y un picnic, que se llevaría a cabo al día siguiente. Alec aprovecharía esa salida para persuadir a lord Bamburgh y lord Lauder de reunirse para conversar sobre su proyecto ferroviario. Hasta ese momento, aquella tarea le fue imposible, siempre había una actividad o un compromiso que se lo impedía.

Sin embargo, lo cierto era que ya no estaba tan convencido de ello. El hecho de que un hombre le oculte a su familia algo que parecía importante —como lo es un viaje de cuatro años a una tierra al otro lado del mundo—, le estaba haciendo desconfiar del barón y su moral.

Mientras se debatía, caminaba por el corredor de la segunda planta hacia su habitación, pero se detuvo al pasar frente a una ventana. Una tenue luz se desplazaba en dirección a la playa. Se acercó para confirmar que no eran imaginaciones suyas.

La luz se quedó quieta.

No pudo evitar pensar que se trataba de Lavinia, ella fue la primera en anunciar que se retiraba a la Torre de Guardia, lugar donde dormía la servidumbre.

¿Qué estaría haciendo sola en la playa?

—No es de tu incumbencia, demonio —se convenció. Lo dijo firme y se palmeó las mejillas para entrar en razón.

«Pero es peligroso que esté sola», persuadió su corazón que buscaba cualquier excusa para estar cerca de Lavinia.

«Ni siquiera es seguro que se trate de ella», razonó con terquedad.

«Pero es mejor cerciorarse, ¿cierto?», su corazón insistió.

No sabía qué pensar de Lavinia.

«¿Y si va al encuentro de alguien?», se preguntó. «¿De Bamburgh, por ejemplo?», añadió una vocecilla insidiosa.

Que lo tacharan de cretino y mentiroso si él negaba que no sintió celos.

Monstruosos, horribles, asfixiantes celos.

Si la sorprendía en un encuentro furtivo con el barón o con quien fuera, sería su oportunidad para desilusionarse, desencantarse y dejar morir ese sentimiento que solo echaba raíces profundas en su corazón.

Porque sí, se imaginó volviendo a Londres con Lavinia. Era una locura, pero...

¡Al diablo la cautela!

Dio media vuelta y fue a averiguar quién deambulaba por la playa.

Todas las noches, Lavinia caminaba por la playa antes de irse a dormir. Si fuera por ella, se acurrucaría en ese lugar, el sonido del mar la relajaba. Retrasaba su vuelta a la Torre de Guardia hasta que el sueño la venciera, con la esperanza de no tener pesadillas. Desde que decidió cómo y cuándo iba a cobrar la deuda de honor al barón, su abuelo y su madre la visitaban en sueños como dos antagonistas que le dictaban su actuar.

Despertaba de súbito, empapada en sudor, con su corazón latiendo desbocado, y después, la oscuridad se volvía una prisión insomne.

Lavinia no quería ir a dormir, no quería que un nuevo día llegara.

Su tiempo se había acabado.

Al día siguiente, ella cumpliría su promesa para devolverle el honor a su familia.

Y que fuera lo que Dios quisiera.

Miró al cielo despejado, tan diferente al de su tierra, la luna creciente iluminaba lo justo para no sentirse tan sola. Contempló las estrellas, no se sabía el nombre de las constelaciones, pero sí sabía que esos diamantes titilantes no eran los mismos que observaba en Santiago.

Dejó la lámpara a un lado y se quitó los zapatos para enterrar sus pies en la arena tibia, deleitándose con esa sensación. Se sentó abrazando sus rodillas. Se quedó quieta, escuchando ese mar que tranquilo bañaba la costa.

Tomó una profunda inspiración, e hizo lo que había dejado de hacer desde la muerte de su madre...

—*Padre nuestro, que estás en el cielo... Santificado sea tu nombre... Venga...* —Suspiró entrecortado—. *Venga a nosotros tu reino... Hágase tu voluntad, tanto en la tierra como en el cielo... Danos hoy nuestro pan de cada día...*

No pudo terminar de orar. No podía seguir y llegar a la parte de «perdona nuestras ofensas, como también perdonamos a los que nos ofenden». Su pecado iba a ser imperdonable.

Sollozó.

«Mañana todo acabará».

—¿Señorita Expósito? ¿Se encuentra bien?

Lavinia cerró sus ojos al oír la voz de Alec. ¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué se preocupaba por ella? ¿Por qué insistía si era un caso perdido?

¿Por qué se sentía tan bien escuchar su voz? ¿Por qué su corazón descansaba cuando estaba cerca? ¿Por qué pensaba que todo podía ser diferente?

No fue capaz de rechazarlo, de decirle algo hiriente y contrario a su sentir. Lo necesitaba, necesitaba esa paz que experimentaba cuando estaba junto a él.

Sin pedirle permiso, él se sentó a su lado y le ofreció su pañuelo. Ella lo recibió y se prometió que jamás se lo devolvería.

Por más que se secaba las lágrimas, volvían a fluir. Y tal como la luna atraía al mar, Lavinia se permitió dar rienda suelta a su deseo de sentir el calor de Alec, y se apoyó en su hombro. Sabía que no se merecía recibir su consuelo y atención. Pero quería que su último recuerdo con él fuera algo hermoso y humano.

Alec no dijo nada y se dio el permiso de abrazar a Lavinia.

Y esperar.

Cuando la vio susurrando en silencio, Alec sintió que era un imbécil integral por haber conjeturado que ella estaba sosteniendo un encuentro furtivo con el barón. No entendía las palabras de Lavinia, pero sabía que rezaba y que no pudo terminar. Se le partía el alma no poder hacer nada.

No lidiaba bien con la impotencia de no tener el control. Ni hacía diez años, ni en ese preciso momento.

Miró el mar y reflexionó, ¿qué diablos le atraía tanto de Lavinia? Desde su relación con Letty, su primera gran desilusión amorosa, que no se sentía de esa manera, pero debía admitir que ambas mujeres eran muy diferentes y las experiencias, también.

Letty era un volcán en constante erupción. Su relación fue física, pasional; llena de diversión, risas, espontaneidad y una conexión que le hacía pensar que tal vez podía durar para siempre.

De Lavinia podía decir que era más madura, pero aquello no le restaba su lado emocional y vulnerable; su relación estaba llena de momentos tan pequeños como inolvidables.

Y encontró su respuesta.

No la conocía, pero sabía que alguna vez fue inocente, alegre y vivaz, y que todavía quedaba algo de esa humilde muchacha del sur del mundo.

No la conocía, pero sabía que en el presente ella ocultaba más de lo que mostraba, porque era una sobreviviente, una mujer incansable, admirable y, a la vez, tan frágil como un copo de nieve. Y cualquier hombre que la tuviera de compañera sería más que afortunado. Lavinia era de ese tipo de personas que inspiraban a ser mejor.

Él sabía que sería el mejor si tenía a una mujer como Lavinia a su lado, era su nueva medida. Independiente de lo que le deparara el futuro, desde ese día en adelante, compararía a todas las mujeres con ella.

Podía aventurarse a admitir que le fascinaba Lavinia, lo que mostraba y lo que ocultaba. Deseaba develar cada misterio, confirmar o desmentir sus conjeturas, a riesgo de probar la amarga decepción o la dulce victoria.

Entre el sonido del oleaje y el aroma salino del mar, el llanto de Lavinia remitió poco a poco, hasta convertirse en un agudo dolor en el pecho y suspiros entrecortados.

—Gracias, señor Croft... Usted es la persona que más veces me ha visto llorar... —Y era la verdad, en cierto modo, no lloraba tanto en frente de nadie desde que era una jovencita—. Lo siento mucho.

—Pues me honra ser la única persona a la que le permite mostrar su vulnerabilidad. Guardaré su secreto... —Se inclinó tan solo un poco hacia ella y preguntó—: ¿Puedo hacer algo por usted? ¿En qué le puedo ayudar? No creo que su llanto se deba a una nimiedad.

Lavinia negó con su cabeza. Por diez segundos se debatió en contar la verdad, soltar su carga y vivir con la voz de su abuelo acusándola de ser una buena para nada; o callar y hacer de una vez por todas lo que la trajo a Inglaterra.

Resolvió que era mejor no involucrarlo, hacerlo solo lo perjudicaría.

Sin embargo, su corazón protestó. Se alzó rebelde y sentenciaba que Alec no era como los demás... Su mente rechazó esa idea, recordándole con sorna que no era la primera vez que se decía eso, y terminó siendo humillada y traicionada.

Pero debía admitir que no podía comparar ambas experiencias por igual. Cuando tenía diecisiete, no reconoció los indicios que señalaban a José Patricio como un hombre sin carácter y mediocre. Sus palabras, sus caricias y sus promesas la enamoraron. Estaba sedienta de un amor que no proviniera de sus familiares, quería formar una familia y salir de esa casa ahogada en el pasado y el pesar... tener algo propio, nuevo y reluciente.

En cambio, Alec... Del miedo pasó a la más profunda admiración y respeto. Era el honor y amabilidad hecho hombre, y bendita fuera la mujer que se ganara su amor, porque él no daría algo tan tibio como el afecto. Era de los que daban la vida entera.

Alec Croft no se merecía a una mentirosa. No se merecía a una mujer que ni siquiera era de su clase. No se merecía a una mala mujer como ella.

Sí, era mejor callar, aunque se le desangrara el alma. Era lo mejor para él. Allá afuera había cientos de mujeres superiores a ella... más libres que ella.

Debía cerrarse a él.

—No puede hacer nada por mí, señor Croft... Soy un caso perdido.

—¿Por qué lo dice?

—No soy lo que usted cree.

—¿Y qué sabe usted sobre lo que yo creo?

Lavinia no pudo rebatir eso. Si lo hacía, hablaría más de la cuenta.

—Tiene razón... En fin, supongo que fue un error haber preparado *manjar*. —Desvió el tema, antes de que se volviera más profundo. Alec era una tentación, su determinación flaqueaba con él—. Me hizo añorar todo lo que dejé atrás...

—Parece que al barón también le hizo añorar.

—Pamplinas, de haber querido hubiera vuelto.

Esa sentencia no pasó inadvertida para Alec. El tono de Lavinia fue... agresivo. Condenatorio.

Y como el demonio que era quiso espolear esa reacción una vez más y dijo:

—Tal vez sí quiso, pero no pudo.

—Cuando de verdad se quiere volver, solo se hace y ya.

—¿Y usted no quiere volver a su país?

—¿Para qué voy a volver si no tengo nada allá? ¡Nada!

—Se tiene a sí misma, es más que suficiente.

Lavinia rio flojo. Era un bonito pensamiento, pero inútil a esas alturas. Debía irse, no podía seguir prolongando ese momento.

Se separó de Alec, se puso los zapatos y se levantó. Tomó la lámpara.

—¿Va a volver a oscuras o me acompaña?

—Voy con usted. —No tenía más alternativa, se iba el motivo por el cual estaba ahí.

Caminaron en silencio, uno al lado del otro, perdidos en sus pensamientos. Ninguno de los dos encontraba consuelo o respuestas. Se hallaban en un limbo emocional sin saber cómo actuar. Tal vez, al amanecer, podrían ver todo desde otro prisma.

Cuando llegaron al punto donde sus senderos se separaban, se miraron por última vez.

Alec hizo una regia inclinación, con un tono carente de emociones dijo:

—Espero que descanse. Buenas noches.

Lavinia respondió dando una digna reverencia. Dudó por unos segundos, no quería que él se quedara con la sensación de que ella no lo apreciaba, y se atrevió a decir:

—Aunque no lo crea, fue un privilegio coincidir en esta vida con usted. Gracias por todo... Hasta mañana, señor Croft.

Esas palabras, la forma en que fueron dichas inquietaron a Alec.

—Señorita Expósito, ¿de verdad está bien? Pídame lo que quiera y yo haré lo posible por ayudarla.

—Usted ya ha hecho más que suficiente. —Le costó la vida no acariciar el rostro masculino y probar si esa barba era tan suave como parecía—. Que tenga buenas noches.

Lavinia, apresurada, se internó en la torre, llevándose la luz, y dejando a Alec a oscuras, con la terrible sensación de que aquellas palabras eran una despedida definitiva.

Capítulo VIII

Esa noche Alec no durmió. Sabía que algo iba a suceder, lo presentía. Daba vueltas en la cama sin encontrar una posición cómoda, y cuando la hallaba, cerraba sus ojos y volvían a su mente las palabras finales de Lavinia.

«Aunque no lo crea, fue un privilegio coincidir en esta vida con usted. Gracias por todo».

¿Qué querían decir esas melancólicas palabras?

Las respuestas que barajaba no presagiaban nada bueno.

Casi no se dio cuenta cuando, poco a poco, un sonido sibilante envolvió al castillo, y pronto se alzó un viento frío e inclemente que azotaba las ventanas y se colaba por las rendijas. El cielo estrellado se convirtió en un ominoso palio de nubes oscuras.

La humedad se percibía en el aire.

Una risita femenina se coló, ahogada, en su habitación. Provenía desde el corredor.

Alec frunció el ceño, extrañado. No lo pensó dos veces y se levantó... En su mundo, las armas más efectivas eran los secretos develados.

Sigiloso, se aproximó a la puerta, giró el pomo con sumo cuidado y entreabrió.

Como su habitación era la última del corredor tenía una vista privilegiada de todas las demás, y no le costó espiar sin ser detectado.

Entreabrió su boca cuando vio a la baronesa besar a lord Lauder. El conde retrocedió un par de pasos y se dirigió a su habitación.

Alec cerró su puerta. Ni bien sonó el clic de la cerradura, la estancia se iluminó con fugaz violencia y dio un respingo. Un relámpago. Segundos después, resonó un trueno que hizo temblar las paredes del castillo.

La lluvia cayó como clavos que se enterraban en la tierra sin siquiera haber llovizado previamente.

Se quedó apoyado en la puerta, incrédulo de lo que había sido testigo. La baronesa tenía un amante bajo las narices de su esposo. Tanta osadía solo indicaba que, en el estado de buena esperanza de ella, no había vida conyugal con Bamburgh.

¿Ese hijo que ella esperaba era del barón?

No le gustaba nada la situación. En circunstancias normales, él se retractaría de ofrecerles ser inversionistas de su proyecto ferroviario, pues no cumplían con los requisitos que él exigía; probidad y dinero. Se largaría del castillo sin más.

Pero Lavinia lo cambiaba todo. Sentía en la médula de sus huesos que no podía irse hasta el término de las fiestas del fin del verano.

Sin embargo, ese aguacero ya indicaba que el verano se había ido de Bamburgh.

La costumbre que tenía Lavinia con sus alumnas, y que mantenía en el castillo, era visitarlas antes del desayuno para medir su estado de ánimo y, de este modo, dilucidar cómo enfrentar sus lecciones.

Sabía que era absurdo dedicar tantos esfuerzos en Georgiana, pues pretendía abandonar esa noche el castillo, pero debía mantener sus hábitos para no levantar ninguna clase de sospecha. Aunque también debía admitir que estaba satisfecha; en esos pocos días, la joven había logrado grandes avances en lectura y escritura. A su alumna le costaba concentrarse y tendía a dar vuelta

algunas combinaciones de letras, mas no era un caso perdido.

Esperaba que, cuando ella se fuera, la próxima institutriz pudiera comprender a Georgiana, y ver que no era una mala jovencita, solo le faltaba cariño y atención.

Golpeó la puerta de la habitación de la joven para anunciar su presencia y entró. Lo primero que vio fue a la doncella que estaba sentada en la orilla de la cama y le acariciaba la cabeza a Georgiana, la cual se encontraba ovillada y sollozando.

—Louisa, ¿qué le pasa a la señorita Adams? —preguntó Lavinia acercándose, preocupada. Ignoró a su consciencia que le alertaba de que no debía encariñarse, porque era peor para su propósito.

La doncella alzó su mirada y respondió:

—Está indispuesta. Desde la primera vez, los dolores han sido terribles para la señorita.

Lavinia asintió y preguntó:

—¿Qué está tomando para el dolor?

Louisa titubeó y miró de soslayo a Georgiana. Soltó un resoplido y reveló:

—Lady Bamburgh está convencida de que son exageraciones de la señorita Adams, y su orden es que solo se le permite permanecer acostada. Debe recibir sus lecciones como siempre.

Lavinia se masajeó el ceño. La baronesa era una madre indolente y tiránica, la detestaba. No se explicaba cómo podía tratar a su propia sangre como si fuera un animal.

—Entonces si no puede tomar nada, póngale compresas calientes en el vientre. Eso podría ayudar, aunque sea un poco. Es sabido que a todas no nos afecta de la misma manera... —«Y que las que trabajamos no podemos darnos el lujo de descansar», pensó.

—¿Y si nos descubre lady Bamburgh?

—Las compresas calientes no se toman, ¿cierto? —Además, no suele visitarnos cuando estoy impartiendo una lección. Digamos que hoy será más larga de lo habitual. Eso le informaré. —Se agachó para quedar a la altura de Georgiana y dijo—: Supongo que hoy haremos algo sencillo para la clase de hoy, como repasar la tabla del uno, o tal vez tenga que escuchar alguna historia aburrida de mi país. —Y le guiñó.

Georgiana intentó componer una sonrisa, se sorbió la nariz y solo musitó un:

—Gracias...

—Nos veremos después del desayuno. Intente comer algo, y ya que no le dejan tomar alguna infusión para el dolor, beba más té. Una bebida caliente siempre ayuda.

Lavinia se levantó y miró, cómplice, a la doncella. Ambas se sonrieron con resignación.

Durante el desayuno, Alec observó a Lavinia con discreción. Ni siquiera quiso preguntarle si pasó una mala noche, las ojeras que la institutriz ostentaba desde el día anterior eran más oscuras. Al calor de la inmensa chimenea del comedor, ella solo miraba su taza de té, como si estuviera decidiendo si beberlo o no. A la postre, alcanzó el azucarero y procedió a endulzarlo más de la cuenta. Alec contó cuatro generosas cucharadas.

Luego su atención se desvió hacia la voz de lord Lauder. El hombre conversaba con Bamburgh como siempre. Sin embargo, ante el descubrimiento del sucio secreto, solo sintió decepción. A ambos hombres los consideraba honorables en una primera instancia, pero a la luz de los hechos ya no; el barón no era sincero con su propia familia y el conde, un traidor.

¡Vaya sinvergüenza que resultó ser Lauder! Alec todavía no se explicaba cómo un viejo

como él podía tener una amante tan joven y de buena posición como lo era la baronesa. Era más lógico que un hombre que estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta pagara por una amante joven... Ni siquiera podía considerarlo atractivo.

Bebió un sorbo de té y luego masticó una tostada con mantequilla derretida, tibia y crujiente. Lo único decente de ese lugar era la comida, porque ni el tiempo era bueno. La lluvia parecía que se quedaría para siempre cayendo sobre ellos, las nubes ocultaban la existencia del sol oscureciendo toda la zona y, pese a ser temprano, había algunas velas proporcionando luz para espantar la lóbreguez en el ambiente.

—Señor Croft. —La baronesa le sonrió, sacándolo de su ensimismamiento—. ¿La tormenta le hizo pasar una mala noche?

Alec, parsimonioso, dejó la taza sobre el platillo y contestó con un tono de voz rígido, que llamó la atención de Lavinia y le hizo levantar la mirada.

—Por lo general, puedo quedarme dormido en cualquier parte, pero las tormentas de Bamburgh están a otro nivel, milady. Apenas pude conciliar el sueño.

—Es cierto. —Lanzó un suspiro dramático—. No importa cuantos años he pasado en este castillo, aún no logro acostumbrarme del todo.

En cualquier otra situación, a Lavinia no le habría interesado prestar atención a una conversación trivial, pero el tono del señor Croft era inquisidor, y la baronesa parecía no notarlo.

Alec, ajeno a las elucubraciones de Lavinia, añadió suavizando su tono:

—A veces pasa en la vida, por mucho que transcurran los años, hay cosas a las cuales nunca podemos habituarnos; en los trabajos, en los estudios... Incluso en los matrimonios, hay personas que jamás llegan a congeniar convirtiendo la convivencia en un infierno.

Lavinia, ante esa respuesta, miró de reojo a la baronesa, quien se aclaró la garganta y luego se acarició el vientre. No había duda, esa respuesta la incomodó... De hecho, jamás había visto ese gesto maternal en lady Bamburgh hasta ese momento. Luego se centró en Alec, él bebía otro sorbo de té, imperturbable.

Nadie podría convencerla de lo contrario, algo extraño estaba ocurriendo y le molestaba al señor Croft, quien parecía decir más de lo que sus palabras transmitían. Una aguda tensión se propagó en la espalda de la institutriz.

—Usted tampoco debió pasar una buena noche. —La atención de la baronesa se desvió a Lavinia. Maldijo en su fuero interno por verse obligada a participar de la conversación.

La institutriz asintió, comedida, y repuso:

—A lo largo de todos mis años en Inglaterra, jamás he temido tanto como anoche, a que el cielo se fuera a partir sobre mi cabeza. —Bebió té, sí era demasiada azúcar, pero no le importó. Reprimió el estremecimiento de tanto dulzor y agregó, melindrosa—: No sé cómo pueden dormir.

Y así fue. Una de las cosas que Lavinia odiaba eran las tormentas. En Santiago no solían ser habituales y parecían un juego de niños comparadas con las de Inglaterra. Era como presenciar la ira de Dios desatándose sobre ella, produciéndole un terror inenarrable. No importaba que fuera adulta, volvía a sentirse como una niña de cinco años rogándole al Señor que el cielo dejara de llorar; pasó toda la noche tapada hasta la cabeza con el corazón acelerándose con cada trueno que azotaba la tierra.

¿Acaso era un mensaje divino para que ella desistiera?

No, tal como le dijo el señor Croft, Dios era un observador.

Tenía libre albedrío.

La tormenta cambiaba parte de su plan inicial, mas no lo aplazaba.

No importaban que le aterraran los truenos y los relámpagos. Ellos serían sus cómplices y ocultarían su crimen.

Miró de reojo a lord Bamburgh, disfrutando de la vida, la fortuna y de la compañía de sus amigos

Ella se libraría de su carga y John Adams no volvería ver la luz del día.

La noche se derramó en Bamburgh, pesada y lúgubre, y las horas transcurrieron lentas y densas.

En medio de la oscuridad, Lavinia se quitó la capa mojada y los zapatos antes de salir de la escalera de servicio. Los necesitaría en su huida. Ya tenía todo preparado, un caballo ensillado esperando por ella en el establo, y un morral con sus pertenencias esenciales; dinero y sus preciados documentos.

A lo lejos, llegó el sonido ahogado del reloj de pie que se encontraba en el Salón del Rey. Lavinia esperó.

Una, dos, tres, cuatro campanadas...

Aguardó a que nadie diera indicios de estar despierto. Solo se escuchaba la incesante lluvia que no perdía intensidad y que ahogaría el leve sonido de sus pisadas.

Inspiró y salió de su escondite.

Como un gato negro, avanzó, segura y sigilosa, por el rellano del segundo piso. Temblaba y sudaba pese al frío, y su corazón bombeaba sangre como si fuera una locomotora.

Llegó hasta el final. Un nudo apretó su garganta cuando estuvo frente a la puerta de Alec. De su bolsillo sacó un sobre, se agachó, besó el papel imaginando que era su regalo de despedida, y lo deslizó bajo la rendija. Ahí estaba su historia, toda su vida en esos papeles. Le obsequiaba su verdad.

Se secó las lágrimas y volvió sobre sus pasos, mientras repasaba en su mente cada una de sus palabras y las acciones que eran parte del final.

«Entraré en su alcoba. Avanzaré al ritmo de sus ronquidos. Desenvainaré mi daga. Apuñalaré el corazón de ese maldito y retorceré la hoja. Abrirá sus ojos, confundido y aterrorizado, y le diré...»

—*Mírame bien.* —Con cada paso que daba, musitaba en español con su aliento—: *Soy Catalina, hija de Mariana, hermana de Luis, sobrina de Mauricio, nieta de Fernando, a los que tu abandono condenó a la humillación, a la pobreza y a la muerte... Tu sangre será el tributo para restaurar su honor, tu sangre está aquí para tomarla...*

Un relámpago dibujó su sombra frente a la puerta de la alcoba del señor del castillo.

La respiración de Catalina se tornó superficial. Su pecho subía y bajaba, furioso. Se aferró a su anillo para encontrar la fuerza que necesitaba. Tomó el pomo de la puerta y lo giró.

El trueno ocultó el clic de la cerradura, y Catalina se quedó quieta por largos segundos, a la espera de que el terror pasara. Todo estaba saliendo de acuerdo a lo planeado, sabía qué parte del piso de madera no debía presionar con su pie, aceitó las bisagras, averiguó qué tan pesado era el sueño del barón y si dormía solo o acompañado.

Catalina abrió la puerta sin hacer ruido.

La intensa lluvia fue un imprevisto aliado para convertirla en el ángel de la muerte, que se cernía sobre lord Bamburgh.

Cada paso que daba era uno que la alejaba de quién era, y la convertiría en algo que no quería ser.

Pero ya había sacrificado todo para alcanzar ese punto. No podía acobardarse.

Llegó hasta donde descansaba su progenitor. Su expresión apacible, lejos de conmover a Catalina espoleó su furia y su rencor.

Desenvainó la daga que compró a escondidas en el mercado. El acero se le antojó más pesado de lo que recordaba. La hoja tiritaba como si sintiera el frío que azotaba el castillo. Molesta consigo misma asió la empuñadura con ambas manos.

«Ya lo has practicado, Catrala. Como un hacha partiendo un leño. Hiende fuerte, rápido, sin piedad».

Catalina cerró sus ojos e inspiró para expulsar su cobardía que le susurraba que no valía la pena...

«No, tiene que pagar. El honor de nuestra familia lo exige».

Abrió los ojos. Tragó la hiel de su saliva. Exhaló.

Inspiró...

Alzó la daga sobre el pecho que apenas subía y bajaba. Mantuvo suspendida la hoja de acero justo en el corazón de Bamburgh, debatiéndose entre dejarla caer o huir.

Se imaginó huyendo a Escocia, quizás en Edimburgo podría tomar un barco hacia España. Le haría bien volver a escuchar su propio idioma, aunque fuera con un acento diferente. Nadie la encontraría ahí. Envejecería... y moriría... sola con su cobardía.

«Era solo una jovencita tonta y enamorada, abuelo. No quise enlodar el honor de la familia», se lamentó Catalina.

Su mentón tembló. A su memoria llegó la imagen de su madre dando su última exhalación llamando a John. Mariana nunca perdió la esperanza de que él volviera a su lado. Quizás era de familia que el amor las convirtiera en tontas e ingenuas. No podía traicionar el legado de su mamá, le enseñó a llevar sus convicciones hasta las últimas consecuencias.

Luego, esa visión se transformó en la mirada iracunda de su abuelo moribundo, que decía esas palabras que la perseguían desde entonces: *«Su cobardía mató a Mauricio, a Luisito y, al igual que tú, arrastró la reputación de tu madre y de tu familia por el fango. Repara tu error, Catalina, recupera nuestro honor matando a ese perro inglés, o no me vuelvas a llamar abuelo. Promételo, Catrala. ¡Hazlo!»*.

Sus lágrimas pesadas cayeron. Después de todo, ella era un caso perdido, se había vuelto a enamorar, pero esta vez de un buen hombre. Nadie podía decir que era cobarde como John. Tendría de vuelta su honor, a costa de su soledad.

Qué más daba, llevaba demasiado tiempo sola. Unos cuantos años más serían como una gota de agua en el mar.

Era una lástima.

No había vuelta atrás.

—*Muere, padre.*

Y asestó el golpe final.

Alec despertó por tercera vez esa noche. Abrió los ojos y apenas se vislumbraba el cielo raso de su alcoba. Se giró y masculló:

—Maldito reloj, si no son los truenos son las jodidas campanadas.

Se quedó quieto, volvió a cerrar los ojos e intentó dormir una vez más... Con lo que le costaba conciliar el sueño. En sus pensamientos se colaba Lavinia, y la inquietud lo devoraba. Después del desayuno, no tuvo la oportunidad de conversar con ella, estuvo todo el día encerrada con la señorita Adams.

Se convenció de que al día siguiente podría encontrar una instancia.

El arrullo relajante de la lluvia lo arrastró al sopor. A su mente vino la imagen de Lavinia riendo y bailando entre sus brazos. Cómo quería verla reír siempre.

Se perdió en la ensoñación...

Lavinia...

Un sonido extraño lo sacó de golpe y abrió los ojos.

—¿Una rata? ¿Es en serio?

Se volvió a girar. El cielo raso era otra vez el único paisaje visible.

Un fugaz sollozo.

Alec frunció el ceño, extrañado.

Tal como la noche anterior, se levantó sin siquiera cuestionárselo y se dirigió a la puerta.

Al abrirla, un ruido seco le hizo mirar hacia sus pies. ¿Un sobre?

Alec se agachó y lo recogió, desconcertado. Era bastante pesado para ser una simple nota secreta, parecía que su contenido eran más que palabras immortalizadas en tinta, era una historia no contada.

No tenía remitente.

Se levantó, quien fuera el que le había deslizado esa carta no debía estar lejos.

Miró hacia el rellano y un relámpago lo cegó por un instante. Parpadeó para volver a ver con claridad, y cuando lo logró, no podía creer lo que sus ojos le mostraban.

Lavinia estaba frente a la puerta de la alcoba del barón.

Su sangre dejó de fluir y un frío se propagó en su pecho. El sobre resbaló de su mano, inerte. Ni un músculo obedeció su orden para ocultarse o para averiguar lo obvio...

¿Lo obvio?

Lavinia, abstraída de todo, posaba su mano sobre su pecho, parecía dudar. Ese gesto era tan propio de ella cuando intentaba encontrar consuelo. Sin embargo, ese titubeo duró tan solo un instante y tomó el pomo de la puerta. El trueno reverberó en el castillo y Lavinia se quedó quieta, encorvada, como un animalillo desamparado.

No supo cuánto tiempo pasó, solo que ella se irguió y entró dejando la puerta abierta.

Para Alec fue como si la gravedad que anclaba sus pies al suelo lo hubiera liberado de pronto. No quiso volver a su alcoba y elucubrar mil historias sórdidas. No quería rendirse con Lavinia pese a que sus ojos no lo engañaban. Era mejor seguirla y ser testigo de lo que fuera a suceder en esa habitación.

Todo aparentaba lo peor, pero algo no encajaba. ¿Quién en su sano juicio entraba a una alcoba ajena dejando la puerta abierta?

Dirigió su rumbo hacia la habitación del barón sin siquiera dudar, el instinto lo guiaba. Su pecho se vació de emociones, su afán era conocer otro secreto que justificara su partida al día siguiente.

Detuvo sus pasos ante el umbral y no le importó si alguien se percataba de su presencia. Quería mirar y encontrar la verdad por más dolorosa que fuera.

Nadie le podría decir: «No es lo que tú crees».

En medio de la oscuridad de la alcoba, solo pudo ver la silueta de Lavinia frente a la cama del barón. Alec aguantó la respiración.

Y ella desenvainó una daga. La empuñó con ambas manos.

«Santo cielo. ¡Lavinia lo va a matar!».

Por un momento que se sintió eterno, Alec no fue capaz de moverse al contemplar, incrédulo, la horrorosa escena. Su propio jadeo le dio un golpe de realidad y supo que debía actuar.

«Esto no puede estar pasando... Debo estar soñando»...

«No, es real. Solo yo puedo detenerla»...

Alec dejó de pensar. No le importaba la vida del barón, su necesidad estribaba en impedir que Lavinia cometiera un error irreversible y mortal. Soltó el aire de sus pulmones y tomó otra profunda bocanada.

Se internó, sigiloso y veloz, como un depredador tras su anhelada presa.

—*Muere, padre...*

Esa palabra en español sí la conocía... Padre... ¿¡Padre!?

Lo explicaba todo y a la vez millones de preguntas sin respuesta aparecieron.

Y esas respuestas las tendría.

Apresó a Lavinia por las axilas, le tapó la boca ahogando el jadeo que estaba a punto de lanzar y la arrastró, mientras ella asestaba la puñalada al aire.

Un relámpago llenó de luz la estancia, el trueno cayó sobre el castillo y sus centenarias paredes temblaron y gimieron.

Lavinia se transformó en un peso muerto entre sus brazos, y a Alec no le importó si se había desmayado o no. Con su corazón latiendo desbocado, se la llevó sin misericordia hasta la profunda oscuridad de su alcoba.

No podía permitir que ella volviera a cruzar esa línea sin retorno.

Capítulo IX

Alec arrastró a Lavinia hasta llegar a la cama. A pesar de que ella sollozaba y se aferraba a la daga con sus manos temblorosas, no ofreció resistencia, y tampoco intentó atacarlo.

Tal vez eso era una buena señal en medio de todo ese desastre. La depositó con suavidad sobre el colchón. Se secó el sudor de la frente, y los latidos de su corazón apenas ralentizaban. Le costó toda su voluntad ordenar en un susurro draconiano:

—La daga, Lavinia.

Durante largos segundos, solo se escuchaban los sollozos de Lavinia que se mezclaban con la lluvia, los relámpagos y los truenos.

Alec no sabía qué pensar, ni se atrevía a juzgar. Esperó a que su orden fuera obedecida, no la iba a repetir.

Y algo inesperado sucedió. Los sollozos se transformaron en resuellos furibundos. Lavinia se levantó de la cama, le puso la punta de la daga sobre el pecho y dijo:

—Lo arruinaste, Alec. ¡Lo arruinaste todo! ¡Todo!... ¿Acaso no lo ves, maldita sea? Me quitaste mi última oportunidad. Ya no tengo nada... ¡Nada!

Alec cubrió la mano de Lavinia empuñando junto a ella la daga y replicó:

—¿Qué pretendías que hiciera? ¿Que permitiera que arruinaras tu vida? ¿En qué demonios pensabas, Lavinia?

—Pensaba en recuperar mi honor y el de toda mi familia... Pensaba en hacerle pagar a ese perro todo el daño que provocó... —Alec lograba sentir que Lavinia temblaba de ira y, pese a la oscuridad, lo miraba a los ojos con furia mientras agregaba—: Atravesé la mitad del mundo, para venir a este país y encontrar a ese miserable. ¡Siete malditos años desperdiciados por tu culpa!

—No, tu vida habría sido un desperdicio si yo no te detengo. ¿Y si te hubieran descubierto antes de huir? Habrías terminado en la horca.

—Pero con mi honor restaurado.

—El honor no sirve en los muertos, Lavinia. ¡Entiéndelo! ¿De qué te hubiera servido si mueres? Sé que el agravio de Bamburgh a tu familia debió ser inmenso, pero la muerte que pretendías darle no era un castigo. Una muerte rápida no salda el daño... Eso es clemencia.

La palabra resonó en la mente de Lavinia y sintió náuseas, la hiel llenó su boca... Era todo lo contrario a lo que pretendía. La fuerza de sus manos flaqueó. Alec aprovechó ese instante para tomar la daga con suavidad. Sabía que Lavinia no quería hacerle daño, pero sí estaba furiosa con él. Ella se dejó desarmar mientras decía con un hilo de voz:

—Entonces, ¿cómo lo hago?

Alec dejó la daga en la mesita de noche y luego contestó:

—Estás hablando con un Heredero del Diablo, siempre encuentro un modo... Necesito saberlo todo, Lavinia.

—No me llames Lavinia... Nunca más.

—¿Y cómo quieres que te llame? ¿Señorita Expósito? Creo que es un poco absurdo ser formales en este punto.

—No... No... no... —Posó su frente sobre el pecho de Alec, podía sentir su calor y los latidos acelerados de su corazón—. Catalina, soy Catalina del Carmen Adams Riquelme.

Aquel nombre se grabó a fuego en la mente de Alec y confirmó la conjetura que se planteó minutos atrás. En cierto modo, le aliviaba saber que eran padre e hija en vez de amantes o antiguos amantes.

—Entonces no eres huérfana...

—Sí, lo soy, pero no de nacimiento. Ese hombre no es, ni será mi padre.

—¿Cuál es tu verdad, Catalina?

Y escuchar su propio nombre en la voz de otra persona la quebró. Era Catalina. ¡Catalina! Su mentón tembló y sus piernas dejaron de sostenerla. Alec la acompañó en ese descenso en medio de un llanto desgarrador que ella ahogaba en su pecho.

Catalina no se había dado cuenta de que necesitaba tanto escuchar su nombre, saber quién era en esa red de mentiras y verdades a medias que ella misma había tejido. Perdió su existencia, sus sueños, sus esperanzas y su identidad en ese viaje para sentir que volvía a ser digna para sus muertos, y ¿para qué? Para tener las manos vacías, porque matar a John no iba a devolverle nada. Su abuelo no dimensionaba lo que le exigía. Era fácil encomendarle esa tarea a la última descendiente de los Riquelme, la que para él ya no tenía honra ni virtud y ni siquiera perpetuaba su apellido.

Y, aun así, obedeció, solo para sentirse digna de volver a pertenecer a su familia. Familia que ya no existía.

Alec la mecía, ignorante de la lucha interior de Catalina. Esa mujer era una niña frágil entre sus brazos y él solo deseaba que dejara de sufrir. Pero su deseo era un imposible, el camino que ella había elegido tendría consecuencias.

Siempre las había.

No supo cuánto tiempo pasó, solo era consciente de que Catalina seguía aferrada a él, de su aroma a jabón y que lo único que se escuchaba era la incesante lluvia.

Catalina quería quedarse ahí para siempre. Alec le brindaba el único lugar del mundo en el que podía sentirse que era algo más que una fachada, que al fin podría mostrarse como era, si es que algún día lograba recordarlo. Del llanto, solo quedaba un vacío inmenso en su alma que no sabía cómo llenar.

Quizás el primer paso era responder la pregunta de Alec.

—¿Viste la carta? —Ya no tenía sentido volver a las formalidades. Supuso que, a la luz de los hechos, eran cómplices. Si la hubiera sorprendido otra persona, estaría encerrada en la única mazmorra funcional del castillo.

—La vi, pero no la abrí. Preferí seguirte.

—Sé que mi palabra no vale nada, pero...

—Nunca digas que tu palabra no vale, Catalina. A veces mentimos porque no hay opción. No niego que me duele que no hayas podido confiar en mí, pero solo soy un extraño que apenas conoces.

Para Catalina era una dolorosa alegría seguir escuchando su nombre y que Alec no dudara en decirlo. Discrepaba con él.

—De verdad quería confiar en ti, lo hacía, pero no deseaba involucrarte más de la cuenta. Mi crimen iba a ser terrible... En mi carta se encuentra toda mi verdad, la que pretendía que supieras cuando todo estuviera hecho.

—¿Me das permiso para leerla?

—Es tuya. Puedes hacer lo que quieras.

—Querías que la leyera en una situación diferente. Por eso te pregunto.

—Es tuya.

Alec sabía que ella le estaba entregando su vida en ese momento. Pese a su deseo, se deshizo del contacto, dejó a Catalina sentada a la orilla de la cama y fue en busca de la carta que

quedó en el suelo.

A su regreso, encendió la vela que se encontraba en la mesita de noche y se sentó al lado de ella. A la luz se dio cuenta de que su nombre estaba escrito en el sobre. La caligrafía de Catalina eran trazos seguros e inclinados, lleno de florituras al inicio y al final.

Ceremonioso, abrió el sobre, sacó la carta compuesta por cuatro páginas y leyó:

Bamburgh, 17 de septiembre de 1844

Mi estimado señor Croft:

Cuando lea esta carta, todo habrá acabado para mí. Si tuve mala suerte, en estos momentos debo estar en la mazmorra del castillo y usted preguntándose por qué hice lo que hice. Y si Dios tuvo misericordia, habré escapado, libre para seguir con lo que me queda de vida.

Le he mentido en muchas ocasiones, pero le ruego que crea cada palabra que he escrito aquí. Espero que con esto entienda mis motivaciones y me perdone.

Mi historia comenzó incluso antes de mi nacimiento.

Mi abuelo, don Fernando Antonio Riquelme Díaz, era un importante criollo chileno, viudo, un próspero poseedor de grandes extensiones de tierras en Santiago y Rancagua, y pensó que lo mejor para Mauricio, su primogénito, era educarse en Europa. En 1804, lo envió a Richmond, una parroquia civil cercana a Londres, a estudiar.

En ese lugar conoció a John Adams y se convirtieron en amigos inseparables. A tal punto, que Mauricio lo invitó a Chile al finalizar sus estudios. Era 1809 cuando llegaron a Santiago.

Mi madre se llamaba Mariana Luisa Riquelme Arana, la hija menor de la familia. En esa época tenía diecisiete años. Mamá siempre me dijo que ella y John se enamoraron a primera vista. Su compromiso duró un año y se casaron un 20 de agosto de 1810.

Al mes siguiente, fue la Primera Junta Nacional de Gobierno en mi país; para muchos, una iniciativa que les permitiría seguir siendo leales al rey de España, Fernando VII, mientras Napoleón tenía el control; para otros, la oportunidad perfecta de ser por fin un país libre e independiente.

Mis familiares eran afines a la idea de dejar de ser una colonia; organizaban tertulias, reuniones secretas y daban un espacio seguro a los patriotas que buscaban refugio.

Chile se convirtió en un país convulso e inestable, pero, según mi mamá, los patriotas estaban llenos de esperanza, aquella lucha no duraría tanto tiempo.

En 1811 nació Luis Ignacio, mi hermano mayor. No tengo recuerdos de él. Pero mi mamá me contaba que fue una alegría para todos. John siempre le prometía que un día irían a Inglaterra a ser presentados a la familia. Él era el menor de cuatro hermanos, hijos de un importante terrateniente inglés, era lo único que sabían de él.

Todo cambió cuando nací. A veces pienso que desde el primer día de mi existencia le traje desgracias a mi familia... Fue un parto complicado, pero

sobrevivimos mi madre y yo.

Vi la luz del mundo un 27 de noviembre de 1813. En eso no mentí, señor Croft y, como veré, intenté no hacerlo un hábito compulsivo.

Ocho meses después, John recibe una carta de parte de su padre, en la que le pedía que volviera a Inglaterra lo más pronto posible. El asunto era urgente, tenía relación con las tierras, una herencia.

John partió a Inglaterra en septiembre de 1814, sin compañía de su familia. Mi madre aún estaba delicada de salud, y mi hermano y yo éramos demasiado pequeños para soportar un peligroso viaje de dos meses en barco.

John Adams prometió, juró que escribiría y que volvería lo antes posible.

Eso jamás sucedió. Tarde descubrieron que su palabra no tenía valor.

La tragedia cayó sobre nosotros al mes siguiente, en octubre, con el Desastre de Rancagua, una batalla en que los realistas superaron a los patriotas y se hicieron con el poder.

Y ya sabe lo que pasa con el bando perdedor en una guerra.

Los españoles no fueron un ejemplo de consideración. Mi familia era conocida y todos sabían que apoyaba la causa patriota. Fuimos los primeros en caer.

Mi abuelo y mi tío fueron encarcelados y los enviaron a la isla Juan Fernández. Las tierras y la fortuna de mi familia les fueron arrebatadas, solo dejaron la casona y un terreno de media hectárea.

Mi madre fue confinada a vivir con nosotros en esa casa, sin sirvientes, ni dinero. El único medio para sobrevivir fue el huerto que pudo cultivar bajo la mirada atenta de los guardias y la comida que le daban una vez al día. Ella nunca me dijo nada, pero el rumor decía que fue la puta de los españoles por una noche.

Supongo que ella jamás le diría eso a mí, a su hija... Siempre quise creer que eran mentiras, pero cuando escuchaba historias de esa oscura época, coincidía con la vivencia de varias mujeres que sufrieron ese mismo vejamen.

Mi hermano murió en el invierno del año siguiente. El hambre, la mala nutrición lo debilitaron... Por eso no recuerdo nada de él, yo con suerte caminaba, me salvé solo por la leche materna. Mi madre no pudo enterrarlo en otro lugar que no fuera en nuestro huerto. Para mí, su tumba fue una señal constante del profundo dolor de mi mamá.

«Ninguna madre debería enterrar a sus hijos», me decía cada vez que veía su tumba.

La victoria de los patriotas en Chacabuco, en 1817, no le trajo de vuelta lo perdido a mi familia. Mi tío Mauricio murió en cautiverio, dos meses antes de que fueran liberados. Mi abuelo fue torturado y producto de ello, volvió con una cojera que no le permitía caminar trechos largos, ni estar de pie por mucho rato.

No pudo recuperar las tierras perdidas. Ni tampoco hubo compensación.

Mi madre tuvo que trabajar en lo que podía, lavaba ropa, planchaba, vendía parte de lo que cultivaba, crio gallinas. Me educó y me enseñó todo lo que sabía. Mi abuelo me cuidaba mientras mamá trabajaba.

Era orgulloso, nunca perdió la voz de mando y, pese a todo, no se dejó

arrastrar al vicio; no apostaba ni bebía. Sin embargo, era muy estricto... y rencoroso.

Crecí escuchando que el inglés cobarde debió volver por su familia, que era el único que podía haber intercedido por nosotros ante las autoridades, tenía la potestad para pedir alguna clase de clemencia, o un asilo político en Inglaterra. Incluso el destierro era aceptable.

El inglés permitió que mi familia y su fortuna se perdieran para siempre.

Por otro lado, mi madre me hablaba a escondidas de él y de su amor, de lo felices que fueron... Creo que ella prefirió quedarse con ese ideal en vez del odio. Fue una hermosa forma de perder la razón. Mamá siempre lo esperó.

Sin embargo, yo estaba en medio de esas dos voluntades, pero era más fácil inclinarse hacia el rencor. Viví en carne propia las consecuencias de su cobarde ausencia.

Mi madre nunca pudo contactarse con mi progenitor, solo contaban con la dirección de la residencia en la que mi tío vivió junto con John en Richmond. Lo intentó cuando pudo, después de la derrota española, pero nunca hubo respuesta.

El abandono de John me dio el apodo de la guacha entre los vecinos y conocidos. ¿Lo recuerda? Lo que no le dije era que me llamaban la guacha del inglés. Me habría descubierto antes si le hubiera dado ese detalle, ¿no cree?

Cada vez que me llamaban de ese modo, mi odio crecía por John. El repudio, las burlas, las humillaciones, no las merecía, pero debía aceptarlo callada, o perjudicaría el trabajo de mi madre y el mío. Debíamos comer.

A nadie le importó que era hija legítima. Todos prefirieron ignorar que mi madre estuvo casada. Importaba más que su esposo la dejó con dos críos.

Y como era una guacha, nunca fui digna para José Patricio de la Fuente Urrutia. El hombre que amé a los diecisiete. Usted ya conoce la historia, no volveré a repetirla. Me avergüenza todavía recordarlo.

Lo que no le conté fue que no solo perdí mi virtud, sino el respeto de mi abuelo. Ni siquiera los golpes que me propinó atenuaron su decepción. Tampoco el saber que no hubo consecuencias.

No quiso enviarme a un convento porque mis rezos no servirían para poner un plato de comida en la mesa. Por lo que mi casa se convirtió en mi penitencia, y nunca más salí de ella. Creo que ese castigo no fue tan terrible, relevé las tareas de mi madre como lavandera y cuidar el huerto y las gallinas, así, ella descansaba más... de pronto, empezó a debilitarse.

Hasta que su vida se consumió como una vela que llevaba demasiado tiempo encendida.

Falleció hace trece años y la recuerdo cada vez que me miro al espejo. Ya vio la cara de John cuando me presenté ante él la primera vez, era el fantasma de Mariana, la mujer que dejó atrás, y que murió llamándolo con la esperanza de encontrarse con él en el cielo.

En su fantasía, él murió. No había otra explicación de su abandono.

Mi abuelo falleció en agosto de 1837. Ni siquiera en su lecho de muerte dejó de maldecir al inglés, y me hizo prometer que buscara venganza para

redimir mi agravio con ese acto.

Con eso traería de vuelta el honor a mi familia.

Vida por vida.

Su sangre debía derramar la del perro inglés.

Con esa misión en mente, vendí mi casa. Erigí un mausoleo para mis muertos en el Cementerio General. El único que no está físicamente en ese lugar es mi tío, pero su lápida lo recuerda.

No lo pensé y me compré un boleto de barco a Inglaterra... Sí, mentí, no fui polizón.

Fui estúpida, llegué a este país sin saber nada de inglés... El poco dinero que tenía me lo robaron. Casi me violaron, casi mato por defenderme.

Ahí conocí a lord Somerton, el juez que debía decidir entre enviarme a una colonia o a una celda, pero me dejó libre y me llevó a la Academia Hope.

Debo decir que ahí fui casi feliz, casi tuve un hogar.

Pero tenía una misión que cumplir. Lo que aprendí en la academia me dio las armas que necesitaba.

El resto es historia. El destino y la suerte me trajeron hasta aquí...

Le ruego que me perdone por todo. Usted y sus allegados me enseñaron que todavía se puede tener fe en la humanidad. Usan sus privilegios para mejorar la vida de otros, eso no se ve en todas partes.

Y usted me demostró que también se puede amar, aunque esté perdida toda esperanza. Creo que en ese aspecto sigo siendo una chiquilla estúpida. En dos semanas me enamoré solo sabiendo que nadie será como usted. Amarlo fue un refugio en medio de la tormenta, un dolor que sanaba. Pero al final, no podía permitir que mi amor por usted lo perjudicara y desviara mi propósito.

Fue un privilegio conocerlo, señor Croft.

Badariel, el ángel caído que fue mi ángel guardián. Si el destino hubiera sido diferente, tal vez podría haber sido algo más que una lamentable anécdota en su vida. Pero me voy, llevando su recuerdo como mi única luz.

Suya, en este último aliento.

Con infinita gratitud.

Catalina

Alec no dijo nada. Reverente, dobló la carta y la dejó sobre la mesita de noche. Un nudo se instaló en su garganta, impidiéndole hablar. Miró a Catalina, ella permanecía quieta, cabizbaja, con las manos unidas, como si llevara esposas.

Esperaba su veredicto.

Verla con el alma desnuda y derrotada le rompió el corazón.

Esa carta reafirmó lo que siempre supo. Catalina, al igual que Lavinia, era una sobreviviente. Poseía una fuerza y determinación dignas de cualquier héroe mitológico.

Como Ícaro que se acercó demasiado al sol, arriesgándolo todo.

No aprobaba sus acciones para llevar a cabo su venganza. No obstante, la admiraba. La entendía... por Dios que la entendía.

Y no dejaría que su Ícaro cayera con sus alas dañadas.

Tomó una profunda inspiración. Tragó saliva con dificultad para deshacer ese nudo que lo enmudecía. Carraspeó.

—Catalina... —Ella alzó la cabeza, lo miró con sus ojos vidriosos—. Creo en cada palabra de esta carta. Para mí, tu deseo de venganza es legítimo y justo. Pero tu abuelo puso sobre ti una carga demasiado grande, te castigó hasta el final por un error.

—Mi error no permitió que me casara y lograr beneficiar a mi familia. Era la última oportunidad de asegurar nuestro futuro. —Se encogió de hombros. En aquel gesto, en vez de reflejar indolencia, manifestaba una triste resignación—. Mi abuelo no dimensionó que, con o sin virtud, yo no era un buen partido para ninguna familia de bien.

—Tu abuelo era un idiota... —Antes de que ella replicara, Alec alzó su índice y, severo, ordenó—: Y no lo defiendas. Lo único que puedo agradecerle es que pude conocerle. —Intentó esbozar una sonrisa y suavizar su tono para añadir—: Para mí también ha sido un privilegio coincidir contigo en esta vida... Y también soy un estúpido, porque también me enamoré de una mujer sin saber siquiera su verdadero nombre. A pesar de todo, amarla me ha devuelto la vida. Esto que tengo en el pecho no estaba muerto. —Catalina entreabrió su boca y dejó de respirar. ¿Había escuchado bien? No se atrevió a mover ni un músculo. Alec le ofreció su mano y dijo—: Otra vez hemos empezado con el pie izquierdo. Soy Alec Croft, hijo de un vividor, estafador, ladrón y golpeador, un mal padre, un mal hombre... Pero yo soy diferente, mi padre adoptivo crio a una persona medianamente buena.

Catalina estrechó la mano, comprendiendo el juego de Alec y dijo:

—Es un placer conocerle, Alec. Soy Catalina del Carmen Adams Riquelme, hija de un inglés cobarde que nos abandonó y no fue capaz de volver para proteger a su familia. Soy rencorosa, vengativa y mentirosa... Mi mamá me crio bien, pero me torcí en el camino.

—En Chile tienen muchos nombres.

Aquella apreciación parecía no tener sentido, mas el mensaje implícito era simple. Lo único que importaba era ella, solo ella. Catalina.

En honor a ese hecho, replicó:

—Heredamos la costumbre española de no quedar mal con ambas familias...

—Hagamos un pacto, Catalina. Desde este momento, hablaremos siempre con la verdad, aunque duela, ¿trato hecho?

Catalina sintió que estaba haciendo un pacto con el diablo. Si ese era el infierno, con gusto ardería en él. Apretó la mano y dijo:

—Hecho.

Alec no la soltó, al contrario, encerró la mano femenina entre las suyas y preguntó:

—¿Aún deseas vengarte de ese viejo cobarde? ¿No quieres saber su versión?

Catalina asintió y repuso sin dejar de mirarlo a los ojos:

—Quiero que sufra y que se arrepienta de sus actos. Aunque tenga una excusa, me temo que nunca reparará el agravio.

—¿Deseas que él muera en vida?

—Sí, por cada segundo que ha respirado desde que nos abandonó. —Catalina temió que su respuesta matase el amor de Alec, pero prometió decir la verdad. Debía honrar su palabra y esperar la resolución de él.

Se miraron largo rato a los ojos. Alec hizo esa pregunta sabiendo la respuesta. Catalina llevaba siete años viviendo y respirando rencor, no se podría deshacer de ese sentimiento en cinco minutos. Ella quería una reparación al daño.

Alec hizo una ligera mueca y decretó:

—Entonces yo te ayudaré. Eres mía y tu venganza también me pertenece. Estoy involucrado en esto desde el instante en que te metí a rastras en esta habitación. Así que no quiero más sacrificios. Los dos, siempre los dos, ¿entiendes? Ya no estás sola... Y para que te quede más claro...

Rompió su contacto con Catalina, solo para abrir el seguro de la cadenilla y se apoderó del anillo. Tomó la mano derecha y lo deslizó en el dedo anular. Era la medida justa.

Un compromiso.

Catalina observó el anillo en su dedo y luego a Alec. Necesitaba confirmar...

—¿Me estás pidiendo matrimonio? ¿No crees que es algo apresurado? No me conoces, te puedes arrepentir.

—¿Te vas a arrepentir tú? ¿Me conoces?

—Ni lo uno ni lo otro, pero...

—No nos casaremos mañana, ni siquiera el próximo mes... Tenemos tiempo... Dios, mi madre me mataría si hago lo mismo que Thomas, que se casó al mes de conocer a Bernie sin avisar... Pero quiero que esto quede claro: No estoy jugando contigo. No te usaré y te desearé. No me importa si no tienes virtud, si eres *guacha*, si fuiste lavandera, institutriz, casi asesina. Sé que tu experiencia no te permite confiar, pero empieza a tener fe en mí y en mi palabra.

—Yo tengo fe en ti... Pero tu familia no me va a aceptar.

—Pruébalos... —Miró de soslayo hacia su ventana. La oscuridad se desvanecía—. Debes irte. Pronto va a amanecer... Encontraremos una forma de reunirnos en privado.

Catalina miró hacia la ventana para convencerse. Se le acababa el tiempo. Se levantó en contra de su voluntad, debía desensillar el caballo, volver a la Torre de Guardia y fingir que nada sucedió.

Soltó un resoplido. De pronto sintió que el cansancio se desplomaba sobre su cuerpo.

Alec también se levantó. Enmarcó el rostro de Catalina y le besó la frente. Se solazaron con el inocente y tibio contacto... Una parte de sus almas se sintió en paz.

—Vete. Después te daré tu primer beso como corresponde. Si lo hago ahora, no te soltaré.

Catalina aceptó. Ella también quería que ese beso fuera especial, pero su cuerpo y corazón no podían más.

Para cuando eso sucediera quería estar despierta, con sus cinco sentidos en él...

Capítulo X

Catalina salió de la habitación de Alec. No importaba que la lluvia continuara arreciando y amortiguara el sonido de sus pasos. Sigilosa, avanzaba para minimizar el riesgo. No obstante, cada movimiento que realizaba le estaba costando la vida, sentía que en cualquier momento se desvanecería de cansancio.

A medida que llegaba a la alcoba de John, constató que la puerta todavía estaba abierta de par en par. Detuvo sus pasos.

¿Cerrarla o no cerrarla? Ambas acciones acarrearían alguna consecuencia peligrosa. Corría el riesgo de despertar al barón, o alguien podría descubrirla en una situación comprometedora... Si la dejaba tal cual, levantaría sospechas y no le convenía.

También podría no suceder nada.

«Catalina, asume el riesgo», se amonestó. «Haz un último esfuerzo, tu venganza solo ha sido postergada».

Inspiró y se acercó al pomo de la puerta. Los ronquidos del barón señalaron que dormía. Con el corazón bombeando sangre a más no poder, Catalina cerró sin hacer ruido.

Se quedó inmóvil, aferrada al pomo. Por un segundo, esa vieja furia resurgió. Una parte de ella, la que alimentó su rabia desde que tenía razón, le gritaba que empujara esa puerta, que terminara lo que había empezado. Pero su mano inmóvil no obedecía. Ya no era tan fácil imaginarse asesinando a John, no después de Alec. No después de saber lo que significaba ser amada por él. En tan solo unas horas había cambiado tanto, pero al mismo tiempo, se sentía más perdida que nunca.

¿Podría alguna vez perdonarse si renunciaba a su venganza?

Soltó el aire y el pomo.

Y pensar que estaba dispuesta a matarlo. Durante tanto tiempo, la venganza había sido su única razón para seguir adelante. Vivía y respiraba odio, lo alimentó como una hoguera que la mantenía caliente en sus noches más frías. Pero ahora, mientras le daba la espalda a la puerta de la habitación de John, se permitió plantearse de verdad esa pregunta que siempre evadió: «Y después, ¿qué?».

¿Acaso la muerte de John borraría de su alma los fantasmas de sus muertos? ¿De verdad le devolvería su honor o haría que su familia descansara en paz? Sabía la respuesta. La muerte de su progenitor no resucitaría a nadie ni le daría paz. En ese momento, se dio cuenta de que no valía sacrificar su propia existencia, su futuro, sus sueños, sus deseos.

Pensó en su abuelo. Pidió perdón en silencio, no le iba a obedecer de la forma que él le exigió. Ella era la que estaba viva, tenía una oportunidad de ser feliz. Ya vería el modo de obtener satisfacción.

Y si eso no ocurría... Otro día lo pensaría.

Se alejó, controlando cada paso para no salir corriendo.

No transcurrieron demasiados segundos, a sus espaldas sintió el clic de una cerradura. El cuerpo de Catalina sudó frío y miró a su derecha. Era la puerta de Georgiana. La abrió lo suficiente para fingir que estaba saliendo de esa habitación.

Una luz proyectó su propia sombra sobre la puerta.

—Señorita Expósito. —Era la voz de la baronesa, Catalina se congeló—. ¿Qué está haciendo aquí a esta hora?

Catalina cerró la puerta de la habitación de Georgiana, dio media vuelta e hizo una

reverencia a lady Bamburgh, y respondió en un susurro:

—Anoche me quedé preocupada por la señorita Adams. Desperté hace un rato y vine a verla. —La miró a los ojos, y su tono tenía un leve tinte de reproche—: Sus cólicos fueron tan severos, que incluso vomitó la cena. Si no se hace nada por aliviarla, aunque sea en parte, ella no podrá estudiar adecuadamente, milady, y cada día cuenta.

La baronesa asintió. Aquella devoción de la institutriz por su alumna era la que daba tan buenos resultados. Con razón pudo domar a las salvajes hijas de lord Hawick.

—Entiendo. Anoche la doncella me lo comentó... —La mirada inquisidora de la institutriz la incomodó. No quería seguir extendiendo más ese intercambio y cedió—: Quizás si le damos un agua de manzanilla pueda mejorar un poco.

Catalina asintió y repuso:

—Unas gotitas de láudano también podrían ayudar. Así lo hacíamos en la Academia Hope para los casos más severos como el de la señorita Adams. Solo un poco, la idea es que no se duerma.

—Lo consideraré.

—Estaré más que agradecida si accede, milady... —Ladeó su cabeza y añadió—: ¿Necesita algo?, ¿puedo ayudarla?

La baronesa pareció no encontrar una respuesta de inmediato. Compuso una sonrisa y respondió.

—Oh, no. No se preocupe.

Catalina bajó su mirada para hacer una reverencia y largarse. La luz de la vela traslucía la figura de la baronesa, y fue inevitable ver su desnudez a través de la ropa. Sin alzar la cabeza, insistió, solícita:

—¿De verdad que no necesita algo de mí? En su estado es mejor evitar cualquier riesgo.

—De verdad, pierda cuidado. Solo me despertó la lluvia y sentí que alguien caminaba. Resultó ser usted.

—Lamento mucho haberla perturbado. No fue mi intención.

—Por supuesto, lo entiendo. Su alumna es primero.

—Gracias, milady... Si me disculpa, volveré a la Torre de Guardia, intentaré dormir un poco más.

—Descanse, señorita Expósito.

Catalina asintió y le dio la espalda a la baronesa. Sonrió con la malicia derramada en sus labios...

Le quedaban pocas horas, pero después de tantos días, al fin podría descansar.

No estaba sola.

Cuando Alec despertó, la lluvia todavía no amainaba. Con movimientos pesados, se sentó dilucidando si lo vivido esa madrugada fue un sueño o no.

Sus ojos se desviaron hacia la mesa de noche, y vio la carta de Catalina y el puñal, pruebas irrefutables de que todo fue cierto. No obstante, volvió a leer para convencerse. Y, tal como la primera vez, no dudó de la veracidad de la historia de esa mujer que lo había cautivado desde que la conoció. En aquel relato ella contó lo esencial, pero podía imaginar la crudeza y precariedad de esa vida. En la soledad de su habitación, se permitió derramar lágrimas al repasar

los últimos párrafos en los que ella le abría su corazón.

Catalina lo amaba en las sombras, y lo que ella pretendía...

No quiso imaginar la tragedia que hubiera acontecido de haber sido exitosa la venganza de Catalina. La historia de ambos habría muerto antes de siquiera tener la esperanza de empezar.

Los latidos de su corazón se aceleraron. De todas formas, su mente traicionera le mostró el peor escenario. Habría quedado destrozado ante los hechos, solo por no haber sido más decidido y directo, menos temeroso del rechazo, porque sabía, sentía que aquel sentimiento era mutuo. En algún momento, ella habría cedido y expuesto su verdad...

O quizás no, la voluntad de Catalina era inquebrantable.

—Mujer terca, nos habrías condenado a ambos... —Resopló. Sus planes volvían a cambiar, debía extender su estancia en ese castillo de alguna manera. Se suponía que las famosas fiestas del fin del verano concluían en tres días. La lluvia ayudaba en parte, pero no lo suficiente—. No me queda tiempo.

Ahora que lo sabía todo, tenía la libertad de actuar frente a ella sin contenerse, y demostrarle que su amor solo podría crecer y robustecerse a lo largo del tiempo, siempre y cuando ya no le ocultara la verdad como la develada en la madrugada.

A juzgar por la determinación de Catalina por cumplir su palabra empeñada, confiaba en que ya no habría mentiras ni omisiones. Habían hecho un pacto.

Su mente comenzó a tramar una forma de que ella pudiera llevar a cabo su plan, sin un asesinato de por medio. Infligir dolor y caos en la vida del barón.

Aunque eso ya lo estaba haciendo la baronesa sin saberlo. Se preguntó si Catalina estaba al tanto de esa infidelidad. En el plan inicial de venganza, ese hecho era irrelevante para ella.

Se levantó, tenía dos misiones: recabar más información y darle un inolvidable primer beso a su prometida.

Cuando Catalina despertó, lo primero que vio fue su morral en el suelo. Ahí estaba lo esencial para su escape frustrado. Su vida cambió para siempre.

Se tocó el pecho y sintió la huérfana cadena de plata, sin el peso del anillo que ahora estaba en su dedo anular.

—Ninguno de los dos imaginó que este anillo terminaría ahí. —Suspiró mientras lo admiraba. El labrado era hermoso y femenino en esa plata reluciente. Una inusitada sensación de felicidad se propagó en su cuerpo, pero el deseo de justicia todavía ardía en ella, mas no de la misma forma. Ya no quería matar; ansiaba algo más profundo, irreversible. Junto a Alec, sabría cómo hacerlo. Quería castigar a John sin necesidad de derramar su sangre, destruir la vida que él construyó olvidando a su madre, a su hermano y a ella.

Quizás, en el proceso, encontraría su redención.

Sí, ya no estaba sola, era extraña y aterradora la sensación de confiar en otra persona que no fuera en sí misma. Sin embargo, debía admitir que el hecho de conocer a Alec hizo que esa soledad no fuera tan aguda, porque siempre tuvo la certeza de que contaba con él.

En los días previos, se convenció de que no debía creer en sus promesas y su honor, y lo subestimó. Tampoco imaginó la magnitud de sus sentimientos, que eran tan poderosos como los propios. Hizo lo necesario para no desviar su propósito, mas todo fue inútil.

Alec la amaba a pesar de que ella era un ser humano lleno de defectos y, peor aún, que era

capaz de matar. A la luz pálida de ese día de lluvia constató que no necesitaba más pruebas de su amor y lealtad. De haber querido, él pudo haberla traicionado mientras dormía, pero ahí estaba ella, iniciando una jornada como cualquier otra en ese castillo, sin que nadie supiera nada.

Se levantó sin ganas de hacerlo. No obstante, pese al cansancio y a las pocas horas de sueño, ese ruido mental que la perseguía día y noche ya no estaba.

Un singular vacío se extendió en su mente. Y cuando fue consciente de ello, comenzó a llenarse de otra clase de pensamientos que se mezclaban entre sus verdaderos deseos, sus sentimientos y sus objetivos.

Todo cambió. Incluso el cariz de esa sed de venganza.

Quería que John pagara por sus acciones, mas reafirmó su decisión de que ya no estaba dispuesta a sacrificarse.

Y ya tenía una ligera idea de cómo hacerlo, pero necesitaría a Alec.

Su compañero, su prometido, su cómplice.

Durante el desayuno, Catalina no imaginó lo difícil que era ignorar a Alec. El único consuelo que sentía era que él debía estar atravesando esa misma tesitura.

Endulzó su té y la voz de lord Lauder llegó a ella cuando consultaba:

—Bamburgh, ¿con estas lluvias ya vas a dar por terminadas las fiestas?

El barón bebió un sorbo de té y respondió:

—Al menos las competencias y el mercado, sí.

—Entonces el baile se realizará.

—Por supuesto, hoy comienzan los preparativos finales. —Miró a su esposa y preguntó—: ¿Vas a necesitar alguna clase de ayuda? El año pasado no estabas esperando un hijo.

La baronesa respondió, resuelta:

—No habrá ningún problema, esposo. Tenemos todo bajo control con el señor y la señora Stanley. —Tensó una sonrisa y añadió—: No estoy enferma, solo esperamos un hijo, querido.

Lord Bamburgh observó a su esposa por largos segundos, y luego siguió desayunando.

Alec miró de soslayo a lord Lauder, el viejo reprimía una sonrisa. Después, su atención fue a la baronesa, ella fingía mucho mejor.

Sus ojos se cruzaron con los de Catalina, todavía estaba ojerosa, pero en su expresión el cambio era notable, parecía haber rejuvenecido varios años. Ella se limpió la boca con la servilleta y el anillo seguía en su dedo.

No pudo negar que se le hinchó el pecho de orgullo. Le costó un mundo no sonreír como un idiota.

El carraspeo de lord Lauder lo sacó de su fugaz felicidad, y lo puso en alerta cuando dijo:

—Señor Croft, ya hemos dilatado mucho el asunto de su proyecto. Nos reuniremos con Bamburgh después del almuerzo para discutirlo.

Alec asintió y dijo:

—Prepararé la documentación, estaré encantado de resolver todas sus dudas. Espero que al final del día pueda llamarlos «socios».

Lord Lauder lanzó una carcajada y celebró:

—¡Así se habla, Croft! —Le dio una palmada en el hombro al barón y añadió—: Bamburgh, ¿qué le dije? Dele la oportunidad al muchacho.

Dados los últimos acontecimientos, Alec entendió los motivos por los cuales el conde siempre retrasaba esa reunión; se le acababan sus días para permanecer cerca de su amante.

Todavía no comprendía cómo surgió esa relación. Quizás qué le daba Lauder a la baronesa que el propio Bamburgh no podía... o no quería.

Se levantó de la mesa y anunció:

—Si me disculpan, iré a la biblioteca a preparar todo.

Catalina se obligó a no mirarlo, pero supo que ese mensaje era más para ella que para el resto, ahí lo encontraría y juntos ascenderían un peldaño más en esa relación que nunca imaginó que tendrían. Un nudo se le instaló en el estómago.

Y ya no pudo comer más.

Media hora después, Catalina se daba valor para abrir la puerta de la biblioteca. Miró hacia el rellano en ambas direcciones. No había testigos.

Giró el pomo y entró. Lo primero que vio fue a Alec sentado frente al escritorio mirando fijo en dirección a la puerta.

Su sonrisa masculina fue amplia, franca y en sus ojos desapareció todo rastro de severidad. Catalina no se movió, no podía, porque pese a que ella también sonreía, le atemorizaba sentir tanta felicidad.

La respiración de ella se aceleró cuando Alec se levantó y se aproximó con cautela, domando sus propios deseos. No podía llegar y asaltar esa tentadora boca como si fuera un animal —por muchas ganas que tuviera—. Era consciente de que habían pasado demasiados años desde que Catalina estuvo con un hombre, debía ser delicado al darle una nueva experiencia. Quería que lo deseara, que lo anhelara tanto como él a ella. Y cuando la tuvo a menos de un palmo de distancia, lento, comedido, arregló con ternura ese mechón rizado y rebelde que siempre se salía de su lugar.

—Siempre quise hacerlo. —Dejó una caricia en la piel de su mejilla. Catalina cerró sus ojos, deleitándose con ese toque sutil y lleno de promesas—. Un día veré qué tan largo y salvaje es...

—Alec... —Catalina abrió sus ojos y se encontró con los de él. Le costó sostener el contacto, todavía quedaban rastros de candor y pudor en ella. No obstante, se atrevió a acariciar la barba de él. Era más suave de lo que imaginaba pese a la dureza del vello, toda una contradicción.

Se solazó en ese dulce roce, acostumbrándose a todo; a la cercanía, al calor y al aroma que él emanaba. Él interceptó la caricia, y le besó la palma de su mano, produciéndole cosquillas. Ella ahogó una risita.

—¿Quieres que me rasure?

Catalina ladeó la cabeza, evocando la primera vez que lo vio y el miedo que le produjo. Ahora entendía el motivo de ese sentimiento. Alec exudaba fuerza y seguridad aun estando afeitado. Su principal temor respecto a los hombres era que uno de ellos podría volver a doblegarla en todos los sentidos posibles. La barba potenciaba esa imagen implacable en él. Sin embargo, todo cambió desde ese bendito viaje.

Solo ella sabía cuán amable y tierno podía ser.

—No, me gusta... Solo hazlo cuando tú lo desees.

—Cuando nos casemos lo haré. —La tomó por la cintura y la atrajo más hacia él.

Catalina tembló al sentirlo tan cerca. El hecho de saber que estaban a punto de besarse la llenaba de una contradictoria sensación de peligro, que espoleaba su lado más impulsivo e irreflexivo. Debía ser cauta, pero no quería serlo.

Alec disfrutó del contacto. Catalina se alineaba a la perfección con su cuerpo. Cada roce desmoronaba su determinación de no exponerla. Su lado más egoísta rogaba que los descubrieran para poder llevársela y alejarla de ese maldito castillo, así buscarían otra forma de hacer pagar al barón. Sin embargo, los deseos de Catalina estaban primero.

Ella, sin saberlo, tenía toda su vida en esas pequeñas manos. Reverente, adoró la suave piel del rostro de Catalina con la yema de sus dedos y declaró:

—Quiero que sepas que, si en algún momento de aquí a nuestro matrimonio, tus sentimientos cambian, no temas en romper el compromiso. Quiero que seas feliz siempre, esté a tu lado o no. Soy consciente de que...

Catalina selló los labios de Alec con sus dedos y negó con su cabeza. ¿Cómo no amarlo? Alec era tan vulnerable como ella. Tenía tanto miedo como ella a que ese amor que sentía se diluyera. No quería perderse a sí misma en esa venganza, no quería perderlo a causa de ello.

Esa mañana, cuando lo vio sentarse frente a ella, temió que la intensidad de lo vivido hubiera sido producto de una ilusión, un hermoso engaño.

Pero ahí estaba el anhelo, la emoción, las ganas de cumplir de una vez por todas con su promesa y vivir por fin. A su modo, con quien se le antojara...

—Yo ya no tengo corazón, Alec, tú lo tienes.

Y dicho esto, se empujó sobre la punta de sus pies e, inocente, dulce, rozó sus labios con los de él. Cerraron sus ojos y por lo que quedaba de vida solo serían ellos dos.

Aquel toque fue el inicio de un reconocimiento mutuo. Cada beso duraba más que el anterior y los tentaba a profundizar más.

Alec atrapaba el labio inferior de Catalina y jugueteaba rozándola con la lengua, y ella se dejaba llevar respondiendo a ese toque con creciente confianza, permitiéndose sentir por primera vez en tantos años. Poco a poco, se degustaron descubriendo el sabor del otro.

Catalina enmarcó el rostro de Alec, acariciaba su barba y luego se desviaba al recio cuello, mientras que él la sostenía por la cintura. Una mano masculina vagó libre, ascendió y se enterró entre los rizos azabaches que apenas eran confinados en ese recogido flojo.

Sus respiraciones se convirtieron en resuellos furiosos, y ese beso se transformó en un banquete de sensaciones; sus lenguas entraron en voraz contacto y una encarnizada lucha se alzó entre ellos por quien saboreaba más del otro.

Alec se rindió primero, abandonó la boca de Catalina y probó la piel de su cuello, aspirando su aroma a limpio e imaginando romper ese beato corpiño, liberarla de ese maldito luto y poseerla. Catalina se entregó al momento aferrándose al torso de él, sin ser consciente de que su cuerpo se contoneaba para sentir cada centímetro de Alec. Jadeó cuando sintió la enorme mano de él aferrándose a su glúteo con fuerza. Su sangre caliente fluía en cada rincón de su ser al ritmo de sus frenéticos latidos.

El calor se propagó en su piel sensible... Durante tantos años había demonizado lo que era la pasión, que olvidó cómo se sentía. Y ese ángel caído le estaba demostrando que ella no era un témpano de hielo.

—Ay, *Dios Santo, Alec.*

Esas palabras que él entendió casi le hicieron perder la cabeza. Un punzante dolor en la

entrepierna le recordó la frágil situación. No podían ser descubiertos en ese momento. Soltó su agarre y posó su frente sobre la de ella.

—Vete, mi Catalina —rogó, apenas recuperando el aliento—. O no podré dejarte ir... Déjame pensar en cómo nos encontraremos otra vez, tengo que darte información importante.

Catalina asintió, resignada, volviendo a la realidad.

—Necesito un libro para la lección de la señorita Adams... Vine aquí con esa excusa...

—¿Qué lección impartirás?

—La señorita todavía está indispuesta. Venía a buscar algo ligero para leer.

—Oh, yo tengo uno perfecto. ¿Has leído las novelas de Hubert White? —Una sonrisa diabólica emergió en los labios de Alec—. Si es que quieres corromper a tu alumna con una escandalosa historia romántica, apta para jovencitas. Sé de buena fuente que lord Bamburgh detesta que las mujeres lean novelas.

—Oh, Alec. No quiero causarle problemas a la señorita Georgiana... Es una buena muchacha.

Alec miró por un par de segundos a Catalina y dijo:

—Le estás tomando cariño.

Catalina negó con su cabeza y se apresuró a replicar:

—No... no. —Resopló. No más mentiras, no más omisiones—. Un poco... —Alec ladeó la cabeza, con un gesto de suficiencia. Sabía que ella no quería admitirlo. Catalina no pudo más con aquel escrutinio y dijo—: Ay, es que la baronesa es una bruja con la señorita Georgiana, no es capaz de ser amable ni medio segundo, pareciera que la odiara... —Dio un pisotón de pura frustración.

Alec apretó los labios para no sonreír. El corazón de Catalina era enorme y compasivo. Su odio y rencor no arrasaba con todo.

—Bien... Entonces haz que cada minuto cuente para que no se olvide de tus enseñanzas... Las novelas de White son buenas para empezar a fomentar la fuerza de voluntad, ya verás. Y si te reprenden, échame la culpa.

Catalina suspiró y claudicó.

—Está bien.

Alec le guiñó.

—Dame un segundo, iré a buscarlo. —Y salió de la biblioteca.

Catalina se quedó a solas en la fría estancia. Como todo en el castillo, esta era enorme. El aroma a papel viejo y a madera flotaba en el aire. Se acercó a uno de los anaqueles, el piso gemía con cada una de sus pisadas. Con sus dedos acarició los suaves lomos de los libros forrados de cuero.

—*Breve historia de Bamburgh... Una historia de Northumberland...* —Desvió su mirada hacia otro anaquel—. *Títulos de nobleza y baronías de Debrett...*

Recordó aquella época en que buscaba todo tipo de información acerca de John Adams. Un día que tuvo libre de sus labores de institutriz de los Hawick fue a Richmond, al lugar donde vivió su tío Mauricio cuando estudiaba. La actual dueña todavía lo recordaba a pesar de que era una jovencita en ese entonces. También se acordaba de John, fue en esa visita que Catalina se enteró de que él era el hijo de un barón.

Cuando volvió a su trabajo, apenas pudo, hojeó el libro que le confirmó que su progenitor era un bendito barón desde 1815. Catalina no fue capaz de leer más y, llena de ira, cerró el libro de golpe.

Esa misma ira le hizo sacar ese libro del anaquel. Era una versión de 1839.

—Aquí está.

Catalina dio un respingo al escuchar la voz de Alec y el libro se le resbaló de las manos. Se agachó para recogerlo. Al levantarse, compuso una tensa sonrisa. Le mostró el libro a su prometido y explicó, lacónica:

—Información.

—Me lo has ganado. Pretendía confirmar un par de detalles respecto al título de Bamburgh, pero te cederé el honor. —Le entregó la novela—. Es la última que escribió, incluso está autografiado por el señor White.

Catalina leyó el título en letras doradas de la cubierta. *Tentación y conspiración*. Arqueó una ceja y dijo:

—El título no parece ser de una novela de amor, sino de misterio.

—Nada es lo que parece en las novelas de White... Ya, vete. Tengo que preparar los papeles para embaucar a Bamburgh y a Lauder en mi negocio.

—¿Embaucar? No quiero que hagas nada ilegal para ayudarme.

Alec hizo un ademán despreocupado.

—Es un decir, mujer... —Le dio un beso tan efímero como un suspiro—. Vete.

Catalina enfiló sus pasos hacia la puerta. Se tocó el pecho antes y salió dejando a Alec a solas.

Él soltó un suspiro y pensó en voz alta:

—Tendré que regalarle un colgante para esa cadena.

Capítulo XI

Catalina entró en la habitación de Georgiana. La muchacha todavía seguía en cama. Como todas las mañanas, había pasado a verla antes del desayuno, y habló con la doncella acerca de lo conversado con lady Bamburgh esa madrugada. Esperaban que la baronesa se apiadara de la muchacha, y les permitiera darle algún aliciente para sus dolores menstruales.

Georgiana esbozó una sonrisa al verla aproximarse. Catalina se la devolvió.

—Buenos días, señorita Adams. —Tomó una silla, la situó cerca de la cama de Georgiana y se sentó. Dejó los libros sobre la mesita de noche—. ¿Desayunó bien?

—Sí, señorita Expósito. Mi madre autorizó que me dieran una tisana de manzanilla.

—Qué bien, espero que surta efecto.

La jovencita asintió y agregó:

—Me siento mejor. Además, Louisa ha ideado una forma de proporcionarme calor en el vientre sin tener que poner tantas compresas calientes.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué hizo?

—A una cantimplora le echó agua caliente y me la puso en el vientre. Solo hay que tener la precaución de no moverla mucho para que no se derrame.

—Qué ingeniosa. Me alegra que se sienta mejor.

Georgiana parpadeó lento. La nueva institutriz era muy diferente a las demás, la trataba como una persona valiosa, pese a sus pocas aptitudes académicas. Ninguna pregunta quedaba sin respuesta y siempre las otorgaba de buena manera. Esa misma certeza le hizo preguntar con un atisbo de vergüenza:

—Señorita Expósito... y usted, ¿cómo lo hace?

—¿A qué se refiere?

—Cuando se indispone.

A Catalina le sorprendió el tenor de esa pregunta. En general, ese tipo de información era tabú, pero a ella le hubiera encantado recibirla cuando era una jovencita.

—Oh... Bueno... —Se encogió de hombros... No pensó que se sentiría avergonzada al hablar de ello, pero ya se había comprometido con no ignorar la curiosidad de Georgiana en esos asuntos—. Solo hay que seguir como cualquier otro día.

Georgiana la miró como si le hubiera salido un cuerno de la cabeza. Catalina sonrió ante esa reacción.

—Todas las mujeres sangramos, pero las que trabajamos debemos continuar. No hay reposo.

—¿Y cómo lo hace? Cuando... ya sabe.

—Cada una tiene sus métodos, yo uso una ropa interior especial que confeccioné y en ella pongo unas compresas de algodón. Cuando siento que baja la... sangre... las cambio por otras limpias, mientras que las sucias las lavo con agua, jabón y lejía.

Georgiana la escuchaba con la boca entreabierta. Parpadeó y preguntó:

—¿Para usted también es doloroso?

—Tengo la suerte de que sufro leves cólicos el primer día, después es solo la incomodidad. No puedo compararlo con los suyos. Si le sirve de consuelo, no es fácil para ninguna mujer, señorita Adams, pero aprendemos a sobrellevarlo con el tiempo. Algunas somos más afortunadas que otras.

—Algún día me gustaría no ser tan débil y aguantar más.

—Usted ya es fuerte por haber soportado ese dolor sin alivio. Espero que, con el paso del tiempo, logre acostumbrarse a ello con las tisanas y compresas.

—¿Y podré hacer mi vida normal? No me gusta estar acostada como si esto fuera una enfermedad.

—Supongo que algún día se dará. Pero casi todas las damas de alcurnia guardan reposo.

—Mi madre nunca guarda reposo...

Aquello le llamó la atención a Catalina. Intentó no evidenciar su asombro y preguntó:

—¿Nunca?

Georgiana estaba proporcionando una información interesante, la que se añadía a otra que había descubierto esa madrugada, y que ansiaba compartir con Alec.

La joven se quedó pensativa por largos segundos y respondió:

—No... Ahora que lo pienso, solo guarda reposo las pocas veces que se ha resfriado.

Catalina se regodeaba en su fuero interno. Sin embargo, para no levantar suspicacias, solo repuso en tono monocorde:

—Su madre es una mujer singular, seguro que ella no necesita reposo. Todas somos diferentes en ese aspecto... Bien, hoy tendremos una lección especial. —Tomó el Debrett's de la mesita de noche—. Supongo que lo ha visto antes.

El semblante relajado de Georgiana pasó a la más absoluta abulia.

—Sí, es muy aburrido. Ya me aprendí el orden de los rangos, los títulos de cortesía y cómo funciona la sucesión. Pero no me imagino cómo será aprenderme todo lo que está ahí

—No será necesario aprender todo. Cuando sea el momento de debutar en sociedad, este libro le servirá para saber quién es quién y cuál es su linaje.

—Yo no quiero debutar.

—Lo sé, pero eso no significa que deba ser ignorante. Es su deber conocer su lugar en el mundo. —Abrió el libro—. ¿Ha revisado lo concerniente a la baronía Bamburgh? —Georgiana asintió—. ¿La recuerda?

Silencio. Catalina lanzó una risita malévola.

—Por eso mismo la vamos a revisar... A ver... Barón Bamburgh. John Reginald Adams, decimotercer barón; nació el 2 de julio de 1785. Educado en Eton... y luego dice que cursó estudios privados... ¿Usted sabe qué estudios privados fueron?

Georgiana negó con su cabeza y repuso:

—Nunca converso ese tipo de cosas con padre.

—Entiendo. A ver... ¿Qué más dice?... Sucedió a su padre, Winston, el 15 de agosto de 1815. Se casó el 3 de octubre de 1825 con lady Susan Fitzroy, la hija mayor del primer conde de Beaufort. Padrino de tres personas: Smithers, Jonas; Dumont, James, Redwick, Margo. Hija viva... Ahí está usted, la honorable Georgiana Agnes Adams, nacida el 6 de marzo de 1830. Ramas colaterales vivas... Ah, un par de primas mayores que él, unas cuantas sobrinas... Predecesores... Muchos barones antes que su padre... y una baronesa, Annabella Adams, la sexta... Eso quiere decir que usted...

—Según las cartas patentes, yo podría heredar esta baronía... —Esbozó una sonrisa triste—. Pero no soy suficiente, mi padre quiere un varón... Una vez dijo que, si yo heredaba, al final sería mi esposo el que iba a manejar todo, y que yo no sería una baronesa de verdad.

Catalina soltó un resoplido. John era un idiota. Parecía ser una característica del género masculino menospreciar las capacidades de las mujeres. Recordó a su abuelo, pese a que ella o su madre fueran las que trabajaban, él manejaba el dinero. Siempre daba una excusa parecida,

que era un asunto de hombres. En sus años de independencia constató que era una estupidez.

—Bueno, usted puede demostrar lo contrario si se supera en sus estudios, y se empieza a interiorizar en la baronía. En dos semanas su lectura y escritura ha mejorado mucho...

—No lo sé, no me siento capacitada para ser la señora de este lugar tampoco. Yo disfruto dibujando flores, animales, el mar...

—Tiene mucho talento, eso sí se lo concedo. Con el tiempo usted crecerá y ganará confianza. Quizás lo que le falta es el contacto con otras jovencitas de su edad.

Georgiana arrugó su nariz. Catalina supuso que su alumna no disfrutaba socializar con muchas personas.

—Señorita Expósito... ¿puedo hacerle una pregunta personal?

—Hace unos minutos tuvimos una conversación bastante personal... —Rio ante el rostro azorado de Georgiana—. Dígame.

—¿Nunca se ha sentido como si no perteneciera a su familia?

Aquella interrogante le estrujó el corazón a Catalina. No quería mentir. Se suponía que ella era huérfana, ¿qué sabía una huérfana de familias!? Pero tampoco deseaba dejar a Georgiana sin respuestas.

—Hay momentos en que se siente que una no pertenece a ninguna parte, señorita Adams. A veces, una solo se tiene a sí misma... Pero a veces la vida nos sorprende y nos trae personas que valen la pena la espera. —No dijo más, pero en su mente apareció la imagen de Alec. Él era esa sorpresa, la prueba de que, incluso en los caminos más oscuros, había un destello de luz.

—Tal vez mi hermanito o hermanita será esa persona.

Catalina suspiró. Por un segundo quiso ser esa persona, pero de inmediato se deshizo de ese pensamiento, era un imposible. Una sensación de pesar se instaló en su pecho. En su venganza, seguro que iba a lastimar a esa jovencita que no era culpable de nada, y que no merecía el castigo de tener un padre ausente y una madre cruel. Debía admitir que no deseaba ganarse su odio, ni perder su respeto. Georgiana era inocente... Ella iba a ser una más que la iba a decepcionar, era el precio que tenía que pagar... que ya estaba pagando.

Sí, debía reconocer que se había encariñado.

Cerró el libro y lo dejó sobre la mesita de noche. Tomó el que le prestó Alec y se lo mostró a Georgiana.

—Vamos a leer esta novela de Hubert White, ¿lo conoce?

—No

—Me prestaron este libro, me lo recomendó el señor Croft y mire... —Lo abrió y mostró la primera página—: Está firmado.

—Impresionante. —Frunció el ceño al leer la caligrafía—. «Para mi que-querido sobrino. Alg- algún día tú también serás historia. HW». El señor Croft es sobrino del señor White... Vaya.

Catalina no había leído la dedicatoria, alzaba sus cejas igual que Georgiana.

—Veamos si el señor White es tan bueno como dice el señor Croft, o si su apreciación solo se basa en el cariño que no le permite ver su verdadera calidad. Yo leeré el primer capítulo, lo comentaremos, y usted el que sigue.

—Está bien... Me gusta cuando usted lee porque, imposta la voz y puedo ver todo en mi mente.

—Usted también puede hacerlo. Bien. Empecemos... Terrence Croxton se encontraba solo en la biblioteca de Somerset Court...

En el escritorio del despacho de lord Bamburgh, se extendía un gran mapa del norte de Inglaterra. En él, se detallaba el diagrama de las líneas y estaciones del proyecto ferroviario de Alec.

Lord Lauder lo estudiaba a consciencia, le mostraba y comentaba ciertos puntos a lord Bamburgh, quien parecía distraído. Alec ya concluía con su exposición.

—Esta es la versión del plano final, el cual ya lo presentamos en el Parlamento y confiamos en su aprobación. Contratamos para el diseño al señor Isambard Kingdom Brunel, ingeniero civil y mecánico. Del capital estimado para llevar a cabo este proyecto, ya hemos reunido un millón de libras, pero aún nos faltan cuatrocientas mil.

Lord Lauder intervino con un tono de reproche:

—Si me hubiera explicado de esta manera su proyecto, no lo habría dilatado tanto, Croft.

Alec miró a lord Lauder como si tuviera tres años, y en su mente replicaba: «Se lo presenté de esta misma manera, pero ahora sí prestó atención, viejo ridículo». En su tono se reflejó su hartazgo cuando puntualizó:

—Hoy usted está menos distraído, milord.

—No, estoy seguro de que todo era más complicado hace unas semanas... —Dirigió su atención hacia John—. Bamburgh, ¿qué opinas?

—Perdón, me distraje... ¿De qué hablaban?

Lord Lauder le dio unas palmadas en el hombro y negó con su cabeza:

—¡Por Dios, hombre! ¿Qué le pasa? ¿No durmió bien?

—Sí, pero... —Desde que despertó, le dio vueltas al asunto. Esa mañana, cuando abrió sus ojos, todavía tenía los recuerdos frescos de su sueño. Era Mariana, ataviada con el vestido azul con el que se casó. Quizás ella volvía a su memoria a causa de la institutriz... Dios, ya habían pasado treinta y cuatro años. Hizo un ademán para deshacerse de sus recuerdos—. No, no tiene importancia. Por favor, continúe, señor Croft.

Alec reprimió un resoplido. Estaba tentado de tomar todos sus papeles y largarse, aunque fuera caminando. Solo por Catalina domaría su poca paciencia para soportar idioteces. Con toda su fuerza de voluntad, suavizó su voz al resumir:

—Hablábamos sobre el capital reunido y lo que falta. Ahí es donde entran ustedes y otras personas más que están interesadas en el proyecto. Se estima que el monto se dividirá en unas cincuenta y seis mil acciones, cuyo valor será de unas veinticinco libras cada una.

Bamburgh asintió, volviendo a concentrarse, y consultó:

—Si no escuché mal, usted comentó que el diseño está a punto de ser aprobado por el Parlamento, pero ¿qué pasa con nuestra inversión si eso no sucede?

—Por lo general, se rechaza el proyecto por distintos motivos técnicos. De hecho, ya nos han rechazado en una oportunidad, por lo que rectificamos los puntos conflictivos del diseño y lo hemos vuelto a presentar. Por eso mismo, confiamos en que esta vez sí se aprobará. En todo caso, si nos vemos de nuevo en esa situación, ustedes podrán retirarse del proyecto pagando el 0,1 % de la inversión como multa, una suma casi simbólica.

—¿Y cómo nos garantiza la devolución de la inversión en caso de que nos retiremos?

—Mi hermano, el conde de Swindon, es mi aval y...

Lord Lauder interrumpió con un desdeñoso:

—Já... El conde de Swindon no me parece una credencial honorable.

Alec entrecerró sus ojos y lo miró fijo por largos segundos. Ni una sola palabra salió de su boca.

Lo único que se escuchaba era la lluvia caer y el crepitar del fuego de la chimenea. Las fosas nasales de Alec se dilataron. Se aferró a su última pizca de paciencia para decir, lento y amenazante:

—Mi hermano es un hombre recto y honorable, milord. —Su tono se afiló más y cada palabra fue una estocada cuando añadió—: Y preferiría que deje de arrastrarlo con comparaciones indignas, él no es una escoria indecente como mi progenitor... —Lord Lauder tiró del cuello de su camisa, gesto que a Alec no le pasó desapercibido. Su objetivo se cumplió, logró incomodarlo—. Antes de su desagradable interrupción, iba a mencionar que, aparte de mi hermano, el duque de Hastings, el duque de Ravensworth, lord Corby, lord Rothbury y lord Wexford son los principales avales en el improbable caso de que no pueda devolver su dinero. —Alec muy tarde se dio cuenta de que su tono de voz podía perjudicar su objetivo de quedarse más días. Discreto, inspiró y dirigió su atención hacia lord Bamburgh, y añadió con un tono más amable—: A mí me interesa contar con su participación, por lo que, si es importante con ustedes obtener garantías, puedo pedirles a mis avales que les escriban, y les den las respuestas que necesitan para confiar en el proyecto.

Sí, eso le daría un par de semanas para coordinar la correspondencia entre todos sus avales.

Justo cuando Bamburgh iba a replicar que no era necesario, Lauder intervino:

—Yo me sentiría mejor si el señor Croft nos da esas garantías por escrito. No me gustaría confiarme y que suceda lo mismo que con lord Strout.

Cada vez que Lord Lauder abría la boca, la paciencia de Alec desvanecía un poco más. De haber sido por él, se habría ido sin cerrar el bendito negocio, no toleraba a personas traidoras como lo eran Lauder y Bamburgh. Sin embargo, su estancia en el castillo dependía de mantener a esos hombres contentos. Debía estar cerca de Catalina para que obtuviera satisfacción.

Le vio el lado positivo a la intervención de Lauder. Por dentro, Alec sonrió, siniestro. Había olvidado que un aplazamiento de ese tipo también le convenía al conde y a su amante, por lo que añadió, solícito:

—Es más, nuestro abogado puede redactar un documento que sea firmado por mis avales para que tengan una garantía más sólida. Es la primera vez que lo hacemos, pero entiendo la cautela, las estafas están a la orden del día y la reputación de mi progenitor me precede. Si queremos acelerar el proceso, eso implicaría extender mi estancia en Bamburgh Castle y abusar de su hospitalidad.

Alec sintió que, con ese acto, se estaba tomando su certificado de orgullo y lo rompía en millones de pedacitos, pero ¿qué más podía hacer?

Lord Bamburgh se quedó pensativo por unos momentos. Pretendía hacer una inversión fuerte y su amigo tenía razón en asegurarse de que no serían estafados.

Sí, era una buena opción, así también podría conocer más a quien eventualmente sería su socio. Asintió y le dijo a Alec:

—Bien, señor Croft, proceda. —Miró a lord Lauder y preguntó—: ¿No tienes inconveniente en esperar unos cuantos días más?

El aludido hizo un ademán, desestimando el asunto y añadió:

—Lo cierto es que prefiero estar aquí que en mi casa.

Bamburgh le palmeó la espalda y dio por terminada la reunión.

Después de pasar casi todo el día leyendo con Georgiana, Catalina inició una expedición por el inmenso castillo para hallar alguna estancia que no fuera visitada con regularidad por la servidumbre, y que quedara cerca de las escaleras de servicio. Para su suerte, recordó que el tercer piso del castillo contaba con habitaciones vacías y que un par eran utilizadas de almacén.

Después de la cena, Catalina se dirigió a uno de esos almacenes. Alec debería llegar en media hora para no levantar ninguna clase de sospecha.

Catalina iluminó la estancia con una lámpara de aceite, la que llenó de escalofrantes claroscuros que formaban sombras deformes y horrendas, en medio de ese extraño olor a polvo, encierro y humedad.

Parecía un ambiente propicio para tramar la caída del barón, un reflejo del costo que debía pagar para sentir que, al fin, hacía algo bien.

La lluvia apenas había bajado la intensidad durante el día y se convirtió en un sonido que ya casi no escuchaba, predominaba el oleaje del mar que azotaba las costas.

En su espera, Catalina recorrió la estancia. En cada paso que daba, la madera crujía. Ese lugar era como viajar al pasado del castillo; muebles viejos cubiertos por sábanas, pinturas que evidenciaban los primeros intentos artísticos de algún antepasado del barón, juguetes y cristalería. Abrió baúles que expelían un fuerte olor a naftalina y guardaban vestidos pasados de moda, pero que aún conservaban el antiguo esplendor.

Se permitió ser frívola por unos instantes. Sin importarle el fuerte olor, sacó uno de ellos para admirarlo. Era azul con bordados florales blancos. Debía tener unos treinta o cuarenta años, ya no se usaba muselina para los vestidos. ¿A quién habría pertenecido? No le importaba demasiado... Se meció leve, como si estuviera bailando algo parecido a un vals y murmuró:

—Llorad, corazón, llorad. Llorad si tienes porqué. Que no es delito en un hombre, llorar por una mujer...

El sonido de la puerta abriéndose interrumpió la nostálgica canción. Catalina dio media vuelta aguantando la respiración y con el corazón acelerado.

Alec.

Catalina volvió a respirar, dejó el vestido en el baúl y fue a su encuentro.

Alec la recibió entre sus brazos y la besó con urgencia. Nada le impidió ser más brusco que delicado. Salvaje, invadió la boca de Catalina para saborearla. Ella no fue pasiva, respondió a ese fervor con idéntico ímpetu. La barba dejaba un rastro de ardor sobre su piel. Era un fuego que no quemaba, sino que encendía algo más profundo, algo que ella pensaba que había muerto mucho tiempo atrás.

Sus lenguas bregaron en sensual contienda para medir quién ansiaba más del otro, quién encendía más al otro... Quién sería el que pusiera el alto a ese encuentro que, con cada acometida, escalaba más y más.

Catalina se atrevió a buscar el roce de sus cuerpos, a acariciar el recio pecho masculino y enterrar sus dedos, ansiando un anclaje.

Alec, por su parte, liberaba uno a uno los botones del recatado corpiño, para encontrar la piel que le era vedada... El gemido que Catalina lanzó cuando sintió que él rozaba el nacimiento de sus pechos lo sacó de su ardiente trance...

Fue el primero en batirse en retirada.

Fue consciente del lugar y del momento. Si no se detenía poseería a Catalina ahí mismo y él deseaba hacerlo en una cama, en privado para poder jactarse y gemir a gusto... Se conocía, no era un hombre silencioso, y también le excitaba arrancar sonidos eróticos y de placer a sus amantes.

Con su respiración acelerada, tomó una ligera distancia sin soltarla y amonestó con cariño:

—Pierdo la cabeza contigo, mujer... Eres peligrosa para mi voluntad. —Catalina sonrió con picardía, se empujó y, como toda respuesta, le dio un casto beso—. Si seguimos así, tendré que llevarte a la iglesia y casarnos de una vez por todas. No quiero tomarte a oscuras y a escondidas. Quiero amarte a la luz...

Catalina suspiró... Fue consciente de que también anhelaba dejar de ocultarse y vivir por fin su vida, no representando el papel de institutriz... Se preguntó por primera vez quién era ella, qué sueño propio tenía, qué anhelaba para su vida. Quería descubrirlo junto a Alec... a la luz.

—Yo también quiero amarte sin escondernos... —Intentó componer una sonrisa, mas el nudo que se formó en su garganta se lo impidió—. Va a ser la primera vez.

—La primera de muchas que compartiremos... Bien, concentrémonos, mi Catalina... ¿Descubriste algo interesante?

—Mucho... Esta madrugada casi me sorprende *in fraganti* la baronesa. —Alec se tensó—. Casi... no te asustes. Le di una excusa convincente, espero que se lo haya creído...

—Ve al grano.

—¡Qué impaciente!...

—Bamburgh y Lauder me la agotaron esta tarde, quiero irme pronto contigo y...

—La baronesa no está embarazada. Cuando pretendía volver a la Torre de Guardia y me sorprendió, se transparentó su camisón a la luz de la vela y note su vientre plano. Estoy segura de que usa una almohada para fingir.

Alec arqueó sus cejas al punto de formar tres profundos surcos en su frente.

—¡Qué demonios! —No podía cerrar su boca—. Entonces Lauder debe saberlo, cómo podría acostarse con la baronesa sin notarlo.

Catalina jadeó ante esa revelación.

—¿De qué diantres hablas?! ¿Lauder se acuesta con la baronesa? —Alec asintió—. ¿Son amantes? —Catalina frunció el ceño e hizo una mueca de desagrado—. Qué repugnante, si es tan viejo y gordo...

—¿Cuando sea viejo y gordo me tendrás asco?

—No me daré cuenta cuando estés así. Y yo también envejeceré... No nos desviemos. La baronesa no está embarazada y tiene un amante. Vaya.

Se quedaron en silencio por un breve instante, hasta que Alec pensó en voz alta:

—¿Hasta dónde pretenderá llevar esa mentira la baronesa?

Y Catalina recordó lo que conversó con Georgiana y también se dio cuenta de los alcances de la crueldad de lady Bamburgh... Para ella era antinatural en una madre.

—La señorita Adams me comentó hoy, que nunca ha visto que la baronesa repose cuando está indispueta. También me ha contado que siempre la culpa de sus pérdidas porque le hace pasar rabias.

—¿Qué clase de madre le dice eso a una hija?

—La detesto, pareciera que la odia. Ni siquiera le tiembla la mano para agredirla...

—¿Cabría la posibilidad de que la señorita Adams no sea hija de la baronesa? No considero que sea tan difícil... Sé que un síntoma de embarazo es cuando una mujer no se indispueta, pero

si nunca lo está... No sé, es extraño.

—Tendría que averiguar las circunstancias del nacimiento de la señorita Georgiana... Vaya, el barón tanto que quiere un hijo y su única heredera podría no ser de su sangre.

Y aquellas palabras desencadenaron un hilo acelerado en los pensamientos de Alec, recordó la carta de Catalina, la unió a la nueva información, concluyó y... Diablos, la respuesta estaba frente a él.

—Catalina... Espera... No, lord Bamburgh sí tiene una heredera de su sangre... Tú... Tú lo eres. Eres su única hija legítima. —Catalina negó con su cabeza, en su gesto había terror—. Tu madre falleció hace trece años. El barón es bígamo, se casó con lady Bamburgh cuando ella todavía vivía...

—¿Es legítimo ese matrimonio aquí? ¿Aunque sea católico?

—Un matrimonio es un matrimonio, Catalina... Siempre y cuando lo puedas comprobar. —Inspiró profundo—. Necesitaríamos los papeles de la iglesia y de tu bautismo. Diablos, viajar a Chile serán dos meses... Nos va a costar medio año comprobarlo.

—No va a ser necesario. Tengo mis papeles aquí, fue lo único que me traje de Chile. En ellos están mis raíces, mi identidad... lo que dejé atrás.

—¿En serio? —Catalina asintió. Alec la abrazó con fuerza. El fuego de su esperanza se avivó—. Oh, eso lo facilita todo... Ya tienes la forma de hundir a Bamburgh. Revelarás quién eres, y él no podrá arreglarlo ni negarlo. La única persona que puede quitar un título es la reina, y él no podrá impedir que tu tomes su lugar cuando muera... Eres inevitable.

—Entonces, eso quiere decir que la baronesa y la señorita Georgiana...

—El matrimonio no es válido, por lo tanto, su hija no es legítima... es una...

—*Guacha*. —Catalina se tapó la boca al decir esa palabra.

—Ahora la pregunta es, ¿estás dispuesta a revelar tu identidad?

Vaya, la vida era una ironía. Tanto tiempo escondiendo su origen, huyendo de esa verdad, protegiéndose con mentiras para mantenerse a salvo y poder lograr su objetivo. Y ahora el revelarlo le daría su revancha, pero también destruiría su máscara que, en cierto modo, ya era parte de ella. Sin embargo, ¿cómo podía seguir adelante sin enfrentar la verdad de lo que era?

Sin querer, el momento había llegado. Ella era Catalina del Carmen Adams Riquelme, la heredera de Bamburgh.

Cuando se supiera la verdad, sería un escándalo... Al menos en ese pueblo perdido de la mano de Dios.

Y con eso a Catalina le bastaba... Lo único que le preocupaba era la reacción de Georgiana, que el barón y su esposa adúltera se fueran al infierno.

Miró a Alec con ferocidad y respondió:

—Lo haré. Yo solo seré la consecuencia de sus actos. Mi sangre será mi venganza.

Capítulo XII

Después de su encuentro con Alec, Catalina fue a la Torre de Guardia para ir a descansar. No recordaba cuándo fue la última vez que ansió poner la cabeza en la almohada, y solo tener la expectativa de dormir.

Se quitó sus ropas negras, las que quedaron colgando, pesadas, en el respaldo de la silla de su habitación. Sintió frío al quedar solo en camisón; nunca usó corsé o alguna clase de prenda para afirmar o contornear sus formas. Las mujeres pobres no podían ser vanidosas...

Recordó a su madre... Siempre le hablaba de las ropas finas que usaba antes de la desgracia.

Fue consciente de la fecha. Era 19 de septiembre. Ya había pasado el aniversario de bodas de su madre. Ese era un día que Catalina no olvidaba. La semana previa a la conmemoración, Mariana se volvía taciturna y a veces la sorprendía secándose las lágrimas, observando el retrato de John dibujado al carboncillo. El 20 de agosto era el recordatorio de la felicidad pasada y que duró casi un suspiro.

En ese entonces, para Catalina era dolorosa la llegada de ese aniversario, Mariana se encerraba y no salía hasta el día siguiente. En su semblante triste y cansado de tanto llorar se evidenciaba lo que sucedía en secreto. Catalina no le decía nada, se limitaba a fingir que no se daba cuenta.

Se soltó el cabello, lo cepilló y lo trenzó. Se acostó en la cama fría, y cerró los ojos con un solo pensamiento en mente; le iba a dar a John sus últimos días de paz. En la fiesta del fin del verano, el pasado lo iba a alcanzar.

Treinta y cuatro años, un mes y un día le caerían de golpe.

Al día siguiente, el cielo se despejó de toda nube amenazante. El sol apareció brillante y cálido como si nunca se hubiera ido de Bamburg.

Los preparativos para la fiesta del fin del verano se encontraban en su punto más álgido. El servicio doméstico se encontraba atareado, yendo en todas direcciones; limpiando, abrigando el piso, puliendo cubiertos, cristalería, decorando. Bajo la supervisión de la baronesa, el ama de llaves y el mayordomo todo se llevaba a cabo con precisión de relojería.

Con aquel efervescente ambiente se encontró Catalina, quien se quedó dormida, y recién abrió los ojos cuando el reloj marcaba las diez.

Nunca había despertado tan tarde, ni siquiera en esos eternos días que duró su travesía en el barco que la trajo a Inglaterra, y no tenía ninguna obligación con nada ni con nadie.

Se presentó ante la baronesa, solícita y azorada, por haber corrido desde la Torre de Guardia hasta la galería, lugar donde se encontraba dirigiendo el decorado de las ventanas.

—Disculpe el retraso, milady. Me quedé dormida, es algo que no suelo hacer. —Hizo una reverencia como la buena empleada que debía ser.

La baronesa, pendiente de un sirviente que colgaba una guirnalda, no le dirigió la atención.

—¡Más arriba, Robert! Ahí... Bien, sigan con la otra. —Solo en ese momento miró a Catalina y añadió—: Tarde o temprano iba a suceder. Sus ojeras evidenciaban que no dormía, señorita Expósito.

Catalina asintió, sumisa. Las palabras de la baronesa eran amables, pero en su expresión

había reproche. Se excusó, sabiendo que podía empeorar la situación.

—Sí, eso es cierto, milady. Las tormentas de este lugar son difíciles de ignorar, recién anoche pude conciliar el sueño. Pondré todo de mi parte para habituarme y no perjudicar los horarios de estudio de la señorita Adams.

—Así lo espero.

—Si me disculpa, iré a ver a...

—No. Espere... ¿Podría ir a la cocina y hacer *manjar*? Me gustaría que nuestros invitados lo pudieran probar.

Catalina estuvo a punto de negarse y justificarse diciendo que le había dado la receta a la cocinera, y que ella ya conocía el procedimiento. Sin embargo, tener vía libre en ese lugar, donde convergían los cotilleos e historias pasadas, era una oportunidad que no podía rechazar. Quería ver si lograba tener la última pieza que encajara con el origen de Georgiana.

Irónico, era como si la misma baronesa le estuviera dando permiso para hurgar en sus secretos. Ocultando su entusiasmo, respondió:

—Claro, hablaré con la señora Meyer para poder tener disponible la cocina... ¿Cuántos invitados son?

—Unas cuatrocientas personas.

El rostro de Catalina se demudó.

—La verdad no sé si podré preparar tanto, milady. Debo impartirle lección...

La baronesa hizo un ademán indolente, e interrumpió:

—Como Georgiana está indispuesta, puede dedicarle el día de hoy y de mañana para prepararlo.

Catalina asintió. No le gustaba la idea de hacer una cantidad tan monstruosa de manjar, pero no tenía alternativas. Debía verle el lado positivo a la situación, obtendría información fidedigna.

Hizo una reverencia.

—Como ordene, milady.

Catalina fijó rumbo hacia la cocina. A medida que atravesaba el castillo, se fue empapando de ese creciente entusiasmo, saludaba a los sirvientes por su paso, quienes expresaban alegría y emoción. Una sonrisa empezó a emerger en sus labios, le encantaban las fiestas. No podía comparar un baile de Inglaterra con las precarias e improvisadas ramadas y chinganas de Chile, pero lo que sí compartían era la alegría, la danza, la música. Dios, amaba la música...

Se preguntó qué piezas tocarían, si tendría la oportunidad de bailar con Alec, aunque fuera a escondidas. Disfrutaba tanto estar entre sus brazos al compás de la música.

Sus pasos perdieron brío... Ella iba a arruinar esa fiesta...

¡Qué más daba! Aceleró su marcha. Ya vendrían otras. Según lo que le contó Alec, en su familia solían tener muchas fiestas y bailes...

Esperaba que la aceptaran.

Esperaba que no la odiaran.

Esperaba ser digna.

Atravesó el Salón del Rey, llegó al rellano oscuro, el cual se encontraba colmado de luz. El comedor, el antiguo arsenal, la sala privada de la baronesa y la sala de música tenían las puertas abiertas, los rayos del sol penetraban en ellas iluminando todo.

Por la hora, es seguro que ya se había servido el desayuno. Su estómago rugió. De todas formas, quiso tentar a la suerte y se asomó al comedor. Quería comer y ver a Alec.

Solo había sirvientes limpiando.

Con la decepción instalada en su corazón y, cabizbaja, prosiguió con su camino. Ni bien dio un paso y chocó con un hombre.

Catalina retrocedió y perdió el equilibrio, la sujetaron de los brazos. No era el aroma ni la fuerza de Alec. Confirmó sus sospechas al levantar la mirada.

—Perdón, milord. —Retrocedió dos pasos para zafarse del agarre e hizo una rápida genuflexión. Todavía sentía en el cuerpo el impacto, una sensación incómoda la sacudió—. Estaba distraída... Si me disculpa.

Pasó por el lado de John. A sus espaldas escuchó en español:

—*¿Cómo está la situación en su país?*

Catalina detuvo su andar. Ni siquiera dio media vuelta para responder.

—*No fue fácil para nadie. Un país que era libre y no sabía qué hacer con su propia libertad ni cómo organizarse. Nuevos ricos, nuevos pobres... Llegué aquí hace siete años, supongo que las cosas están más estables que cuando me fui.*

—*No me dé la espalda cuando me hable, señorita Expósito.* —Escuchó Catalina. Ella hizo un mohín y resopló por su nariz. El barón nunca le dirigía la palabra; prácticamente, para John, ella no existía en ese castillo. ¿Por qué ese súbito interés? Se giró, y se encontró con la mirada de él, ceñuda y severa, pero a ella no le afectaba, era peor la de Alec. Él añadió—: *¿Por qué dejó su país?*

Por primera vez quiso decir la verdad, pero Catalina desistió y prefirió la evasión. Había esperado toda una vida para restregársela en la cara, un par de días más no iba a hacer la diferencia. Alzó su barbilla y respondió:

—*Nada me ataba a mi tierra.*

—*Parece que la echa de menos.*

—*«Extraño a mi familia, pero por tu culpa no están».*

—*En realidad, extraño la comida.*

—*¿Y a la gente?*

Catalina negó con su cabeza.

—*No extraño a quienes me llamaban guacha. Supongo que usted recuerda lo que significa.*

El barón asintió, y también recordaba que a esa palabra —la cual ya era peyorativa— le agregaban insultos feroces.

—*Entiendo...* —Dio una breve mirada hacia la cocina—. *¿Va a desayunar?*

—*No. Lady Bamburgh me pidió que hiciera manjar para la fiesta. Supongo que se antojó* —comentó para medir la reacción de John frente al embarazo de su esposa—. *Es mejor no tentar a la suerte, puede afectar al bebé.*

John apretó la mandíbula. Haber probado ese postre fue como un golpe del pasado. Carraspeó y repuso en inglés:

—Lady Bamburgh no es dada a los antojos, pero le ha encantado, y más le encanta lucirse con novedades culinarias ante la comunidad. Espero que esa petición no sea inconveniente para usted.

—Para mí no. Será inconveniente para la señora Meyer, invadiré su territorio.

—En el castillo hay una cocina adicional que se habilita para las fiestas, creo que, de esa manera, podrá organizarse con la señora Meyer.

Catalina no quiso agradecerle, solo asintió e hizo una reverencia antes de retirarse.

John se quedó mirándola por largo rato. Tomó una profunda inspiración prometiéndose no

volver a entablar una conversación trivial con la institutriz. No lo soportaba.

El que iba a durar dos semanas resultó ser él. Por mucho que mejorara Georgiana en sus estudios, lo más conveniente era prescindir de los servicios de la señorita Expósito. Era como un fantasma deambulando en su hogar, trayendo un pasado que no deseaba desenterrar de su memoria.

Lo más complicado de preparar el manjar era mantener constante la temperatura del fuego; debía ser suave, para no correr el riesgo de que se fuera a apagar. Y, si lo alimentaba con leños grandes, podía aumentar la temperatura de golpe y quemarlo.

Lo siguiente más complicado era no dejar de revolver durante horas, y ella, que no estaba acostumbrada, ya sentía que el brazo se le caía.

La dificultad aumentaba por la cantidad. Catalina decidió repetir el proceso varias veces, en vez de hacer un gran fondo. Era mejor arruinar una parte que todo.

Cuando llegó a la cocina y le explicó a la señora Meyer que debía cumplir con el capricho de la baronesa, la cocinera rio y la llevó a la cocina auxiliar. Ahí se estaban preparando pasteles y postres, y la temperatura del lugar era más fría. Ese lugar era ideal para los propósitos de Catalina.

A las seis de la tarde, en la cocina auxiliar del castillo, la penumbra del crepúsculo ya era ahuyentada por la luz del fuego y las velas. Catalina descansaba un rato tomando una taza de té, junto con dos ayudantes de cocina que también hicieron un alto en sus tareas.

Catalina bebió un sorbo y luego lanzó una exhalación llena de satisfacción.

—Sabe a gloria este té. Estoy agotada, espero que valga la pena satisfacer el antojo de lady Bamburgh.

Gabrielle una de las ayudantes añadió:

—No recuerdo que la baronesa haya tenido antojos alguna vez. Creo que lo hizo para fastidiarla, señorita.

—¿Por qué querría fastidiarme?

—No sé, a veces actúa extraño. Solo su doncella la tolera.

Mary, otra ayudante, añadió:

—Olga se cree la más importante, solo porque llegó junto con la baronesa. Aquí la mayoría de los sirvientes llevamos más años de servicio que ella.

Catalina, para sacar más información, repuso con un tinte de ingenuidad en su voz:

—Me parece que solo es devota de su ama... Debe sufrir lo mismo que ella... Tantas pérdidas, qué triste.

Gabrielle no se resistió a opinar:

—El barón ya había perdido la esperanza de que su esposa concibiera. Costó bastante que engendraran a la señorita Georgiana, pero después ha sido casi imposible.

Mary repuso:

—Es muy extraño. A estas alturas ya dicen que la señorita Georgiana fue un milagro, ha sido el único embarazo que llegó a ser exitoso. Los últimos cinco años, lady Bamburgh queda encinta, alcanza al tercer, o cuarto mes y los pierde.

Catalina puso su mejor cara de lástima y preguntó:

—¡Qué tremendo! ¿Y qué dicen los médicos?

Gabrielle, luego de beber un sorbo de té, respondió:

—¿Médicos? La baronesa no necesita médicos. Nos enteramos de sus pérdidas cuando Olga trae las sábanas ensangrentadas para que sean lavadas. Luego viene la partera a revisarla y a supervisar su recuperación.

Catalina se tapaba la boca aparentando su espanto y estupefacción. Estaba casi segura de que la baronesa se las arreglaba para fingir los embarazos y las pérdidas. Si no tenía sangrado femenino, ¿cómo iba a saber si estaba encinta o no?... A la postre, repuso:

—Qué triste. Y aún así siguen insistiendo, qué valiente es lady Bamburgh. Debió ser un gran día para el barón cuando nació la señorita Adams... Sostenerla entre sus brazos...

Mary y Gabrielle se miraron, extrañadas.

—El barón no sostuvo entre sus brazos a la señorita hasta que cumplió seis meses.

Catalina se llevó la mano al pecho, no buscando su anillo, sino como un gesto de sorpresa y preguntó:

—¿Por qué?

Mary narró:

—Lady Bamburgh fue a visitar a su familia en Bristol y su embarazo se complicó. Se quedó ahí hasta que nació la señorita. Imagínese, en esa época no había tren. Era peligroso atravesar toda Inglaterra para volver, y el barón no podía descuidar sus labores aquí.

En ese momento entró una criada, se llamaba Loretta. Era hermosa, rubia, de ojos azules. Hasta dónde Catalina sabía, la muchacha llevaba poco menos de un año trabajando en el castillo, y su esposo era pescador.

Bebió té y reflexionó. Si ella fuera la baronesa y quisiera dar un heredero siendo estéril, fingiría el embarazo y tener a otra embarazada cerca y con características física similares, como lo era Loretta. Si la partera era cómplice de esos años de engaño, bien podrían poner a un bebé en los brazos de la baronesa, y dinero en el regazo de la muchacha.

Miró a Loretta y dijo:

—Las bendiciones no solo son para lady Bamburgh, ¿no está cansada, Loretta? Tome un té con nosotras. Debe cuidar a ese bebé... —La mujer le sonrió y se sentó en una silla libre—. ¿Para cuándo va a dar a luz?

—Si, Dios quiere, en unos tres meses más.

—¡Qué bendición! Por lo que veo usted, y la baronesa van a tener a sus criaturas por las mismas fechas, ¿o me equivoco?...

Loretta sonrió y, al asentir, bajó la cabeza. En cualquier otra circunstancia Catalina lo habría interpretado como timidez, pero en ese momento, sospechaba de todo y de todos.

Dejó su taza vacía a un lado y se levantó.

—Bien, voy a lavar este desastre. Mañana continuaré, apenas puedo mover los brazos.

Media hora después, Catalina salía de la cocina arrastrando los pies. El rellano estaba iluminado por candelabros, mas su luz no era suficiente como para dotar de vida ese lugar.

De pronto, la puerta de la salita de música se abrió. Catalina sonrió al ver a Alec, quien le hizo señas para que entrara a la estancia. Ella miró a ambos lados del rellano y, segura de no tener testigos, entró.

Lo primero que sintió fue los brazos de Alec apresándola con gentileza, y luego esos labios

suaves estampándose contra los suyos, poseyéndola como si tan solo le quedaran minutos de vida. Catalina se dejó amar y amó con su boca y su lengua. Beso a beso su cuerpo se llenaba de vigor y su corazón, de dicha.

Alec interrumpió el beso con brusquedad y, con su respiración agitada, susurró:

—¿Escuchaste eso?

Catalina negó con su cabeza y contestó en el mismo tono:

—No, nada... Me aseguré de que nadie me viera entrar.

Alec le sonrió con orgullo. Le besó la cabeza y repuso:

—He estado buscándote y me dijeron que estuviste todo el día en la cocina.

—¿Cuánto rato llevas esperándome?

—Diez años o tal vez toda la vida.

Catalina solo sonrió, eternecida, con las palabras de Alec. Acarició la barba y luego posó su mano en el pecho de él.

—Yo no esperaba nada, y ahora lo tengo todo... —Quiso decirle que lo amaba, pero quería hacerlo cuando se sintiera libre—. Falta poco. En la fiesta del fin del verano terminará este tormento.

—¿Crees que todo va a terminar? La verdad yo pienso que será lo contrario.

—Arruinaré su vida ante todo el pueblo y me iré.

—Tarde o temprano tendrás que volver. Recuerda que eres su heredera legítima.

—El barón goza de buena salud, seguramente tendrá muchos años para revolcarse en su miseria... —Suspiró al pensar en Georgiana. Si sus sospechas eran ciertas, aparte de ser ilegítima, tampoco era la hija del barón ni de la baronesa. Y, a juzgar por el trato frío que le daban, temía que se deshicieran de ella. No lo iba a permitir—. Pero si todo es como sospecho, tendré que mantenerme cerca.

—¿Qué averiguaste?

Catalina le contó a Alec lo que conversó con las ayudantes y sobre sus conjeturas. Al terminar, él se quedó en silencio y pensativo... Resopló y solo dijo:

—Va a ser un desastre. —Miró a Catalina—. La venganza siempre trae consecuencias. Dime ¿qué harás si Georgiana queda a la deriva?

—Me haré cargo de ella... de la forma que sea. Georgiana no tiene la culpa ni tiene por qué pagar lo que esos canallas han hecho.

—Bien dicho... —La besó—. Yo también me quiero ir. Deseo que toda mi familia y amigos te conozcan.

—Espero que me acepten.

—Lo harán, y más aún cuando sepan tu verdad...

—Ahí se arrepentirán. —Intentó sonreír—. No soy una buena mujer.

—Eres una buena mujer, Catalina. Pese a todo lo que piensas y en la situación en la que estamos, eres una buena mujer. Tu venganza solo es mostrar la verdad, la verdad que duele.

Catalina se refugió en el pecho de Alec y aspiró su aroma. Siempre sentía paz mientras escuchaba los latidos de ese corazón brioso y constante.

—Antes de dejar el desastre, baila conmigo un vals.

—Así empezará el desastre...

La puerta se abrió de golpe. Catalina y Alec ni siquiera alcanzaron a reaccionar y separarse. Los latidos de ambos se dispararon al punto de sentir que sus sienes pulsaban. Se miraron de reojo, como preguntándose qué paso debían dar.

John los miró con las cejas arqueadas y la boca entreabierta. Al darse cuenta, la cerró y su ceño se contrajo, casi al punto de juntar sus cejas.

Extraño. A Catalina no le afectaba el evidente enfado del barón. Quizás en otra época estaría temblando como una hoja a merced del viento. Una espeluznante serenidad la invadió.

Alzó su barbilla y rompió el contacto de su abrazo con Alec. No obstante, él no permitió que se separaran del todo, buscó su mano y la tomó.

El pecho masculino se ensanchó, tanto de orgullo, como por tomar una profunda inspiración. El gesto de él fue solemne cuando aseveró:

—Nos acabamos de comprometer, milord. —Levantó la mano de su prometida y mostró el anillo de plata.

Aquella noticia John no la esperó. Al ver aquel anillo en ese dedo, su mirada se ensombreció. Volvió al pasado treinta y cinco años, cuando él mismo pidió la mano de una jovencita parecida a ella. Por un segundo revivió esa dicha, pero ocultó su sentir con una máscara inescrutable. Debía deshacerse de esa mujer que parecía destinada a destruir su cordura. El hecho de sorprenderla en esa tesitura era una excusa caída del cielo. Encontró su oportunidad para alejar a la institutriz sin sentir que no tenía un motivo plausible... Envaró su espalda. Firme y sin titubear dijo:

—Eso no es relevante. Está despedida, señorita Expósito.

Ante la mirada atónita de Alec, Catalina asintió. Encajó esa artera estocada, no sin antes sentir una fugaz incertidumbre que le hizo titubear por un segundo, decir su verdad y terminar de una vez por todas.

Desestimó aquella sensación tan rápido como llegó. No era el momento de dudar. Tenía que mantenerse firme y paciente como en los últimos siete años; la venganza debía servirse en el momento apropiado, cuando nadie la espera. Con la dignidad de una reina, replicó:

—No sabía que comprometerme en matrimonio era una falta tan grave como para ser despedida, milord.

John resopló, desestimando esa respuesta, como si la institutriz no fuera capaz de ver lo obvio. Cada gesto, cada palabra que salía de su boca era como escuchar a Mariana, daba lo mismo si era español, inglés o griego, su voz era tan letal como una daga que abría viejas cicatrices; lo que vivió, la intensidad de lo que sintió. Necesitaba con su vida expulsarla de su casa y le respondió con sorna:

—Su compromiso no es grave, pero antes de llegar a ello, le ha faltado el respeto a mi hogar manteniendo una relación amorosa con uno de mis huéspedes. ¡Qué se ha imaginado! Esta es una casa decente.

Alec entrecerró sus ojos y, sin soltar a Catalina, avanzó un paso hacia el barón.

—Está cometiendo un grave error, Bamburgh. Está reaccionando como si me hubiera acostado con la señorita Expósito en la mesa del comedor.

John se aferró a su orgullo y tozudez para replicar:

—El asunto no es con usted, Croft.

Alec no podía creer aquella reacción desmedida. Se estaba arruinando el plan de Catalina. Debían permanecer en ese castillo a como diera lugar.

—¡Claro que es asunto mío, maldita sea! ¡Está comprometida conmigo!

Alec intentó dar otro paso más hacia John para intentar convencerlo, pero Catalina le apretó la mano para llamar su atención. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que el barón reflexionara y se retractara de su decisión. Él la miró, y lo que encontró lo sorprendió y frenó sus

intenciones. «Aún no», parecían decir sus ojos. Había serenidad y control, la misma que se reflejó cuando ella dijo:

—Me iré de inmediato, milord... —Si lo pensaba con frialdad, irse le daba la oportunidad de arruinar la fiesta de otra forma, con más drama, con más testigos. En ese momento no sería tan satisfactorio.

La voz de la baronesa irrumpió en la estancia:

—¿Qué está pasando aquí? —Sus ojos indagadores y desconcertados se posaban entre su esposo y la institutriz. Si la estaba amonestando, bien se lo merecía por intentar enseñarle cómo tratar a Georgiana. Iba a disfrutar cada segundo de ese apremio.

Lord Lauder venía detrás de ella. Arqueó sus cejas e hizo una mueca mordaz. Parecía regodearse de la situación para tener una fuente de cotilleos. Quedó confirmado cuando dijo:

—Vaya, vaya... qué interesante y comprometedor situación. Parece que la decencia ya no existe en este castillo.

En su fuero interno, Catalina puso sus ojos en blanco. Qué inoportunos. Quería testigos... Pero ellos dos no eran suficientes, nunca serían suficientes. Quería que todo el mundo viera la clase de escoria que era Bamburgh, que todo lo que tenía era una mentira... Partiendo por su honra y el embarazo de su esposa.

Era un simple y triste bufón cornudo.

Y que solo tenía una heredera legítima, y no era esa pobre muchacha que solo deseaba ser artista.

Catalina sonrió a la baronesa y dijo:

—Me acabo de comprometer con el señor Croft, milady. Dado que hemos ofendido la honra de este centenario castillo, nos retiramos ahora. Dígale de mi parte a la señorita Georgiana que sea valiente...

Hizo una digna reverencia y se llevó a Alec de la mano.

El silencio se cernió entre el barón y su esposa. Ella no se atrevía a cuestionar la severa decisión de su marido, era excesiva e injusta. Él podía tener muchos defectos, pero no solía actuar de esa manera.

—¡Já! —El desparpajo de Lauder les hizo dar un respingo—. Ya sabía que Croft iba a salir con algo extraño... Aunque nunca imaginé que sus gustos iban por el servicio del castillo.

John lo atravesó con su mirada y solo dijo:

—Cállate, Lauder.

Mientras tanto, Alec y Catalina atravesaban el Salón del Rey sin soltarse. Él le apretó la mano, dándole a entender que no quería perderla por haber provocado su salida del castillo. Necesitaba confirmar que estaban bien, juntos. Ella lo miró, quiso sonreírle, mas no pudo. En sus ojos se reflejaba la tormenta que estaba a punto de desatarse en esos últimos días de verano. En un susurro jadeante ella le confirmó:

—Todo saldrá bien, cariño. Esto no ha terminado. —E imaginó el altivo rostro de John desfigurándose ante su verdad. Iba a disfrutar cada maldito segundo.

—Lo sé. —Alec asintió, consciente de que ese desvío en sus planes era solo el principio del desastre. La única preocupación que tenía en ese momento era la seguridad de Catalina. Después de la venganza, no podía dimensionar del todo las consecuencias.

Capítulo XIII

Dos horas después, Alec y Catalina entraron en la única posada de Bamburgh. Servían la cena en el comedor. El calor del hogar y el aroma les recordó que ninguno de los dos había comido algo contundente desde hacía horas.

Ambos, sin decir una palabra a nadie —salvo a Louisa, la doncella de Georgiana—, empacaron sus baúles y salieron del castillo en un carruaje facilitado por el barón, la única muestra de amabilidad que les proporcionó después del incidente de la sala de música. Alec le dijo al cochero que los dejara en ese lugar, ya que su intención era marcharse a Londres al día siguiente.

Una flagrante mentira que, ojalá, no fuera descubierta hasta la fiesta en el castillo.

Se acercaron hacia la barra del comedor, lugar donde se encontraba el posadero sirviendo pintas de cerveza. El hombre reconoció a Alec en el acto y sonrió. Después de todo, Bamburgh era un pueblo pequeño y todos se vieron las caras en las actividades de las fiestas del fin del verano.

—Señor Croft, qué placer verlo... —Su mirada se desvió hacia Catalina y tardó un momento en recordar quién era y repuso—: ¿Usted no era la institutriz de la señorita Adams?

Catalina asintió y respondió:

—Usted lo ha dicho, era.

—Vaya, pensé que iba a durar más... Esa muchacha es incorregible.

Catalina se apresuró a aclarar:

—No fue a causa de mi alumna, si es lo que piensa. No puedo decir más que alabanzas sobre ella, una muchacha inteligente y talentosa. Me hubiera encantado verla llegar a ser una gran dama. —Esas mismas declaraciones plasmó en la carta que le dejó. Estaba segura de que la doncella cumpliría su palabra. No le contó la verdad, pero intentó prevenirla. Esperaba que la muchacha no la odiara después de su próxima revelación.

La estupefacción del posadero fue más que evidente. Se quedó mirando a Catalina sin poder creer lo que escuchó.

Parpadeó cuando Alec lo llamó:

—Señor Collins, necesitamos dos habitaciones. Las mejores que tenga disponible. —Catalina frunció el ceño ante esa petición. Imaginó que pediría solo una para los dos. Se reprendió por pensar de esa manera. A fin de cuentas, Alec era un caballero... o un hombre muy astuto.

—Oh, sí, por supuesto, señor Croft... —Se inclinó hacia él. Alec esbozó una sonrisa malévola en su fuero interno. Sabía que, tarde o temprano, el señor Collins querría más información para desperdigar—. Si no es mucha la indiscreción... ¿Por qué se va antes de la fiesta en el castillo? Hasta donde sé, no se ha suspendido, sino lo contrario, todo el pueblo asistirá.

Alec sabía que le preguntarían. En el trayecto acordó con Catalina qué debían decir para ganar cierto tipo de ventaja, y respondió:

—El barón ha despedido a la señorita Expósito, porque me he comprometido con ella. —El posadero se llevó la mano a la boca, impactado. Alec se encogió de hombros—. Según él, somos unos indecentes que ya no tienen derecho a permanecer en el castillo.

—Válgame el cielo... Me parece que ha sido demasiado duro... O sea, es evidente que la señorita en algún momento iba a dejar de trabajar para dedicarse a su matrimonio, pero de ahí a

tratarlos de indecentes... ¿No los sorprendió en alguna situación comprometedora?

—Si un abrazo es comprometedor, somos culpables. Justo le había puesto el anillo a mi amada señorita Expósito.

El posadero chasqueó su lengua y negó con su cabeza:

—Y yo que consideraba al barón como un hombre más justo. Me sorprende que haya reaccionado de esa manera.

—Sí, yo también pensé lo mismo. En fin... Estaremos un par de días en lo que preparamos nuestro regreso a Londres. Todavía tengo algunos asuntos pendientes... ¿Le puedo pedir un favor?

—Con todo gusto.

—Sea discreto, no quiero que el barón se entere de que aún estamos en el pueblo. —Alec dejó sobre la barra diez monedas—. Sé que es inevitable hasta cierto punto, todos saben quiénes somos, pero ya no quiero tener problemas con ese señor. No me sorprendería que viniera a hacer un escándalo a su establecimiento... Y como usted comprenderá, quiero salvaguardar la reputación de mi prometida, por eso estoy pidiéndole dos habitaciones.

El posadero tomó las monedas y asintió.

—Por supuesto, señor Croft. Pierda cuidado... Del pueblo no saldrá el rumor, yo me encargaré. —Le sonrió y se irguió—. Supongo que no han cenado.

—Supone bien.

—Siéntanse como en casa. —Le entregó dos juegos de llaves—. Mi hijo irá por su equipaje y lo llevará a sus habitaciones. La cena corre por mi cuenta.

—Oh, no se tome la molestia.

—Insisto, señor Croft. Celebren como corresponde su compromiso.

—Muchas gracias. Al fin alguien que se alegra por nosotros.

Al rato, Alec y Catalina cenaban en medio del comedor de la posada. A pesar de todo lo sucedido y las miradas furtivas de los comensales que los rodeaban, no dejaban de sonreírse, de admirarse, o de prodigarse caricias. No tenían nada que esconder, no le temían al qué dirán, y aquello ninguno de los dos lo había vivido antes.

Era la primera vez que podían demostrar lo que sentían ante el mundo.

Y era maravilloso.

El aire entre ellos se respiraba de otra forma, más liviano, más revitalizante, como si se hubiese deshecho de un peso, de una carga no pedida.

Por esa noche, decidieron que no habría nada más que ellos. Su único deseo era compartir, recuperar el tiempo mientras vivieron sus vidas por separado, ignorando la existencia del otro.

Comieron, bebieron. No solo nutrieron sus cuerpos, sino también sus corazones.

Ya terminaban el postre, Alec se quedó mirando la ropa de Catalina. Se preguntó si todos sus vestidos eran iguales o si solo tenía un par. Desde el día en que la conoció, le había visto dos diseños casi idénticos, los diferenciaba por la intensidad del color. Se preguntó si la vería toda la vida de negro, si todavía lloraba a sus muertos.

Con ese pensamiento en mente, preguntó:

—Catalina... ¿Solo tienes vestidos de luto? —Ella asintió, tenía tres—. ¿Has pensado en dejarlo?

Catalina jugó con su anillo de compromiso, le gustaba que una de las flores quedara justo en el medio de su dedo. Suspiró y respondió:

—Hasta hace unos días, siempre pensé que moriría vestida de luto. —Miró a Alec con sus

ojos brillantes de lágrimas que contenía—. Pero me gustaría cambiar eso... Ya ha sido suficiente tiempo llorando a mi familia.

Alec se sintió orgulloso de ella, no era un mero cambio de color, era un cambio en sus sentimientos, en su visión de la vida y de sí misma. Animado, quiso saber más de ella:

—¿Qué color te gusta más?

—El rojo, el azul, el amarillo... también el verde... No me decido, me gustan todos los colores. Cuando iba a las ramadas en mi ciudad, siempre veía a las grandes señoras y señoritas vestidas con colores vistosos y elegantes, y soñaba con tener algo así... —Recordó sus faldas marrones y blusas—. La mayor parte del tiempo andaba descalza para no arruinar mi único par de zapatos. Los usaba los domingos para ir a la iglesia y cuando hacía frío.

Catalina tensó una sonrisa que bailaba entre la tristeza y la nostalgia. A Alec se le encogió el corazón al imaginarla, diez o veinte años más joven, pobre, mirando con ilusión a las que tenían más que ella, con la certeza de que, si su padre hubiera vuelto, no estaría viviendo en la miseria. La envidia que debía sentir Catalina no era por simple frivolidad, venía con una carga de resentimiento por lo perdido.

Le besó la mano y repuso:

—Eso es algo que vamos a enmendar. Hoy salí temprano y bajé al pueblo. En el taller de la modista vi varios vestidos y pensé en ti, en lo hermosa que te verías vistiendo con colores vivos.

—Sí, cuando todo esto acabe... —No quiso seguir hablando de ello, no deseaba dedicarle más pensamientos de lo necesario en ese momento. Quería alejar esas sombras que parecían no disiparse, y repuso—: También me tendré que comprar zapatos. Cuando los Hawick visitaban Londres, me permitían salir un día al mes y me la pasaba en Bond Street... Era maravilloso ver esos escaparates llenos de zapatos hermosos y vestidos de ensueño... Una institutriz no puede permitírselos ni es apropiado usarlos, pero era una linda fantasía imaginarme bailando y escuchando música. Como si fuera un cuento de hadas.

—¿Y en tu cuento de hadas hay un príncipe?

Catalina negó con su cabeza y repuso:

—La verdad nunca me permití imaginar un príncipe en mi cuento de hadas. —Sonrió con picardía—. Pero estos últimos días... he imaginado a un ángel caído con expresión draconiana. Eso supera a cualquier miembro de la realeza y a cualquier fantasía.

La sonrisa de suficiencia de Alec enamoró un poco más a Catalina.

—Me gusta cómo cambió tu cuento de hadas... —Carraspeó. Consideró que era un buen momento, de su bolsillo sacó un saquito de terciopelo y se lo entregó a Catalina—. Un regalo... para tu cadena.

Por medio segundo, Catalina pensó en decir: «No debiste», pero se arrepintió enseguida. Alec siempre buscaba darle lo que ella necesitaba, y debía admitir que extrañaba su anillo y que, de haber podido, ya habría encontrado un reemplazo. Sonrió y le besó la mejilla.

—Eres el mejor, mi amado ángel. Muchas gracias. —Abrió el saquito y de él sacó un colgante de granate con forma de gota, engastado en plata. Ella, como buena institutriz de damas casaderas, conocía el significado de aquella piedra de vivaz color rojo: amor, pasión, fidelidad y lealtad. Ese era el mensaje de Alec, una solemne promesa de compromiso, un pacto que duraría toda la vida, el cual era recíproco. Admiró la joya con una expresión ensoñadora, sus latidos se aceleraron y no podía dejar de sonreír, de sentirse plena. Fue consciente de estar viviendo otro momento de felicidad—. Es precioso, ¿me ayudas?

Catalina le dio el colgante y se giró. Alec soltó su cadennilla, para luego poner la joya en

ella. Se la colocó desperdigando roces en su piel y, en el proceso, susurró a su oído:

—Nunca olvides que siempre pondré el mundo a tus pies, Catalina. —Cerró el broche de la cadencia y ella posó su mano sobre su nuevo talismán. Sintió un beso fugaz en su cuello que le erizó la piel.

Catalina se giró de nuevo y mirando a los ojos castaños de Alec replicó:

—Solo me basta con tu corazón.

—Ese ya lo tienes desde... No sé en qué punto me enamoré... Y no dimensioné la profundidad, hasta que me di cuenta de que no me importaba que fueras una asesina en potencia. —Catalina se tapó la cara—. Tus motivos eran poderosos, lo son de hecho, pero no valía un sacrificio tan inmenso... por parte de ambos... Mírame... —Ella se mostró otra vez, su rostro estaba ardiendo—. No te avergüences, cada una de tus acciones te han traído a mí, y te han dado la sabiduría de saber hasta dónde puedes llevar tu promesa sin arruinar tu vida.

Catalina acarició la mejilla de Alec. Él cerró los ojos disfrutando del contacto por largos segundos. Movié su cara lo suficiente para que la palma femenina quedara sobre sus labios, y la besó con reverencia.

Abrió sus ojos y se encontró con los de Catalina. Había un brillo especial que jamás vio hasta ese momento. Algo dentro de él estalló y se propagó en todo su ser. Ella era la mujer de su vida, lo supo con la misma certeza de saber que respiraba. Ahora entendía por qué los compromisos no duraban nada en su familia; no tenía que convencerse de que amaba y admiraba a esa mujer, porque ya lo hacía. Necesitaba empezar el resto de sus días a su lado, porque...

—Te amo. —Por segunda vez en su vida lo decía, pero esta vez tenía la seguridad de ser correspondido, de que ella también se arriesgaría a vivir el resto de sus días junto a él.

Por segunda vez en la vida de Catalina escuchó esa declaración. Sin embargo, esta vez, tenía la seguridad de que eran dichas con el corazón y la razón, destilando verdad y un compromiso real. Y no temió decir:

—Y yo también te amo... *Te amo con todo mi corazón.*

Alec no dudó que en español el amor sonaba mejor. Se le calentó el alma escuchar esas palabras con la voz de Catalina. Si bien sabía... sentía que era amado, una parte de él necesitaba escucharla.

Agradeció no tener que pedirlo, no iba a resistir otra vez escuchar un «No puedo decirlo».

Alec se levantó y le ofreció la mano, ella la tomó sin dejar de mirarlo a los ojos. Entre ellos flotaba una implícita invitación. El mundo había desaparecido hacía mucho rato, en ese lugar no eran más que ellos. No les importó las miradas de los comensales y los susurros a sus espaldas. No se dieron cuenta de que, ya contaban con la simpatía de todo Bamburgh. La historia de una pareja enamorada y que era expulsada siempre era disfrutada en el imaginario colectivo.

El ascenso a la segunda planta los llenó de ansias y de una natural incertidumbre. ¿Qué vendría a continuación? ¿Quién se atrevería a decir lo que se deseaba?

Llegaron al rellano y Alec constató que sus habitaciones eran las más alejadas y contiguas. Sacó las llaves de su bolsillo y, conteniendo la respiración, abrió la puerta. Lo primero que vio fue una vela encendida y el equipaje de Catalina. Al exhalar y volver a inhalar sintió que el aire se tornó más denso. Anhelaba hacerle el amor a esa mujer que ya era suya, pero no quería presionarla, deseaba su voluntad, su anhelo.

Y mientras Alec se debatía, Catalina dudaba en entrar enseguida y solo decir un inocente «Buenas noches». Inspiró hondo. No, no quería estar sola nunca más, no quería más noches frías e inhóspitas. De pronto, sintió la primigenia urgencia de volver a amar con el cuerpo y el alma.

Permitirse ser tan solo una mujer que ama a un hombre. Lo miró a los ojos y buscó entrelazar sus dedos con los de él. Cuando sintió el calor de su leve roce, susurró:

—Quédate conmigo, Alec. Quédate conmigo para siempre.

Él, sin dejar de mirarla a los ojos, prometió:

—Hasta que dé mi última exhalación.

Ella tiró de su mano con gentileza, y él se dejó conducir hacia el interior de la habitación.

Para Catalina era la segunda vez que se entregaba, pero esta vez no era un acto de presión hacia su amante, sino para saciar esa urgencia de materializar, de alguna forma, esa emoción que la desbordaba y que creyó que nunca volvería a sentir.

En cambio, para Alec, pese a tener un prontuario mucho más nutrido que le daba seguridad, se sentía honrado y humilde ante la entrega de su prometida, porque sabía que era difícil para ella confiar, y él atesoraba ese regalo. Todo su ser temblaba y su temperatura se elevó a la par de sus pulsaciones. Quería hacerlo bien, quería que Catalina disfrutara tanto como él iba a disfrutar de ella.

Alec cerró la puerta tras de sí. Catalina se giró, lo miraba fijo, su pecho subía y bajaba a un compás acelerado. Él se acercó y, gentil, alzó la altiva barbilla de su prometida.

—¿Estás segura? —Catalina asintió con un leve movimiento de cabeza—. Dilo.

—Estoy segura, quiero hacerlo.

—Y yo haré que jamás te arrepientas... Cierra tus ojos.

Catalina obedeció. Alec se situó detrás de ella, dejando una caricia desde la barbilla, pasando por la curva delicada de la femenina mandíbula hasta llegar a la nuca. Quitó las horquillas, una a una, desarmando ese peinado que apenas podía domar ese cabello tan salvaje oscuro y rizado. Alec se perdió entre esas sedosas hebras de ébano, enterró sus manos en ellas, arrancando suspiros de alivio en su prometida.

Besó su cuello y apegó su cuerpo a cada curva. Catalina le dio más acceso a su piel, soltando un leve gemido. Una mano viajó directo al monte de Venus, la otra apresó un pecho y jugueteó con él sobre la ropa...

Alec constató que no había un odioso corsé. Bendita fuera su mujer. Apretó un poco más fuerte.

Catalina sintió cómo se incrustaba la erección de Alec en su trasero y se contoneó para acariciarlo. Él soltó un jadeo grave que reverberó, sensual, en sus oídos.

Percibió que el calor abandonaba su espalda. No alcanzó a preguntarse dónde estaba Alec, pronto sintió su presencia frente a ella.

Los botones de su corpiño se fueron abriendo, Alec dejaba tenues caricias a medida que lo abría. En cuestión de segundos, la lúgubre prenda yacía en el suelo. Luego le siguió la falda, las enaguas y quedó con un delgado y viejo camisón de algodón. La piel se le erizó cuando Alec susurró sobre esa sensible curva, en la que el cuello se unía al hombro:

—Tanta, tanta ropa, mujer. No tienes piedad de tu hombre. —Se agachó para quitar las medias. Acarició las pantorrillas hasta llegar a la corva, mas una de sus manos siguió ascendiendo por debajo del camisón.

Catalina se aferró a los hombros de Alec para mantener el equilibrio. No quiso abrir los ojos, no quiso romper ese voluptuoso hechizo. Un fugaz roce en su feminidad le hizo lanzar un lastimero jadeo y juntó sus muslos.

La malévola risita de Alec encendió más ese palpitar entre sus piernas.

—Estás muy sensible... Me encanta.

Quitó al fin las medias, luego los calzones y, en su ascenso, fue alzando el camisón para dejarla desnuda frente a él.

Una menuda Eva a la que adoraría.

—Abre los ojos... Mírame.

Catalina acató la dulce orden. Se encontró con la oscura y severa mirada de Alec. A la dorada luz de la vela, que dejaba la habitación a media penumbra, el recio semblante plagado de claroscuros parecía feroz y hambriento.

La quería devorar y ella ansiaba ser su presa. Se lamió los labios, sentía la boca seca.

Alec no prolongó más esa tortuosa espera. La asió de las nalgas y saqueó su boca. Catalina respondió con brío enredando su lengua a la de él. Aquel incendiario intercambio espoleaba el deseo en ella por sentir en toda su piel la aspereza de la ropa de Alec. Buscó más contacto, se restregaba contra él. En sus pechos y en su vientre se sentía como una brusca caricia que laceraba y encendía su interior. Sus pezones se endurecieron hasta convertirse en carnosos guijarros, y sus caderas se contonearon buscando ese promontorio duro y caliente. Necesitaba hallar un alivio a ese furioso palpar que convergía en un punto que solo deseaba ser estimulado.

Fue demasiado para él. Catalina era una mujer guiada por el más puro y carnal instinto.

Cortó el beso con un punto de erótica violencia. Alec comenzó a quitarse la ropa como si quemara. En cuestión de segundos el pañuelo, la levita y el chaleco acompañaban las prendas de Catalina en el suelo. Entretanto, ella le ayudó a desabotonar los pantalones y, sin piedad, indagó en el interior y empuñó esa rampante y rígida longitud.

Acarició de arriba abajo. Seda y acero.

—Jesús, mujer... —Lanzó un siseo largo. Se quedó quieto para disfrutar del toque de esa pecaminosa caricia. Una singular mezcla de experiencia e inocencia había en esos movimientos, y él la guio encerrando su mano sobre la de ella—. Aprieta un poco más...

Siseó de nuevo cuando sintió la exquisita presión. La besó profundo, obnubilado por ser adorado por Catalina. Sus caderas empujaron, imponiendo un ritmo constante a esas febriles estocadas que lo acercaban al éxtasis a una velocidad alarmante.

Detuvo el deleite inmovilizando la muñeca de Catalina. Sobre sus labios, agitado, ordenó:

—Ve a la cama y ábreme bien esas piernas. —La besó, bebió su aliento y la dejó ir.

Catalina tragó saliva, estaba a punto de suceder otra vez. Se sentía más nerviosa que esa noche lejana de hacía catorce años. Alejó de su mente ese recuerdo.

Con su corazón latiendo a toda velocidad, se acostó sobre la cama e, ignorando su pudor, se abrió para Alec. Esperando su inminente invasión, observaba cómo se quitaba lo que quedaba de ropa.

El cuerpo de Alec era la definición de virilidad y vigor. Sus hombros anchos eran los vértices de ese triángulo invertido perfecto que terminaban en una cintura estrecha. De pronto, a Catalina le pareció que desnudo se veía más feroz, como si la ropa confinara su verdadera naturaleza; recia, robusta y salvaje.

Entreabrió la boca al bajar más la vista y ver aquel miembro que se alzaba, soberbio, y la señalaba como su siguiente presa. Y, por Dios, quería caer rendida en esa trampa de músculos y piel tersa y caliente.

Alec se acercó a la cama. Con el índice acarició una de sus rodillas y descendió por el muslo hasta llegar a su centro. Indagó entre sus pliegues húmedos e hinchados. Ella no pudo más que gemir y alzar sus caderas, rogando por más contacto.

Alec se chupó el dedo mirándola a los ojos. Catalina no podía creer lo que él hacía... La

había probado como si fuera...

—Eres mejor que el *manjar*.

De rodillas se situó entre sus piernas. Catalina cerró sus ojos, esperando la penetración.

Un ramalazo de intenso calor sacudió su interior. Ella abrió sus ojos y solo pudo ver la cabellera de Alec. Santo cielo, él estaba devorando su intimidad. No sabía si eso era normal o no, lo único que sabía era que jamás se había sentido de esa forma. Era el alimento de ese hombre que parecía haber estado muerto de hambre.

Y le encantaba que él se saciara con ella.

Lamidas, succiones, mordidas gentiles... Humedad. Un dedo se deslizó en su apretado interior, al tiempo que ella jadeaba ante esa invasión.

Ese pecaminoso dedo entraba y salía de Catalina con firme languidez, mientras que la páfida boca le hacía perder la razón.

Dentro de Catalina se alzó una abrumadora necesidad. Alcanzar algo inexplicable que emergía desde el mismo centro de su ser. Con cada lamida, con cada sensual acometida, ella intentaba aferrarse a esa aguda sensación que la conducía a un deleite que no sabía que podía experimentar. La única certeza que tenía era que deseaba más. Mucho más.

Sus caderas cobraron vida demandando lo que su deseo ordenaba. Alec siguió ese ritmo primordial y exigente, dándole a su amante lo que necesitaba.

Catalina jadeaba aferrándose a la manta hasta que sus nudillos palidecieron. Alec abandonó su centro, mas al volver a penetrar, ella sintió que se estiraba y amoldaba a él, ajustándose a esa nueva sensación, ese era el impulso que necesitaba.

Se dejó llevar por esa erótica cabalgada. Apretaba su interior, consciente de los dedos de Alec y su pecaminosa boca. Sus manos viajaron a esos cabellos castaños y los acarició.

Más rápido y más duro se movió...

Apretó una vez más y ese chispazo de gozo en su interior se propagó. Y ella no se detuvo...

Y de pronto, lo alcanzó.

Su voz prístina y colmada de placer llamó a Alec una y otra vez. Con cada oleada de deleite, su amante le ayudaba a ascender un peldaño más en esa voluptuosa cumbre.

Arqueó su espalda, tensa, y se quedó ahí intentando apresar un poco más de esa intensa y solaz sensación que, tal como llegó, se fue esfumando, dejándola desmadejada y resollando, como si hubiera escalado una montaña.

Una sonrisa satisfecha adornó su rostro sudoroso y azorado.

En medio de esa bruma, se alzó Alec limpiándose la boca con su antebrazo, como un bárbaro que acababa de comerse un banquete. La contempló con una mezcla de satisfacción, anhelo y arrogancia.

—Te he sentido. No puedes negar que eso fue placentero.

Entre resuellos, Catalina confesó:

—No sabía que se podía sentir así.

Una media sonrisa de suficiencia masculina adornó el rostro de Alec y dijo:

—Entonces, digas lo que digas, puedo decir que soy tu primer hombre. El otro idiota solo fue un payaso intentando ser uno.

Catalina rio flojo. Sí, estaba de acuerdo. Ambas experiencias resultaban ser opuestas. Alec le hacía sentir hermosa, pura... como si fuera la única mujer de la Tierra. Nada entre ellos parecía ser pecado.

—Eres el primero y, espero, el último.

Alec le guiñó y repuso:

—Bien dicho... Y ahora es mi turno... Te advierto que llevo demasiado tiempo sin tocar a nadie, por lo que seré un amante patético. Pero puedo prometer que esta no será la última vez que te posea esta noche.

—Me gusta la idea... Tómame y haz lo que quieras.

Alec no perdió más tiempo, guió su tensa y ansiosa erección a la entrada de Catalina. Poco a poco se abrió paso en esa carne febril que, pese al éxtasis, presentaba una leve resistencia a la dulce penetración. La sentía apretada, en todas partes, ciñéndose a él. Resollaba intentando contenerse, tan solo sumergirse en ella lo estaba dejando a punto de estallar. Catalina se estaba llevando su última gota de autocontrol, el mismo que se fue diluyendo mientras la veneraba con la boca.

Catalina sentía cómo Alec poseía cada milímetro de su intimidad, de cómo su cuerpo se resistía. El tiempo no pasaba en vano y se sentía casi como una virgen, mas sin dolor, sin miedo, sin presión.

Y sin más ya estaba hecho. Catalina pudo relajarse del todo. Alec se quedó quieto, acostumbrándose a ese acuoso calor. Casi había olvidado cómo se sentía esa sensual bienvenida. Su mujer estaba lejos de ser una experta en esas lides, pero su potencial era ilimitado.

Estaba seguro de que al amanecer recuperaría el tiempo perdido.

Sin dejar de mirarla a los ojos, preguntó:

—¿Estás lista?

—Como nunca.

Alec se mordió el labio inferior. Se cernió sobre ella, abriéndola más en el proceso. Una mano se aferró a una nalga y la otra se ancló a la nuca.

Y, poco a poco, Alec dejó de ser un hombre civilizado.

Sus acometidas fueron firmes, constantes, rítmicas. La cama comenzó a quejarse al igual que esos amantes que jadeaban y gemían al compás de ese atávico intercambio.

El deseo de Catalina se fue avivando con cada embestida, e iba a su encuentro con el mismo furor, encendiendo nuevamente ese fuego que lamía su piel, y que se introducía en su interior junto con Alec.

No tardó en exigir, y Alec se lo dio todo. El ritmo se tornó desenfrenado y bestial, preñado de vigor y sudor.

Fue un ascenso rápido y sin pausa a la cumbre. Alec resistió lo que más pudo, pero la voz de Catalina llamándolo fue su perdición. El ardiente interior temblaba y lo empapaba. Las oleadas de calor fueron demasiados para él y se dejó llevar, acompañándola en ese gozo compartido.

Se drenó como nunca en su vida, en cada estocada final dio más de su semilla que parecía no acabar.

Y cuando ya no pudo más, cuando el placer fue más que su alma, rugió el nombre de Catalina, derrumbándose sobre ella, quien lo recibió entre sus brazos, dichosa.

Un pacto entre ellos se había sellado. No importaba si les deparaba el cielo o el infierno, porque ni Dios ni el Diablo los iba a separar.

Sin embargo, cuando se empezó a disipar esa bruma sexual, en sus conciencias se asomó la certeza de que pronto esa burbuja estallaría.

Se besaron, estaban juntos, eran uno. Aprovecharían lo que les quedaba de paz para

llenarse de valor y determinación antes de meterse de lleno en la tormenta.

Capítulo XIV

La fiesta del fin del verano era el evento del año en Bamburgh, la gran culminación de las actividades en las que todos, sin distinción, compartían y gozaban como si no existieran las clases sociales.

El resto del año, el pueblo no se diferenciaba de Londres, donde ricos y pobres, aristócratas y plebeyos, empresarios y obreros no cruzaban más de lo necesario esas líneas imaginarias que los separaban.

Ese verano en particular, el tiempo, más que inestable, anticipaba un otoño e invierno inclementes, y muestra de ello era el cielo que volvía a cubrirse de nubes oscuras después de un par de días soleados, y amenazaba con una nueva tormenta.

A John no le preocupaba la lluvia, sabía que todo el pueblo asistiría. Esa fiesta, como cada año, sería un éxito.

Lo fue confirmando con el pasar de los minutos, la galería y el Salón del Rey se fueron llenando paulatinamente con la gente del pueblo que vestía sus mejores atuendos para la ocasión. Una variopinta congregación de vecinos que ansiaba una noche de diversión, comida y risas.

No obstante, percibía en el caldeado ambiente algo extraño. Una inexplicable inquietud que se colaba en el compás de las alegres piezas musicales que interpretaba la orquesta. Buscó entre la multitud a su esposa, la halló al lado de Lauder, bebía una copa de vino y reía, quizás celebraba algún comentario que le hizo la esposa del dueño de la posada.

No fue necesario buscar a Georgiana, su hija estaba en el mismo lugar desde hacía hora y media, sentada en un rincón con un vaso de limonada que apenas probaba. Su expresión de hastío indicaba que deseaba estar en cualquier parte, menos ahí. Se vio tentado de enviarla a su habitación, pero ella debía aprender a tolerar ese tipo de festividades.

Esperaba que su futuro hijo fuera varón, así no tendría más preocupaciones.

Volvió su atención a sir Dorian, un baronet que vivía al otro lado del pueblo. John apenas logró retomar la conversación cuando su invitado le comentó con cierta malicia:

—Por lo que veo, los rumores son ciertos, milord.

—¿Qué rumores?

Sir Dorian arqueó una ceja y repuso, inquisitivo:

—No he visto a la señorita Expósito, la institutriz de su hija... En el pueblo todo el mundo lo comenta. ¿Es cierto que la despidió porque se comprometió?

Por dos eternos segundos John boqueó sin encontrar una respuesta razonable. Todo el mundo lo cuestionaba y él apenas soportaba aquel escrutinio. El día anterior su hija ya se había enterado del asunto antes del desayuno, y cuando se sentó a la mesa, cada vez que lo miraba, lo hacía con odio. Estuvo tentado de abofetearla para que dejara de cuestionarlo sin palabras.

Prefería soportar el mudo desdén de Georgiana, en vez de respirar el mismo aire que Lavinia Expósito, y solo por eso se limitó a echar a su hija del comedor. Alzó su mentón y respondió, altivo:

—Exactamente, aquí no se tolera ninguna clase de indecencia.

Sir Dorian frunció su ceño, y una sonrisa de medio lado se asomó cuando dijo:

—¿Y desde cuándo un compromiso es indecente?

—¿Y cómo calificaría una relación secreta entre mi empleada y uno de mis invitados?

—Si no hubiera terminado en compromiso, obviamente la calificaría de ese modo...

Indecente sería que Croft hubiera desaparecido después de preñar a la señorita Expósito. Pero es casi un cuento de hadas, ¿no cree? Una institutriz comprometiéndose con el hermano de un conde y dueño de su propia fortuna.

—Bueno, ya lo hice. Tendré que buscar otra institutriz, quizás una que tenga mucha más experiencia, y que no caiga en estúpidas ilusiones románticas.

—Una vieja para no tentar a tus invitados.

Bamburgh solo resopló. Miró la hora de su reloj. Era el momento justo para dar su discurso anual.

—Si me disculpa sir Dorian... Tengo que ir a buscar a mi esposa y a mi hija.

—Por supuesto.

En primer lugar, enfiló sus pasos hacia Georgiana. A medida que avanzaba, John saludaba a los invitados que lo miraban de un modo que le molestaba. Se convenció de que su hija estaba dando un espectáculo al estar en un rincón evidenciando su mal humor.

Al llegar frente a ella, ordenó:

—Ponte de pie, haré mi discurso y tú tendrás que estar a mi lado, recuerda que aún eres mi heredera.

Georgiana levantó su mirada, desafiante. Inspiró y acató la orden. Sin esperar a su padre, se dirigió al sector contiguo de la orquesta en el Salón del Rey.

Bamburgh negó con su cabeza, al menos la mocosa obedeció en el acto, sin llamar la atención.

El barón avanzó eludiendo a los invitados hasta llegar a su esposa, le ofreció el brazo y ella lo tomó. Entre ellos no era necesario hablar, lady Bamburgh conocía la rutina de la fiesta del fin del verano.

Del brazo avanzaron hasta donde Georgiana se había adelantado, a su paso dejaban una estela de miradas y susurros. La baronesa tensó una sonrisa y con disimulo susurró:

—Todo el mundo me ha estado preguntando por la institutriz, esposo. No hablan de otra cosa. Debió despedirla después de la fiesta.

—Da igual, susurran por la novedad del escándalo. No te preocupes, en un par de días lo olvidarán.

—Ha sido muy desagradable. No sé si pueda soportarlo toda la noche... y en un rato más servirán el *manjar*. Lauder ya está hablando del postre, y que lo hizo esa mujer, ha sido un incordio.

—Como siempre, lo soportarás... Ya hablaré con Lauder.

Llegaron al costado de la orquesta, la que justo en ese momento terminaba una pieza de polka.

El silencio fue devorando las conversaciones y susurros y, tras un instante, solo se escuchaba la lluvia que caía suave, uno que otro carraspeo o el crujir de la madera ante inesperados pasos.

Bamburgh tensó una sonrisa ante todas esas miradas que se clavaban en él. Jamás, en todos sus años como barón, se había sentido tan observado como en ese momento.

Un súbito calor lo invadió y sintió correr una gota de sudor en su sien. Estaba demasiado cerca de un candelabro, se alejó un par de pasos.

Carraspeó antes de decir en voz alta:

—Buenas noches... —Un trueno estremeció las paredes del castillo, y un jadeo colectivo no se hizo esperar. John trató de ampliar más su sonrisa, pero solo consiguió una mueca

torcida—. Vaya, parece que el buen Dios no me quiere dejar darles la bienvenida. —Unas tibias risas. Tal como emergieron, desaparecieron—. Bien... buenas noches a cada uno de ustedes. Como todos los años, la baronía de Bamburgh organiza esta fiesta en honor a este hermoso pueblo que me ha visto nacer, y que siempre ha sido el hogar de mi linaje. Durante los últimos cien años, los barones abren las puertas del castillo para agasajar a quienes le dan vida al pueblo...

Un relámpago penetró en las ventanas del castillo. John vio una silueta femenina de cabellos rizados que se recortó con la súbita luz.

«Mariana», pensó y se secó el sudor de la frente.

Ni un segundo pasó y otro trueno se inmoló contra la tierra y la hizo temblar.

El murmullo de las voces de los invitados se elevó en el alto techo del castillo, y se fue transformando en una sorprendida cacofonía.

A sus oídos llegó la confundida voz de su esposa que preguntaba:

—¿Qué sucede, esposo?... Pero ¿qué...?

De soslayo, John notó que la baronesa miraba hacia su derecha, y sus ojos se desviaron en esa dirección.

La multitud se abría como el Mar Rojo para dar paso a alguien. Una ominosa sensación lo sacudió de pies a cabeza.

—¿Qué demonios... —jadeó John al ver a Alec Croft llevando del brazo a la señorita Expósito. La infame mujer iba vestida de un pertinaz color rojo... casi parecía una mujerzuela.

La ira se apoderó del barón y dando briosas zancadas fue al encuentro de la pareja, la que sonreía con arrogancia e incluso tenían el descaro de saludar a algunos invitados.

Al llegar a ellos, miró fijo a la mujer. No se abstuvo de controlar su furia al interpelar:

—¿¡Quién diablos te crees que eres!?

Catalina alzó su barbilla, puso sus manos en jarra y respondió en el mismo tono:

—Me parece que sabe a la perfección quién me creo. ¡Mírame bien, John! ¿De verdad no me reconoces? —Todo el mundo jadeó ante la impertinencia. Ella avanzó un paso hacia él y declaró—: Soy Catalina del Carmen Adams Riquelme, hija de Mariana, hermana de Luis, sobrina de Mauricio, nieta de Fernando, a los que tu abandono condenó a la humillación, a la pobreza y a la muerte... Yo soy tu hija.

La ira de John se disipó, a tal punto que su sangre dejó de fluir. Los latidos de su corazón de detuvieron de golpe. Su mente se resistía a creer que esa mujer, esa intrusa que lo miraba con desdén, era su bebita. Se atrevió a volver al pasado, y sus recuerdos se colaron vívidos en su mente, su felicidad con Mariana, la familia que estaban formando. Un súbito mareo le hizo perder el equilibrio mientras la voz de Mariana, fundida en la de Catalina continuaba:

—Soy la única sobreviviente de la familia que abandonaste... He venido a reclamar mi lugar como tu única heredera. —John negaba con su cabeza, su boca no podía cerrarse, los recuerdos se abalanzaban sobre él sin compasión—. ¡Damas y caballeros! ¡Debo informarles que nuestro querido lord Bamburgh es bígamo! Se casó con mi madre hace treinta y cuatro años, y ella falleció hace trece...

Alec le entregó a Catalina sus preciados documentos, los cuales ella blandió frente al barón y se los lanzó al pecho. Cayeron al suelo, tal como lo hacían las hojas muertas de un árbol viejo. Los susurros de los invitados eran como el zumbido de miles de abejas dentro de una colmena, una que Catalina había zarandeado con su interrupción para provocar un desastre. Unos hablaban escandalizados, otros con perniciosa curiosidad, pero todos tenían en común la expectación, el

ansia por saber más, por conocer cada detalle de ese gran secreto develado.

La voz de Catalina se abrió paso en medio de esas murmuraciones, las que se fueron silenciando lo suficiente para seguir con su ansiada revancha. Con la imagen de su abuelo en mente, continuó sin piedad:

—Y si usted no me cree, ahí están los papeles que avalan mis palabras... Vaya a la embajada, le dirán lo mismo que a mí. Están todos en regla, milord. —Miró a la baronesa y esbozó una maliciosa sonrisa—. Es libre, milady, puede irse donde quiera ahora que es soltera... Bueno, creo que siempre lo ha sido. Pero véale el lado amable, no tiene que seguir fingiendo embarazos y podrá casarse con su amante... Estoy segura de que lord Lauder la recibirá con los brazos abiertos.

La multitud jadeó ante esa nueva revelación. Todas las miradas se dirigieron a la baronesa que intentaba permanecer impertérrita, pero no había temple que resistiera. Sus labios temblaron por un segundo antes de que ella pudiera recobrar la compostura. No obstante, sus azules ojos la traicionaron al mirar a Lauder quien se alejaba de ella, en cobarde retirada como si quisiera fundirse en las sombras. No había escape alguno para él, cientos de ojos lo miraban.

Entretanto, el barón apenas podía digerir aquella revelación; sin embargo, la traición de su esposa no tenía cabida en ese estupor, porque otra mujer ocupaba todos sus pensamientos. No dejaba de estudiar las facciones de Catalina, no le perdía pisada a Mariana.

—No me mires de esa forma, John, no soy más que el pasado que te alcanzó, cobarde... —Ni tampoco la voz.

Cobarde... Esa palabra hizo que Bamburgh reaccionara... Con esfuerzo podía poner en orden todo lo que Catalina decía. No sabía qué sentir.

Por un instante creyó morir. Lo único que se le vino a la mente fue su verdad.

—Ustedes estaban todos muertos... me... me...

—Ciertamente, lo están, menos yo, y fue por tu culpa, John. No puedes, ni te atrevas a negar que soy hija de mi madre y, para mi mala suerte, también soy tu sangre. Solo te mentí con respecto a mi edad para que no sospecharas de inmediato... Para ti fue fácil fingir que no te recordaba a mi madre.

John ni siquiera lo dudó. Esa mujer era la hija que Mariana concibió con él. El corazón volvió a latir a un ritmo alarmante, al darse cuenta de que había cometido el error más grande y terrible de su vida... Su voz fue el reflejo de sus pensamientos que fluyeron como una cascada:

—Me dijeron que todos murieron después del Desastre de Rancagua... Los realistas... Le escribí a Mariana cuando llegué a Inglaterra y no hubo respuesta. Insistí, todas las semanas, pasé más de un año enviando cartas sin tener novedades, y mis obligaciones me retuvieron aquí. La única respuesta que me llegó de Chile fue por parte del gobernador Marcó del Pont. Me dijo que todos los patriotas murieron... que toda mi familia murió... —La reprendió con la mirada—. No te atrevas a decir que no he sufrido por ello, casi morí de la tristeza.

Catalina encajó ese trozo de información que faltaba. El día anterior, en el taller de la modista, se enteró el motivo por el cual el barón regresó; sus tres hermanos habían fallecido, todos enfermaron de fiebres y murieron con semanas de diferencia y el viejo barón también estaba enfermo. John se había convertido en dueño y señor del castillo en tan solo unos meses.

Sus fosas nasales se dilataron, su pulso se aceleró y su ceño se frunció. Temblaba de ira y de pesar...

Pero la ira prevaleció.

—¿Y le creíste a un sucio realista? Ese hombre fue el que interceptaba toda la

correspondencia, castigó a los rebeldes sin piedad. ¿Cómo pudiste ser tan ingenuo? En la guerra nadie es honorable. ¡No debiste creer esa mentira, maldita sea!... ¿Y por eso no volviste? —Esa era la única respuesta que ella no sabía que necesitaba escuchar. A esas alturas, su juicio tambaleaba entre perdonarlo o no.

—¿Por qué iba a volver si creía que estaban muertos?! —Exclamó con una horrible sensación de que iba a vomitar al recordar su dolor, los meses encerrado en su habitación. Y resultó que fue en vano, así como toda esa vida vacía y entumida que construyó solo para cumplir con su deber. Por primera vez en treinta años volvió a sentir que las lágrimas caían—. ¡¿Qué ganaba con regresar a Chile?! Se suponía que todos ustedes estaban enterrados en una fosa común, en quién sabe dónde. ¡Ya no tenía corazón para emprender esa terrible tarea!

Catalina resollaba, presa de la indignación mezclada con el desconsuelo. Cómo hubiera deseado escuchar otra versión, una para poder odiarlo más, porque empezó a sentir lástima. Tragó el nudo de su garganta, su rostro se contrajo por el esfuerzo antes de prorrumpir:

—¡Si hubieras ido, nos habrías encontrado vivos, John! ¡Pobres, humillados, pero vivos, maldita sea! ¡Cobarde malnacido! ¡Mi mamá fue violada! ¡Luis murió de hambre! ¡Era tan solo un pequeñito! —Se secó sus lágrimas con furia—. ¡Mauricio, tu gran amigo, se pudrió en una isla! ¡Mi madre murió hace trece años, llamándote, amándote, perro infeliz! ¡Mi abuelo, inválido por las torturas, se fue de este mundo clamando por tu sangre! ¡Ordenó que yo, tu hija, te matara! —Negó con su cabeza y confesó—: Estuve a punto de hacerlo, y resulta que ni siquiera vales la pena, no arruinaré mi vida arrebatándote la tuya, cobarde... Sigue viviendo lo que elegiste. Lo que te mereces...

Catalina desvió su mirada buscando a Georgiana. La encontró con sus ojos desorbitados y enrojecidos, observándola con incredulidad. Esperaba que Louisa, la doncella, no la odiara y cumpliera con su misión de hacerle llegar una segunda carta que le había dejado, una en la cual le pedía perdón y le ofrecía su cariño, auxilio y amistad. Ella tenía claro que estaba destruyendo la realidad de Georgiana, pero conservaba la esperanza de que la joven pudiera ver, entre tanta mentira, que podía contar con ella, que no deseaba dejarla a la deriva en un hogar derrumbado.

Ya no tenía nada más que hacer. Todo estaba hecho.

Y tal como dos días antes, dio media vuelta. Alec la abrazó, la mantuvo firme, y empezaron a caminar entre los invitados que, por mera inercia y estupefacción, le abrieron el paso para que se marcharan. Como por arte de magia, volvieron a escuchar la tormenta que se desataba afuera.

—¿Lo sabías todo, Croft?! —inquirió John. Él no contestó, ¿para qué?—. ¿De verdad cumplirás con tu palabra, te casarás con Catalina?

Alec detuvo sus pasos... Se mantuvo al margen durante todo el intercambio. Dentro de esa trágica historia, entendía las acciones de Bamburgh; a los veintitantos, la ingenuidad y credulidad eran algo normal y esperable para esa edad. Lo que menos se tenía era sentido común y pocas personas cuestionaban la autoridad. Bamburgh fue una víctima de las circunstancias, de su crianza y de su forma de ser.

Bamburgh no era un villano. Tampoco fue un desalmado que olvidó a su familia porque se le dio la gana.

Solo fue un idiota cobarde. Un pobre y triste idiota que condenó a la familia que lo recibió y lo acogió en su seno como uno más.

Por sobre su hombro le contestó:

—Por la prensa se enterará de todo... Le aconsejo que vea a su abogado para poner sus asuntos en regla. Si no lo hace ahora, el día que muera pondrá a sus hijas en un pleito

innecesario.

Se llevó a Catalina, su hermosa y valiente mujer que lloraba y se secaba sus lágrimas en silencio. Alec sabía que, desde ese momento en adelante, él sería su bastión en los momentos de flaqueza, porque quedaban las consecuencias. Esa parte de la historia había terminado, ella caminaba firme con su frente en alto, iniciando otra.

Con cada paso que daba, con cada respiración, Catalina se iba despojando del peso de su pasado, pero se hacía presente un nuevo dolor, una herida abierta y profunda, tan abismal como ese océano que la separó de John toda su vida. Su misión se había cumplido.

No había arrepentimiento. Podía estar en paz con la promesa que hizo y con el costo a pagar. Sin embargo, esa venganza no salió como lo esperaba.

La venganza, a veces, no sabía tan dulce.

Esa, en especial, era la más amarga.

Capítulo XV

Tan pronto como John escuchó las últimas palabras de Alec, la estancia se llenó de voces que penetraron en sus oídos. No quería mirar ni hablar con ninguna persona. Como un último intento de convencerse de que todo había sido su imaginación, miró el suelo, ahí estaban los documentos que avalaban la historia de Catalina.

Los recogió, tuvo el impulso de romperlos, pero justo leyó el registro de defunción de su esposa.

Mariana Luisa Riquelme Arana... Nacida el 19 de abril de 1792... casada. El papel tembló en su mano... Fecha de defunción: 28 de julio de 1831. John apenas pudo leer, las letras se volvieron borrosas en ese papel amarillento. Cada línea calcinaba su conciencia y de las cenizas emergía el remordimiento... Causa: consunción.

Debilitamiento.

Esa terrible palabra que, fría, describía la agonía de su mujer, era la misma que sentía en su alma que parecía demasiado pequeña dentro de su cuerpo, que en cualquier momento se iba a desintegrar y abandonarlo como una cáscara vacía.

Se sintió ahogado, le costaba respirar. En su pecho se alojó un dolor agudo, el corazón ya no podía más, cada acelerado latido parecía que sería el último.

Los invitados, con sus voces acusadoras, llenaron sus oídos hasta llegar al punto que temió que iba a perder la razón. Se aferró a los malditos papeles y, corriendo, huyó en dirección a su despacho personal.

Nadie intentó detenerlo.

Lo último que oyó antes de internarse en el pasillo que lo llevaría a su destino, fue una voz que decía: «Bueno, parece que terminó la fiesta».

Cerró la puerta tras de sí, resollando. La habitación estaba a oscuras y, temeroso de ver más fantasmas, quiso encender la lámpara de su escritorio.

Dejó los papeles sobre la lustrosa superficie. Sus dedos apenas pudieron coger los fósforos. Varias cerillas se consumieron antes de cumplir su función.

Y se hizo la luz. Pero no fue suficiente. La luz amarillenta solo trajo sombras que no brindaban abrigo ni consuelo, sino todo lo contrario, parecía que esos fantasmas que tanto temió cobraban más vida, se movían al vaivén de la llama con escalofriante claridad. Ni siquiera los macizos muebles parecían poder sostener la culpa que sentía, eran el símbolo de lo que le impidió regresar.

En un acto de autoflagelación volvió a leer el registro de Mariana. Tragó saliva y leyó el de Luis, su hijo mayor. Gimió al leer la causa: «Desnutrición». Tenía tres años.

La sonrisa de su esposa, sudorosa y llena de felicidad, apareció en su mente, mostrándole a su hijo recién nacido. Recordó que le prometía a Luis que lo iba a proteger, que era lo más importante de su vida. Luego observaba a Mariana, tan fuerte, tan determinada, con su sonrisa cansada, pero llena de feliz satisfacción. Ella le hacía sentir que nada era imposible.

Esa imagen, tal como vino, se esfumó, y lo trajo a la cruda realidad. No cumplió nada, los dejó morir. No protegió nada ni a nadie.

Don Fernando... Gangrena. Llevaba siete años muerto... Su suegro lo quiso como un hijo. Fue él quien le aconsejó que, si su asunto era tan urgente, debía volver a Inglaterra a resolverlo, y que él cuidaría a la familia.

En Chile, entre los Riquelme era amado, querido por lo que era y no por lo que podían

sacarle. Por eso nunca le reveló a nadie, ni a su mejor amigo, que su padre era un barón que poseía un castillo, y también omitió que era el cuarto en la línea de sucesión, era casi imposible que él llegara a ser la cabeza de la familia.

Volvió a Inglaterra a hacerse cargo de todo, su padre ya estaba muy enfermo, una larga y lenta agonía que duró meses.

Y las respuestas que no llegaban...

Y la incertidumbre...

Y tener que tomar el mando de la baronía. Nunca fue educado para ello. Se suponía que iba a ordenarse para ser sacerdote al regresar de su viaje a Chile.

Pero la primera vez que vio a Mariana todo cambió...

—Marianita... mi Marianita... —Se abrazó a sí mismo intentando evocar el calor de su esposa, su cuerpo menudo y su fortaleza.

Por primera vez en muchos años, se permitió zambullirse en el pasado. Y fue como volver a sentir. Recordó el primer beso, el día de su matrimonio, la primera vez que hizo el amor con Mariana, el nacimiento de sus adorados hijos, los planes, las expectativas, la vida hermosa en ese país tan lejano del mundanal ruido. Jamás había sido tan dichoso, tan libre...

Don Fernando ya le estaba enseñando sobre administrar las tierras fértiles, pletóricas de vides, de Rancagua. A eso se iba a dedicar, cultivar un viñedo, fabricar un buen vino.

«No traiciones a Marianita ni a esta familia, muchacho», le advirtió, severo, el día de su compromiso. Luego le sonrió y le dio un abrazo para darle la bienvenida como futuro yerno.

John perdió la fuerza de sus piernas, ya no sostenían su peso, ni el de sus recuerdos, ni tampoco el de los hechos que desencadenó su pasividad y cobardía. El aire casi no entraba en sus pulmones, el oxígeno era una espesa y mortal trampa que apenas le permitía seguir existiendo. Cada respiración parecía quemarle el pecho, como si su cuerpo estuviera rechazando a la propia vida. Rogó a Dios que su corazón dejara de bombear sangre, sus latidos eran tan fuertes y rápidos, que seguro podían escucharse en todo el castillo.

Dios no le iba a permitir morir y eso le aterraba.

Sí, Catalina tenía razón. Fue cobarde, no fue capaz de enfrentar el hecho de viajar y encontrarse con las cenizas de lo que perdió.

«¡Si hubieras ido, nos habrías encontrado vivos, John! ¡Pobres, humillados, pero vivos, maldita sea!», la voz de Catalina era como el tañido de una campana, que resonaba una y otra vez dentro de su mente.

¿Cómo pude haber sabido? Se repetía una y otra vez esa pregunta, pero la respuesta se escapaba, era insustancial como el vaho. Sí, pudo haber ido, pudo haber investigado, enviar a alguien en su lugar, mas no hizo nada. Cobarde, cobarde, cobarde. La voz de Catalina irrumpía en sus oídos y era la única palabra que escuchaba, como un impío martillo sobre un yunque que golpeaba en su consciencia sin cesar.

Quiso sentarse en una de las sillas, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo de rodillas. Impotente, enfermo de melancolía, culpa y nostalgia se tapó la boca para no dejar ir su grito desesperado. No quería que nadie lo oyera, no deseaba más testigos.

En sus dedos reverberó su dolor y agonía. Gritó, gritó, gritó hasta romper su garganta.

Su rostro se empapó de sudor, lágrimas y remordimiento.

Él mismo arruinó su vida y la de su familia. ¿Por qué no le hizo caso a su instinto? ¿Por qué no regresó, aunque fuera para saciar su ansia por volver a sentir el verano santiaguino quemando su piel?

Tanto miedo, tanto dolor que no soportaba la idea de ver la casona vacía, llena de almas en pena.

Cobarde, cobarde, perro cobarde...

De rodillas, por segunda vez en su vida, rogó a Dios que terminara con su existencia, porque no era capaz siquiera de hacer eso, de acabar con su desdicha y sufrimiento.

Había una sola razón por la que no tomaba una de las tantas armas de ese castillo para terminar con todo.

Catalina.

El último vestigio de su felicidad.

Lady Bamburgh no soportó el escrutinio de sus pares y la plebe, todos juzgándola, juzgándolos. A diferencia del barón, hizo acopio de lo que le quedaba de dignidad y, a paso tranquilo, se dirigió hacia sus aposentos.

Necesitaba pensar, rápido.

El semblante altivo de la baronesa no reflejaba el pánico que se enroscaba en su estómago como un nido de serpientes. Empuñó sus manos con fuerza, mas su respiración se aceleraba bajo el corsé. «Tranquila, no todo está perdido», se decía a sí misma; no obstante, las palabras sonaban huecas, vacías. Sabía que no había manera de escapar de la debacle que se avecinaba, pero al menos iba a enfrentarlo con la frente en alto, como siempre había hecho.

Si lo que esa mujer dijo era cierto, si perdía su lugar como baronesa, si de verdad su matrimonio nunca había existido, no quedaría nada. Ni la nobleza que la rodeaba ni la consideración de sus pares, ni siquiera en el pueblo la respetarían. Estaba a punto de convertirse en una paria y quedar relegada en el ostracismo. Y, lo peor, Bamburgh ya sabía que sus embarazos fueron falsos, y no tardaría en comprobar que el actual también lo era.

Maldición, Georgiana... Esa niña ni siquiera la miraría dos veces, ya sabía que no eran nada. Tampoco se molestaría en tratar de convencerla. Esa mocosa siempre fue un tiempo perdido, un esfuerzo inútil.

En su ascenso por la fría escalera de piedra sintió que otra persona la precedía. Era obvio, debía tratarse de Lauder. Cuando Bamburgh saliera de su despacho caería su furia sobre ellos. Su amante debía estar desesperado por marcharse pese a la tormenta que caía.

Y nada le aseguraba que el barón fuera a ser magnánimo con ninguno de los dos.

Debía agotar todos sus recursos disponibles, porque si de verdad era libre, esta vez quería elegir. Sus padres no estaban vivos para obligarla a concertar un matrimonio que no deseaba, ni la presionarían a hacer pasar a un bebé como suyo para facilitarle su relación con su esposo.

Dios era sabio cuando a algunas mujeres les negaba ser madres, ella nunca sintió el instinto, ni el afecto, ni le gustaban los niños. Lo más profundo que experimentó por Georgiana fue una especie de simpatía, la cual se fue esfumando cuando se empezó a convertir en una señorita y su temperamento afloró indomable.

No era una madre, su autoridad sobre la mocosa se basaba en golpes e infundir miedo... Ni siquiera compartían los mismos gustos y aficiones que las acercara de alguna forma.

Al llegar a la segunda planta, lo divisó.

—¡Lauder!... —Él la ignoró, apuró el paso—. ¡¡Theodore!!

La baronesa alzó su vestido y corrió hasta alcanzarlo justo en el instante en que el hombre

giraba el pomo de la puerta.

—Ni lo intentes, Susan.

El tono pragmático y frío de Lauder le cortó la respiración a la baronesa. Su pregunta barbotó desesperada:

—¿A qué te refieres?

—¿Acaso pretendes que me fugue contigo? —Abrió la puerta y entró en su habitación.

Susan entró tras de él, se apresuró para interponerse e interpeló:

—¿Por qué no? Si voy a ser una mujer libre, no lo seré para caer en la miseria. Theodore, tú y yo somos aliados en esto. Si me abandonas ahora, también perderás tu posición y reputación. ¿De verdad vas a arriesgarte a eso?

—¿Le creíste a esa mujer? —Se mesó el cabello, ofuscado—. ¿Cómo sabes que es cierto que es hija de un matrimonio previo?

—¿No viste la cara de Bamburgh, acaso? Es obvio que todo es verdad, incluyendo que mi matrimonio es nulo... —Acarició las solapas de la levita y, con un tono infantil, dijo—: Llévame contigo.

Lauder tomó de las muñecas a Susan, ella siempre obtenía lo que quería, pero en ese momento era peligroso caer en sus seductoras artimañas.

—Ahora no, Susan. No debemos actuar tan precipitados. —Se separó y se dirigió al armario.

—¿Acaso tú no estás haciendo precisamente eso? —Lo siguió e interpeló—: ¿No te quedarás a convencerlo de que esa mujer ha mentido?

Lauder lo meditó por medio segundo, y negó con la cabeza. Abrió las puertas y descolgó su ropa.

—Tú tienes que convencerlo y, conociéndolo, no va a salir de su despacho en varios días. —Lanzó un montón de prendas a la cama y miró a Susan—. En todo caso, lo que más le ofenderá será que has fingido tus embarazos.

Susan entreabrió su boca, incrédula.

—Eres tan cobarde como Bamburgh.

Lauder la miró como si fuera una niña a la cual se le debía explicar todo, y dijo:

—Es solo un movimiento estratégico, ¿o quieres que me mate y a ti no te compense? Piénsalo bien, imagínate toda la culpa que debe estar sintiendo en este momento, tomar a una mujer de buena cuna, y condenarla a vivir los últimos veinte años en un matrimonio inválido... Tal vez ni siquiera vaya a reconocer a esa mujer como su heredera, o al menos lo va a dificultar.

Susan no se sentía tan segura. Pese a llevar tantos años con su esposo, no lo conocía bien. Él nunca se mostró tal cual era.

—No sé cómo va a reaccionar.

—Tienes que ser más astuta... tus engaños pasarán a segundo plano. Cuando todo esté más claro y en paz, volveré por ti.

—¿Lo prometes?

—¿Cuándo he faltado a mi palabra, mi dulce Susan? —Le tomó la mano y le besó los nudillos.

Susan no pudo darle una respuesta, cada promesa que Lauder hizo la cumplió a cabalidad. Nunca le había fallado desde el momento en que se conocieron hacía diez años, en el funeral de la esposa de él.

Soltó un suspiro y claudicó.

—Está bien.

Susan dio media vuelta y respiró hondo. Aún había tiempo... Podía ganar tiempo... Al menos lo suficiente para asegurarse de que, sin importar lo que pasara, su vida no terminaría en la miseria. Con una sonrisa perversa, salió de la habitación, lista para jugar la siguiente carta.

Georgiana se escondió en el rellano que conectaba las estancias privadas y la cocina con el Salón del Rey. Se quedó quieta en un rincón, esperando a que todo el mundo se fuera. Después del escándalo y la huida de sus padres no supo qué más hacer. Lo único que sabía era que no deseaba atravesar el salón y la galería, y ser el blanco de las miradas de todos los demás.

Ahora tenía sentido la carta de despedida de la señorita Expósito, no, mejor dicho, Catalina.

En la vida suelen suceder eventos que cambian nuestra realidad, quizás usted me termine odiando por irme, y seguro que me lo merezco. Sin embargo, quiero que sepa que, siempre contará conmigo para lo que necesite, puede contactarme en esta dirección...

Deseó tantas veces no ser quien era, no ser la hija de su padre y de su madre, y terminó siendo cierto. Algo en su corazón le decía que cada palabra dicha por Catalina era verdadera. Era lo único que le explicaba la indiferencia de su padre y la falta de amor de su madre... Fue consciente de ello durante esas dos semanas teniendo a Lavinia como institutriz, era un contraste doloroso. Con una extraña se sintió querida, que era importante, que incluso valía a pesar de no ser tan inteligente.

No sabía si el trato gentil y amoroso que le daba como Lavinia fue genuino, o si fue utilizada.

No sabía si odiarla o quererla.

No sabía si le alegraba no tener que cumplir con todas esas expectativas que pusieron sobre ella, o si estaba decepcionada.

No sabía qué hacer ni qué sentir.

Lo único que sabía era que, en ese momento, era invisible. Su existencia era irrelevante. Y temía, le aterraba, confirmar con su madre o padre que eso era cierto, que daba lo mismo su presencia en ese castillo y en sus vidas.

Y dolía, dolía mucho más que cualquier golpe o palabra severa.

Se limpió las lágrimas que fluyeron y entreabrió la puerta.

Los invitados ya se habían marchado. Solo se encontraban los sirvientes que limpiaban y retiraban todo de las mesas, y los músicos que guardaban sus instrumentos.

Se atrevió a salir de su escondite, quería llegar a su habitación, encerrarse y no ver a nadie más.

Recordó una de las lecciones de Lavinia: «Una dama nunca debe demostrar debilidad, ni emociones negativas. Solo podrá permitirse ese privilegio con alguien de confianza». Se sorbió la nariz y atravesó el Salón del Rey como si nada le apremiara.

No quiso mirar a nadie, pero sabía que todos la observaban con disimulo. Alzó su barbilla y enderezó su espalda.

Siguió avanzando, llegó a la galería y la atravesó. Su atención se desvió hacia una de las ventanas, el sonido del mar la hipnotizó. Se encontró con su reflejo deslavado en el vidrio,

aquella imagen era un eco de cómo se sentía. Todo lo que conocía de sí misma era confuso.

«¿Quién soy ahora? ¿La hija de nadie?», se preguntó. Todo el mundo decía que sus rasgos eran iguales a los de la baronesa, pero Georgiana nunca encontró ninguna similitud salvo en los colores de su piel, ojos y cabellos. Tampoco hallaba algún rasgo que le hiciera sentirse más cercana al barón. No había nada que pudiera asociar, nada familiar. De repente, todo parecía ajeno. Incluso su propio nombre.

Catalina... Ella se llevó todo lo que alguna vez pensó que le pertenecía. Y ni siquiera podía odiarla por ello, porque les dio respuestas a las incógnitas que siempre la persiguieron.

No era solo que no la quisieran... Georgiana sintió que nunca la necesitaron más que para ocupar un lugar, ella era como una especie de adorno en esa familia de papel. Cuando era más niña intentó ser todo lo que ellos deseaban, pero nunca sintió que encajaba; sus expectativas, aficiones, intereses y sentimientos parecían ser contrarios a los deseos de los barones, a esa vida que parecía nunca haber sido de ella... Su madre la trataba como un estorbo, y su padre, ¿realmente le importó alguna vez? Georgiana sentía que solo era una sombra en sus vidas, alguien que estaba ahí, pero que nunca fue realmente vista...

Y la única persona que la vio de verdad fue Catalina. La mujer que le arrebató todo; su lugar en esa casa, su identidad... pero, por alguna razón, no podía odiarla. De verdad lo intentaba. Siempre la trató con cariño, la vio como un ser humano; no como una dama o un ser superior al que debía obedecer por ser la hija del barón. Quizás eso era lo que más le dolía de todo; la persona que le enseñó lo que era ser querida fue la misma que la dejó atrás.

Tragó el nudo de su garganta. Dejó de mirar su reflejo y dijo para sí misma:

—Este no es mi lugar, esta no es mi casa ni mi familia...

Un aire gélido le rozó la cara como el filo de una navaja. Estaba frente a la escalera que la llevaba a su fría habitación. Se preguntó si la buscarían, si importaría si ella se marchaba.

Sintió miedo a lo desconocido; sin embargo, ese futuro podía ser menos terrible que permanecer en ese lugar...

¿Y si lo hacía, y si lo intentaba?

Afuera, la lluvia se había transformado en una llovizna débil, la que daba paso a un frío glacial que contrastaba con el sereno oleaje.

Después de la tormenta siempre venía la calma.

Georgiana pensó que nunca volvería a sentir calma.

Cuando Catalina subió al carruaje y se vio envuelta en el calor de Alec, ya no aguantó más. Todas las lágrimas que logró contener frente a Bamburg se desbordaron como un poderoso afluente que ya no soportaba la presión.

Enterró sus dedos en los brazos de su prometido con la cruda necesidad de deshacerse de todo lo que sentía, y gritó mezclando español e inglés:

—¡¡Es un maldito cobarde!! ¡¡Estúpido cobarde!! —Su garganta escoció y sus lágrimas calientes bañaban su cara—. *¿Cómo pudo ser tan imbécil?!*

Alec solo podía limitarse a dar un mudo consuelo; le acariciaba la espalda, le besaba la cabeza, la estrechaba más contra su pecho. Catalina empezó a hablar en español y él ya no entendía ni una sola palabra, mas el dolor que transmitía le permitía conjeturar que hablaba con toda su familia...

Para él entre esa cacofonía de palabras eternas surgían claras las palabras, mamita... abuelo... hermanito... tío...

Perdóname...

El llanto duró largos minutos, y se hubiera prolongado hasta la eternidad, mas el dolor en el pecho de Catalina le impidió continuar. Cada respiración entrecortada era un martirio, que se fue atenuando hasta que llegó ese vacío, esa incapacidad de seguir sintiendo... No era calma, era esa extraña resignación de que ya no había más solución que seguir adelante.

Con un hilo de voz, Catalina rompió ese terrible mutismo:

—John me da lástima... pero no me siento capaz de perdonarlo.

Alec la entendía, él sentía algo parecido por Alexander Croft, su progenitor. Sin embargo, en vez de lástima, sentía incompreensión. Jamás iba a descifrar cómo un hombre podía llegar a los extremos que él llegó, de tratar a su familia como meros objetos que podían intercambiarse por dinero.

—Nadie te está obligando a perdonarlo... No pasa nada si no puedes... A veces uno se acostumbra a ese sentimiento de tener asuntos pendientes, y se les da prioridad a otras cosas mucho más importantes... Creo que, al final, relegamos a esas personas a un extraño olvido.

Catalina suspiró entrecortado y miró a Alec. Él observaba hacia el oscuro paisaje, como si quisiera reconocer alguna forma en particular. Se lo imaginó de pequeño cuestionándose por qué su progenitor prefirió abandonarlo a su suerte... Ella misma se sintió así miles de veces...

Al menos, ahora tenía el minúsculo consuelo de que John sí la quiso... No podía borrarse de la memoria cómo se desfiguró el rostro de él al darse cuenta del terrible error que cometió, el inenarrable dolor que reflejaban sus ojos. No obstante, no se podían olvidar treinta años de abandono por arte de magia.

Catalina tomó una honda inspiración... soltó el aire. Quería dejar de pensar en John, necesitaba relegarlo al olvido. Acarició la barba de Alec y llamó su atención, en ese gesto no buscaba que la consolara, sino que deseaba acercarse más a él.

Él la miró sin siquiera intentar ocultarse, y ella se dio cuenta de que los ojos de ese inmenso hombre tenían ese brillo previo a las lágrimas. Alec también volvía a ser un niño que se preguntaba por qué no era suficiente para quien le dio la vida. Catalina susurró, su voz llegó como un suave roce a los oídos de Alec.

—No eres tan fuerte como pretendes ser.

Él entrelazó sus dedos con los de ella. Ambos se aferraron con firmeza a ese toque que era casi una promesa de ser el ancla del otro.

—No lo soy, nadie lo es siempre, pero contigo me siento con la fuerza necesaria para enfrentar lo que sea. —Alec recordó esa noche que llegaron a Bamburgh, ahora entendía ese episodio de ansiedad de Catalina y la promesa que le hizo—: Siempre tendrás un aliado en mí.

—Lo sé, nunca me has fallado y has honrado tu palabra... Es hora de que yo haga esa misma promesa, siempre tendrás una aliada en mí.

Catalina buscó sus labios. Se dieron un beso dulce, que les trajo un inusitado alivio. Alec le acarició el rostro con ternura y añadió:

—Lo que has hecho hoy fue lo más valiente que he visto en mi vida.

Catalina negó con su cabeza y repuso:

—Valiente o no, ya no podía seguir guardando todo ese veneno.

—Pero eso no te hizo valiente, tu naturaleza es así. Tu fuerza te hizo enfrentarlo de una vez por todas y ahora estás lista para avanzar con tu vida.

—Te amo, Alec. —Antes de que él pudiera responder, añadió—: Gracias por todo lo que me has dado, aprecio de corazón cada cosa que has hecho por mí, desde el primer día... Estaba tan sola en este mundo, y llegaste tú. —Apoyó su cabeza en el hombro de Alec—. Nunca imaginé que podría confiar en alguien, que incluso me ayudaría a llevar la carga de mi pasado, a olvidar su peso, pero tú me lo haces más fácil. Cada día que pasa se vuelve más liviano.

Alec esbozó una sonrisa que aún conservaba un atisbo de pesar, pero que él intentaba desplazar al centrarse en Catalina. Le besó la coronilla dándole el consuelo que necesitaba. Ese tierno gesto decía más que un millón de palabras.

—Ha sido un placer, mi Catalina. Me aseguraré de seguir aliviando tu carga el resto de nuestra vida... Y, aunque tú consideres que he hecho mucho por ti, tú también estás haciendo cosas inestimables para mí. —Llevó la mano de su prometida al pecho—. Me estás dejando amarte, me estás amando... Y le demostrarás a mi familia que, a pesar de mi cara y mi tono de voz, pude encontrar una mujer que lo soporta bastante bien.

Entre ellos cayó un silencio cómodo. Solo se escuchaba la lluvia que amainaba poco a poco. No obstante, esa ausencia de palabras no era frío ni tenso, era cálido. En ese instante, no eran necesarias para entenderse o para sentir esa conexión que los unía, y que se hacía más poderosa conforme pasaban los minutos.

Ella se acomodó entre los brazos de Alec. Él, como siempre, la rodeó para darle calor y protegerla del frío.

Al sentir el confortante toque de Alec, ella no se abstuvo de decir:

—Cuando quieres, eres un hombre maravilloso. Guardaré tu secreto para que tus hermanas no te fastidien.

—Bueno... creo que ese secreto no durará tanto tiempo.

—¿Por qué lo dices? —Catalina alzó su mirada. Alec reprimía una pícara sonrisa.

—No te he contado acerca del ritual de las casadas...

Catalina arqueó sus cejas. Su expresión danzaba entre querer y no querer saberlo.

La curiosidad ganó.

—¿De qué se trata?

—Durante la recepción, las mujeres de la familia se reúnen, y la flamante recién casada cuenta cómo los demonios caen en las garras del amor.

—No te puedo creer... ¿En serio? —Alec asintió con una expresión de lastimera resignación—. No sé si podré...

—Esas mujeres son terribles, no te darás cuenta y estarás cantando como un gorrión en primavera...

—Eso en el caso de que tu familia me acepte.

La expresión de Alec pasó al orgullo y sentenció:

—En cuanto lleguemos a Londres, sabrás lo que es ser recibida con los brazos abiertos.

Capítulo XVI

El viaje de vuelta a Londres tomó varias jornadas. Llegaron de madrugada a Newcastle, y se alojaron en The Grey's Lantern. Permanecieron en aquella ciudad tres días para que Catalina se deshiciera de sus vestidos negros. Alec quiso comprarle un guardarropa completo, pero al final solo se tuvo que conformar con dos, pues, en virtud del tiempo, fueron los únicos que no necesitaban más que ajustes menores.

Esos días fueron como un anticipo de lo que sería su luna de miel; aparte de comprar vestidos, recorrieron la ciudad, visitaron el mercado y asistieron a una fiesta comunitaria que recaudaba fondos para el orfanato parroquial.

Alec hizo una generosa donación. Bailaron hasta el cansancio, por todos aquellos años en que Catalina solo podía escuchar la música desde una habitación oscura.

Y cuando llegaban a la posada, exhaustos de disfrutar, hacían el amor con dulce languidez. Descubrieron más de ellos mismos, construyendo otra parte de su forma de ser, cuando eran dos, una pareja. Largas conversaciones, risas, caricias, bromas, mimos, regalos. Alec y Catalina querían vivir cada segundo y atesorarlo. Entregar y recibir en la medida que cada uno necesitaba.

La parada de Manchester tuvo un sabor agri dulce. Pasaron un día en esa ciudad indagando en las casas de empeño por el anillo de Catalina, mas no hubo éxito. Sabían que buscaban una aguja en un pajar, pero Alec deseaba agotar todos sus recursos. No quería quedarse con esa sensación de que no lo intentó.

Y aquel afán, a Catalina más la enamoró. Alec no se rendía con facilidad. Ella ya se había resignado a esa pérdida, porque en medio de esa vida precaria que vivió con su madre, tenía recuerdos hermosos a los que aferrarse; cuando le enseñó a hacer manjar, sus sonrisas, sus lecciones de vida, su esperanza. Se reconcilió con el recuerdo de verla sufrir por John. Mariana era una mujer enamorada que nunca perdió la fe, y ese amor, fue correspondido y fue llorado por años cuando se creyó perdido.

Ese dolor no fue del todo unilateral. Pero ahora John estaba sufriendo lo que no vivió, lo que dejó, lo que perdió...

Llegaron a Londres una brillante mañana de viernes.

A medida que se acercaban a Trafalgar Square, lugar donde se emplazaba Rock Hall, la residencia de los padres de Alec, Catalina se retrajo, presa de los nervios. Dejó de hablar, jugueteaba con su anillo de compromiso y se tocaba el pecho.

No soltaba la mano de Alec. En su mente se planteaba todas las situaciones posibles, porque, pese a lo que su prometido le contaba de ellos y lo que demostraban con sus obras sociales, ella había vivido la otra parte, la de estar al servicio de esas familias que aparentaban ser una cosa con los suyos y sus pares, pero cuando se trataba de alguien inferior, mostraban su verdadera naturaleza.

Y Catalina, pese a ser la heredera de Bamburgh y que su familia gozó de una posición privilegiada, ella no lo vivió y siempre fue una mujer que trabajó al servicio de otros para ganarse la vida.

Como decía su abuelo: «Condenada a recoger la mierda de otros».

Catalina, en su mente se preparaba para el desdén, y responder con la frente en alto... porque su madre siempre decía: «No me importa recoger la mierda de otros, este es un trabajo y cualquier trabajo dignifica. Al menos no tengo que venderme y dejar de ser una persona decente».

Cuando el carruaje se detuvo ante la inmensa mansión, Catalina enmudeció. Tensa, tomó la mano de Alec para apearse, y apenas escuchó cuando él le decía:

—No te preocupes, todo saldrá bien, mi Catalina.

—¿Y si mi historia complica la vida de tu familia? Traeré muchos problemas, ¿qué haremos?

—Nada que no podamos manejar juntos. Ya te he contado todo lo que hemos atravesado como familia, esto no es peor ni mejor, es la vida... Pero si se da el improbable suceso de que me hagan elegir, tú eres mi respuesta.

Catalina suspiró. De verdad no quería que llegaran a ese punto. Necesitaba confiar en que todo saldría bien.

No alcanzaron a poner un pie en el primer peldaño de la escalera de acceso, y Catalina sintió que sus piernas se volvían más pesadas con cada paso. Había enfrentado a lord Bamburgh, a los susurros y las miradas del pueblo, pero los padres y hermanos de Alec eran algo muy distinto. Era enfrentarse al juicio de quienes definirían el resto de su vida e influirían en su matrimonio. ¿Sería bienvenida como parte de la familia o simplemente tolerada?

Y, de pronto, la puerta se abrió. Era Lincoln, el mayordomo, quien no pudo domar sus cejas, las cuales se alzaron. El señor Croft jamás había invitado a una mujer a Rock Hall.

Y menos una tan peculiar como la que llevaba del brazo. Sería, envarada. A todas luces, sus rasgos no eran ingleses.

Recompuso su expresión y saludó:

—Buenos días, señor Croft. Es bueno tenerlo de vuelta. —Abrió más la puerta y la pareja entró al vestíbulo.

—Gracias, Lincoln... ¿Hay alguien en casa? —preguntó mientras le ayudaba a Catalina a quitarse la capa negra, que dejaba al descubierto un hermoso vestido azul.

—Sus padres, lady Charity y lord Gabriel. Están desayunando, ¿desean unirse? —preguntó mientras recibía la capa y luego los guantes de la dama.

—Por supuesto. —A los oídos de Alec llegó el leve jadeo de pavor de Catalina. Ni siquiera en los momentos previos a enfrentar a Bamburgh la vio tan nerviosa—. La señorita Adams y yo apenas hemos probado bocado.

Alec intentó mostrarse relajado y se quitó las prendas que lo abrigan, pero lo cierto era que también empezaba a preocuparse, no por la respuesta de su familia ante su compromiso, sino por la historia que arrastraba Catalina y las consecuencias que podían traer.

En los últimos años, habían atravesado por situaciones difíciles, las cuales pusieron en peligro la posición de las familias que daban vida a la fundación Hope; Lawrence, su hermano adoptivo y heredero del ducado, se había casado con una baronesa negra, lo que supuso el rechazo de buena parte de la aristocracia; y Laura, una de sus hermanas, y su esposo se vieron envueltos en el escándalo que puso en entredicho la subasta de arte a beneficio de la fundación.

Alec temió que un nuevo escándalo golpeará la puerta de Rock Hall en el corto plazo, y perjudicara el trabajo de su familia por la Academia Hope. Todo dependía de la actitud de lord Bamburgh. Sabía que, tarde o temprano, volvería a la vida de Catalina.

Alec tomó la mano de su prometida, le besó los nudillos y le ofreció el brazo. Antes de dirigirse al comedor, le insistió:

—Todo saldrá bien... Te amo.

Catalina intentó componer una sonrisa, pero fue inútil. Era difícil desarraigar de su mente el pensamiento de que no estaba a la altura de nadie. Inspiró profundo y apretó el brazo de Alec.

Con un hilo de voz repuso:

—Y yo a ti. Con mi alma.

—Vamos...

Caminaron tras el mayordomo que les abrió la puerta. Les guiñó, y se hizo a un lado para que entraran.

A los oídos de Alec llegó la alegre cacofonía familiar que siempre estaba presente a la hora de comer. Sus hermanos, Gabriel y Charity, discutían qué era mejor para ella, tener un perro, un gato, o una gallina. Sus padres, Margaret y Michael, tomaban té y negaban con la cabeza, riendo por la ridícula conversación de sus vástagos.

Alec se aclaró la garganta e interrumpió la conversación:

—Obviamente, las mejores mascotas son las gallinas.

Se hizo un súbito silencio en que cuatro pares de ojos se posaron en la pareja. Alec aprovechó el inusual mutismo familiar para agregar:

—Les presento a la señorita Catalina del Carmen Adams Riquelme... Mi prometida.

La quijada de Gabriel y Charity llegó hasta el suelo.

Margaret y Michael los observaron por largo rato. La madre de Alec no le quitaba la mirada de encima a Catalina. Michael, por su parte, entrecerró sus ojos, dilucidando si era una broma o no.

¿Qué había pasado en esas tres semanas? De Rock Hall, Alec salió soltero y sin ninguna clase de perspectiva amorosa en mente. Trabajaba, trabajaba y trabajaba.

Alec carraspeó y repuso:

—No es una broma, nos casaremos. —Dirigió su atención a su madre—. Mamá, es ella, estoy seguro. Ahora entendí a lo que te referías, tenías razón... Siempre la tuviste.

Aquellas crípticas palabras fueron lo que debilitaron la renuencia de Margaret. En esa época en que Alec estuvo enamorado de Letty y vivió su gran decepción, ella le dijo que un día llegaría esa mujer que haría el sacrificio de darle su libertad por amor, y que él debía honrar ese regalo, permitiéndole ser libre dentro del matrimonio.

Tal parecía que esa mujer había llegado a la vida de Alec.

Margaret parpadeó, procesando las palabras de su hijo. Como si quisiera asegurarse de haber escuchado bien, preguntó con voz suave:

—¿De verdad te has comprometido?

Alec asintió, y la seriedad de su gesto disolvió cualquier atisbo de duda. En el rostro de Margaret se expandió una sonrisa que reflejaba su felicidad. Se levantó, pero en vez de abrazar a su hijo, tomó las manos de Catalina:

—Bienvenida a la familia, querida... —Frunció el ceño y ladeó la cabeza—. Su rostro me es conocido. —Miró a Alec y luego volvió su atención hacia Catalina—. Usted fue alumna de la Academia Hope, ¿cierto?

Catalina por puro acto reflejo hizo una muda reverencia. Nunca imaginó que la duquesa fuera a reconocerla. ¿Cuántas veces la había visto antes?, ¿dos, tres? Y fueron tan fugaces e intrascendentes para tan distinguida dama que no había forma de que fuera recordada.

Miró a Alec y luego, cabizbaja, asintió. Hasta ahí iba a durar la bienvenida.

Margaret esbozó una sonrisa orgullosa. Esa joven era el resultado ideal al que debían aspirar todas las mujeres que recibían educación en la Academia Hope. Cambiar vidas, dar armas en esa segunda oportunidad que pocas tenían, ese era el objetivo. Sin embargo, centró su atención en su hijo e interpelló:

—Ella es la señorita Expósito, ¿no? La institutriz que debías llevar a Bamburgh.

—Es una historia larga, pero sí, es ella.

—Entonces, déjame ver si entendí... ¿La llevaste o no? —Alec asintió—. Y ahora la traes de vuelta como tu prometida, y me la presentas con otro nombre... No me puedes negar que me estoy perdiendo de algo importante.

—Es una historia larga, mamá.

—Sin duda debe serlo, querido. Me tienen que explicar por qué se han comprometido tan rápido, ¿se conocían de antes?

En ese momento se acercó Michael e intervino:

—Sin duda todo tiene una explicación, mi ángel. —Tomó una de las manos de Catalina entre las suyas y dijo—: Y si Alec la ha elegido, ha sido por algo, ¿no? Ven, mi muchacho. —Soltó a Catalina con suavidad solo para abrazar a su hijo, y le dio sendas palmadas en la espalda—. Felicidades, te deseo toda la dicha del mundo. Estoy muy orgulloso de ti.

Ambos hombres se separaron con los ojos vidriosos. Para asombro de Catalina, Margaret sonrió, se llevó la mano al pecho y añadió:

—Sí, ya vendrán las explicaciones... Es que quiero saberlo todo... ¡Todo! Me gana la ansiedad. —Su sonrisa se amplió todavía más. Tomó la cara de Alec entre sus manos y le dio un gran beso en la mejilla—. Oh, hijo, felicidades, por fin sentarás cabeza. —Repitió la misma acción con Catalina, quien abrió sus ojos, asombrada ante el inusitado contacto—. Sin duda debes ser una mujer de carácter, ninguna se acerca a Alec por voluntad propia.

La voz de Charity añadió:

—Quizás, habría que preguntarle a la señorita Adams qué le vio a Alex. Si parece un viejo gruñón.

Una sonrisa emocionada bailó en los labios de Catalina, sin embargo, sus ojos se humedecieron. Inspiró varias veces para poder replicarle a la hermana de Alec:

—Pocos son capaces de ver lo maravilloso que es, lady Charity.

La joven se levantó de la mesa, se acercó a la pareja con una sonrisa ladina y repuso:

—Voy a tener que darle la razón. Si él atrapó a la célebre señorita Expósito, ahora señorita Adams, es porque no es tan idiota después de todo. —Le tomó las manos a Catalina y añadió—: Y no me llames más lady Charity, ni me trates de usted, seremos cuñadas.

Catalina asintió y con su rostro ardiendo dijo:

—Me puedes llamar por mi nombre... Aunque mi familia me llamaba Catrala. —Alec alzó sus cejas, otra pieza del pasado de su futura esposa se revelaba. Le encantaba que ella se abriera de esa forma ante los suyos.

—¿Catrala? —repitió Charity. El acento inglés hacía sonar extraño el diminutivo y rio—. Me va a costar decirlo bien... Catalina también es difícil... Alec lo dice mejor. Hermano, ¿vas a aprender español como Thomas?

El aludido asintió. Sería todo un desafío porque se le complicaba el sonido de la R... y las vocales... y las conjugaciones. Dios, menos mal que sabía francés o estaría perdido.

Gabriel se unió al cálido recibimiento familiar. Hizo a un lado a Charity empujándola con su cuerpo y le brindó una leve inclinación a Catalina.

—*Bienvenida, Catrala...* Lo dije bien, ¿cierto?

—*Perfecto*, lord Gabriel.

—No, no, no... Solo Gabriel.

Catalina asintió y se secó una insolente lágrima de emoción. Para ella, esa bienvenida era

una hermosa e inesperada confirmación. Sentía que ya los conocía, Alec siempre hablaba con cariño de su familia y, por lo que veía, sus temores solo eran fundados por sus malas experiencias previas.

Los Martin eran una maravillosa excepción.

Margaret tomó de la mano a Alec y a Catalina. Con sus ojos brillantes de emoción dijo:

—Estoy tan feliz de que mi hijo haya encontrado a una mujer excepcional... —Miró a Catalina—. Su fama la precede, por eso quiero saberlo todo.—Contuvo la respiración para no llorar y añadió—: Pero ya tendremos tiempo. Siéntense, por favor, deben estar agotados. El viaje desde el norte es eterno.

El desayuno también fue eterno. Alec y Catalina relataron todo, y solo se guardaron para sí mismos que su relación ya había traspasado un punto sin retorno. Algo que Margaret y Michael intuían, debido a la intensidad de la experiencia que ellos relataron.

Ni siquiera ocultaron el hecho de que Catalina casi se convierte en asesina. Alec necesitaba que su familia comprendiera los alcances de la venganza que había llevado a cabo Catalina y que él secundó.

Decir que los padres y hermanos de Alec pasaron por todas las emociones posibles no era una exageración. La historia de Catalina parecía pertenecer a una anciana que había vivido demasiado, pero solo tenían a una mujer que pronto cumpliría treinta y uno.

No hubo muchas preguntas que interrumpieran el relato, estas vendrían cuando fuera necesario. Las interrogantes que quedaban en el aire se iban respondiendo solas. A medida que se desenredaba la maraña de hechos y omisiones que condenaron a la familia de Catalina y a lord Bamburgh, las dudas se fueron aclarando.

Cuando terminaron, el silencio invadió el comedor. Michael tomó una honda inspiración y se subió las gafas. Miró a su hijo y a Catalina.

—Entonces, usted, estimada Catalina, es la única heredera y su linaje es más azul y antiguo que el de los Hastings. —Ella asintió, mas no le enorgullecía ese velado elogio—. A juzgar por lo que han contado, no creo que Bamburgh vaya a cometer la torpeza e injusticia de poner en entredicho su procedencia y no darle su lugar.

Catalina se encogió de hombros y repuso:

—No conozco tanto a lord Bamburgh como para saber a ciencia cierta qué decisión tomará.

—Si va por la opción de no reconocerla, nos encargaremos de no facilitarle la tarea. Habría que viajar a Chile a obtener los mismos documentos, pero actualizados. Solo para respaldar las copias que ya tiene. —Catalina siempre previsora, tenía sus documentos duplicados: unos con los que viajaba y otros ocultos en el entretecho de la Academia Hope—. Al parecer, al barón no le gusta llamar la atención y, si se pone idiota, será la comidilla de Londres.

—Disculpe todos los inconvenientes, no es mi intención perjudicar el buen nombre de su familia.

Margaret negó con su cabeza y repuso:

—No se preocupe querida, hemos pasado por cosas mucho peores... —Rio—. Escándalo es nuestro segundo nombre.

Charity intervino cambiando de tema:

—Y mientras el barón se decide, vamos a organizar una boda...

Alec entrecerró sus ojos con suspicacia hacia su hermana y dijo:

—¿Desde cuándo te entusiasman tanto las bodas?

—Que sea una solterona no significa que no me agraden las bodas, ridículo.

Catalina rio. Alec le gustaba poner en aprietos a su hermana, pero ella no se amilanaba. Tan vivaz y resuelta. Sin embargo, ella quiso puntualizar un hecho:

—Charity, usted es... digo, eres muy joven para ser solterona.

—Lo sé, pero la etiqueta de solterona me permite separar a los mentecatos de los que son un poco más decentes.

Gabriel no pudo reprimir sus ganas de molestar a Charity y señaló:

—Entonces ya te quedaste sin opciones, todos los hombres son mentecatos. ¿No sé de dónde sacaste que hay algunos decentes?

—Entonces, ¿eso quiere decir que eres un mentecato, Bestia?

—Pues sí, todos somos imbéciles, pero por ejemplo Alec encontró una dama que soporta sus imbecilidades.

Catalina miró de refilón a Alec y él ponía sus ojos en blanco. Sus hermanos menores eran terribles... Y lo adoraban...

Sintió un atisbo de envidia y pensó en Georgiana. No había ningún lazo sanguíneo entre ellas, pero, de algún modo, sentía que eran hermanas. Suspiró, se preguntó si la volvería a ver.

Lo único que podía hacer era escribirle, nunca dejar de hacerlo, y tal vez una de esas cartas llegaría a Georgiana y sabría que ella estaba en sus pensamientos.

Durante una semana, Bamburgh Castle se plagó de silencio y oscuridad.

Nadie compartía la mesa a la hora de comer.

Nadie salía de sus habitaciones. El Salón del Rey permanecía vacío y todo hacía eco, incluso las pisadas cautelosas de los sirvientes que mantenían los muebles sin una mota de polvo.

Nadie hablaba en voz alta, solo susurros imperceptibles que se mezclaban con el perpetuo oleaje del mar, que azotaba o acariciaba las costas según la fuerza del viento.

La lluvia incesante subía y bajaba su intensidad, mas no amainaba y se colaba entre las pequeñas rendijas de las ventanas.

El castillo se desangraba y la vida lo abandonaba.

Así se sentía John. Desangrado. Drenado. Desolado.

En la soledad del despacho permaneció mudo, temeroso hasta de respirar, sumergido en sus recuerdos de esos cuatro años que fueron toda su vida.

El resto de su existencia fue solo cumplir con el deber de perpetuar el linaje y la heredad de la baronía. Tuvieron que pasar diez años desde que recibió esa fatídica y falsa carta, para reunir el valor, atreverse a formar otra familia y enterrar en su memoria el amor de los suyos que yacían en una fosa común.

Ya no quería pensar, pero su mente traidora traía a cada momento las consecuencias de las promesas no cumplidas, su cobardía y pasividad; y también su imaginación elucubraba si tan solo hubiera vuelto y encontrarlos a todos, o casi todos vivos...

Treinta años... muerto en vida.

No tenía perdón de Dios.

Georgiana ya no tenía ganas de dibujar, mucho menos de estudiar. Lo único que hizo fue leer la novela que dejó Catalina. Ya la había terminado y, con orgullo, podía decir que era la primera vez que disfrutaba de un libro. Esa historia de una mujer que cuidaba a sus cuatro hermanas y lideraba una fábrica fue de lo más inspirador. La joven había pasado mil y una vicisitudes y siempre encontró la fuerza para seguir. Y en el punto más complejo, se presentó un hombre que parecía ser el enemigo, pero pronto demostró ser el socio que la apoyaría en todo. El amor que surgió entre ellos fue lo más obvio y natural, pero no le restaba importancia al mensaje principal: una mujer podía salir adelante, siempre y cuando tuviera la voluntad y los medios.

Mientras leía, ella pensaba en su realidad, en cómo iba enfrentar la situación que se avecinaba. Ese lóbrego silencio no daba tranquilidad.

En ese punto de su vida, se sentía minúscula y perdida, inmersa en un limbo en que el tiempo transcurría lento pero mortal. Necesitaba una confirmación, tomar una decisión.

Tenía que levantarse, porque en ese castillo, a excepción de Louisa, ya no había nadie que la apreciara.

Envalentonada, tiró de la campanilla para llamar a su fiel doncella, la cual apareció minutos después en su habitación con una expresión que iba entre la preocupación y la alegría.

—Louisa, ayúdame a vestirme, por favor. —Vertió agua en la palangana y se lavó la cara.

—¿Va a desayunar, señorita Adams?

—Sí, pero quiero hablar con mi... —Se interrumpió. No sabía si llamarlo padre, todo el mundo estaba enterado de que era más que probable que no lo fuera—. Quiero hablar con lord Bamburgh.

En silencio siguió con sus abluciones y pronto se sintió fresca y renovada.

Mientras Louisa ayudaba a Georgiana a vestirse, se debatía en entregarle la segunda carta de Catalina. La institutriz se la dio antes del escándalo. Le rogó que, sin importar lo que pasara en el Salón del Rey, cumpliera con su misión.

No se atrevió a hacerlo en toda esa semana, hasta ese momento. Louisa consideraba que algunas acciones se debían tomar con calma, no en medio de una crisis.

La petición de Georgiana indicaba que algo dentro de ella había cambiado, y parecía ser para mejor. Jamás la vio tan resuelta ni decidida en algo que no fuera su arte.

Eso le hizo decir:

—Señorita Adams... Lavi... perdón... Catalina dejó una carta para usted... ¿La quiere leer o la quemo?

Louisa le ofreció la carta sellada a Georgiana. Los ojos asombrados de la joven alternaban entre el sobre y la doncella.

No quiso pensar demasiado en las intenciones de Catalina. Tomó la carta y la leyó. Al ver las primeras letras apretó los labios, su antigua institutriz tuvo la consideración de escribir con una letra parecida a la de los libros para que la entendiera mejor.

Mi muy querida señorita Adams:

Espero, de corazón, que al momento de leer esta carta no me odie. Sé que mis acciones pudieron haberla lastimado, y por eso le pido perdón. Quiero que sepa que mis decisiones nunca fueron para hacerle daño. Usted es la hija de esa casa, y siempre tendrá un lugar, como lo tiene en mi corazón... Y también es la hija del barón y de la baronesa. Tal vez no de sangre, pero sí de crianza. Sabemos que no ha sido la más tierna y amorosa, mas nadie tiene una vida

perfecta. Ha tenido un techo, protección y alimento y eso hay que agradecerlo.

Lo demás es mejorable.

No obstante, en este crucial momento usted tiene más oportunidades que otras jovencitas de su edad, tome todo lo que esté a su alcance y aprovéchelo.

Por eso mismo, quiero dejarle en claro que en mí puede encontrar a una hermana. Lo que quiera de mí, lo que necesite, me lo pide e intentaré cumplirle en la medida de lo posible. Sé que se siente muy sola, yo también lo he estado toda mi vida, pero a pesar de ello, en usted encontré a esa persona a la que se desea proteger. Su corazón es bondadoso y su talento es un verdadero diamante en bruto. También he podido constatar que usted es muy inteligente, y su carácter combativo es su mejor cualidad. Sí, de verdad, señorita Adams, es todo eso y más. Estoy segura de que lo que se proponga en esta vida lo logrará, y quiero estar a su lado para cuando suceda eso.

Deseo con mi alma que esta carta no sea una despedida definitiva entre nosotras. Quiero seguir en contacto con usted, mantener una relación que nos permita ser hermanas. Por eso mismo, remitiré mis cartas a la posada del pueblo. Todas las semanas le escribiré y pídale a Louisa que las vaya a buscar, estarán a nombre de ella para que ninguna de ustedes tenga problemas en el castillo por mi causa.

Puede escribirme a Rock Hall, la residencia del señor Croft. Esta es la dirección: 25 de Trafalgar Square, Londres.

Esperaré su respuesta, siempre.

Con amor.

Catalina del Carmen Adams Riquelme

Georgiana se secó las lágrimas con el dorso de su mano. Si necesitaba más señales, esa era la definitiva.

Ya no se sentía tan sola, Catalina no la odiaba ni sus acciones y palabras indicaban querer hacerle daño.

Y ella, por su parte, no podía odiarla, porque estaba segura de que esas historias que le contó acerca de su pasado en ese país lejano fueron, en su mayoría, reales.

En cierto modo, su padre las abandonó a ambas. A Catalina, desapareciendo de su vida por creer a su familia muerta. Y a ella, impidiéndole acercarse con ternura, mostrándose incapaz de darle amor, y muy joven comprendió que no debía buscar ese sentimiento en su padre.

—Padre, padre, mire he logrado dibujar una mariposa... ¿Le gusta? —preguntó Georgiana con sus ojos que centelleaban ilusión. Sostenía el papel, orgullosa de su logro, esperando un reconocimiento, una sonrisa, una caricia.

John tomó el dibujo sin dedicarle tan solo una mirada. Estudió el papel por largos segundos con una expresión fría y seria, sin demostrar ninguna emoción.

—Deberías dedicar tu tiempo a mejorar tu lectura, apenas puedes juntar dos letras. —Le devolvió la hoja, indiferente—. Dibujar no te llevará a ninguna parte.

Ella no pudo decir nada. En su interior algo frágil pero importante se hizo pedazos, como una semilla destinada a ser una flor, y que jamás pudo germinar en esa tierra infértil.

Georgiana evocó ese profundo vacío en su pecho, esa decepción de no alcanzar el corazón de John y sentirse rechazada, nunca ser suficiente para él. ¿Por qué?

Esa pregunta jamás tuvo respuesta.

Georgiana dobló la carta y la sostuvo contra su pecho. Las palabras de Catalina eran un aliciente, pero también planteaban un desafío. A lo largo de su vida, su carácter fue moldeado para que otros dictaran lo que significaba ser la hija de un barón, pero quizás era hora de que ella misma decidiera qué significaba ser Georgiana. Había esperado toda su vida por la aprobación de su padre, pero ahora, por primera vez, se preguntaba si realmente la necesitaba.

Quizás había llegado el momento de ser como Catalina, quien atravesó el mundo para decir su verdad: «Esta soy yo, tu hija, la que dejaste atrás».

Era hora de que ella hiciera su propia travesía, cruzar ese enorme castillo, enfrentar a su padre y decir: «Esta soy yo, la hija que nunca quisiste, y quiero saber si me quedo o me voy».

Capítulo XVII

Por tercera vez en esa semana, Susan enfrentó la puerta del despacho de John. Se retorció las manos y luego hizo el ademán para golpear. Esta vez sí lograría alcanzar su objetivo...

Sus opciones se estaban acabando. La partera no quería volver a fingir que atendía un aborto y su doncella se marchó, presionada por el servicio doméstico. Tal parecía que era absurdo seguir con su representación.

Lauder no contestaba sus cartas, sino todo lo contrario, las devolvía sin siquiera abrirlas.

Aquella era señal suficiente para saber que estaba sola.

—Padre lleva dos semanas encerrado en ese lugar. —Susan escuchó la voz de Georgiana a sus espaldas y dio media vuelta. La joven parecía haber crecido, en sus ojos percibía algo que antes no estaba presente; determinación—. No ha abierto esa puerta para nada, salvo para recoger la bandeja con comida o hacer sus necesidades. Todos dicen que en cualquier momento lo encontrarán muerto.

Susan no respondió de inmediato. No quería parecer desesperada y se aferraría a todas las oportunidades que se le presentaran. Si Bamburgh moría, tendría más tiempo para impedir que Catalina reclamara su lugar como heredera. El litigio podría durar años.

Necesitaba jugar sus cartas con cautela, era imperativo poner a Georgiana de su parte y repuso:

—Debemos hacer que salga de ahí, y que nos dé respuestas. Tiene que tomar decisiones. Eres la heredera.

Georgiana, sin pestañear, dijo:

—¿Está segura de que yo soy la heredera?

Susan miró de reojo la puerta y un escalofrío la recorrió. Esperaba que Bamburgh no hubiera escuchado esa interpelación. Con fuerza, tomó a Georgiana del brazo y la llevó a tirones hacia el Salón del Rey, necesitaba alejarla de los oídos del barón.

Entre dientes escupió su pregunta:

—¿Acaso creíste en las palabras de esa mujer?

Georgiana miró la mano que asía su brazo y luego a Susan. Dolía ese agarre, pero por algún extraño motivo, la joven no sentía miedo. Dentro de ella bullía la respuesta, una voz nueva, fuerte y clara que no había escuchado antes, pero que ya no podía ignorar. Con una frialdad que a ella misma le sorprendió, contestó:

—A juzgar cómo me trata, tiene sentido lo que dijo Catalina.

Los movimientos de Susan fueron lentos y suaves al soltar a Georgiana. La joven no dejaba de mirarla a los ojos.

—Disculpa... No suelo medir mi fuerza. Estoy muy nerviosa, tu padre debe salir de ese lugar.

Georgiana todavía sentía la presión en su brazo, mas no quiso replicarle. Sabía que obtendría más de Susan si actuaba con sumisión, por lo que dijo:

—Tiene razón, madre. —La palabra sonaba extraña en su voz, al punto de producirle repulsión—. Tal vez si usted lo intenta, reaccionará. A mí no me ha respondido.

Georgiana apretó los labios y contuvo sus repentinas ganas de llorar. El silencio de John decía más que cualquier respuesta. Solo permanecía en ese castillo porque no era fácil fugarse con esa incesante lluvia, y esperaba una carta de Catalina.

Susan miró en dirección al rellano.

—Iré a ver a tu padre... Es mejor que vayas a tu habitación.

Georgiana asintió y, arrastrando los pies, obedeció. Susan volvió sobre sus pasos, y pronto ya estaba frente a la puerta del despacho de John. No dudó más y golpeó.

Silencio.

«Ojalá que esté muerto», pensó, e insistió dando golpes más fuertes.

Susan se humedeció los labios y sus pulsaciones se aceleraron. Se atrevió a exigir:

—¡Esposo, abra la puerta! ¡No puede seguir encerrado!

La puerta se abrió de golpe. Susan se encontró con un verdadero espectro del hombre que fue su esposo. La piel macilenta, el cabello sucio y pegajoso, los ojos hundidos y con extensas manchas oscuras debajo de ellos. La ropa le quedaba suelta, evidenciando que tenía varios kilos menos.

Susan entreabrió la boca, era como si estuviera muerto en vida. Un escalofrío la recorrió cuando sintió la mano helada de él asiéndola por la muñeca, obligándola a entrar. Era extraña la presión del agarre, parecía más desesperada que iracunda.

Casi no reconoció la voz de John cuando dijo:

—Hasta que te atreviste a dar la cara, esposa... ¿Lauder? ¿Cuánto tiempo? —interpeló. Nunca quiso darles importancia a las señales, era más fácil hacerse el desentendido.

Cobarde. Cobarde. Cobarde.

Susan intentó deshacerse del contacto, mas fue imposible. Pese al lamentable estado de John, todavía poseía fuerza.

—Esposo, me hace daño... Suélteme.

John apretó más y exclamó:

—¡Contesta!

Susan necesitaba conservar su relación con el barón en la medida de lo posible. ¿Qué haría sin su protección, sin la posición que ostentaba? Estaba sola, era casi la única que quedaba de su familia y recurrir a otros parientes que solo la humillarían era inaceptable. Desde ese momento cada respuesta que pudiera darle era crucial; sin embargo, también podía dar vuelta las tornas e interpeló:

—¿De verdad le va a creer a esa mujer?

John la soltó. Su mirada severa fue como un puñal cuando replicó:

—Esa mujer es mi hija, maldita sea.

—¿Cómo lo sabe?

—No te atrevas a poner en duda lo que dijo Catalina. Es mi hija, lo último que queda de mi familia. La que se llevó mi corazón...

Y ahí Susan encontró su oportunidad.

—¿Y nosotras? ¿Qué somos?

—Siempre lo has sabido desde el principio. Nunca te prometí nada más que esto; ser la señora del castillo a cambio de que me dieras un heredero... —Se atrevió a apretar el abultado vientre de Susan, necesitaba comprobar lo que decía Catalina... Blando... Un vientre lleno de vida no era mullido como el de Susan, cuántas veces acarició el de Mariana. En sus labios emergió una sonrisa de amargura y se apartó—. No es necesario que sigas con tu engaño. Ya era extraño que te embarazaras con tan pocos intentos y que los perdieras con pasmosa facilidad... Contesta y di la verdad por primera vez en tu vida... ¿Georgiana es...?

Esa batalla Susan la había perdido. Debía arriesgarse decir la verdad y mostrarse arrepentida, humilde y sumisa... Cabizbaja, respondió:

—Supongo que ya sabe la respuesta.

—¡Maldita seas! —Tomó lo primero que pilló, un tintero, y lo estrelló contra el suelo, salpicando de negro las paredes, los muebles y el vestido de Susan.

Por un instante, Susan se sintió pequeña como si la habitación se encogiera al punto de no saber dónde ir. Debía aferrarse a la verdad, porque en esa historia ella no era del todo una villana.

—¿Y qué quería que hiciera? No me podía embarazar y usted presionaba, presionaba, presionaba y presionaba por su heredero. —Ese recuerdo le sirvió para que sus lágrimas emergieran espontáneas y pesadas—. ¿Qué pretendía? ¿Un milagro? Mi único deber era uno y tenía que cumplir. Lamentablemente, no tuve opciones de darle un varón, era Georgiana o un niño deforme que sería nuestra vergüenza... Pero pese a que le servía, no le bastó con la niña, ¿cierto? No me dejó alternativa, usted quería un varón... Las pérdidas debían convencerlo en algún momento... —Sus fosas nasales se dilataron y más lágrimas cayeron, pero de ira que podían disfrazarse de angustia—. Y ahora resulta que este matrimonio ha sido nulo desde el principio. No tiene derecho a recriminarme nada, mi señor... Y respecto a Lauder, es una vil mentira, eso se lo inventó su hija para hacerle más daño. De verdad, le puedo jurar por mi vida que no ha pasado nada con el conde.

La habitación se sumió en un denso silencio. Ambos se miraban a los ojos. Una lucha de voluntades, de ver quien cedía primero...

John se encontraba en una encrucijada, el deber lo tironeaba en direcciones opuestas. Les había arruinado la vida a tantas personas inocentes, que cualquier decisión que tomara iba a perjudicar a alguien. Era inevitable, todo lo que tocaba se pudría.

Estaba harto de dañar. Desvió su mirada de los ojos azules de Susan, la puerta estaba abierta y se encontró con los de Georgiana, enrojecidos y desorbitados...

Otra vida destruida desde el principio. Nunca fue capaz de aferrarse a Georgiana, siempre temía que, si le pasaba algo, no lo resistiría... Extraño, todavía sentía lo mismo por ella, a pesar de saber que ni siquiera compartían la sangre...

Estúpido. Cobarde. Egoísta.

Georgiana negó con su cabeza y salió corriendo. John volvió a centrarse en Susan, tal parecía que ella no se había dado cuenta de su presencia. No le sorprendió, su esposa siempre fue así con su hija, como si no existiera. Ahora lo entendía todo...

Tenía que intentar poner las cosas en su lugar y, en el proceso, volvería a herir.

Estaba destinado a ser la desgracia de otros y la propia.

Sin decir una palabra más, pasó por el lado de Susan, no tenía sentido continuar con esa discusión. Ella dio media vuelta y se encontró con la espalda de John.

—¿Qué va a hacer? —No fue capaz de seguir llamándolo esposo.

—Iré a Londres a hacer lo correcto.

Susan no lo siguió. Sabía lo que John pretendía.

Y ella se iba a quedar sin nada. Debía impedir a toda costa que eso sucediera.

Esa noche, Alec se encontraba en su habitación, terminaba de recortar la barba, la cual estaba de un largo que le hacía parecer un salvaje. El espejo le devolvía el reflejo de su cuerpo desnudo y húmedo. En su hombro colgaba una toalla y su cara hacía muecas para dar con el ángulo preciso y ejecutar un corte limpio con la tijera.

Notó que también le hacía faltaba un corte de cabello, también estaba demasiado largo para su gusto.

Catalina apareció en sus pensamientos, recordó el sabor del profundo beso de buenas noches que se dieron hacía poco más de media hora. Evocó su toque, su voz que emitía un leve y sensual gemido. El anhelo se alzó con fuerza desde el centro de su pecho.

De pronto, como si la hubiera llamado con el pensamiento, en el reflejo apareció Catalina, vestida con su recatado camisón. Alec sintió que el aire en su habitación se transformaba, que el pulso de su propio deseo, contenido durante noches, por fin era libre. Cuando sus ojos se encontraron, algo en su interior tembló; esa mujer era suya, y esa certeza lo llenaba de una fuerza que iba más allá de lo físico. Alec hizo el último corte y se secó con la toalla que después dejó sobre el tocador. Dio media vuelta y fue al encuentro de su prometida. Al sentir la suave y cálida piel de Catalina, fue como llevar la única ancla que mantenía su deseo a raya.

No obstante, frunció el ceño, extrañado de la presencia de su prometida a esas horas y en ese lugar. Ambos obedecieron la orden de la duquesa de dormir en habitaciones separadas pero contiguas.

Desde que llegaron a Londres, hacía dos semanas, él no había podido hacerle el amor a su mujer, y cualquier beso robado y caricia a escondidas lo dejaba pidiendo más. Durante cuatro años soportó estoico el celibato recurriendo a sus propias manos, pero, desde que Catalina entró en su vida, era condenadamente difícil aguantar. Ni siquiera se atrevía a estimularse para domar su instinto, aquel era un terrible sucedáneo que no servía para saciar su hambre.

Vivían separados de noche, y también de día. Sus tiempos coincidían en la hora del desayuno, en la cena y en las actividades que realizaban después. Catalina se fue adaptando a la vida familiar poco a poco.

Los Martin era una familia distendida que disfrutaba de los juegos de cartas, de reír, de relatar lo que sucedía en el día y de historias pasadas, que le dieron otro matiz a las que Alec le narró.

Catalina procuraba no ilusionarse con tanto cariño recibido, le costaba asumir que esa sería su vida. Margaret la llevaba de compras a Bond Street. También visitaban a las grandes damas, las cuales eran amigas y parientes de la duquesa. En aquellas reuniones organizaban la *soirée* de compromiso y la boda que se realizaría en noviembre.

Cada día conocía a una persona nueva, estrechaba lazos, surgían tímidas amistades que tomarían fuerza con el tiempo. Catalina debía convencerse de que ese cariño sería duradero, que no tendría que despedirse, que todo duraría tanto como la vida.

Con tan solo poner la cabeza en la almohada se dormía, siempre pensando en Alec y en cuánto extrañaba amarlo en cuerpo y alma. El cansancio y tantas emociones la dejaban agotada. Era como si nunca hubiera usado su corazón y ahora apenas soportaba tanta felicidad. Siempre se decía que, en cuanto todos se durmieran, visitaría a su prometido, pero cuando despertaba ya era de día.

Catalina se acercó, acarició su torso a conciencia y lo besó.

El cuerpo de Alec reaccionó. En tan solo segundos su impúdica longitud reposaba en el terso vientre de Catalina. Rompió el beso antes de acabar con su último rastro de control y preguntó:

—¿Qué haces aquí? ¿Alguien te vio?

Catalina sonrió con cierta malicia y respondió:

—Tu madre no es tonta y sabe que no hemos hecho nada estos días. Andas más gruñón que

de costumbre. —Alec la miraba sin comprender qué tenía que ver una cosa con la otra, hasta que Catalina agregó—: Me dio la llave que conecta nuestras alcobas. Solo me dijo que fuera sabia y discreta... que fuéramos discretos. Te recuerdo que tu hermana está en la habitación de al lado.

Alec sabía que algún día su madre se apiadaría de él, lo que no sabía era que sería un hueso tan duro de roer.

Tomó de la mano a Catalina y, esbozando una media sonrisa taimada, dijo:

—Mejor vamos a tu habitación...

No tardaron en estar sobre la cama, desnudos, besándose con desesperación, enredándose y acariciándose como si no hubiera un mañana.

Alec instó a Catalina a que lo montara a horcajadas, y ella, como toda una amazona, tomó el mando. No era la primera vez que guiaba esa longitud hacia su interior, pero en esa oportunidad se sintió con la seguridad que él le otorgaba al darle carta blanca.

En el instante en que Catalina tomó el control, Alec sintió que no existía espacio ni tiempo que los contuviera. Cada acometida era una confesión silenciosa, cada roce una promesa en susurros. Ella lo guió en ese voluptuoso vaivén en el que sus cuerpos se unían. Sus manos acariciaban el pecho masculino, sus alientos cálidos se entrelazaban. Y cuando encontraron el ritmo perfecto, Alec la sostuvo con fuerza de las caderas, casi como una súplica, como si temiera que ese instante se desvaneciera. Era un paraíso eterno en el que sus almas se rozaban en cada respiro compartido.

Catalina había aprendido cómo alcanzar el placer y también cómo alargarlo. Alec se dejaba arrastrar por aquella diosa pagana que lo cabalgaba con brío o que bajaba la intensidad, convirtiendo el intercambio en una deliciosa tortura, siempre abandonada a su propio deleite. Con cada balanceo, él iba a su encuentro y se veía atrapado en el dulce y acuoso calor que lo acercaba al éxtasis.

Sus voces se unían en gemidos, jadeos y súplicas. Se llamaban entre eróticos susurros al ritmo de esa danza hedonista, la cual resonaba con el sonido de sus sexos embistiendo. Alec se perdía acariciando la suave piel, llenándose las manos con los pechos de su amada amante, al tiempo que ella tomaba todo de él sin compasión.

No tardaron en alcanzar ese punto culminante de esa unión; presión, roce y humedad lograron esa gloriosa comunión de almas y los llevó directo a las puertas del paraíso.

Y juntos cruzaron el divino umbral. En ese ínfimo instante, más allá de las palabras, el amor que los unía se volvió un pulso, más que físico, del alma. Alec sintió que cada latido de su corazón vibraba en sincronía con el de ella. En ese segundo perfecto, el universo parecía reducirse al sonido de sus respiraciones, al calor de sus cuerpos, al vínculo invisible pero inquebrantable que los fusionaba. Durante una efímera eternidad se unieron tanto como era posible, el amor y la vida eran uno solo. Sentían el mismo palpitante placer, dándolo, recibéndolo, extendiéndolo hasta que sus cuerpos no resistieron. Se entregaron al cansancio, a ese dulce vacío que solo podían llenar con un abrazo que les brindaba ese sostén, que les confirmaba que estaban juntos, y que volverían a hallar ese precioso lugar en el que ellos dos disfrutaban de ese amor.

Abrazados se sumieron en el dulce sopor del sueño. Catalina descansaba sobre el pecho de Alec, escuchando su respiración acompasada. Él le acarició el cabello, enredando sus dedos en esa salvaje y sedosa cascada de rizos negros. En ese simple gesto había un significado poderoso, se pertenecían con la certeza de que la eternidad era, de alguna forma, un momento, y que ya no volverían a despertar solos hasta el fin de sus días.

A la tarde del día siguiente, Margaret y Catalina entraban a la salita privada de la duquesa. Detrás de ellas iban Charity, Laura, Sarah y Bernie, estas últimas eran las esposas de los hermanos de Alec, Lawrence y Thomas, respectivamente.

Las mujeres del ducado de Hastings en pleno.

Pronto la estancia se llenó de cajas que traían los lacayos. Preparar un compromiso y una boda involucraba muchas compras y no solo para la festejada, sino también para el resto de las damas.

Entre risas y bromas, se sirvieron té. Londres cada día se tornaba más frío y aquella infusión les dio un plácido calor.

Bernadette se quitó los zapatos y movió sus pies.

—Aaaah, me duelen tanto. Hace tiempo que no salía a comprar. Necesitaba descansar un par de horas de Albert y Penny.

Charity rio, malévola.

—Ya me imagino a Thomas y a Lawrence haciendo malabares cuidando a sus retoños. A los hombres les gusta ser padres hasta que tienen que encargarse un par de horas de las criaturas que engendraron.

Sarah negó con su cabeza, sonrió con suficiencia y señaló:

—Di eso del resto, Lawrence se maneja bastante bien cuidando a Kane... Salvo con los pañales, pobre. Ahí recurre a la niñera.

Charity puso los ojos en blanco y añadió:

—Ellos parecen ser los bebés, huelen un pañal sucio y es el apocalipsis.

—Eso te lo concedo.

Bernie repuso:

—Thomas también se las apaña bien con Albert, pero es la primera vez que se queda con los dos... Y sí, el pañal es el enemigo número uno de los Herederos del Diablo.

Laura sonreía y comentó:

—Tomaré nota de todas ustedes para entrenar a Will en el arte de oler pañales sucios sin morir en el intento. Estoy pensando en escribir un manual para el futuro.

Laura llevaba pocos meses casada, pero aún no quería tener hijos. Entre dirigir la academia y sus estudios de perfumería, un bebé sería una feliz pero inesperada interrupción de sus sueños y metas.

Mientras tanto, quería disfrutar de ser tía.

Miró a Catalina. Qué impresionante cambio veía en ella, y más impresionante era su verdadera historia. Se sentía orgullosa de su familia, practicaban lo que predicaban. No le negaban una segunda oportunidad a una mujer, y su futura cuñada no era la excepción. La integró a la conversación preguntando:

—¿Y ustedes quieren tener hijos pronto o van a esperar un tiempo? —Catalina la miró como si no entendiera—. En esta familia no es pecado desviar los designios de Dios cuando se trata de la progenie. —Catalina entreabrió su boca hasta formar una O. Laura rio y repuso—. Creo que ese tipo de conversación no la han abordado como prometidos. Alec es un idiota.

Catalina, siempre dispuesta a defender a su amor, justificó:

—Para empezar, no sabía que se podía evitar.

Charity ladeó su cabeza y dijo:

—Pero si estudiaste en la academia. Hasta nosotras, como maestras, aprendemos eso de algunas alumnas que no saben mantener la boca cerrada.

Catalina se encogió de hombros y respondió:

—Al principio no entendía el inglés, y la mayoría de mis conversaciones se limitaban a lo que nos enseñaban en clase.

Se hizo un breve silencio. A juzgar de lo que sabían de su historia y de lo que fueron testigos, era evidente que Catalina nunca tuvo amigas o confidentes. A todas se les encogió el corazón al dimensionar la soledad que padeció la nueva integrante de la familia.

Debían hacer algo al respecto.

Catalina les sonrió. Una especie de gratitud nueva y profunda surgió en su corazón al verse rodeada de aquellas mujeres que, sin dudarlo, la acogían en sus confidencias como una más.

Margaret suspiró, complacida. Su mirada se desvió a la mesita de centro, ahí estaba el ejemplar del Clarín Social. Entrecerró sus ojos y pudo leer Bamburgh en uno de los titulares.

No perdió el tiempo, lo tomó y leyó. A medida que avanzaba arqueaba más las cejas. Se le escapó un:

—¡Cielo santo!

Cinco pares de ojos la miraron. Margaret forzó una sonrisa a Catalina y anunció:

—Ya todo Londres sabe quién eres, querida. Lo bueno es que la versión que manejan se parece bastante a la que has dado.

Catalina miró a Margaret, una mezcla de orgullo y vergüenza bregó en su interior. Se imaginó a su madre en esa misma situación, quizás habría sentido más de lo segundo que de lo primero. Constató que se parecía a ella más de lo que imaginaba, sus mejillas se calentaron y dijo:

—Con razón me miraban raro en el taller de la modista... perdóneme por las molestias que les estoy causando a la familia. Nunca ha sido mi intención.

Margaret hizo un ademán desestimando las palabras de Catalina y repuso:

—Solo serán unos meses, mientras no haya un escándalo que lo supere. Además, la mayoría se encuentra en sus casas de campo hasta que se inicien las sesiones en el Parlamento en febrero. No te preocupes, Catalina, no dejes que te afecte... En todo caso, el que tiene que lidiar con esto es Bamburgh, él aparece como el principal villano en esta historia. ¿Quieres leer?

Catalina negó con su cabeza. No quería saber qué decían de John.

Tonto, estúpido y cobarde.

Pensó en Georgiana. Se preguntó si ya habría recibido su respuesta. Cada día le preocupaba más.

El mayordomo interrumpió el momento entrando en la estancia y anunció, solemne:

—Su excelencia, buscan a la señorita Adams. —Todas las miradas se dirigieron a Catalina—. La busca la señorita Adams.

Un efímero silencio se cernió en la habitación. Catalina tardó en entender lo que estaba pasando hasta que su mirada se cruzó con la de Margaret. Tan solo eso bastó para salir de su estupor, levantarse de su asiento y exclamar:

—¡Georgiana!

Y sin más salió de la estancia. Necesitaba con su alma abrazarla.

Capítulo XVIII

Catalina corrió, y cuando entró al vestíbulo, divisó a Georgiana que era acompañada por Louisa. Sus miradas se encontraron casi al mismo tiempo, y una gran sonrisa se esparció en el rostro de ambas. La joven fue al encuentro de Catalina y se abrazaron con fuerza, como nunca habían abrazado a otra persona.

Georgiana se zambulló en ese calor que le brindó tanto alivio, e incluso esperanza. En su corta vida pocas veces recibió muestras de cariño como esa y, en ese momento, atesoraba en su alma la seguridad que Catalina le daba a su corazón. Podía parecer absurdo, pero al aspirar el aroma de su antigua institutriz se sentía como si llegara a casa. Su verdadera casa.

Se separaron tan solo un poco y Catalina se apresuró a preguntar:

—¿Estás bien? ¿Cuándo llegaste? ¿Viniste sola con Louisa? ¿Saben que estás aquí?

Georgiana solo asintió, mas no pudo contestar la avalancha de interrogantes y volvió a refugiarse en los brazos de Catalina, a quien la incertidumbre la estaba matando, no sabía a cuál pregunta respondía la joven.

Se quedaron largo rato en el vestíbulo. Catalina acariciaba la espalda y besaba la rubia cabellera de su hermana. Sí, hermana, porque pese a las circunstancias, ambas compartieron el sino de ser hijas de Bamburgh y vivieron las consecuencias de sus actos.

Catalina intercambió una mirada con Louisa, articuló sin voz un sentido «Gracias», que fue respondido con una leve reverencia por parte de la doncella.

Cuando el llanto de Georgiana remitió y se transformó en respiraciones entrecortadas, fue el momento que Catalina eligió para obtener las respuestas que más le apremiaban.

—Georgiana, ¿tus padres saben que estás aquí?

La joven se sorbió la nariz y negó con su cabeza.

—No se van a dar cuenta jamás. Me dejaron sola en el castillo... Y no son mis padres, ya lo confirmé...

—¿Cómo?

—El barón discutió con su esposa y bueno... Ella se lo confesó, pero le negó que es amante de lord Lauder, yo sé que eso no es cierto, una vez los vi besándose...

De tanta frustración, a Catalina se le escapó el español como una cascada de palabras:

—*Ave María Purísima, las cosas que tuviste que ver, mi niña...* —Resopló y repuso—: Ven, vamos a mi habitación a conversar con más calma... Acompáñanos, Louisa. —Catalina miró hacia el fondo del vestíbulo, lugar donde estaba la salita de la duquesa. Todas las damas observaban con curiosidad y dijo—: Necesito conversar con la señorita Adams en privado.

Como respuesta recibió el asentimiento general y el de Margaret. Catalina les sonrió con gratitud y se llevó a Georgiana de la mano.

Cuando llegaron a la habitación de Catalina, se sentaron en la orilla de la cama. Louisa se mantuvo de pie a una distancia prudente.

Catalina tomó de las manos a Georgiana e interrogó:

—Ahora, ¿cómo es eso de que te dejaron sola en el castillo?

—Después de que discutieron, padre... digo, el barón empacó sus cosas y salió en la tarde. El cochero lo dejó en Newcastle, no sé si se quedó ahí o no... La baronesa hizo lo mismo, pero más tarde. Cuando llegó el carruaje, lo tomó ella. El cochero la llevó hasta Alnwick, al menos eso es lo que dice él. Cuando me vi sola, consideré que era mi oportunidad de irme. Louisa me acompañó, aunque no se lo pedí.

La doncella no perdió la instancia para intervenir:

—¿Cómo iba a dejarla sola, señorita? Era muy peligroso para usted viajar sin compañía. Catalina le sonrió.

—Gracias, Louisa. No todas toman la misma decisión que tú.

—Fue fácil en realidad.

—Tu lealtad será recompensada, no lo dudes... —Miró a Georgiana—. Bien, ¿no sabes si en Newcastle el barón tiene amigos o conocidos?

—Creo que no, él es de pocos amigos, lord Lauder y lord Whitley son los que más lo visitan.

—¿El cochero o el ayuda de cámara del barón saben de su destino final?

Georgiana negó con su cabeza.

Catalina pensó que, dadas las circunstancias, lo más lógico era que el destino de John fuera Londres, dado que en Newcastle se encontraba la estación de trenes más cercana a Bamburgh.

—¿No sabes si aquí en Londres tiene alguna residencia el barón?

—Sí, en el 11 de Cavendish Square. Pero hace muchos años que no se usa. Tengo entendido que solo hay un cuidador en esa casa. ¿Tú crees que está aquí?

—No sé ni me interesa si John está aquí o dónde sea. Solo me importas tú. Ya lo resolveremos cuando ellos se enteren de que no estás en el castillo. ¿Dejaste alguna nota, dijiste algo allá?

—No, nada... Solo desaparecí con Louisa.

—Bueno, si son inteligentes supondrán que estás conmigo, y conmigo tendrán que vérselas.

En ese momento golpearon la puerta. Catalina dio su venia y pronto la figura de Alec llenaba el umbral. Ella le sonrió, siempre le sorprendía el hecho de que solo la presencia de él la tranquilizaba y la colmaba de seguridad.

—Mi madre me comentó que recibimos la visita de la señorita Adams. —Se internó en la estancia y le dio una digna reverencia—. Sea bienvenida a Rock Hall.

Georgiana esbozó una sonrisa. Era extraño ver la expresión relajada del señor Croft. Casi no podía creer que fueran dos personas diferentes. Su lengua tropezó al decir:

—Gra... gracias, señor Croft.

Alec se agachó lo suficiente para quedar más abajo que Georgiana. Mirandola desde ese punto prosiguió:

—Siempre será un placer tratándose de usted. —Encerró entre sus manos las de ella unidas a las de Catalina—. Y, como en el futuro seremos cuñados, le propongo que dejemos de lado el trato formal, ¿le parece bien?

Aquella propuesta la llenó de desazón. Georgiana bajó la cabeza y confesó:

—No somos hermanas, no somos nada...

Catalina le apretó con gentileza sus manos y aseveró:

—Sí lo somos... En mi corazón lo somos, yo ya te lo dije. John fue quien nos dio el apellido y para ambas ha sido un padre terrible... No tengo más familia que tú, ni siquiera recuerdo a mi hermano, y tú nunca pudiste tener uno. Sí, somos hermanas... Quiero que lo seamos, de verdad.

Georgiana levantó la cabeza y se encontró con los ojos de Catalina. La intensidad de esa mirada era algo que jamás había visto en su vida, como si con tan solo decir que eran hermanas producía un lazo indisoluble entre ellas. Eran tan diferentes, tan opuestas en lo físico. Incluso eso

las distanciaba. No obstante, ella le ofrecía lo que siempre quiso, amor y cariño.

Se negaba a pensar en Catalina como una hermana, pero su ansia por una unión genuina la empujaba a olvidar lo que las separaba y reforzar lo que las vinculaba, el mismo destino.

Apretó las manos de su hermana en una muda admisión.

Para Catalina ese simple gesto fue más que si Georgiana lo hubiera gritado. No la odiaba, la aceptaba, y aquello la llenó de una miríada de nuevos sentimientos nuevos. Se sentía orgullosa de lograr algo bueno de toda esa venganza, deseaba proteger a Georgiana de las consecuencias y construir una familia. No importaba que fuera pequeña y desmembrada, ellas estaban sentando los cimientos de algo que siempre quisieron.

Georgiana le sonrió a Catalina, y rieron con una mezcla de llanto y felicidad. Se abrazaron con una inusitada ligereza en sus corazones.

Se separaron tan solo para secar sus lágrimas y Georgiana miró a Alec.

—Entonces, desde ahora, y ya que seremos familia, dejemos el trato formal... Alec.

Él le sonrió a Georgiana. A ella le dio la impresión de que el semblante de Alec cambiaba del cielo a la tierra cuando estaba relajado, pero cuando sonreía de esa manera tan genuina... Dios parecía un jovencito de su edad. No se asemejaba en nada al hombre hosco que conoció en Bamburgh y aquello le hacía sentir especial, solo las personas cercanas sabían cómo era él.

—Así será, Gigi.

Georgiana parpadeó. ¿Eso era un diminutivo, un nombre cariñoso? Se escuchaba extraño y a la vez hermoso. Siempre fue Georgiana, señorita Adams... Ser Gigi, solo Gigi era descubrir que también eso necesitaba, un trato sencillo, afectuoso... protector.

—¿Gigi? —preguntó para cerciorarse y probar con su voz ese nuevo nombre.

Gigi...

Ah, qué ligero se escuchaba, era como si su nombre no pesara.

Alec, sin poder interpretar la reacción de Georgiana, preguntó:

—No le molesta, ¿cierto? —Georgiana negó con entusiasmo—. Qué bueno, la mayoría tenemos sobrenombres o diminutivos en esta casa, y Gigi suena lindo. —Se encogió de hombros—. Ah, mi madre pregunta si Gigi viene de visita o será algo más permanente.

Catalina esbozó una sonrisa. Adoraba a Margaret.

—Espero que sea permanente, mi ángel.

Alec le guiñó y miró a Louisa.

—Supongo que usted es la doncella de Gigi. —La muchacha asintió—. Bien, le presentaré a Lincoln para que él se haga cargo de acomodarla.

Louisa hizo una reverencia y salió de la estancia. Alec antes de salir, anunció:

—Si no es demasiado para ustedes, las damas ahí abajo desean conocer a Gigi. Es toda una celebridad.

Catalina miró a Georgiana y sin palabras le preguntó. La jovencita esbozó una sonrisa y repuso:

—Me gustaría conocer a tu nueva familia, Catalina.

—Nuestra nueva familia, Gigi... Nuestra.

John entraba en la oficina del arzobispo de Canterbury en Lambeth Place. Pese a la amplitud de la estancia, se sintió ahogado, encerrado. El ambiente le resultaba opresivo. Inspiró hondo y el

aire le pareció espeso, apenas llenaba sus pulmones.

El arzobispo, el señor William Howley, le ofrecía asiento mientras él hacía lo propio. Segundos después, preguntaba:

—¿En qué lo puedo ayudar, milord?

John suspiró largo y profundo, pidiendo perdón a Dios, a Susan y a Georgiana, y dijo con voz quebrada:

—Necesito anular mi matrimonio, cometí bigamia sin saberlo. —Del bolsillo interno de su levita, con cierta torpeza sacó los documentos que Catalina le lanzó a la cara y otros más. Se los entregó al sorprendido arzobispo con un ligero temblor recorriendo sus dedos, y añadió intentando reforzar su voz—: Me casé en Chile hace treinta y cuatro años. A finales de 1814 volví a Inglaterra a tomar mi título y, en el transcurso del año siguiente, me informaron que mi esposa había muerto junto con mis hijos. Diez años después de ese hecho, me volví a casar... —De súbito, se le oprimió la garganta, otra vez le costaba respirar. No obstante, apretó sus puños y prosiguió—: Hace unas semanas apareció mi hija, la única sobreviviente, a reclamar su lugar. Lo que me informaron resultó ser falso. Mi primera esposa estuvo viva hasta hace trece años. Los documentos que tiene en sus manos corroboran lo que le he contado.

El arzobispo revisó los documentos con parsimonia, asunto complicado porque todo estaba en español. Sin embargo, era evidente que lord Bamburg no estaba bromeando.

—Ese es el certificado de matrimonio emitido por la Iglesia de San Agustín, en Santiago —repuso John, señalándole el documento que sostenía el arzobispo. Se secó el sudor de su frente con el dorso de la mano, y luego apuntó hacia los papeles sobre el escritorio—. Esas son las actas de nacimiento de mis hijos y los de defunción de mi esposa y de mi... mi primogénito... A... Aquí están los documentos del registro de la Iglesia de Saint Aidan en Bamburg de mi matrimonio, y el nacimiento de mi hija, Georgiana... Bueno, no sé qué más falta para iniciar el proceso, la verdad lo desconozco.

Durante eternos minutos el arzobispo revisó los documentos. Al terminar, le dedicó una larga mirada a John, quien no rehuyó el contacto. Anular matrimonios era un asunto desagradable y tedioso. Tomó una honda y sonora inspiración, y ordenó los papeles. Mientras lo hacía, consultó:

—¿Su esposa está enterada de que lo que usted pretende hacer, milord?

John se quedó en silencio, recordando qué había dicho con exactitud cuando discutía con Susan...

—No... pero creo que lo sospecha.

El arzobispo Howley frunció el poblado cejo canoso, su voz grave evidenciaba su reprobación cuando añadió:

—¿Usted sabe que la bigamia es un delito grave que se paga con cárcel?

Un asentimiento vacilante y tenso fue la respuesta inicial de John antes de decir:

—Lo tengo claro, pero es lo que debo hacer y asumiré las consecuencias. Resulta que mi ausencia y cobardía condenó a mi familia a la deshonra y a la muerte. Ahora debo hacer lo correcto por mi hija mayor.

El arzobispo lo miró fijo. No sabía si ese hombre estaba perdiendo la razón por la culpa, o si nunca había sido más lúcido que en ese momento. Antes de proceder debía estar muy seguro, porque las pruebas eran irrefutables, y el principal causante estaba colaborando. La nulidad iba a tardar un par de meses como mucho.

—¿Comprende que esto perjudicará a su esposa y, además, su hija quedará como ilegítima?

Socialmente, quedarán sumidas en la vergüenza.

—Lo entiendo, ya veré una forma de compensarlas de alguna manera... La situación tiene atenuantes que puede beneficiarlas.

—Así también puede compensar a su otra hija... Tal vez si mantiene todo en secreto...

—No, esta es la compensación para Catalina, es lo justo, lo correcto. Ella ha arrastrado el peso de mis actos pusilánimes durante treinta años.

El arzobispo carraspeó. El hombre estaba determinado a llegar hasta el final, y él no insistiría en tratar de persuadirlo. Independiente de la decisión que el barón tomara, estaba destinado a que una de sus hijas sufriera. Una lástima. Por su parte, no era quién para impedir la nulidad, solo era un siervo de Dios, no Dios mismo, y el Todopoderoso era el único que podía juzgar los actos de los hombres.

—Bien, milord. El proceso de nulidad no es algo simple, y puede tardar incluso años. Sin embargo, como usted ha presentado todos los documentos, es posible que no se demore tanto. Deberá asistir a las audiencias correspondientes y también los involucrados en este asunto... y, probablemente, su esposa tome represalias, estará en su derecho de presentar una denuncia por bigamia.

—Lo sé... —Apretó los labios para reprimir el impulso de sollozar como un niño—. Pagaré las consecuencias de mis actos...

—Que Dios lo ampare, milord. Que Dios lo ampare.

John pensó lo mismo, necesitaba el amparo de Dios. Ansiaba hacer algo bien por primera vez y enmendar sus errores.

Aunque le costara la vida, necesitaba alcanzar la redención.

Susan entró a la oficina del señor Lambert, abogado de Bamburgh, quien le ofreció asiento y un té que ella aceptó.

El señor Lambert observaba en silencio a la baronesa, quien presentaba un aspecto ojeroso y un tanto desaliñado. La tribulación se evidenciaba en su semblante y su postura encorvada.

Una vez que ella probó el té y cerró sus ojos con cierta satisfacción, el abogado preguntó:

—¿En qué la puedo ayudar, milady?

Susan guardó silencio. Sus ojos se llenaron de lágrimas y de su retículo sacó un pañuelo. Con un hilo de voz, apenas articuló un:

—Discúlpeme...

Gimió por varios minutos que al abogado se le antojaron una eternidad. Susan lo miró de refilón, el hombre no hallaba hacia dónde posar sus ojos, o cómo consolar a la dama que parecía atravesar un problema enorme.

Susan consideró que era un buen momento para hacer su próxima jugada. Se tranquilizó poco a poco, e inició la entrevista con su voz congestionada:

—Señor Lambert, he venido a su oficina porque estoy preocupada por mi marido.

El abogado se inclinó hacia adelante, interesado por lo que aquejaba a tan distinguida dama.

—¿Qué le sucede a lord Bamburgh, milady?

Susan se sorbió la nariz con el pañuelo. Soltó un suspiro entrecortado y reveló:

—Las últimas semanas, nuestro matrimonio ha atravesado una situación compleja. Una

hija ilegítima apareció... —El abogado arqueó sus cejas—. Oh, no es lo que parece, la engendró mucho antes de nuestro matrimonio. El asunto es que, desde ese entonces, mi esposo ha actuado de forma errática. Se encierra en su habitación, incluso habla solo... —Volvió a llorar y, entre hipidos añadió—: Ha sido terrible, creo que está perdiendo el juicio. Oh, me ha tratado horrible.

—Milady, lamento mucho la situación que atraviesa en estos momentos, pero no tiene sentido para mí, ¿por qué me está diciendo todo esto?

Susan se sorbió la nariz y musitó entre sollozos:

—Bueno, resulta que, hace ya varios días, mi esposo partió de Bamburgh Castle con destino desconocido... —Cerró fuerte sus ojos, necesitaba que salieran más lágrimas—. He recorrido toda Inglaterra tras sus pasos, y lo último que supe fue que venía a su oficina a cambiar su testamento... Creo que, en su estado tan desequilibrado, cometa decisiones irrevocables. Mi gran preocupación es mi hija, ella es la heredera de la baronía, pero si la despoja del resto... Dios... No temo por mí, sino por ella.

Susan continuó llorando, y el abogado la observaba sin saber bien cómo actuar. El hombre se aclaró la garganta y, entre los quejidos de la baronesa, dijo:

—Entiendo... es muy complicada la situación que está atravesando. Lo cierto es que el barón no ha venido a visitarme. —Le sonrió con amabilidad—. No lo veo desde que hizo la compra de las tierras en Alwick, hace tres años.

El rostro de Susan se contrajo en una máscara que mezclaba la tranquilidad y el pesar. Se llevó la mano al pecho y dijo:

—Oh, no tiene idea de cuánto me alivia saber eso, señor Lambert... Si por esas casualidades ve a mi marido o él lo visita... ¿Me lo podría notificar? Estoy alojándome en el 7 de Cavendish Square. De verdad, me encuentro muy consternada por todo esto. Necesito que mi esposo vuelva a ser el de antes.

—Por supuesto. —El abogado tomó papel y entintó su pluma, anotó los datos mencionados en una de sus libretas. Acto seguido, le entregó una de sus tarjetas a la baronesa—. Aquí está la dirección de esta oficina y la que poseo en Saint James, manténgame al tanto si logra ubicar a lord Bamburgh.

Susan tomó la tarjeta, la leyó y la guardó en su retículo junto con su pañuelo húmedo.

—No sabe cuánto le agradezco señor Lambert. —Se levantó de su asiento y le ofreció la mano. El abogado se la besó con apenas un toque—. Pretendo permanecer en Londres esta semana y tal vez la próxima. Estaremos en contacto.

—Así será, milady.

Susan le brindó una tímida sonrisa y salió de la estancia.

Cuando se encontró en la calle, Susan enderezó su postura. Sacó un espejito circular y miró su rostro hinchado y enrojecido, mas en sus ojos se reflejaba la satisfacción. El aire frío de Londres aliviaría su desagradable aspecto y su belleza volvería a ser la de siempre. Arrastró sobre su piel los vestigios de las lágrimas con sus dedos y alzó su barbilla. Todavía tenía tiempo. Mientras Bamburgh no cambiara el testamento, podía actuar.

Se aseguraría de que Georgiana fuera la única heredera del título, solo eso le faltaba. Nadie le iba a quitar lo que le costó obtener con su vida.

Capítulo XIX

El inquietante sueño perdió fuerza en la consciencia de Alec, quien despertó con esa confusa mezcla de no saber dónde estaba. Primero sintió el calor de otro cuerpo, luego el aroma familiar de otra piel. Catalina le daba la espalda, cubierta hasta las orejas con el cobertor, pero él sabía que ella estaba, al igual que él, desnuda.

A veces no podía creer que ya compartía su vida con ella. Para él, la bendición de un clérigo era un mero trámite, porque él ya la adoraba con su alma. Todo lo que tenía y por lo que trabajaba era para el bienestar de Catalina.

Siempre quería poner el mundo a sus pies. Ella le había dado su corazón, su alma y su vida, pero él siempre quería darle más.

Se acercó a ese adorable bulto y lo alineó con su cuerpo. Catalina se removió y ajustó su postura para calzar cada cóncavo y convexo. Alec atrapó uno de sus pechos y se acurrucó tras la nuca femenina. Todavía quería seguir durmiendo.

Hasta hacía un par de meses, su dilema era decidirse si se levantaba o no para iniciar un nuevo día. Ahora su dilema era separarse de su esposa en ciernes con el mismo propósito.

Pasaron largos minutos y no volvió a conciliar el sueño, pero no quiso levantarse, esperaba a que Catalina despertara. Eso significaban un par de horas más en el peor de los casos. Después de hacer el amor, ella caía rendida y dormía como si nunca lo hubiera hecho en su vida. Nada la despertaba hasta el día siguiente.

Alec se preguntaba si, antes de que empezaran a pasar sus noches juntos, ella había dormido en paz alguna vez.

Catalina se giró hacia él, enredó sus piernas con las suyas y buscó su abrazo. Alec se acomodó y la recibió adorando la sensación de estar piel con piel. Ella, con su voz colmada de sueño, susurró en español:

—*Hola, mi ángel.*

Alec la apretó más contra su cuerpo y le besó la frente.

—*Hola, mi Catralita.*

Catalina sonrió, perezosa. Alec se tomaba el tiempo de aprender español, y ella amaba que él le dejara mantener su lazo con sus raíces a través de las palabras. Consciente de no arruinar el ímpetu de su hermoso alumno, preguntó lento y modulado:

—*¿Llevas mucho rato despierto?*

Catalina todas las mañanas le preguntaba lo mismo, ya sabía la respuesta. De las tres alternativas que tenía él dijo:

—*Más o menos... ¿Dormiste bien?*

—*Como una guagua.* —Alec frunció el ceño y Catalina tradujo—: Como un bebé.

—Oh. —Sin embargo, la palabra bebé resonó en su cabeza. Se imaginó a Catalina con el vientre abultado, dándole vida a su primogénito. Sabía que era relativo el asunto de concebir, algunos tardaban más que otros, pero tan solo la idea de tener un hijo con esa mujer, le llenaba el corazón de un sentimiento maravilloso e inefable.

Se dio cuenta de que una familia no solo le brindaba satisfacción, sino que, asimismo, era parte de su propósito como hombre, y también era una gran responsabilidad.

Estaba encantado de llevar esa carga, porque no lo haría solo, sino con esa mujer que lo amaba en cuerpo y alma.

Catalina interrumpió el hilo de sus pensamientos cuando preguntó:

—¿Por qué sonríes?

—Porque soy un hombre feliz... *Te amo, Catalina.*

Catalina lo besó con dulzura, a veces sentía que no tenía suficiente de él.

—*Yo también, amor mío.*

—¿Cuál es el plan de hoy? ¿Mi madre las arrastrará otra vez por Bond Street?

Catalina rio y negó.

—Hoy llevaré a Gigi a la galería de William, quiero que él evalúe los dibujos, y la acepte en las clases que impartirá a artistas emergentes en un mes más.

—¿Tan buena es Gigi?

—Lo es, deseo que realice su sueño sin culpas, sin que le digan que es un pasatiempo inútil. Quiero que no pierda la fe en sí misma.

—Ojalá que algún día ella se vea como tú la ves.

—Es un camino difícil... —Lo sabía por experiencia, creer en el valor propio cuando todo el mundo dice lo contrario era una tarea ardua—. Pero ella todavía es joven, sus cicatrices no son tan profundas.

—Esperemos que así sea.

—¿Y tú qué harás hoy?

—Intentaré convencer a lord Matlock para que invierta en mi proyecto, y después tengo que escribir una montaña de cartas.

—¿Te puedo ayudar a escribirlas si quieres?

—¿En serio?

—Sí, así entiendo mejor de lo que hablas con tu hermano, Bernie y tu padre. Es fascinante, pero hay cosas que no comprendo.

—Entonces cuando vuelvas de tu salida con Gigi, puedes encontrarme en la biblioteca.

—Gracias. —Le besó la mejilla y se levantó. Tomó las frazadas y las echó para atrás.

Alec se encogió como un armadillo.

—¡Hace frío, mujer! ¡Criminal!

Catalina rio y sentenció:

—A mal paso darle prisa. ¡Levántate, demonio!

En la galería de arte Sparrow Fine Art, William Witney, estudiaba los dibujos de Gigi, una de las pocas posesiones que ella se trajo desde Bamburgh. Hojeaba y comparaba entre uno y otro, y preguntaba por las fechas en que fueron creados esos paisajes, animales, flores, manos, ojos. La joven respondía con voz trémula y sus dedos temblaban al señalar detalles en sus dibujos, o cuando explicaba en qué circunstancias lo creó.

Catalina los observaba en silencio, aferrada a su colgante. Se sentía tanto o más nerviosa que Gigi, y reprimía las ganas de intervenir para elogiar el trabajo de su hermana.

Cuando sentía el impulso de hablar, miraba hacia otro lado y se distraía observando las obras en las que trabajaba William. Sus obras eran impresionantes, había naturalezas muertas a medio terminar, paisajes, mas hubo uno que le llamó la atención. No era un retrato propiamente tal, pero estaban representados él con su esposa. Suspiró, había tanto amor en aquella escena íntima. Parecía que los protagonistas estaban a punto de tener un interludio amoroso; él besaba el cuello de su amada, quien vestía recatada, pero sus ojos cerrados y mejillas azoradas,

evidenciaban el placer del inocente contacto. Por un momento se sintió una intrusa por observarlos... Tal vez porque ella sabía qué sucedía después de esos tentadores besos en el cuello, a Georgiana no le provocó nada, solo dijo que era muy romántico y pasó de largo.

Suspiró, le encantaría immortalizarse junto con Alec en una pintura. Que en una obra de arte se reflejara lo profundo que era el sentimiento que los unía. Que pasaran generaciones y todos pudieran ver que hubo alguna vez un hombre llamado Alec que amaba a una mujer llamada Catalina, y que su lazo fue indestructible hasta el final de sus días.

—Bien —dijo William sacándola de su ensimismamiento. Catalina se acercó a ellos, apresurada, y él, mirando a Gigi, prosiguió—: Señorita Adams, debo decir que usted posee una sobresaliente sensibilidad, pero su técnica debe perfeccionarla para que pueda proyectarla de mejor manera. Aparte del dibujo, ¿se ha atrevido a pintar?

Gigi apretó los labios y negó con su cabeza:

—No me permitían ir más allá, el dibujo ya me distraía de mis estudios.

—Tiene que darle su lugar a todo. Su talento y destreza no pueden ser desperdiciados, pero también debe adquirir conocimientos académicos. Este mundo es terrible para las mujeres y peor aún para las ignorantes. —Gigi abrió mucho sus ojos, era lo mismo que le decía Catalina—. La aceptaré como alumna becada. Participará en el curso de principiantes en técnicas de pintura y en el de grado intermedio de dibujo.

Gigi sonrió con amplitud y abrazó a Catalina con fuerza, recibió besos en su cabeza y palabras de apoyo en español. No entendía nada, pero sonaba que era algo hermoso. Emocionada, prometió:

—Oh, Dios, ¡qué alegría! No lo decepcionaré, señor Witney. Daré lo mejor de mí.

William esbozó una sonrisa y agregó arqueando una ceja:

—Sin embargo, eso no es todo. Su permanencia dependerá de su trabajo constante y también con el informe de sus avances académicos de su institutriz, tutor o la institución que le esté impartiendo clases. ¿Es un trato?

Gigi asintió, no tenía más alternativa, se esforzaría en aprender... Ya habían llegado a un acuerdo, Catalina seguiría impartándole clases, sentía que solo con ella podía comprender mejor. No se imaginaba estudiando con otra persona.

—Sí, señor Witney. Mi hermana será la que le dará los informes.

Catalina no se acostumbraba a escuchar la palabra «hermana» saliendo de los labios de Gigi. Era algo que la emocionaba y también le asestaba una punzada de tristeza.

Tantas cosas pudieron ser diferentes, tantas pérdidas inútiles, pero, al final, ella se estaba llevando lo mejor.

—Muy bien —prosiguió William—. Como la galería se ha inaugurado hace poco, las clases comenzarán en noviembre. Le recomiendo que intente acercarse por su cuenta a alguna técnica de pintura.

—Así lo haré.

William le ofreció la mano a Gigi y cerró el trato.

—La espero en noviembre... —Miró a Catalina—. Nos veremos en la fiesta de compromiso. Ha sido un placer conocerte.

—Para mí también. Laura siempre habla maravillas de ti, y te ha hecho justicia. Tu trabajo es impresionante.

—Se hace lo que se puede...

—Bien, no te quitamos más tiempo. Muchas gracias por todo.

—Fue un gusto.

Cuando Catalina y Gigi salieron de la galería se tomaron del brazo y fueron rumbo a Rock Hall, la residencia se encontraba a tan solo unas cuantas manzanas.

En sus semblantes había amplias sonrisas que reflejaban su nueva felicidad. Sin embargo, esa felicidad se sentía frágil, incompleta, como si el pasado siguiera persiguiéndolas de una forma u otra.

Catalina sabía que esos días fuera de Bamburgh eran un punto suspensivo en su vida.

Era necesario poner un punto final.

Catalina entró en la biblioteca. Ahí estaba Alec leyendo una carta, concentrado, a tal punto que no se inmutó de su presencia.

Ella se acercó a paso sigiloso. Solo se escuchaba el sonido del exterior, carruajes transitando, vendedores pregonando su mercadería, el relincho de un caballo.

Cuando estuvo a su lado, él alzó su mirada severa. Ella dio un leve respingo. Sí, se había dado cuenta.

—Te estaba esperando.

Tomó su mano y tiró de Catalina para que se sentara sobre su regazo. La besó con urgencia, introduciendo su lengua y saborear la de ella. Arrastró sus labios por el cuello femenino y lanzó un leve gruñido cuando apretó uno de los pechos.

Catalina no tardó en sentir que el insolente miembro de Alec se incrustaba en su muslo.

—Oh, Alec... —Catalina se debatía entre caer en la tentación o alejarse. Podía entrar alguien en cualquier momento.

Golpes en la puerta confirmaron sus pensamientos. Apresurada, se levantó y se sentó frente a Alec para fingir que era un encuentro inocente.

La voz de Alec sonó terrible diciendo dos sílabas:

—Pase.

Era Lincoln portando una bandeja e informó:

—Ha llegado un mensaje para la señorita Adams.

Alec y Catalina se miraron a los ojos, extrañados, pero con el mismo presentimiento. Ella compuso una sonrisa y tomó la misiva, al tiempo que preguntaba:

—¿El mensajero espera una respuesta?

—No, señorita.

—Gracias, Lincoln, es muy amable.

Cuando quedaron a solas de nuevo, Catalina estudió el lacre que sellaba la nota. Conocía el blasón. Su voz apenas susurró:

—John.

Se quedó mirando el lacre, sin atreverse a romperlo. En el reverso estaba su nombre completo. Toda su vida quiso olvidar que tenía ese apellido y ser solo una Riquelme, Adams era la carga de un hombre extranjero que dejó su impronta y huyó. Ahora era diferente, el apellido de su progenitor demostraba quien era. No quería leer la carta, pero a la vez sentía la punzante curiosidad por saber el contenido.

Se llevó la mano a su cadena y atrapó el colgante que Alec le obsequió... De pronto, añoró el anillo de su madre y la recordó. Cómo le hubiera hecho feliz recibir una carta con ese

emblema... Sus ojos se anegaron de lágrimas que ella domó para que no cayeran.

Estaba cansada de llorar, de que doliera el pasado.

Notó de soslayo que Alec se ponía de pie y se situaba detrás de ella. Posó sus cálidas y enormes manos sobre los hombros, con sus pulgares le acarició la nuca.

—*Estoy aquí, Catalina...*

Catalina inspiró profundo, rompió el sello y fue como si también hubiera roto algo dentro de ella.

Hija, Catalina:

Solo con esperanza he escrito esta nota. No sé si será en vano hacerlo, pues sé que no quieres saber nada de mí y lo entiendo.

No obstante, si se obra el milagro y estás ahora leyendo, quiero que sepas que lamento con todo mi corazón lo que sucedió después de mi partida de Chile. La culpa, la profunda tristeza no se irá nunca, ni tampoco mi desdicha reparará en algo el daño causado. Nada puede borrar mis acciones cobardes... creo que ni siquiera tu perdón lograría atenuar el dolor que me pesa en el alma.

Estoy seguro de que escribir que lo siento sirva de algo. Necesito con mi vida decírtelo en persona, y quizás poder explicarte por qué soy un hombre que no para de cometer errores. Todo lo que hago termina perjudicando a un inocente.

Es por lo que he venido a Londres, a poner en su sitio lo que siempre debió ser y sentir, aunque sea un poco, que estoy enmendando el rumbo.

Por favor, te lo suplico, ven a mi casa para ponerte al día sobre la situación que te involucra tanto a ti, como a Georgiana. Es importantísimo. La dirección es el 11 de Cavendish Square. Te estaré esperando. No me moveré de Londres hasta hablar contigo... aunque pasen días, meses... o años.

Sin nada más que agregar, me despido.

Tu padre.

John Adams

Catalina no se decidía si acudir a aquella cita o no. Se sentía dividida. No sabía si creer en las palabras de John o quemar esa carta. Lo único que la detenía era que el futuro de Gigi estaba involucrado...

Le mostró la carta a Alec, quien leyó rápido por sobre el hombro de Catalina y también se quedó en silencio. Al cabo de largos segundos, preguntó:

—¿Vas a ir?

—No lo sé.

Alec se quedó pensativo. Catalina no soltaba su cadena, su ancla. En medio del silencio opresivo, él relató:

—Una de las cosas con las que me costó lidiar cuando era niño, fue que nunca hubo una despedida con mi padre, una explicación o, tal vez, palabras venenosas que mataran mi cariño hacia él. La última imagen que conservo es la de él intentando golpear a mi madre, insultándola. Él la quería de vuelta, pero ella ya se había enamorado de mi padre adoptivo. Se defendía y lo amenazaba con un atizador y nosotros, Thomas, Lawrence y yo estábamos escondidos bajo el escritorio, paralizados e impotentes. —Catalina sintió un leve apretón en sus hombros, ella posó

una de sus manos sobre la de él. Alec detuvo su relato por unos instantes, su respiración era profunda y pesada, pero se decidió a continuar—: Días después estaba muerto. Toda la vida he supuesto lo que él sentía por nosotros, mi madre siempre intentó endulzar la situación para no herir nuestros sentimientos. Me he tenido que conformar con esa versión, que es una mezcla de mentiras piadosas y conjeturas... A lo que quiero llegar es que lo escuches, pese a que ese no es tu deseo. Así nunca tendrás que suponer nada. Tendrás su verdad, aunque duela.

Catalina se atrevió a mirar a Alec, sus ojos siempre fieros se mostraban tan vulnerables como ella lo estaba en ese momento. Quizás era la primera persona a la que le revelaba ese pesar. Tomó una de las manos de su prometido y le besó la palma, agradecida y enamorada.

Las palabras de Alec la conminaron a reflexionar, en ellas subyacía un dolor que, pese a los años, jamás se iría. Las preguntas sin respuestas se olvidaban con la cotidianeidad de los días, pero había momentos, como ese, en que volvían y recordaban ese punto suspensivo.

Tal parecía que algunas historias no tenían punto final.

Suspiró. Primero conversaría con Georgiana y después lo decidiría.

Capítulo XX

Susan golpeó la aldaba de la casa de Bamburgh. No tuvo que esperar mucho rato, la puerta se abrió y se encontró cara a cara con John. La expresión de él era de expectación, pero rápidamente pasó a la decepción, y luego a la intriga.

—¿Qué haces aquí?

—¿Quiere sostener una conversación en la calle... esposo?

John no esperaba ver a Susan en Londres, pretendía hablar con ella cuando el proceso de anulación de su matrimonio hubiera avanzado y fuera irreversible. Seguía siendo cobarde, pero ya no sabía cómo iba a reaccionar la mujer con la que llevaba casado casi veinte años. A esa persona que enfrentó días atrás no la conocía. Quizás si hubiera sido honesta desde el principio, pese a que él insistía en tener descendencia, tal vez la habría dejado tranquila y él, aceptado el castigo de Dios.

Pero eso ninguno de los dos lo sabría a ciencia cierta.

Soltó un suspiro y abrió más la puerta.

—Pasa.

Susan entró a aquella casa que apenas había habitado en sus primeros años de casada, cuando Bamburgh era parlamentario. Volvieron a la tierra natal de John para probar si, en un ambiente más tranquilo, ella podía quedar embarazada. Miró a su alrededor, todos los muebles estaban cubiertos de sábanas que parecían fantasmas de un pasado esplendor. Polvo, humedad y penumbras. Susan no se abstuvo de preguntar:

—¿Y el señor Eggers? —Se refería al cuidador de la casa.

—Como yo no requería de sus servicios por una temporada, él aprovechó de ir a su pueblo natal —respondió sin mirar atrás. Abrió la puerta de la biblioteca—. Volverá el próximo mes.

Susan entró. Era la única habitación que parecía tener vida. Un fuego ardiendo en el hogar, una taza de té y un emparedado servidos en el escritorio. En un rincón, un camastro y el baúl con ropa.

—¿No hay servidumbre?

—No es necesario, estoy solo... Lo único que necesito es esta habitación y la cocina. —Le ofreció asiento en la silla que estaba frente al escritorio. Él hizo lo propio en el sillón de cuero. Se quedó mirando cómo ella se sentaba envarada y altiva—. Ahora sí, milady. ¿A qué has venido?

—A buscar respuestas. Usted solo salió huyendo, diciendo que debía hacer lo correcto. Aquello no me indica nada concreto, dada mi situación actual.

John frunció el ceño y preguntó con un tono de reprobación:

—¿Dejaste a Georgiana sola en el castillo?

—No le va a pasar nada. Ante todos aún es su hija... y los sirvientes la van a atender como lo que es, su heredera. —Hizo una pausa en la que John la miraba, cuestionándola. Ella lo ignoró y fue al punto—: Ahora, ¿me podría decir en qué situación me encuentro, milord?

John resopló por la nariz. En fin, era inevitable hacerle daño. Hubiera dado todo lo que tenía por seguir al lado de Mariana y sus hijos, pero fue tan estúpido, tan cobarde, tan inconsciente... Una decisión cambió el rumbo de tantas vidas, no solo la de los Riquelme, sino también la de Susan, incluso Georgiana ...

Suspiró, debía ser hombre de una vez por todas y hacer lo que le dictaba su consciencia y su corazón.

—He iniciado el proceso de nulidad en el tribunal eclesiástico. Hablaré con Catalina para ponerla al tanto.

Susan se levantó golpeando el escritorio, la taza de té tembló y resonó en la estancia, al mismo tiempo que ella exclamaba un:

—¿¡¡¡Quéééééé!!!?

John, pese a estar en una posición inferior, no dejó de mirarla a los ojos, impertérrito.

—Es lo correcto... Este matrimonio, lamentablemente, es ilegítimo. Lo siento mucho.

La respiración de Susan se calentó y sus fosas nasales se dilataron al sopesar la gravedad de lo que pretendía John. Ella pensó que le legaría a esa aparecida una parte de sus bienes, no que la dejara como única heredera a través de la nulidad. Con ese acto ella quedaría en un limbo social, era la esposa que nunca lo fue. Debía impedirlo a toda costa. John no le dejaba más opciones, ¿¡qué se imaginaba ese infeliz!? Después de tantos años en ese maldito matrimonio, no iba a tolerar más humillaciones. Sus nudillos se tornaron blancos, sus puños temblaron. Colmada de ira, increpó:

—¿Acaso eres un idiota?! ¡Nadie se iba a dar cuenta si tú no hacías nada!

A John no le importó que Susan cambiara su trato, ni que le faltara el respeto. La entendía, la estaba traicionando, pero era inútil lo que ella pedía. Era imposible que él se desentendiera de Catalina y lo que sufrieron los Riquelme por su culpa.

—Todo el pueblo lo sabe, Susan. Todo Londres lo sabe, maldita sea. ¿Acaso no has leído las columnas de cotilleo? La verdad no se quedó en Bamburgh, se esparció como una plaga en cada rincón de Inglaterra.

—Entonces, ¿haces lo correcto porque todo el mundo lo sabe?

John esbozó una débil sonrisa mientras negaba con la cabeza. Muy tarde en su vida se dio cuenta de lo inútil que era el «qué dirán».

—No, mujer, no entiendes. Yo me casé por amor, Catalina es lo único que me queda de Mariana... De esa época en que fui feliz... Quiero honrar su memoria, que el tormento de toda esa familia, mi familia no fue en vano. —«Es lo mínimo que puedo hacer», pensó, «Me faltará vida para resarcir mi error»...

—¿Y Georgiana?

—¿Ahora te preocupa? Los dos fuimos terribles padres para ella. Yo no la quise aceptar en mi corazón por miedo a perderla como a mis hijos, por cobardía, pero tú, ni siquiera la apreciaste por darte el alivio de que yo no visitara tu alcoba. Ella te dio libertad por muchos años.

—Hasta que notaste que no aprendía, que solo dibujaba... que no quería debutar en sociedad. Por eso te empecinaste después de tantos años en volver a tener un heredero.

—Sí... Así la dejaba en paz...

—Cobarde, solo nos usaste.

—No te hagas la víctima, también te beneficiaste. ¿Olvidas el dinero, las joyas, la posición, un título? Me engañaste con el origen de Georgiana... y con Lauder.

—Yo no fui la primera en mentir, tú empezaste ocultando lo que hiciste en el pasado, y por tu culpa todos vamos a pagar por tu omisión... Eres muy hipócrita en volver con el tema de Lauder, ya te dije que no pasó nada. ¿Acaso no crees en mi palabra?

—¿La verdad? No. Estoy seguro de que Catalina dijo solo la verdad. Pero no me afecta que me hayas convertido en un cornudo... Lo hecho, hecho está. —Se encogió de hombros, indolente—. No tengo orgullo que puedas herir con tus actos o palabras... Si no hubieras venido a cuestionarme y presionarme, te habría dado una generosa compensación económica de por

vida, pero ahora solo será suficiente para que vivas con cierto grado de comodidad. Incluso consideraré casarme de nuevo contigo para que no perdieras tu posición... Pero me doy cuenta de que no tiene ningún sentido, no nos soportamos... Vuelve a Bamburgh, quédate ahí mientras resuelvo mis asuntos.

Susan se quedó mirándolo por largo rato. Era una pérdida de tiempo intentar convencer a John. Sin embargo, se daría el gusto de dar la última palabra en esa infructuosa conversación.

—Te arrepentirás de todo lo que me has hecho, John. Lo pagarás caro.

—Ya estoy arrepentido y créeme que lo estoy pagando.

—¡Maldito seas!

La bofetada escoció en la piel de John y el calor se propagó en su rostro.

Susan dio media vuelta y se retiró dando grandes zancadas. Solo le quedaba una alternativa y la iba a poner en práctica. Cuando llegó al vestíbulo, vio el recibidor. Bamburgh era tan predecible, un animal de costumbres. Con la punta de los dedos tanteó el frío metal de las llaves sobre el mueble y las guardó en su bolsillo, como si ese acto fuera un simple y trivial trámite.

Se regodeó al dar un portazo.

En cuanto John muriera, iría al tribunal a solicitar que desestimaran el caso. Era seguro que el obispo de Canterbury no podría dejar desamparada a una pobre viuda y su hija.

Tres días después, Catalina, Georgiana y Alec llegaban en carruaje al 11 de Cavendish Square. Los tres estudiaron la imponente casa de los Bamburgh. Era la típica propiedad de un aristócrata de la era georgiana, fachada de piedra de Portland y arquitectura de estilo palladiano, tres pisos, cinco ventanas en los superiores, mientras que el primero, dos a cada lado de la puerta. También tenía un piso subterráneo para la cocina y el servicio.

Alec arqueó una ceja observando las columnas con capiteles corintios que sostenían un frontón triangular.

—Una casa bastante impresionante. —Miró a Catalina—. ¿Estás segura de ir sola?

—Sí. —Compuso una sonrisa y le besó la mejilla—. Estaré bien. —Dirigió su atención a Georgiana que tenía la vista perdida en la fachada—. ¿Estás segura de que no quieres ir?

La joven negó con su cabeza.

—No me siento preparada para verlo... Creo que no me va a decir algo que yo no sepa. Me bastó con presenciar su discusión con... ella. —Georgiana no sabía qué lugar darle a Susan, no podía llamarla madre, pero tampoco se atrevía a nombrarla.

—Te entiendo, no te forzaré a hacer algo que no quieres. Estaré a tu lado cuando desees dar ese paso.

Le dio un abrazo a su hermana y compartieron el calor que siempre las reconfortaba. Ese acto se convirtió en uno de sus momentos especiales del día.

—Gracias, Catralla. —Se separaron y se sonrieron.

Catalina abrió la portezuela del carruaje, pronto la mano enguantada de un lacayo era ofrecida para ayudarla a descender. Una vez en la acera, inspiró hondo y se adecentó la falda púrpura y ajustó los lazos de su bonete. El frío le hizo temblar y se arrebujó en la gruesa capa de terciopelo azul.

Subió los peldaños de la escalinata hasta llegar a la puerta. Tocó la aldaba tres veces y esperó.

Las piernas le temblaron y las pulsaciones en sus venas se aceleraron. Inspiró por la nariz y espiró por la boca. El vaho se elevó y desvaneció.

El chirrido de los goznes hizo que todos los demás sonidos desaparecieran. En cuestión de segundos, Catalina estaba frente a su progenitor. Los ojos castaños del hombre enrojecieron de inmediato.

Se quedaron mirando sin saber cómo iniciar algo tan común como un saludo entre dos personas.

John contemplaba a su hija, se notaba que estaba bien, su ropa era de seda, sencilla y de calidad. Poco a poco se acostumbraba a esa dolorosa alegría de ver en ella el reflejo de Mariana... Se preguntó cómo habría sido Luis de haber sobrevivido, a quién se hubiera parecido.

Catalina estudiaba el terrible semblante demacrado que le recordó las agonías de su madre y de su abuelo; la delgadez que pegaba la piel a los huesos, los ojos hundidos, las numerosas canas... Sí, estaba muerto en vida. Tal como quería... pero no era un espectáculo que disfrutaba ver.

John se sorbió la nariz, bajó la mirada e invitó, solícito:

—Gracias por venir, Catalina. Pasa, por favor.

Ella solo asintió y entró con los ojos de Alec y Georgiana observando, ocultos, desde el carruaje.

La puerta se cerró tras de ella y todo se envolvió en una densa penumbra, que a Catalina le hizo sentir oprimida. Siguió a John por el vestíbulo colmado de fantasmas, mudos testigos del pasado. A la izquierda de la estancia, se encontraban las escaleras de acceso a la segunda planta. A la derecha, se extendía un rellano que daba paso a varias habitaciones. Entraron en él hasta llegar a la última puerta.

Un olor extraño y desagradable inundó sus fosas nasales, era una mezcla de humedad, moho y algo más que no pudo identificar, y que le hizo arrugar la nariz.

John abrió la puerta de la biblioteca, con un ademán invitó a Catalina a entrar. El aire cambió de súbito; más fresco, más vivo y liviano. No se parecía al resto de la casa a pesar de estar con las ventanas tapiadas.

No pasó demasiado rato cuando ambos estaban sentados frente a frente en el escritorio. Catalina fue la primera en hablar.

—¿Y bien? ¿Qué asunto quieres tratar conmigo?

Por largos segundos, solo se escuchaba el crepitar del fuego del hogar. John carraspeó y luego dijo:

—Inicié el trámite de anulación de mi actual matrimonio. Hace unos días entregué todo el papeleo al arzobispo de Canterbury en persona. No sé cuánto va a tardar. También validé, ante las autoridades correspondientes, mi matrimonio en Chile, por lo que solo será cuestión de tiempo para que te conviertas en mi única heredera.

Catalina se quedó en silencio. A decir verdad, bien poco le importaba ser la heredera de Bamburgh o una baronesa en el futuro. Ella blandió su identidad solo para infligir dolor en su progenitor, no para obtener algo a cambio. Jamás fue su objetivo.

Y como si le hubiera leído la mente, John añadió:

—Estoy muy consciente de que, en realidad, no querías nada de esto. Entiendo tu odio, tu rencor y he aceptado que jamás me vas a perdonar. Convertirte en mi única heredera es lo único que tengo en mis manos para resarcir mi agravio a los Riquelme. Te daré lo que te corresponde por derecho propio.

—¿Y qué pasa con tu esposa y Georgiana?

—Ya he hablado con Susan sobre su futuro. No está de acuerdo, obviamente, pero qué más da, ambos cometimos errores y nuestro matrimonio siempre fue un asunto práctico, ningún corazón se ha roto en el proceso, solo el orgullo... —Suspiró y se pasó la mano huesuda por sus cabellos entrecanos—. En fin, todo está hecho... y sobre Georgiana... Ella es otra víctima de mis decisiones, lo único que le va a alegrar será que no tendrá que lidiar con un litigio por la sucesión. Ser una hija ilegítima la liberará del incordio de decidir quién de ustedes se hace cargo de la baronía cuando muera.

—Georgiana no pedía nada más que ser querida, que sus padres la amaran. Fueron crueles e indiferentes... Ella es una persona, no un mueble o un accesorio para la vida.

John asintió, cabizbajo. Sí, fue todo eso y peor. No tenía ninguna justificación que lo liberara de la culpa.

—Lo sé. No puedo hablar por Susan, ni tampoco por qué no se encariñó con Georgiana. Por mi parte, ese fue otro error que cometí. Siempre termino dañando a mis seres queridos... —Levantó su mirada, se encontró con los ojos de Catalina, y añadió—: Pese a enterarme de que ella no comparte mi sangre, de todas formas, la considero mi hija y la amo.

—Su indiferencia indicaba todo lo contrario, señor. —El fuego crepitó y saltó una chispa. Catalina dio un respingo y cerró los ojos—: *Dios, me asustó*. —Soltó un resoplido y los abrió.

John respondió la acusación suspendida en el aire.

—La salud de Georgiana fue frágil los primeros años... Pensaba que en cualquier momento se me moría. Soy un hombre cobarde y egoísta, temía que no lo soportaría si perdía otro hijo, creí que, si la amaba menos, yo sufriría menos.

—Es bien absurda y mezquina su forma de pensar, señor. Gigi, terminó sufriendo por los dos.

—No tengo justificación, lo sé. La imbecilidad y cobardía es de familia. Mi padre no hizo mejor trabajo que yo... Es extraña la lucidez que me ha dado la destrucción que has traído. Pude haber aprendido a no ser como él, pero terminé siendo igual.

Otro indicio del pasado que Catalina no sabía que necesitaba para configurar su propia historia, no conocía nada de la familia de John, aparte de lo que señalaba el Debrett's. Por eso mismo preguntó:

—¿Tu padre nunca supo de nuestra existencia?

—Le hablaba de ustedes por carta, pero él no me las respondía. Me repudió por no volver a Inglaterra, a mí me daba igual que me dejara sin dinero. Pero cuando no le quedaron más hijos de repuesto, se vio en la obligación de llamarme... Lo irónico era que sí estaba planeando un viaje para presentar a mi familia, solo esperaba a que tú fueras más grande y Mariana se recuperara...

—Su voz se quebró y ya no lo soportó más, sus palabras fueron silenciadas por el nudo en la garganta que apenas le dejaba respirar. Sacó de su bolsillo un pañuelo y se secó los ojos.

Catalina lo observaba, seria, mas en su fuero interno sentía esa terrible mezcla de compasión, ira y odio.

—¿Mi madre no sabía que eras hijo de un barón?

John negó. Se sorbió la nariz y repuso.

—Nadie lo sabía. Cuando conocí a Mauricio estaba estudiando con un tutor para luego ordenarme como sacerdote. Mi padre no quiso enviarme a una universidad si solo me iba a dedicar a la iglesia, ¿para qué iba a gastar tanto dinero en educación? Apenas salí de Bamburgh, renegué de mi familia y mi origen. Solo mi casera y mi tutor sabían quién era, pero pagaba por

su silencio. Mauricio fue el primer y único amigo verdadero que tuve. Me aterraba que su trato fuera a cambiar si se enteraba de que era un aristócrata.

—Cobarde y mentiroso.

—Sí... y me costó lo que más amaba en el mundo. Ahora lo que ves es un hombre que solo espera la muerte, y no seguir arruinando la vida de los demás. A Georgiana... No sé si me va a perdonar alguna vez... O si me dará la oportunidad de arreglar las cosas. Siempre será mi hija y velaré por ella, en la medida que me lo permita.

—Georgiana está viviendo conmigo desde hace varios días. Atravesó el país junto con su doncella. Digamos que se dio cuenta de que no tenía sentido estar en un lugar al cual no pertenecía.

John dejó de respirar pensando en todos los peligros a los que estuvo expuesta en ese viaje. Así de desesperada fue su huida, que no le importó nada. Lo único que podía agradecer era la lealtad de Louisa. Cuando soltó el aire que retenía, preguntó, casi tropezándose con sus palabras, evidenciando su ansiedad:

—¿No tuvo algún percance?, ¿necesita algo?, ¿está bien?

—Ella tuvo mucha suerte, y llegó sana y salva... Todavía no se siente preparada para hablar contigo y he respetado su decisión. Si te informo esto, es para que no intentes tomar acciones legales en mi contra.

—No, jamás haría eso... Sé que ella está bien contigo, fuiste lo mejor que le pasó.

—Solo la escuché, le enseñé con paciencia, le di el cariño que ustedes le negaban... Es imposible no sentir afecto por ella. Georgiana es mucho más de lo que... —Algo extraño sintió en el aire. Olfateó mirando hacia el cielo raso—. Huele a quemado...

No terminó de soltar esas palabras y sus ojos se desviaron hacia la chimenea.

Nada. Esa chispa que saltó no era la culpable de ese olor. Fue consciente de que tenía mucho calor.

Miró hacia la puerta. Por sus rendijas se colaba un humo oscuro y furioso que ya estaba impregnando el aire con ese olor picante a madera quemada.

A sus oídos llegó el aterido susurro de John.

—Santo cielo.

El barón se levantó al mismo tiempo que Catalina y se dirigieron a la puerta. Él tomó el pomo, soltó una maldición y apartó la mano en el acto. La sacudió, frustrado. El metal ardía y le quemó la palma y los dedos.

John se quitó la levita y la usó para proteger su mano. Intentó girar el pomo e intentar abrirla. Estaba echado el cerrojo.

—No puede ser... —Giraba el pomo, tiraba y empujaba la maciza puerta, mas no conseguía siquiera moverla.

—¿Las llaves dónde están?

A John se le fue la sangre a los pies al decir...

—En el recibidor que está en el vestíbulo...

—¡Maldición! ¿No tienes copias aquí?

—La otra copia la tiene el cuidador, pero no está en Londres.

Las pulsaciones de ambos tomaron un ritmo frenético. Sus respiraciones se aceleraron y se volvieron superficiales. Catalina comenzó a sudar y el calor se propagó en su cuerpo que temblaba. El aire, segundo a segundo, era cada vez más irrespirable, más denso, más mortal.

No podían abrir la puerta... Catalina frunció el ceño. No se iba a morir quemada ahora que

estaba viviendo la vida que tanto anhelaba. No se iría de este mundo sin intentarlo.

—¡Empujemos los dos! —John la miró, una chispa de esperanza brotó en sus ojos. Asintió firme—. ¡A la de tres! ¡Uno!... ¡Dos!... —Sus cuerpos se sincronizaron—. ¡Tres!

Con sus costados, empujaron la puerta con fuerza, mas apenas pudieron conseguir un inútil quejido de la madera que ya estaba caliente. Catalina tosió. Cada vez era más difícil tomar una bocanada de aire sin sentir que la mataría tarde o temprano.

Ninguno de los dos quiso rendirse. Ambos dijeron al unísono.

—¡Otra vez!

Y empujaron...

Y empujaron...

Empujaron.

Adoloridos y con un inusitado cansancio se miraron y asintieron para dar otro empujón... Sin embargo, Catalina vio de soslayo los goznes de la puerta.

—¡Espera, John! Saquemos los pasadores de los goznes.

Catalina se preocupó del gozne inferior, John del superior. Todavía no se calentaban tanto como el pomo de la puerta. Los dedos sudorosos de Catalina resbalaban al intentar asir la punta lisa y con forma de cono del pasador. El metal se calentaba con rapidez, pero aquello no le impedía seguir intentándolo. Tomaba y resbalaba... Tomaba y resbalaba... Tomaba y...

—Maldición... —Se secó el sudor de sus dedos con la falda e intentó otra vez sin éxito.

Afuera se escuchaba el sonido de cosas cayendo y el susurro infernal de las maderas que se consumían. Toda la casa gemía en su ardiente agonía.

—Ya saqué el pasador. —John tosió largo, una y otra vez, sus ojos lagrimeaban y se tapó la nariz con el brazo. Se agachó y se encontró con su hija que luchaba por sacar el pasador y tosió. Le tomó la mano con suavidad y dijo en español—: *Déjame, yo lo hago, hija.*

Esas palabras resonaron en la mente de Catalina. Muchas veces su madre se las dijo de esa misma forma. Fue inevitable que sus ojos se llenaran de lágrimas, que fueron disfrazadas por el aire tóxico. Le cedió su lugar.

John luchó con el pasador por eternos segundos. Sus dedos también sudaban y resbalaban. Lo intentó una y otra, y otra vez... y logró quitarlo.

—Ahora sí. Empujemos otra vez, hija.

Juntos contaron hasta tres y arremetieron con toda la fuerza que aún conservaban en sus cuerpos. Concentraron sus esfuerzos en el costado de la puerta que ya ardía y devoraba los segundos y el aire.

Una... dos...

La puerta se movió...

Tres...

Y cedió...

La puerta cayó como un gigante herido y mostró que el infierno estaba desatado en todo el pasillo. Por los vestigios frente a ellos, notaron que, aparte de estar cerrada con llave, fue trancada. La desesperación lamió sus corazones ante la certeza de que esa catástrofe era intencional. La puerta caída se transformó en una especie de puente hacia el exterior. Se atrevieron a vislumbrar más allá. El humo era una letal neblina y todas las sábanas que cubrían muebles, lámparas, pinturas eran funestas y flameantes ánimas. Ese pasillo era un esperanzador y amenazante túnel de fuego que devoraba todo a su paso. Las inclementes llamas ya comenzaban a ganar terreno, el terrible calor les hizo retroceder...

Catalina pensó en Alec... No podía rendirse ahora. Debía luchar, toda su vida fue así y ese no era el momento de bajar los brazos.

Si atravesaba ese umbral de llamas no sabía con qué más se encontraría, pero sí era consciente de que su elegante ropa era un verdadero incordio.

No perdió más tiempo, el aire se volvió más punzante y espeso, como si fuera un puño que constreñía sus pulmones. Se quitó la capa y la falda, las enaguas las usó para cubrir su cabeza y su nariz. Se quedó solo con el corpiño, el camisón, las medias y los calzones. Le dio su falda a John, y él también la usó para protegerse la cabeza. Catalina se volvió a poner la capa, la cubriría lo justo y no se quemaría con tanta facilidad como la seda.

Inspiró para darse ánimos y adentrarse en ese verdadero ataúd de fuego.

—Salgamos, John...

Sin mediar palabras, él salió primero pisando la puerta caída. Miró a su hija, en los ojos se reflejaba el más puro terror y solo dijo:

—¡Tendremos que arrastrarnos!

Catalina asintió. Salió y se encontró con el caos. John no hizo nada hasta que ella llegó a su lado. Él tenía razón, no podrían avanzar caminando.

Se arrodillaron y plantaron sus manos en el suelo. Gatearon en ese interminable corredor aguantando la respiración. Las paredes crujían y el fuego cada vez se cerraba sobre ellos, lamiendo sus pieles con el inclemente calor.

«No puedo morir ahora, no puedo morir ahora», en la mente de Catalina solo había un pensamiento, un solo objetivo...

Un sonido lejano y constante se escuchó a lo lejos. Como si fuera un corazón latiendo. Catalina intentó ver de dónde provenía, mas el humo se lo impedía.

La voz de John irrumpió de pronto con un alarido ensordecedor. Catalina miró hacia atrás, y se dio cuenta de que la lámpara de cristal y bronce que pendía del techo cayó en la espalda de su progenitor.

—¡¡John!!

El barón se estremeció por ahogar el intenso dolor en su columna. La lámpara era de considerables dimensiones, y el impacto le hizo crujir los huesos y ya no podía mover sus piernas sin que eso significara un tormento. La miró a los ojos, no había mejor forma de pagar que con su vida. Catalina no se movía y él le ordenó:

—¡¡Avanza, hija!! ¡¡Avanza!!! Te lo suplico... vete.

Catalina miró hacia adelante... Ese sonido constante volvió a resonar esperanzador. Alguien intentaba entrar a la casa.

Podía dejarlo ahí para que muriera, darle la espalda y huir. Con aquel acto cumpliría, por fin, con lo que su abuelo le pidió explícitamente...

Ella no era cobarde ni pasiva como su padre, no se convertiría en eso, en un ser mezquino y egoísta... No fue capaz de abandonarlo.

—¡¡Maldito seas, John!! —Tosió. El aire la estaba matando de a poco.

Se quitó la capa y la usó para proteger sus manos. Empujó la lámpara que ardía tanto como sus músculos al hacer el esfuerzo. Lanzó un grito de dolor que, a la vez, le dio el último aliento, el impulso final que le brindó la fuerza que no tenía.

«No puedo morir ahora, no puedo morir ahora»...

Logró levantarla y apartarla del cuerpo de su progenitor, que respiraba con dificultad y tosía.

—Vamos, John. No perdamos tiempo. —Fatigada, tosió y volvió a emprender la huida gateando.

—No puedo mover las piernas. ¡¡Vete, por el amor de Dios!!

Catalina lo miró, indignada, lo tironeó del cuello de su camisa y bramó:

—¡¡Muévete, John!! ¡¡Tienes que hablar con Georgiana!! ¡Tienes una maldita conversación pendiente con ella! ¡¡Sé un hombre y arrástrate como el gusano que eres!!

John apretó la mandíbula. Catalina se había arriesgado para que él pudiera terminar con sus pendientes. Sus duras palabras ocultaban la esperanza para él de que no había perdido del todo a su hija. El dolor en su espalda era agudo, inacabable... No se rendiría, Georgiana era lo único que todavía no había perdido del todo...

Asintió.

Como el gusano que era, se arrastró junto a su hija entre el humo y las llamas. Sus fuerzas eran espoloadas por la voz de Catalina que le decía:

—Todavía tienes mucho que pagar, John. Muerto no me sirves...

De pronto, irrumpió en el infierno la voz de Alec que la llamaba:

—¡¡¡Catalina!!!! ¡¡Catrala!!!

«No puedo morir ahora, no puedo morir ahora»...

Ella se arrastró con más brío, al tiempo que bajaba la tela que cubría su boca y nariz solo para gritar:

—¡¡¡Aleeeec!!! ¡¡En el pasillo!!!

Siguieron arrastrándose para ser encontrados. La voz fiera y grave de Alec repartía órdenes a los lacayos para que le ayudaran a despejar el paso.

No transcurrió demasiado tiempo hasta que varias figuras se abrieron paso entre el fuego y el humo. Los encabezaba Alec que, encorvado, los encontró. Catalina sintió que la esperanza aumentaba, que su futuro no iba a reducirse a cenizas. Sabía que juntos saldrían de esa prueba.

El corazón de Alec volvió a latir al ver a Catalina viva, luchando, todavía con el alma en pie en medio de ese infierno desatado. Nada podía describir el alivio y orgullo que sentía en ese momento. Era la mujer de su vida, era todo...

No duró demasiado su expresión de felicidad. Cuando vio a Bamburgh con la camisa manchada de sangre, soltó una maldición.

Las explicaciones estaban de más. Con palabras apresuradas, Catalina y Alec acordaron tomar a John, pasando cada uno de sus brazos por el cuello. Encorvados, aceleraron sus pasos y salieron de ese pasillo que ya se desmoronaba tras ellos.

Esos quince segundos que duró el escape fueron infinitos para todos, pero cuando sintieron la tibia luz del sol, y el aire limpio y fresco entrando a sus pulmones, supieron que ya estaban a salvo.

Catalina, jadeante, miró hacia el carruaje. La portezuela estaba abierta y la cabina, vacía... Entre toses, la pregunta emergió desesperada y desgarrada:

—Alec... ¿¡dónde está Gigi!?

Georgiana observaba hacia Cavendish Square, y dibujaba la plaza que estaba frente a la casa del barón para entretenerse. Catalina había entrado hacía bastante para entrevistarse con John.

La voz de Alec llegó a sus oídos mientras soltaba un:

—Joder... ¡Catalina!

Georgiana lo miró lista para soltar una amonestación, y se encontró con la mirada severa de Alec que le ordenaba:

—Quédate aquí, Gigi... Un incendio... —Bajó del carruaje y lanzó una orden—. Tú, y tú acompáñame. Tú, cuida a la señorita Adams. Roger, aleja un poco el carruaje, el fuego puede asustar a los caballos.

Una oleada de temblores invadió a Gigi, quien apenas comprendía a qué se refería a Alec. Se acercó a la ventanilla y su corazón se aceleró al ver humo negro intentando escapar por las ventanas y cualquier minúscula rendija.

Las llamas lamían los vidrios como si quisieran derretirlos. El fuego solo deseaba seguir vivo consumiendo el aire que ya se enrarecía con ese inconfundible olor acre.

«Padre... Catalina», esas dos palabras colmaban su mente y la vaciaban de otros pensamientos. La impotencia de no ser útil, ni poder dar auxilio o ayuda la frustraron. Sus ojos se anegaron de lágrimas, las mismas que emborronaban la imagen de la desesperada lucha que llevaba Alec con los lacayos al intentar derribar la maciza puerta principal, la que parecía inexpugnable a las acometidas de tres hombres.

Su bloc de dibujo resbaló de sus manos, y se esparcieron algunas hojas sueltas, al igual que el carboncillo. El suave sonido hizo reaccionar a Gigi, parpadeó y se agachó para recogerlos.

Al levantar su mirada, se encontró con el paisaje opuesto; decenas de curiosos se congregaban en la plaza para observar el incendio. En sus rostros se reflejaba el morbo, la angustia y la preocupación. Solo eran simples espectadores de la caída de un gigante.

Cada cara era parecida a la otra... No obstante....

Sus ojos casi salen de sus cuencas al ver a Susan entre las personas. En su semblante no había horror o incredulidad, sino una actitud imperturbable, altiva. De pronto, en esa inescrutable expresión aparecía una ligera sonrisa de arrogancia.

Una voz en el interior de Georgiana gritó, convencida, de que Susan era la culpable de ese incendio. Era obvio, así, mataría dos pájaros de un tiro para no perder lo único que tenía, dinero y posición.

Y ella, como último vestigio de la baronía, estaría a su merced. Susan era «su madre». Si John y Catalina morían, la baronesa viuda sería la administradora de su heredad hasta cumplir la mayoría de edad.

Volver al castillo y vivir con Susan sería su perdición. Un infierno, tal como el que se estaba desatando afuera.

Tenía que hacer algo. Aunque no sabía a ciencia cierta qué, pero pasiva no se iba a quedar.

Sigilosa, abrió la portezuela del carruaje.

Una mano enguantada apareció frente a ella y la tomó. Era el lacayo. Lo miró y dijo:

—Sígame, por favor, pero guarde cierta distancia. Quiero hablar con esa mujer. —Con un gesto discreto señaló a Susan—. El señor Croft le ordenó que me vigilara y eso va a hacer.

—Como ordene, señorita Adams.

Georgiana caminó erguida, ocultando el temblor de sus piernas y sus latidos acelerados. A medida que se acercaba, estudió a quien creyera su cruel madre durante toda su vida. Se le veía desaliñada, cansada y ojerosa. Su ropa y manos estaban sucias, e incluso una mancha negruzca cruzaba su mejilla.

Susan parecía ajena a todo a su alrededor observando su obra, y aquello le dio la ventaja suficiente a Georgiana para tomarla del brazo con fuerza. De inmediato, sintió el olor a humo

impregnado en la sencilla ropa de la mujer, lo que confirmó sus sospechas iniciales.

Susan la miró y su sorpresa fue más rápida que su temple, sus ojos se desorbitaron, entreabrió su boca y soltó un jadeo aterido. ¿Qué demonios hacía ahí Georgiana? Miró hacia la casa de Bamburgh, como si esta le fuera a dar una respuesta. Lo único que sabía era que sus planes estaban a punto de irse por un despeñadero.

Georgiana, imitando esa entonación tranquila y severa que siempre usaba Alec, preguntó:

—¿Qué hace aquí, madre? —A Georgiana le supo a vacío y dolor esa palabra. Susan se esforzó para no merecer ese apelativo con sus actitudes crueles, violencia e indiferencia.

Se preguntó si sus verdaderos padres estaban vivos o si la habían extrañado, o si eran tan pobres que era mejor regalarla que alimentar otra boca...

Se deshizo de ese pensamiento tan fugaz como revelador.

Susan boqueó como pez, intentando encontrar una respuesta. La presencia de Georgiana salía de todo pronóstico. Se suponía que debía estar en Bamburgh, no en Londres. Lanzó la primera excusa plausible.

—Vi... vine con tu padre.

Georgiana vio con otros ojos a Susan, ya no sentía ese miedo agudo a equivocarse, a desatar la ira de esa mujer. Tanto tiempo viviendo bajo su control, que no se había dado cuenta de que ya era libre.

Susan ya no tenía poder sobre ella.

—¿No debería estar ahí adentro luchando por su vida?

—Sa... salí a pasear.

—No me mienta, usted no saldría a pasear en Londres vestida como si fuera una sirvienta que limpia letrinas... —Olfateó la ropa de Susan—. ¿Por qué huele a humo? ¿Por qué tiene el bajo de la falda manchada? ¿Será aceite? —Hizo una pausa para medir la reacción de su falsa madre—. ¿No será usted quien está intentando matar al barón y su hija provocando un incendio? Qué conveniente...

Susan no esperó ese implacable interrogatorio. ¿Dónde estaba esa chiquilla estúpida e impulsiva?

Intentó deshacerse del contacto de Georgiana y se enzarzaron en una brega por dominar a su contraparte. Susan le haló la oreja, y aquello detonó la ira de la joven que la miró furiosa y masculló:

—No me vuelvas a tocar... —Ya no le temía a esa mano castigadora, era un símbolo de todo lo que no quería para su vida. Jamás sería como Susan; cruel, fría, egoísta y cobarde.

E, ignorando el dolor, procedió a aferrarse al brazo libre de Susan y la mordió sin piedad, logrando que la soltara de inmediato lanzando un alarido.

Gigi, con la respiración agitada y sudorosa, desafió:

—Intenta golpearme otra vez. ¡Anda, inténtalo! —Por primera vez sintió que podía decidir lo que quisiera, que podía enfrentar a quién quisiera. Ya no era la misma muchacha de antes, se sintió orgullosa de sí misma.

El lacayo que vigilaba a Georgiana se interpuso entre ambas mujeres e intentó apresar a Susan, más ella logró apartarse en el momento preciso... Retrocedió unos pasos, y solo en ese instante se dio cuenta de que los curiosos a su alrededor las observaban. Ellos notaron que estaba atacando a una aristócrata, y comenzaron a cerrar un círculo para retenerla. Un hombre la agarró del codo y a viva voz clamó:

—¡Policía, policía! ¡Detenga a esta mendiga, está agrediendo a una señorita!

Un hombre de uniforme, se abrió paso ante el gentío, acudiendo al llamado del desconocido.

Susan negó con su cabeza, estaba perdiendo el control de la situación. Desesperada, se soltó de su captor y se abrió paso a empujones para huir del policía. Si la apresaba, si Georgiana hablaba, si encontraban las llaves y los fósforos en sus bolsillos... No, no, no la iban a detener, jamás. Nadie se había interpuesto en su camino y ese día tampoco eso sucedería...

En ese momento, se arrepintió de no contratar a nadie. No quería dejar rastros ni testigos, o arriesgarse a chantajes de hombres codiciosos; mientras menos personas supieran, mejor. Ese era su pensamiento, el que la condenó.

Y es que el plan era demasiado sencillo de ejecutar. Alquilaba una habitación en un edificio en la misma calle. Con las llaves que robó, fue fácil entrar a la casa por la puerta de servicio. Durante tres noches, hizo visitas furtivas, en las cuales empapó de aceite los rincones, las paredes y las sábanas que cubrían los muebles. De día, solo se limitaba a esperar y vigilar desde su ventana, hasta que esa maldita aparecida se dignara a visitar la casa de Bamburgh. Y cuando eso sucediera, entraría una vez más para encender el fuego.

Simple, sencillo, rápido y efectivo. Cuando todos se dieran cuenta, sería demasiado tarde.

No contaba con que Georgiana la enfrentara, empezara a hacer preguntas incómodas y armara un escándalo digno de la plebe.

La gente le cerraba el paso. Los gritos que la acusaban se elevaban al cielo. Ansiosa por huir, le dio un rodillazo en los testículos a uno de los hombres que se cernía sobre ella y, aprovechando que este se encogía y abría una brecha, se escabulló.

«No me alcanzarán... Lo volveré a intentar... No me rendiré»...

Corrió, y sintió el aire mezclado con el humo, los gritos de quienes la señalaban y el silbato del policía que llamaba a otros.

Sus piernas se volvieron de plomo. Se alzó las faldas para correr con más libertad, era imperativo alejarse de la plaza y esa maldita calle...

—¡Atrápenla!

Susan no sabía ni le importaba de quién era esa voz, lo único que le importaba era esconderse y dejar que todo se apaciguara para retomar su plan. No podía perderlo todo, no podía tirar a la basura sus esfuerzos que, irónicamente, no hizo por ella ni por John, sino por esa seguridad que el poder daba, por ese escalón que la ponía por sobre todos. Una necesidad que la consumía más rápido que el fuego que su mano inició, y que iba más allá de lo que ella misma entendía del todo.

Una persona le agarró el brazo. Susan se zafó con fuerza y cuando emprendió otra vez la carrera...

Un golpe seco y potente... Por un segundo todo se oscureció.

Cayó... Gritos horrorizados de personas... Cascos...

Sintió el terrible y mortal peso de los caballos y las ruedas de un carruaje, que aplastaban y trituraban todos sus huesos. En una minúscula fracción de tiempo experimentó el más agudo y lacerante dolor. Su cuerpo rodaba por la inquietante inercia, su carne se abría y su boca se llenaba del metálico sabor de la sangre.

Lo último que vio fue el cielo nublado de Londres, teñido con el humo negro que su propia mano provocó...

«Todo fue por nada... Nada...»

Capítulo XXI

Matthew Moore, lord Hudswell y también médico de la familia, salió de la habitación donde yacía John. Sudoroso, con la camisa arremangada y un tanto encorvado miró a todos los miembros de la familia Martin, mas centró su atención en Catalina y Georgiana. Detrás de ellas estaba Alec, como un guardián.

—Bien, debo decir que he hecho todo lo que está a mi alcance... Menos mal que llegó inconsciente, de lo contrario, la operación habría sido traumática para todos...

Catalina tomó de la mano a Georgiana y preguntó:

—¿Qué tan grave es la situación?

Matt apretó los labios. Era la peor parte de ser médico, dar diagnósticos.

—Es grave. No sabría decir qué tanto se comprometió su columna y si volverá a caminar... Eso si es que sobrevive, la herida debe ser atendida todos los días para evitar que se infecte. Mientras tanto, está bajo los efectos del láudano. Dejaré anotada la dosis y frecuencia, también los cuidados... Será una recuperación lenta.

Catalina asintió, apesadumbrada y cansada, y musitó:

—Está bien, muchas gracias, lord Hudswell.

—Ha sido un placer. Es una lástima conocerlas en estas lamentables circunstancias.

—Lo mismo digo.

—Volveré mañana a revisar su estado y a hacerle curaciones. Si sucede alguna emergencia, pueden encontrarme en el hospital del King's College o en Pearl Palace. Vendré en cuanto me sea posible o enviaré a algún colega de confianza.

—Gracias —susurraron ambas hermanas al mismo tiempo.

Matt asintió brindándoles una cálida sonrisa. Con un gesto se despidió de toda la familia Martin, recibió de vuelta diferentes muestras de gratitud y lo acompañaron a la salida.

Alec abrazó a Catalina y a Gigi, quien lloraba. En su joven corazón bregaban tantas emociones que no sabía a cuál atender primero. La inesperada muerte de Susan y su sensación de haberla provocado; no haber querido hablar con John; el alivio de saber que Catalina salió ilesa, aunque debía guardar reposo debido a todo el humo que respiró...

Catalina le besó la cabeza y la consoló con ternura:

—Todo saldrá bien... John te ama, te considera su hija... No va a dejar esa conversación pendiente, no quiere perderte... —Gigi no sabía si creerle a Catalina, sus palabras parecían mentiras piadosas—. Cuando él despierte ya verás...

Alec acarició el hombro de su joven cuñada y sentenció, sereno:

—No nos queda más que esperar, Gigi. Debemos armarnos de paciencia. —La joven asintió, enjugándose las lágrimas—. ¿Por qué no vas a descansar a tu habitación? Debes estar agotada...

—¿Puedo acompañar a mi padre? No quiero que despierte y no encuentre una cara conocida.

Alec accedió con una leve sonrisa y la instó a que entrara en la habitación.

Cuando se quedó a solas con Catalina, soltó un suspiro y la volvió a abrazar con fuerza.

—*Te amo tanto, Catralla.* —Inspiró el aroma a humo y sudor del cuerpo de su futura esposa—. Gracias por luchar. Cuando vi ese fuego, no pensé nada más que en sacarte de ahí.

Catalina estrechó más ese abrazo y descansó sobre el pecho de Alec, escuchando los latidos

reconfortantes de su corazón. Tosió y replicó:

—Yo solo sabía que no quería morir ahí, teniendo toda mi vida por delante junto a ti...

Se quedaron un largo rato abrazados, convenciéndose de que estaban bien, a salvo de cualquier amenaza.

Catalina recordó cuando encontraron a Gigi. Ella estaba de pie, observando el cuerpo inerte de Susan y todo cobró sentido para ellos.

Los policías no tardaron en llevarse el cuerpo y Alec delegó ese asunto a su padre. Debían informar al hermano de la difunta, retirar el cadáver y preparar su entierro.

Tal consideración solo se le brindó por haber sufrido el daño colateral de la cobardía de John, de lo contrario, la habrían dejado en una fosa común.

—Vamos, querida, tienes que descansar.

Alec y Catalina se dirigieron a la habitación de ella a paso lento y extenuado.

Una vez en el interior, confirmaron que ya estaba preparada una tina para que ella se relajara.

Él le quitó la ropa rota y tiznada, con cuidado de no rozar algunas quemaduras y laceraciones. Las marcas de su lucha por salir del fuego quedarían por mucho tiempo en su piel, pero en su corazón perdurarían para siempre.

Catalina lanzó un gemido de alivio ante el contacto con el agua tibia, y se dejó consentir por su esposo en ciernes. Alec le lavó el cabello dándole suaves masajes con sus enormes manos, enjabonó su piel a consciencia y con gentileza.

A ambos le pareció que ese acto de limpiar al otro era tan íntimo y significativo como hacer el amor. Alec pensó en ese momento en los matrimonios de sus progenitores, y lo diferente que era la historia que ellos estaban escribiendo. En vez de una práctica y fría conveniencia, entre ellos había amor, entrega, vulnerabilidad, confianza, sinceridad y respeto mutuo.

—Casi lo abandono —confesó Catalina de pronto.

Alec aclaraba el jabón de su espalda y repuso:

—Claramente, no pudiste...

Catalina abrazó sus rodillas y suspiró.

—No fui capaz... Hubiera sido cobarde de mi parte y yo no soy así.

—Lo sé, eres la mujer más valiente del mundo... Creo que es suficiente agua por hoy, Catalina, te estás arrugando. —La instó a levantarse y la cubrió con toallas. La tomó en brazos, la sacó de la tina y la dejó sobre una mullida alfombra. Mientras la secaba, añadió—: Y llegados a este punto, ¿darás por cumplida tu venganza o nunca será suficiente?

Catalina se quedó en silencio por un largo rato. En su interior también se preguntaba lo mismo, ¿estaba conforme con todo?, ¿había un punto final?, ¿estaba dispuesta a permitir que la existencia de John fuera un obstáculo para su felicidad?

Tosió.

—Seguir con esto me hará más daño a mí que a él. Basta con lo que he vivido el día de hoy.

Suspiró. No quería más cargas, más odio, más ira. Anhelaba dejar todo atrás para avanzar junto a Alec, construir una nueva historia, una familia, no repetir los errores del pasado.

Perdonarse a sí misma. Ya había pagado con creces su deuda.

Alec interrumpió el hilo de sus pensamientos cuando preguntó:

—¿Qué conversaron?

Catalina le narró todo lo sucedido antes del incendio. Mientras Alec la escuchaba con

atención, le puso un camisón limpio y la instó a sentarse frente al tocador, le desenredó el cabello con delicadeza y fue dándole forma a los rizos con sus dedos.

Al terminar, él solo tenía una pregunta en mente. La miró a través del reflejo del espejo que estaba frente a ella y, mirándola a los ojos, la formuló:

—Con todo lo que hablaron y vivieron, ¿podrás perdonarlo algún día?

—No sé si lograré olvidar todo el daño que causó y perdonarlo... —Pensó en su madre. Mariana en su infinita fe y amor lo hubiera hecho sin dudar, mas no sin dolor. El dolor, en todas sus dimensiones, era lo que la frenaba a perdonar y olvidar sin más. No era fácil y poco importaba que estuviera atada a su progenitor de por vida, no solo por sangre, sino por herencia, por Georgiana, por deber—. Creo que depende de muchas cosas.

—Si es que sobrevive.

—No quiero que muera sin que arregle su relación con Georgiana... Debo admitir que no dudé de él cuando dijo que la amaba...

—John, en el fondo, no es del todo una mala persona. Solo tiene una infinidad de defectos, que le han causado una vida miserable.

—En eso te doy la razón. Espero que cambie alguno de ellos por Georgiana, ella aún está a tiempo.

John parpadeó lento. Era de noche, lo sabía por la luz de la lámpara que teñía de dorado la estancia. El sonido crepitante del fuego le recordó el infierno que vivió... ¿Cuánto había pasado?, ¿horas?, ¿días? Estaba desnudo, cubierto hasta la mitad del cuerpo, boca abajo. El aroma a limpio de las sábanas inundó sus fosas nasales. Respirar le dolía, un intenso dolor en su espalda se propagaba en todo su cuerpo. Cualquier movimiento le producía un tormento insostenible...

—No se mueva demasiado. —Esa dulce voz, Georgiana—. Lord Hudswell indicó que debía estar boca abajo o, en su defecto, de costado. ¿Necesita algo? ¿Agua?

—Agua, por favor...

—Le ayudaré a ponerse de costado.

Con la ayuda de Georgiana, y soportando el inenarrable dolor que le laceraba hasta el alma, John logró acostarse de lado. La joven le dio agua cuidando no derramarla.

Cuando la sed fue saciada, John observó a su hija. Había crecido, no en estatura, sino algo más profundo. Se notaba en su postura, en cómo le devolvía la mirada, incluso en cómo le hablaba.

Su tono era amable, pero distante.

Tanto daño infligido.

Mezquino, cobarde, estúpido.

John sentía que jamás podría pagar en vida la deuda que tenía con sus hijas.

Pero nadie diría que nunca lo intentó.

—¿Dónde estoy?

—En Rock Hall, la residencia del duque de Hastings... La casa de Cavendish Square quedó destruida. Lord Bolton, el hijo de nuestro anfitrión, evaluará si se puede rescatar la estructura o si hay que demolerla.

—Entiendo... ¿Catalina?

—Ella está descansando. En unos cuantos días podrá hacer su vida normal... El incendio fue intencional...

—Lo sé, procuraron dejarnos encerrados en la biblioteca.

—Fue la baronesa...

A John le impactó la noticia. Sabía que Susan no se quedaría de brazos cruzados, pero no que llegaría a ese extremo. Sin embargo, necesitaba confirmar e interrogó:

—¿Cómo lo saben?

Georgiana procedió a contarle los acontecimientos de su encuentro en la plaza y la posterior tragedia.

John admiró la valentía de su hija, mas percibió el atisbo de culpa en sus palabras. Susan fue víctima y victimaria y, pese a todo, él cargaría con su muerte el resto de sus días.

Ajena a los pensamientos de John, Georgiana finalizó:

—La policía encontró las llaves de la casa entre sus ropas y también fósforos. —Apretó los labios, le costaba asimilar que no vería a Susan nunca más. Fue su madre después de todo, y su relación jamás fue la ideal. Había más resentimiento que amor, pero siempre necesitó de ella... aunque sabía, en el fondo de su corazón, que le estaba pidiendo un imposible.

Susan no comprendía lo que era ser madre, ni tampoco quiso hacer el intento.

Aun así...

John tosió, lanzó un largo quejido al sentir la punzada en la espalda. Era una agonía experimentar tanto dolor.

Jadeante, apenas recuperándose, declaró:

—Yo soy el culpable de todo... Pero también Susan es la causante de su propia desgracia... No te mortifiques, tú no la empujaste a correr... Ella decidió huir porque sabía lo que había hecho.

Se quedaron en silencio, solo era rasgado por la respiración pesada y compungida de John, quien apenas podía hilar demasiados pensamientos debido al dolor.

Sentía que en cualquier momento iba a morir.

—Georgiana...

—Le voy a dar láudano...

Sus palabras se cruzaron al mismo tiempo. La joven sirvió agua en el vaso que reposaba en la mesita de noche. Cuando llenó hasta la mitad, tomó el frasco de láudano. Diluyó las gotas del sedante, contándolas con suma concentración.

—Hija...

Aquella palabra le hizo dejar de contar a Georgiana y lo miró como si fuera un animalillo acorralado. De inmediato, tomó dominio de sí misma. Parsimoniosa, terminó de diluir la dosis, dejó el sedante sobre la mesita de noche, lo miró fijamente y preguntó:

—¿Lo soy? Usted y yo sabemos la verdad. No tiene por qué fingir.

John tragó saliva. Tuvo un acceso de tos que fue el infierno desatado en su cuerpo; cada espasmo era una oleada que lo partía en dos. Tras interminables segundos, sudoroso, respondió:

—Siempre... Siempre serás mi hija... Perdóname... Debí amarte como correspondía, no encerrar ese sentimiento... por miedo a perderte... a no poder soportarlo otra vez...

—Yo lo necesitaba... —El mentón de Gigi tembló, dos goterones dejaron un rastro húmedo sobre sus mejillas—. Yo solo quería una muestra de afecto, ¡una!... Aunque fuera pequeña.

—Lo sé... lo sé... Soy cobarde, egoísta, un padre cruel... lo sé... Pero te amo, hija... De

verdad que te amo... Y yo solo quiero... —Soltó un gemido y su respiración se aceleró—. Yo solo quiero que Dios me dé tiempo para reparar todo el daño que te he hecho... Que les he hecho a ti y a tu hermana...

Gigi solo sollozaba. Tanto tiempo esperando una palabra cálida, cariñosa, que creyó que ese momento era un sueño. Tal vez se había quedado dormida en la silla y solo era su imaginación.

Se dio cuenta de que era cierto al sentir que John alcanzó su mano, se la llevó a los labios y le besó los nudillos, empapándolos con sus lágrimas.

—Perdóname, hija... Perdóname... Ya perdí a Catalina, dime que no es tarde, dime que aún no es tarde para nosotros.

Georgiana hipaba, conmovida. Su padre ya no era la misma persona de antes... Pero temía confiar en él, temía que esa súplica fuera una mentira. Toda su vida rogando por atención, por amor, por aceptación a cómo era. Era difícil creer que ese amor siempre estuvo ahí.

John jamás pedía perdón, jamás lloraba, jamás daba su brazo a torcer, pero ahí estaba, suplicando por una oportunidad con el corazón en la mano... Quizás... Tal vez no era tan tarde...

—Gigi... las personas que me quieren me llaman Gigi, no Georgiana...

Entre lágrimas y dolor, John sonrió. Encerró la mano de su hija entre las suyas y se las volvió a besar...

—Por favor, ya no me llames padre, solo papá... mi pequeña Gigi... Si Dios me permite vivir, te prometo que enmendaré cada una de las lágrimas que derramaste por mi causa...

Gigi entre lágrimas se enderezó, lo miró a los ojos y declaró, resuelta:

—Lo único que te voy a pedir es que no me decepciones otra vez... Solo tendrás una oportunidad, no te permitiré que me vuelvas a dañar.

—La aprovecharé. Te prometo que lo haré.

—Entonces preocúpate por no morir... —Soltó la mano de John y le ofreció el láudano—. Bébetelo todo...

La recuperación de John fue lenta y no exenta de problemas. Pese a los cuidados de Georgiana y Catalina, los daños colaterales de haber aspirado humo le afectaron más de lo que imaginaron, los accesos de tos eran interminables y cada vez le costaba más respirar.

Sin embargo, en esas largas jornadas de convalecencia, John cambió su testamento, y se empeñó en poner al día a ambas hermanas respecto al manejo de la baronía y la futura reconstrucción de la casa de Londres. Catalina no podía evadir esa responsabilidad no pedida, pero no tenía alternativas; el pueblo de Bamburgh dependía de las tierras de cultivo que se extendían más allá del castillo, y debían ser administradas con sabiduría.

En las noches, Alec le explicaba sobre técnicas agrarias modernas y también sobre cómo tratar con los arrendatarios y la gente del pueblo. Su experiencia como administrador del condado de Swindon fue de mucha ayuda para Catalina, necesitaba comprender y empaparse de toda esa información para poder estar a la altura cuando John falleciera.

La relación de él y Gigi mejoró más de lo que hubieran imaginado. John mostró su verdadera forma de ser cuando ama de verdad, sin miedo, con valor. Catalina fue testigo de esa gradual transformación y se alegró mucho por su hermana, pues estaba recuperando el tiempo

perdido y sus heridas sanarían más temprano que tarde. Conservaba la esperanza de que su progenitor viviera más años para seguir fortaleciendo el carácter y confianza de su hija menor.

A veces, Catalina sentía la tentación de acercarse un poco más a él, pero los fantasmas de sus muertos siempre rondaban y le impedían estrechar más su relación.

En cierto punto, ella se resignó a tener una relación cordial pero distante. John no podía pedir más, al menos el trato de Catalina hacia él dejó de ser frío y agresivo, a ser formal y sosegado.

Una tregua, un pacto de no agresión era mejor que nada.

El dolor, con el tiempo, fue remitiendo. No obstante, las esperanzas de que volviera a caminar se alejaban, la lesión en la espalda fue tan grave que el barón no sentía nada de la cintura para abajo. John dependía de una muchacha que lo atendía como enfermera, y cuando ella no estaba, Georgiana cumplía esa función y, a veces, Catalina.

Sin embargo, desde que partió de Chile, John nunca se sintió más vivo que en ese momento. No era lo mismo que aquellos dorados y felices días, pero tenía el consuelo de que él podía amar a sus hijas, cada una en la forma que le permitía.

El día de la boda llegó con un mes de retraso. Esa mañana de finales de diciembre, Catalina se levantó temprano y fue a la habitación de John. Golpeó su puerta y entró.

Ahí estaba él, sentado en la cama leyendo una novela de Hubert White. Cada vez que ella entraba a la habitación, él se quedaba mirándola como si no la hubiera visto el día anterior, apretaba los labios y componía una sonrisa.

Ese día no fue diferente.

Ella esbozó una sonrisa tensa y dijo:

—Buenos días, John.

—Buenos días... Hoy es el gran día, ¿no?

Ella asintió.

—Así es.

—Te deseo toda la dicha del mundo, Dios sabe que te la mereces... —Sus ojos se anegaron de lágrimas. Tantos años sin derramar una gota y ahora salían sin más. Se había vuelto un viejo sensible—. Quiero darte un obsequio de bodas, ¿me lo permites?

Catalina dejó de respirar en ese momento. No sabía por qué, pero accedió:

—Si es tu deseo...

—Toma esa caja que está sobre el escritorio.

Catalina se dirigió hacia donde él le indicó. Era bastante grande y de color crema. Temió deshacer el rosetón de cinta azul que la sellaba.

Qué más daba, a veces la destrucción de una cosa traía otra que portaba dicha. Inspiró y tiró para desarmarla.

Abrió la caja.

Un vestido azul... antiguo... El mismo que ella encontró en la habitación del castillo donde conspiraba con Alec. Ya no olía a naftalina, sino a rosas, las flores favoritas de su madre.

—Cuando vine a Inglaterra, Mariana me dio el vestido con el que se casó conmigo, para que no olvidara su aroma —explicó con una sonrisa nostálgica que ocultaba su agudo pesar—. También me llevé unos zapatitos de bebé de Luisito y un vestido que usabas cuando tenías cinco

meses, ya te quedaba pequeño. Mauricio me dio un cortaplumas y don Fernando un reloj. Están ahí también. Ahora son tuyos.

Catalina jadeó entrecortado y se tapó la boca para ahogar su llanto. Acarició la muselina con la mirada, con miedo a tocarla y dañarla. Sollozaba con un hermoso dolor en el pecho.

Se atrevió a tomar el vestido y lo admiró. Rosas blancas bordadas en el bajo de la falda era todo adorno que solo buscaba exaltar el vibrante tono azul. A la luz de la mañana se veía precioso, como si nunca hubieran pasado más de tres décadas desde que fue estrenado. Se imaginó a su madre, una jovencita llena de vigor casándose con el amor de su vida, con el corazón rebosante de sueños y expectativas.

Lo llevó a su pecho, dichosa por tener algo que perteneciera a su madre, casi como si hubiera recuperado su anillo de oro...

Tomó los zapatitos de lana de su hermanito. Nunca había tenido algo de él, eran blancos y pequeñitos, cabían en la palma de su mano. Los besó con reverencia, susurrando palabras de cariño que nunca pudo decirle por perderlo antes de tener consciencia. Su madre se encargó de mantenerlo vivo en su memoria y no permitió que fuera olvidado, así como Mauricio. Mariana siempre le contaba las travesuras que su tío hacía y lo despreocupado y jovial que era. Tomó el cortaplumas que le perteneció y tenía grabadas las iniciales MRA. El reloj que le obsequió su abuelo a John era de plata con hermosas florituras labradas, pero ya no andaba, supuso que podría repararlo. Tenía un mensaje grabado: «El tiempo vuela y no regresa. Más te vale que no seas como él».

A Catalina no le extrañaba que su abuelo le diera esa dedicatoria. Era típico de Fernando Riquelme. Con sus defectos y errores, ella lo amaba, los seguía amando a todos.

Al final tomó su vestidito de bebé, era de lana cruda.

—Lo hizo tu madre —agregó John con un hilo de voz—. No me dejó llevarme uno que todavía usabas... —No quiso decir nada más, se guardó el secreto de que siempre tuvo esas prendas a su lado, hasta que decidió cumplir con su deber y casarse—. Creo que le hubiera gustado que tú los tuvieras, es lo más justo...

Catalina tomó todas las prendas y se las llevó al pecho y las abrazó como si pudiera hacerlo de verdad con su familia. En el día más importante de su vida, tenía un pedacito tangible de cada uno de ellos.

Se acercó a John... Alzó su barbilla y entre sollozos dijo:

—Gracias... padre.

John apretó los labios, aquella admisión era lo más cercano al perdón. Asintió con humildad...

Ya no importaba nada más, si Dios se lo llevaba en ese momento, lo haría con gusto.

Estaban en paz. Jamás a mano, pero sí en paz.

—Aquellos recuerdos no pueden estar en mejores manos, hija... —Hizo una pausa, aprovechó ese momento para abrir su corazón y declarar—: Catalina, sé que no hay nada que yo pueda hacer o decir para cambiar lo que hice. Pero si algún día necesitas un aliado, una mano que dé una ayuda o incluso solo una disculpa... Yo te lo daré todo. No hay mayor deuda que la que uno tiene con el propio corazón, y no descansaré hasta saldarla.

Catalina solo asintió. En su pecho floreció algo parecido a la esperanza.

Mientras ambos apaciguaban sus corazones, el aire se volvió más liviano, más vivificante. Como si los fantasmas que los rodeaban se hubieran liberado, alcanzando, de una vez por todas, las puertas del cielo.

—Me has dado un tesoro invaluable... Gracias... —Tomó aire para cambiar de tema—. Ayer hablé con lord Hudswell, y dijo que ya era tiempo de que puedas salir a dar paseos en cuanto llegue la silla de ruedas. Siempre y cuando no haga mucho frío.

—Me hará bien airearme. Gigi se pondrá muy contenta, siempre dice que quiere llevarme a la galería del señor Witney.

—Admira mucho a su maestro.

—Ha guiado muy bien su talento. Gigi en poco tiempo será una pintora extraordinaria.

—Sí, William le exige mucho, pero ella no se amilana ante ningún desafío...

—Quizás eso lo heredó de su verdadera madre... —Catalina abrió sus ojos y él añadió—: Me costó mucho sacarle la verdad al hermano de Susan, pero la visita que le hizo el señor Croft lo persuadió de decir la verdad. —Catalina pensó que Alec podía persuadir hasta al mismo papa de convertirse al anglicanismo. John continuó con su relato—: Todavía está viva, era una jovencita, hija de un arrendatario de las tierras del hermano de Susan, quedó embarazada y el padre de la criatura no se hizo cargo... Les pagaron por su silencio y Jessica Barns, así se llama la verdadera madre de Gigi, no tuvo más hijos ni se casó. Tiene una pequeña tienda de sombreros en Oxford Street. He pensado que es mejor contárselo mañana, no quiero alterarla, no disfrutará de tu boda si se entera ahora.

—Sí, será lo mejor... —Tomó una profunda inspiración—. Bien, me has distraído con tu regalo... Yo... Bueno... he venido a invitarte a mi matrimonio, es lo que mi mamita hubiera querido.

John suspiró entrecortado, se secó los ojos y sonrió:

—Gracias, hija... No me lo esperaba. Eres muy generosa.

—Creo que mi mamá me hubiera reprendido por no hacerlo, por ser rencorosa como mi abuelo.

—Don Fernando tenía sus motivos para clamar por mi sangre, lo traicioné de la peor manera... —Se sorbió la nariz—. Él era cosa seria...

—Sí, lo era... viví más tiempo con él... —Apretó su nuevo tesoro un poco más fuerte contra su pecho—. Bien, eso era todo. *Nos vemos en la iglesia.*

—*Aquí estaré, hijita.*

Cuatro meses después, Catalina volvió a Bamburgh Castle como la señora del castillo. Pasaría la primavera y el verano en el pueblo y el resto, en la capital.

Tras la anulación de su matrimonio, John consideró que era tiempo de desligarse de sus deberes como barón para dedicarse a ser un padre de verdad para Georgiana, apoyaba sus estudios de pintura en Londres y también a fortalecer un nuevo lazo con su verdadera madre. Tal como Catalina, Gigi era la viva imagen de Jessica Barns.

En los estudios académicos también mejoró mucho, una institutriz de la Academia Hope la guiaba en esos menesteres cuando Catalina permanecía en el castillo.

Volviendo a Bamburgh, gracias a las columnas de cotilleo, todo el pueblo se enteró de la tragedia que se desencadenó tras el escándalo de la fiesta del fin del verano. Cada uno tenía su opinión respecto a ese asunto, sin embargo, coincidían en que Catalina Adams Riquelme era a quien le correspondía suceder a John cuando él falleciera. Aquello se reforzó al ver que la nueva señora era diligente, considerada, generosa y consciente de su deber.

Para no perder el linaje de la baronía, Alec, al casarse, se cambió el apellido a Adams. A él no le supuso ningún problema, no le tenía demasiado aprecio al apellido Croft, ni tampoco sentía que su hombría era amenazada por tomar el nombre de su esposa.

Era una especie de justicia divina, en cierto modo, no perpetuaría el apellido de su progenitor, un hombre que jamás debió ser padre en primer lugar.

Claro que no se acostumbraba del todo a ser llamado señor Adams. Su hermano mayor, Thomas, le dijo que era normal, que a él le costó en su momento cuando lo llamaban Swindon en vez de Croft.

El sol tibio acariciaba sus pieles. Alec y Catalina estaban sentados en la arena, abrazados y disfrutando en un cómodo silencio del relajante sonido del mar, el olor a salitre y los ocasionales graznidos de los alcatraces.

Alec rio de pronto. Catalina, sin dejar de mirar el mar, le preguntó:

—¿Qué te hizo gracia, mi ángel?

—La primera vez que estuvimos aquí te dije que no te ibas a dar cuenta cuando estuvieras otra vez entre mis brazos, y que lo ibas a disfrutar. Y aquí estás, entre mis brazos... disfrutando.

Ella rio y le besó la mejilla rasurada a su esposo. Desde que se casaron, cada cierto tiempo disfrutaba de la suavidad de su piel. Alec se afeitaba una vez al mes. A Catalina le gustaba de ambas formas, con barba o sin ella. Era como tener dos hombres a la vez.

—Yo ya estaba enamorada de ti en ese momento... Pero no quería reconocerlo ni a mí misma.

—Lo sé. Si hubiera sido otro tipo de hombre, me habría ido ese mismo día... Pero tú eras motivo suficiente, no quería rendirme contigo. Sabía que había algo más.

—Sí, una asesina en potencia.

—Mi asesina en potencia, que no se te olvide.

Catalina lo besó. Amaba a ese hombre que transformó toda su existencia y la aceptaba tal como era, con sus luces y sus tinieblas. No podía pedirle más a la vida, lo que viniera de ahí en adelante solo serían bendiciones.

Se sonrieron, y luego admiraron el mar, disfrutando de esa minúscula parte del resto de sus días.

Epílogo

Santiago de Chile, 1 de septiembre de 1855.

Catalina inspiraba el olor a flores que reinaba en el lugar. Dejó que sus millones de pensamientos acallaran para traerle paz. Se concentró en respirar el aire de su tierra, se sentía como el eco de una batalla que, aunque ganada, dejó cicatrices que el tiempo y el amor sanaron a su propio ritmo.

Apretó fuerte la mano de Alec y llenó de aire sus pulmones ante la puerta del mausoleo de los Riquelme.

Alec giró la llave y abrió la cerradura de la puerta de hierro, Catalina entró soltando su mano.

El lugar estaba tal como lo vio la última vez. El día anterior envió a un muchacho para que limpiara el mausoleo y borrara el paso del tiempo. Dieciocho años habían transcurrido desde que ella partió, toda una vida. Catalina sintió un inmenso orgullo al constatar que les había dado una gran última morada a los Riquelme, digna de su origen... y de su futuro.

Con sus dedos acariciaba los nombres esculpidos de sus seres queridos. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—He vuelto... —Miró la lápida don Fernando y añadió—: Abuelo, no pude cumplir mi palabra tal como lo pediste. Nuestra historia tenía dos versiones y en ambas se sufrió... Todos sufrimos... Eso ya debes saberlo, de todas formas, sé que ustedes me han estado mirando desde el cielo. —En una parte del mausoleo había un espacio pequeño al lado de la lápida de su madre. Dejó una ánfora en su interior—. Ahora estoy cumpliendo la última voluntad de mi padre, descansar a tu lado, mamita... —Sollozó y apretó los labios para no llorar—. Al final volvió a ti como tanto anhelabas...

Llevar a John de vuelta a Chile fue una travesía. No era bien visto quemar sus restos hasta convertirlos en cenizas. No era ilegal, pero tuvieron que resolverlo de un modo no ortodoxo.

John le suplicó que lo llevara, Catalina era una mujer de palabra y cumplió.

No pudo decir nada más frente a sus muertos. Su voz era ahogada por el mudo llanto que contenía para no asustar a sus hijos, quienes estaban afuera del mausoleo con Alec.

Durante largos minutos sollozó. En su corazón había una mezcla de alivio, dolor y la satisfacción de constatar que, al fin, ponía un punto final a ese capítulo de su historia familiar.

Todo estaba en su lugar.

En su interior, Catalina repasó su largo camino hasta ese punto. Al poner en la balanza lo que perdió y lo que ganó, con creces el resultado se inclinaba a lo segundo. No se arrepentía de nada, porque todo lo que hizo la trajo hasta ahí, no había momento en que se sintiera más plena que en ese.

Elevó una oración al cielo, pidiéndole a su familia que la protegiera, que siguieran a su lado, porque ella nunca los olvidaría y siempre honraría sus memorias. Catalina era el legado de los Adams Riquelme y transmitiría lo mejor de ello a su progenie.

Cuando ya no hubo más lágrimas, secó su cara y salió. Ahí la esperaba Alec y sus hijos, Bruno, de once años, y Blanca, de siete, quienes observaban con interés el solemne y lúgubre lugar en el que se encontraban.

Al lado de ellos estaban los encargados del Cementerio General, traían consigo la lápida de

mármol que sellaría la última morada de John. Catalina asintió con dignidad y ellos procedieron con su trabajo.

Alec la recibió entre sus brazos, le besó la frente y luego acarició el abultado vientre de su esposa. El tercero venía en camino y tal parecía que sería el último.

Besó su cabeza y preguntó en español:

—*¿Estás bien, Catralla?*

—*Sí. —Suspiró—. Todo ha terminado.*

—*Me alegro por ti...* —Volvió a besarle la cabeza y aspiró su inconfundible fragancia. La adoraba.

Mientras esperaban en silencio a que los encargados finalizaran su faena, Blanca se acercó a ellos, tiró de la falda de su madre y preguntó en un fluido español:

—*¿Cuánto falta, mamita?*

Catalina la miró... Ah, la sangre de los Riquelme era pesada. John aseguraba que ambas eran como dos gotas de agua, tenía que darle la razón.

—*Un ratito, no te desespere.*

—*Bueno...* —Su mutismo duró solo cinco segundos y añadió—: *Hace mucho calor.*

—*Lo sé, en verano es peor.*

Blanca la miró, horrorizada, cuando soltó:

—*¿¡Peor!?*

—*Aquí no llueve en verano.*

Bruno, quien leía las lápidas cercanas y al mismo tiempo escuchaba la conversación, interrogó:

—*¿Cómo no va a llover en verano?*

—*El clima en esta ciudad es mediterráneo. No es como Bamburgh o Londres. Apenas prestas atención a tus lecciones de geografía, eres terrible. Un día vas a quedar como ignorante si sigues distrayéndote.*

Bruno le sonrió con falsa inocencia. Un pequeño demonio, eso era.

Alec lo amonestó con la mirada y le dijo:

—*Ven, Bruno, deja de molestar a los muertos. Te agarrarán los pies en la noche si los sigues fastidiando.*

El niño dio un respingo, corrió hacia Alec y se quedó quieto y envarado al lado de él.

Los encargados del cementerio salieron y anunciaron que todo estaba hecho. Catalina y Alec asintieron.

Era el momento de la despedida final.

Tomaron a sus hijos de las manos y entraron en familia al mausoleo. En aquel solemne instante las palabras parecían estar de más. Bruno y Blanca crecieron cerca de su abuelo al que quisieron mucho. Ambos le prometieron que cuidarían de la tía Gigi, quien tenía que hacerse cargo del castillo mientras no estuvieran en Inglaterra. No pudo viajar con ellos debido a que su primogénito nacería de un momento a otro.

En once años era válido cambiar de opinión.

Era feliz con su esposo, que no le impedía su amor por la pintura, y siempre se le hinchaba el pecho de orgullo cada vez que elogiaban una exposición de su mujer. La casa de Cavendish Square fue reconstruida y convertida en una escuela de arte.

—*Adiós, padre...* —Catalina rompió el silencio, era hora de partir. Barrió las lápidas con la mirada vidriosa, y estoica repuso—: *Volveremos a visitarlos en un par de años. Los amo.*

—*Adiós, a todos* —dijeron los niños al unísono. Ellos conocían una versión suavizada de la historia familiar. Con el tiempo Catalina agregaría los matices, porque no debían ser olvidados, los errores no debían repetirse.

Alec no dijo nada. No podía, un nudo en su garganta le impedía hablar. Estar dentro de ese mausoleo era más fuerte de lo que pensó. No era difícil imaginar a su esposa, sola en ese mismo lugar prometiendo cruzar el mundo para restaurar el honor de su familia.

Lo logró y con creces.

Se sintió orgulloso de Catalina, feliz de verla volver a sus raíces con más de lo que se fue.

Infinitamente más, porque él la amaba más que el primer día, y ella seguía a su lado, amándolo, convirtiendo su mundo en aquello que jamás vislumbró alcanzar.

Catalina le pertenecía...

Y él a ella.

Agradecimientos

Otra vez estás aquí leyendo la página de agradecimientos, por lo que, a quien debo darle mi gratitud por estar en este punto, es a ti.

Escribir esta novela fue un desafío, soy una mujer llorona, así que en cada episodio lloré, Catalina fue un personaje complejo y Alec fue el hombre que estuvo en el momento y lugar preciso para cambiar su vida.

Me ha costado decirles adiós. Así que les agradezco a estos personajes ficticios que salieron de mi mente por darme esta experiencia.

Y bue... también hay que agradecer a cada una de las personas que me acompañaron en este viaje; a mis betas con nervios de acero; a las lectoras de Wattpad que siguen ahí, dando vueltas a pesar de que la plataforma ya no es lo de antes; a las dos mujerazas que me revisan el manuscrito final para pillar detallitos; al marido que, de una u otra forma, plasmo en mis héroes imperfectos; a mi familia, por su apoyo incondicional; a mis hijos, por darme otra visión del mundo y darme material... Sí, por eso los concebí, por la experiencia ja, ja, ja, ja, ja, ja... No, mentira, los tuve porque quería ser mamá, no se me enojen mis *chincolitos* (No sé si algún día leerán esto, quizás cuando me muera).

En fin, también debo agradecer a los grupos de lectura que siguen funcionando a través de los años y siguen dando espacio para difundir y promocionar mi trabajo. Son muchos, pero le tengo especial cariño a Divinas Lectoras, El Olimpo entre Libros, La Caja de Lecturas, sus administradoras siempre han sido un sol.

Ya, no las aburro más.

Un abrazo grande, y nos leeremos en la siguiente historia.

Hilda Rojas Correa.

Sobre la autora

Hilda Rojas Correa, es el seudónimo de Pamela Díaz Rivera, nació en julio de 1980, en Santiago de Chile. Es la mayor de tres hermanas, casada, madre de dos hijos, productora multimedia de profesión y se autodenomina como una romántica empedernida.

La primera novela que escribió fue, «Yo, tú, ellos... nosotros» en el año 2013. Sin embargo, no se tomaría en serio el oficio hasta el año 2015.

Desde entonces, ha autopublicado más de veinte novelas de romance contemporáneo, histórico y fantasía mitológica.

Si has disfrutado de esta novela, síguela en las distintas plataformas de compra y redes sociales, comparte su trabajo y regala un comentario.

